

MAQROLL

Y EL IMPERIO DE LA LITERATURA

Ensayos sobre la vida y obra de Álvaro Mutis

VOLUMEN I

MAQROLL

Y EL IMPERIO DE LA LITERATURA

Ensayos sobre la vida y obra de Álvaro Mutis

VOLUMEN I

Editor académico
Jean Orejarena Torres

Autores

Alcy Zambrano García, Amparo Osorio, Antonio Sarabia, Armando Romero, Diego Valverde Villena, Eduardo García Aguilar, François Maspero, Gonzalo Márquez Cristo, Javier Ruiz Portella, Jean Orejarena Torres, José Manuel Fajardo, Jorge Bustamante García, Juan Esteban Constaín, Julio Martínez Mesanza, Lauren Mendinueta, Martha Canfield, Margareth Mejía Génez, Mario Rey, Michèle Lefort, Nazareth Echart, Ricardo Bada, Yves Prié, y William Ospina,



Maqroll y el imperio de la literatura : ensayos sobre la vida y obra de Álvaro Mutis. Volumen I / Jean Orejarena Torres [...y otros]. -- Editor Edward Javier Ordoñez. -- Cali : Universidad Santiago de Cali, 2018.

196 páginas ; 17 x 24 cm

Incluye índice de contenido

1. Mutis, Álvaro, 1923-2013 - Crítica e interpretación 2. Ensayos colombianos I. Orejarena Torres, Jean, autor II. Ordoñez, Edward Javier, editor

Co860.4 cd 22 ed.

A1614193

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango



Maqroll y el imperio de la literatura. Ensayos sobre la vida y obra de Álvaro Mutis. Volumen 1.

© Universidad Santiago de Cali.

© **Autores:** Jean Orejarena Torres, Gonzalo Márquez Cristo, Amparo Osorio, Nazareth Echart, Julio Martínez Mesanza, Michèle Lefort, Mario Rey, Lauren Mendinueta, Ricardo Bada, Antonio Sarabia, Yves Prié, Margareth Mejía Génez, Armando Romero, José Manuel Fajardo, William Ospina, Julio Martínez Mesanza, Jorge Bustamante García, Martha Canfield, François, Maspero, Juan Esteban Constaín, Javier Ruiz Portella, Eduardo García Aguilar, Alcy Zambrano García y Diego Valverde Villena.

1a. Edición 200 ejemplares

Cali, Colombia - 2018

ISBN: 978-958-5522-27-5

ISBN (Libro digital): 978-958-5522-28-2

Fondo Editorial

University Press Team

(Universidad Santiago de Cali)

Carlos Andrés Pérez Galindo

Rector

Rosa del Pilar Cogua Romero

Directora General de Investigaciones

Edward Javier Ordoñez

Editor en Jefe

Fondo Editorial

University Press Team

(Universidad Santiago de Cali)

Alfonso Esparza Ortíz

Rector

Ángel Xolocotzi Yáñez

Director de la Facultad de Filosofía y Letras

Comité Editorial

Editorial Board

Rosa del Pilar Cogua Romero

Monica Chávez Vivas

Edward Javier Ordoñez

Luisa María Nieto Ramírez

Sergio Molina Hincapié

Saúl Rick Fernández Hurtado

Sergio Antonio Mora Moreno

Francisco David Moya Cháves

Recepción/Submission:

Octubre (October) de 2017

Evaluación de contenidos/Peer-review outcome:

Febrero (February) de 2018

Correcciones de autor/Improved version submission:

Junio (June) de 2018

Aprobación/Acceptance:

Septiembre (September) de 2018

Diseño y diagramación

Juan Diego Tovar Cardenas

Universidad Santiago de Cali

Tel. 5183000 - Ext. 322

Cel. 301 439 7925

Impresión

SAMAVA EDICIONES E.U.

Tel: (2) 8235737

Distribución y Comercialización

Universidad Santiago de Cali

Publicaciones

Calle 5 No. 62 - 00

Tel: 518 3000, Ext. 323 - 324 - 414

Proceso de arbitraje doble ciego:

"Double blind" peer-review



La editorial de la Universidad Santiago de Cali se adhiere a la filosofía del acceso abierto y permite libremente la consulta, descarga, reproducción o enlace para uso de sus contenidos, bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

CONTENIDO

<i>Presentación</i>	7
<i>Prólogo: “Opté por la verdad”</i>	11
Santiago Mutis Durán	
<i>El lenguaje de la desesperanza, estudio introductorio</i>	19
Jean Orejarena Torres	

PARTE I

ÁLVARO MUTIS: Textos y Entrevistas

<i>Los sueños intactos. Entrevista con Álvaro Mutis</i>	53
Gonzalo Márquez Cristo	
Amparo Osorio	
<i>“Prefiero ser iluso con el pasado a serlo con el presente”</i>	59
<i>Entrevista a Álvaro Mutis</i>	
Nazareth Echart	
Julio Martínez Mesanza	
<i>Dos entrevistas a Álvaro Mutis</i>	75
Michèle Lefort	

PARTE II

CARTAS, POEMAS Y HOMENAJES

<i>Las enseñanzas de Don Álvaro</i>	101
Mario Rey	
<i>En la mojada y nocturna soledad de la selva</i>	137
Lauren Mendinueta	
<i>Mutis, el hombre; y Maqroll, el mito</i>	139
Ricardo Bada	
<i>Gatomaquia</i>	147
Antonio Sarabia	
<i>Partir, decías</i>	153
Yves Prié	
<i>Mutis, ante el umbral de lo místico</i>	157
Margareth Mejía Génez	
Jean Orejarena Torres	

<i>Mi amigo el poeta Álvaro Mutis</i>	163
<i>Armando Romero</i>	
<i>Encuentro con Maqroll en Rodas</i>	171
<i>Armando Romero</i>	
<i>La nave que nos lleva</i>	173
<i>José Manuel Fajardo</i>	
<i>Mutis</i>	179
<i>William Ospina</i>	
<i>Encuentro en el monasterio</i>	181
<i>Julio Martínez Mesanza</i>	
<i>Los trabajos de Álvaro Mutis</i>	183
<i>Jorge Bustamante García</i>	
<i>Dos poemas a Álvaro Mutis</i>	189
<i>Martha Canfield</i>	
<i>Álvaro Mutis o la desesperanza optimista</i>	193
<i>François Maspéro</i>	
<i>La nieve del almirante</i>	199
<i>Juan Esteban Constaín</i>	
<i>Álvaro Mutis y su amigo César Borgia</i>	201
<i>Javier Ruiz Portella</i>	
«Para más altos destinos»: <i>Homenaje a Álvaro Mutis en sus 90 años</i>	207
<i>Jean Orejarena Torres</i>	
<i>Álvaro Mutis y el Gaviero: Una poética de la desesperanza</i>	211
<i>Eduardo García Aguilar</i>	
<i>Abecedario de la quimera</i>	227
<i>Alcy Zambrano García</i>	
<i>Poesía y libros de historia: la biblioteca kavafiana de Álvaro Mutis</i>	235
<i>Diego Valverde Villena</i>	
<i>Acerca de los autores</i>	241
<i>Pares evaluadores</i>	255

PRESENTACIÓN

El presente libro es un acto de homenaje y conmemoración a la vida y la obra del escritor colombiano Álvaro Mutis (1923-2013). En este proyecto editorial se han congregado escritores, poetas, académicos e intelectuales de Colombia, México, Venezuela, Estados Unidos, Brasil, Italia, Alemania, España, Francia, Uruguay y Chile, con el propósito de llevar a cabo un homenaje al autor de las *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, ganador, a su vez, de importantísimas distinciones, entre las que cabe resaltar, de forma resumida, el Premio Nacional de Letras (1974) y de Poesía (1983) de Colombia, el Premio Príncipe de Asturias (1997), el Premio Reina Sofía de Poesía (1997) y el Premio Cervantes (2001), entre muchos otros.

Mutis ha determinado, sin duda alguna, a una legión extensa de ávidos lectores de las aventuras y penurias de Maqroll el Gaviero, el personaje central tanto de su poesía como de su prosa. Un crítico aseveró, con razón, que hubo un tiempo, hacia finales de los años ochenta, que bien podría ser recordado como la “era de Álvaro Mutis”. Su obra ha sido objeto de estudio de las más diversas investigaciones, a partir de las más variadas perspectivas y presupuestos teóricos. Sin embargo, tal vez sea más importante indicar que lo decisivo de su obra no radica en el reconocimiento significativo que unánimemente le fue dado a través de las múltiples distinciones; lo decisivo reside, más bien, en que a partir de su obra se ha atisbado un camino para comprender e interpretar la singular historia de Colombia, y de Iberoamérica en general, a partir de una clave de lectura que combina, entre sus múltiples elementos, a la desesperanza y a la amistad, a la lucidez y a una singular visión crítica del progreso, a un grupo de lecturas poco convencionales, y a una *topografía* abigarrada y accidentada, alejada de los grandes lugares comunes de la literatura canónica.

Álvaro Mutis falleció en Ciudad de México el 22 de septiembre de 2013. Este proyecto, que al principio tenía

un tinte festivo, se convirtió, entonces, en uno de carácter conmemorativo, *in memoriam*. Inicié, en 2012, tras mi traslado a México, un proyecto muy diferente al que hoy se publica. Al principio, el propósito de este proyecto consistía en la publicación de un libro en celebración –al tipo de un *Festschrift* que es muy habitual en Alemania– a los noventa años de Mutis, cumplidos el 25 de agosto del 2013. En su momento, me puse en contacto con dos importantes institutos culturales de Colombia, que acogieron rápidamente la publicación. Sin embargo, cuando ya iba adelantado el texto y era el momento oportuno para enviarlo a imprenta y que saliera a tiempo, recibí una notificación proveniente de una de las instituciones mencionadas, en la que se decía que “definitivamente para este año no hay presupuesto para este tipo de proyectos”. *Habent sua fata libelli* es una expresión del *De litteris, de syllabis, de metris* de Terentianus, pero que bien puede ser atribuida a este caso; y en lo sucesivo, algunos hechos ocurridos después de este primer intento darían paso a la versión definitiva que ahora se publica.

En agosto de 2016 organicé en la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla un encuentro titulado *Jornada Álvaro Mutis: Diálogos sobre su vida y obra*, aprovechando la estancia en México de María Eugenia Rojas, y en la que participó Mario Rey. Allí, debo decir, nació un nuevo impulso para continuar con la elaboración de este libro, pero esta vez, con la conciencia de llevar a cabo un nuevo enfoque y con la ampliación del número de contribuciones. Lo que ahora se presenta bajo el marco de esta publicación combina, como se verá, el carácter festivo inicial, con una intención marcadamente conmemorativa, ante el fallecimiento de Mutis.

El lector encontrará en los dos volúmenes de esta obra un conjunto de textos dedicados a Álvaro Mutis y a su obra. En la primera parte, titulada “Álvaro Mutis: Entrevistas”, se han reunido cinco entrevistas concedidas en la década de los noventa.. Las “Dos entrevistas a Álvaro Mutis” por parte de

Michèle Lefort hacen parte de un grupo de conversaciones surgidas a partir de la visita constante de Álvaro Mutis a Francia en la década de los noventa, especialmente al Festival *Etonnants Voyageurs* en Saint-Malo. En la segunda parte, titulada “Cartas, poemas, homenajes”, se han reunido varios escritos de carácter conmemorativo y festivo que homenajean a nuestro celebrado autor desde el sentimiento y la motivación del agradecimiento profundo, y desde la evocación de caminos y encuentros a lo largo de su trayectoria vital. La tercera parte (segundo volumen), reunida bajo el título común “Estudios de poesía y prosa”, está compuesta por diecinueve contribuciones que estudian a fondo, desde una serie de contextos y e interpretaciones, la compleja y unitaria obra literaria de Álvaro Mutis. A lo largo de los años en los que este libro se ha ido gestando lentamente, han fallecido François Maspero, Gonzálo Márquez Cristo y Antonio Sarabia, quienes contribuyeron con textos que son aquí publicados. Sirva esta publicación, además, como una muestra de agradecimiento, *post mortem*, no sólo por las invaluable contribuciones a este libro, sino, además, por las enseñanzas y las importantes lecciones que, en diversos ámbitos, impartieron a lo largo de sus trayectorias vitales.

Deseo expresar mi agradecimiento a Ángel Xolocotzi Yáñez por su atenta y dedicada colaboración en muchos asuntos, internos y externos, que impulsaron la realización de este homenaje. A Edward Javier Ordoñez, le agradezco la cordialidad y la generosidad con la que ha acogido este proyecto desde la Editorial de la Universidad Santiago de Cali –la coedición con el Departamento de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla coincide, a mi modo de ver, con una visión en la que Colombia y México son consideradas como las dos coordenadas vitales en las que se movió ampliamente el propio Mutis –. Por el apoyo y el incentivo para que este proyecto se llevara a cabo agradezco muy cordialmente a Alcy Zambrano García y Grace María. Durante la realización de esta edición contribuyeron de forma desinteresada y con gran generosidad

Martha Canfield, Antonio Sarabia, Michèle Lefort, Mario Rey y Lauren Mendinueta, quienes acogieron e impulsaron la publicación con todo tipo de recomendaciones, sugerencias y aportes; a todos ellos va mi agradecimiento sincero. Por último, agradezco a mi familia por el apoyo siempre constante para todas las tareas, “empresas” que emprendo; a Guillermo, Isabel, Maicol y María Alejandra. Este libro es posible gracias al apoyo incondicional y al amor infinito de Margareth, *musa original...*

Jean Orejarena Torres

Heróica Puebla de Zaragoza, julio de 2018

Prólogo:

“OPTÉ POR LA VERDAD...”

*“el amor a la propia verdad, a la verdad íntima
... en el caso del poeta, lo enfrenta al mundo”*
OCTAVIO PAZ (1990)

*“La ciudad, poblada por dos clases de personas,
los que hacen negocios y sus víctimas,
sólo es habitable, para el que aprende o
estudia, de forma dolorosa, una forma que
turba a cualquier naturaleza...”*
THOMAS BERNHARD, *El origen*

*“[Antonio] Machado te sirve para vivir y
para pensar,
y para ser un poco mejor, contigo mismo y
con los demás”*
OCTAVIO PAZ (1990)

*“mis prejuicios... no me habían dejado
percibir... la enorme
riqueza de... humanidad densa y calurosa de
este hombre”*
ALVARO MUTIS,
La última escala de Tramp steamer (1988)

*“Mire –le dijo–, son gente que cumple con su
palabra...”*
ALVARO MUTIS,
La última escala del Tramp steamer

*“Obediente a las empresas del hombre, cuya
mezquina desaprensión concedía aún mayor
nobleza a ese esfuerzo sin otro premio que el
desgaste y el olvido.
Me quedé contemplando cómo se perdía
en el horizonte y sentí que una parte de mí
mismo se internaba en un viaje sin regreso.”*
ALVARO MUTIS,
La última escala del Tramp steamer

“... jamás coartar la libertad”
ALVARO MUTIS

Supongo que la diferencia en la que alguna vez Álvaro Mutis insistiera –lúcida y bellamente– entre testimonio y ficción, hablando de sus escritos de los años 60, queda zanjada, al menos para nuestros propósitos, con las siguientes palabras del ensayista colombiano Jorge Eliécer Ruíz acerca de “la profunda y desconcertante diferencia que fijara Coleridge entre imaginación y fantasía”:

Para el poeta inglés la fantasía era una calidad subalterna que propiciaba la creación de hechos nuevos. La imaginación, en cambio, es aquella virtud del espíritu que permite encontrar nuevas relaciones entre hechos ya establecidos. La primera engendra los monstruos de la razón. La segunda preside la génesis de la poesía y de la ciencia.

Pero esto es apenas el comienzo.

Don Álvaro nos hace, digamos, una *trampa*, sabe e insiste en que la realidad es inaprehensible, irrecuperable, y que el arte y la literatura pretenden –inútilmente– conservarla, detenerla. Que no se desvanezca –parece decirnos al oído–; no podemos dejarla morir en nuestras manos. Pero morimos con ella. ¿Morimos con ella? Eso es lo que a él le espanta del progreso, su vértigo, su vocación de muerte. Pero toda su obra es un descomunal esfuerzo por llevarse la contraria a sí mismo... y a la más humana de las verdades. Una hermosa lucha *contra la adversidad*. Entonces Mutis remonta la corriente del tiempo, sus aguas... a veces como viajero, a veces como aventurero, otras como peregrino. Y esto –peregrino del tiempo, de las aguas del tiempo... y de la memoria–, en su caso no es una metáfora. ¿Cumpliéndose una vez más y desde siempre el doloroso mito de Orfeo y su fracaso ante la muerte? *Hay que tener una memoria inconsolable*, le oí decir a Alejandro Obregón. Y el poeta brasileiro Mario de Andrade, a quien Mutis tanto quería, nos fija el verdadero curso del tiempo: “*Tenemos dos vidas / y la segunda comienza / cuando te das cuenta que sólo tienes una...*”. Pero también esta verdad es esquiva, o, digamos, invisible.

Pocas veces los dioses nos conceden –dice Mutis en el Tramp steamer– que se corran los velos que disimulan ciertas zonas del pasado; tal vez se deba a que no siempre estamos preparados para ello. Ignoro qué tan felices puedan ser aquellos que consultan oráculos más altos que su duelo”. Y completa Paz: “... el amor está ligado a la idea de la muerte de una persona única. Esa persona única es nuestro destino (1990).

Rematemos con otras palabras tuyas dichas en esa misma conversación con Álvaro Mutis (1990): “... en ciertos poetas excepcionales, se juntan la vida y la obra” (O. P.).

Lamento haber comenzado dando opiniones, pero es culpa de la conmoción y del asombro que me ha causado la lectura de estas páginas sobre Álvaro Mutis, que para mí son, unas y otro, gozos inabarcables.

No voy a enumerar ni a referirme siquiera a lo que el lector encontrará al abrir este libro, pero sí a algo de lo que sentirá al cerrarlo:

– una obra que permanece –como la de Mutis– prolonga, permite, afianza, sostiene la conversación entre generaciones, y entre una generación que busca fijar y acordar sus propios asuntos... fundamentales;

– los autores aquí presentes, con un largo trasegar en la obra de Álvaro Mutis, ponen en vilo sus saberes y su responsabilidad, obligándonos a depurar este diálogo... de nunca acabar;

– dichos trajinadores del mundo académico, los autores aquí convocados han sabido ir más allá y equilibrar la balanza de los discursos, que antes solían solo poner a prueba algunas nuevas y bien elaboradas teorías contra un indefenso objeto de estudio, supuestamente ajeno al saber;

– este libro, al leerlo y considerarlo en su conjunto, como si estuviera insólitamente escrito por un solo autor, abre con su enorme esfuerzo las puertas que aislaban las múltiples

habitaciones de esta enorme casa mutisiana, alumbrando incluso sus corredores, reconociéndola así como una Obra, una unidad, aprovechando todos sus escritos como partes de una obra única, completa, coherente, compacta... que plantea hondas reflexiones –incluso sobre ella misma...

– si no sabemos lo que Mutis piensa sobre la literatura, sobre la nefasta historia humana, lo sagrado, la amistad, el fragor del presente, el amor, la naturaleza, lo ético, el dinero, el carácter de los hombres, el ejercicio del poder, el sueño, la memoria, el paso del tiempo, la poesía y el destino visionario... y la vida misma, no se apreciará ni valorará cabalmente la complejidad de cada una de sus obras ni se recibirá lo diáfano de su estímulo;

– la velada propuesta que hace este libro, si lo consideramos y asumimos así, como una totalidad, es fijar un centro para la obra de Álvaro Mutis, y que este sea la figura del Gaviero –incluso en sus obras más autónomas, “La muerte del Estratega”, “La mansión de Araucaíma”, “El último rostro”...–; audaz licencia editorial que nos ofrece una rica perspectiva sobre la obra mutisiana, y nos permite recorrerla y articularla, aprovechando mejor las reflexiones independientes que ella y sobre ella se hacen, en forma más eficaz y abundante, tras este hilo de oro que ata tan distantes y brillantes faros...

Resumamos: acoger un número considerable de ensayistas hace visible que se necesita la conformación de un conjunto para seguir tras las rutas de Álvaro Mutis; este conjunto como tal crea un centro y escoge para ello “lo humano” –el Gaviero–, un personaje que Mutis ha dado a la literatura mundial, como apostó al decirlo Alastair Reid hace 30 años; considera su obra como totalidad –poesía, prosas, relatos, novelas, escritos de prensa, conferencias, lecturas...–, e incluye en ella su vida –entrevistas, cartas, diario, afinidades electivas...–. Es decir, este libro ordena su obra de la manera más fecunda posible, para ir al acecho de su sentido...

Es así como este caleidoscópico volumen le lleva la contraria a don Álvaro, dándole también la razón. Hace muchos

años, al dar Mutis a la publicación en México un nuevo libro suyo de poesía –tal vez *Los trabajos perdidos* (!)–, dijo en la prensa: “un libro más... que se perderá en la frágil memoria de los amigos...”. Pero veinte años después, escribe en una de sus novelas: “–*Las historias* –me contestó– *no tienen final, amigo. Esta que me ha sucedido terminará cuando yo termine y quién sabe si tal vez, entonces, continúe viviendo en otros seres*”. Que es lo que aquí está sucediendo, y en qué forma.

Así, este libro le ofrece al lector la obra de Álvaro Mutis en un mural, un extenso, inesperado y sorprendente mural, o en una gran pintura cubista que reúne sus *fragmentos*, equipara sus diferentes temas y asuntos, junta sus interpretaciones y “puntos de vista”, recoge los pedazos del espejo roto de su reflexión en las piezas de su obra, uniendo las muchas perspectivas en un solo conjunto, como hicieran los cubistas y la propia obra de Mutis al conjurar en una sola pintura la ciudad inabarcable, abierta en tantas y tantas visiones... del espacio, el ser y del tiempo.

Esto es lo que hace para mí con su edición este libro: relacionar las piezas autónomas de una obra mayor, trayendo para ella y para cada una gran riqueza, proponiendo así su atenta, nueva, personal y fecunda relectura... Sí, tal vez sea este su no explícito propósito: devolvernos a la luz que originó el sendero.

Si bien la poesía de Álvaro Mutis ha sido considerada a veces como una *hermosura quimérica* y de una *desolación interminable*, es hoy para mí, como todos sus escritos y su mismísima persona, una droga eficaz contra el desamparo y una manera de prevenir el infortunio.

La suma de heridas de su obra plantea enormidades sobre una sociedad que no sabe sanar, y una patria hecha de atropellos, lastimaduras, enconos y humillaciones, sin traficar con esperanzas. A veces releo su texto “La Creciente” (1945) como la muy viva representación que él nos hace de la Historia, y en medio de todo esto afirma su actitud y la persona. En algún momento de su vida se habló de una larga relación

con su compatriota García Márquez. Sí, hay aquí una lección importante, que brota de *una amistad en tiempos canallas*. Él mismo lo dice una y otra vez de las más bellas y diferentes maneras:

Y los susurros, quejidos, llamados en las galerías de las minas, voz de la tierra abriéndose paso en la tiniebla de un ámbito en donde el hombre es acogido sólo a cambio de su renuncia de los dones del mundo.

Los mitólogos nos lo dicen todo el tiempo, saben que ritos de profundas verdades persisten en *pequeños hábitos*, que esa es la forma de quienes optan por su antigua verdad... Es decir, la lucidez opta por la inocencia.

Maqroll –o lo que él representa– es el hilo de Ariadna que nos puede conducir a través de toda su obra, incluso cuando creemos que no está presente, y es su compañía y la de su autor la que, personalmente, me permite cruzar el gris laberinto en el que con tan lamentable frecuencia convertimos el corazón humano, y sus abrumadoras ciudades de hoy, ese “sombrió hacinamiento de construcciones” en el que nos extraviarnos; oscuridades que han debilitado “las razones profundas, esenciales, para vivir”, como febrilmente se duele Bolívar viajando hacia la muerte en su narración “El último rostro”, donde en un noble y lúcido rosario de fuego y pena enumera nuestras más hondas ingratitudes, mezquindades y pobrezas –un alma en harapos, un abismo–, sobre el que alguna vez le pedí como editor eliminara para siempre el subtítulo de “(Fragmento)” con el que solían publicarlo, desviando equívocamente la atención hacia una curiosidad, en uno de los más intensos, íntimos, íntegros y estremecedor de sus relatos.

Sobre estos tiempos y con otra mirada –desconcertantemente optimista ante el desbordamiento–, dice el estudioso Joseph Campbell, atrayendo para mí hacia el Gaviero la luz del lector:

El actual es un momento muy interesante: no existen modelos para nada de lo que está sucediendo. Todo está

cambiando... Se trata de un período de caída libre en el futuro, y cada uno debe afrontarlo a su manera. Los viejos modelos ya no funcionan; los nuevos aún no han aparecido. De hecho, somos nosotros mismos los que ahora estamos dando forma a lo nuevo al modelar nuestras interesantes vidas. Y tal es el sentido (en términos mitológicos) del desafío del presente... (1980).

Es este el puerto al que llegan, o del que levantan anclas, tanto la obra de Mutis como este volumen. Y en su manera de afrontar el viaje (*“El viaje de Maqroll es la metáfora de la realidad total, la vida entera”*, según A. Reid), o la tormenta, está su respuesta... invisible: *“... como si usted me estuviera transmitiendo alguna oculta señal de una secreta hermandad...”* (A. M.).

Una discreta, silenciosa y fraterna cofradía, digamos, cuya lealtad late en este libro, la de la humanidad que opta por una verdad revelada en esa *segunda vida* que la presencia de la muerte nos hace ver en el último fulgor de la luz de nuestro atardecer, donde una decidida y vigorosa disidencia, presentada como *insurrección solitaria* (así nombraba Carlos Martínez Rivas la poesía – lo que llamamos desde siempre, y el mismo Mutis lo hace, *sus derrotas*), sobrevuela una realidad inadmisiblemente, escuchando desde muy adentro hondos secretos... de la especie. La *“seguridad del viajero consiste en no tener nada que perder”* (A. R.), salvo la permanencia de un alma, que nos pertenece a todos.

Santiago Mutis Durán
Bogotá, 2018

EL LENGUAJE DE LA DESESPERANZA*

Estudio introductorio

Jean Orejarena Torres

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

*Quid tibi videmur efficere velle, cum loquimur?*¹

Agustín de Hipona, De Magistro

I

El poeta mexicano Octavio Paz describió el lenguaje poético de *Reseñas de los Hospitales de Ultramar* (1955) de Álvaro Mutis, con una expresión que definirá el sentido de toda la obra posterior del poeta colombiano: Mutis es

“(...) un poeta de la estirpe más rara en español: rico sin ostentación y sin despilfarro. Necesidad de decirlo todo y conciencia de que nada se dice. Amor por la palabra, desesperación ante la palabra, odio a la palabra: extremos del poeta. Gusto del lujo y gusto por lo esencial, pasiones contradictorias pero que no se excluyen y a las que todo poeta debe sus mejores poemas”².

* <https://orcid.org/0000-0003-0401-3143>

El presente estudio es una versión corregida y ampliada de la que presenté para el Premio Nacional de Crítica y Ensayo: Arte en Colombia. Ministerio de Cultura de Colombia – Universidad de los Andes, versión 2014. La primera versión de este texto fue pensada para la presente obra, pero, por razones que son indicadas en la presentación de este volumen, tras la pausa en 2013 del proyecto, decidí presentar este escrito a dicho concurso. Me parece que el lugar apropiado para este escrito es, precisamente, la edición aquí presentada.

1 “¿Qué te parece que pretendemos cuando hablamos?” en: Agustín de Hipona. “De Magistro”, *Obras de San Agustín III. Obras filosóficas*. Madrid: Editorial Católica, 1947, p. 538 [Colección: Biblioteca de autores cristianos].

2 Paz, Octavio. “Los Hospitales de Ultramar”, en: Mutis, Álvaro. *Poesía*. Bogotá: Procultura, 1985, p. 226 [Colección: Nueva Biblioteca de Cultura].

Iniciada tras una intensa búsqueda de un tono poético propio, la poesía de Álvaro Mutis se gestó no sólo en un intenso diálogo con la literatura francesa y con el movimiento poético colombiano de inicios de siglo XX, sino también con una *Weltanschauung*³ singular que se manifestará en toda su obra. El joven Mutis, locutor de la Radiodifusora Nacional de Colombia, escribió tras la escucha del tercer movimiento (*Allegro molto*) de la Quinta Sinfonía de Jean Sibelius, un poema del cual ha sobrevivido un enigmático verso: “Un dios olvidado mira crecer la hierba”⁴. Posteriormente a esta búsqueda, se gesta una poesía que tendrá su lugar y su despliegue definitivo a partir de su primer poema publicado en 1943: “La creciente”. En este primer poema aparece una visión de la vegetación, de la flora y de la fauna, mezcladas en un lenguaje poético que resalta la exuberancia, sin caer en una trivialización de las

3 A veces traducido como “visión de mundo”, “concepción de mundo” o “cosmovisión”, en un término técnico de la tradición filosófica alemana del Siglo XIX. La *Weltanschauung*, desde la perspectiva de Dilthey, es un proceso en el cual el hombre se asume en relación a la naturaleza. Existen tres modos en los que puede relacionarse el hombre, a saber: La perspectiva naturalista, desde la cual el ser humano se comprende como un ser que en se encuentra determinado en todos sus ámbitos por la naturaleza. Idealismo subjetivo, el ser humano se comprende como un ser que ya no pertenece a la naturaleza, por un elemento central que es el libre albedrío. Idealismo objetivo: El ser humano se comprende como un ser que vive en perfecta armonía con la naturaleza.

4 “Una noche estaba escuchando la Quinta Sinfonía de Sibelius mientras esperaba que fueran las once para leer el último boletín. De repente, en el tercer movimiento, tuve la sensación de que Sibelius me decía algo. Era como si quisiera revelarme un secreto que tenía que ver profundamente conmigo. Volví a poner el disco desde el comienzo, me senté frente a la máquina y escribí uno cuantos versos, como si estuviera traduciendo en palabras la hermosa melodía del finlandés. Al terminar, leí de inmediato esas líneas, y también de inmediato arrugué el papel y lo tiré al cajón de la basura, como había hecho con tanto poema y tanta cosa escrita. Pero, no obstante que ya dormían en la caneca, esos versos inspirados en Sibelius seguían desfilando por mi cabeza. A la mañana siguiente, algo me dijo que en esas líneas había ciertos elementos que eran totalmente míos, y ya no, simplemente, el eco de las voces literarias que me acompañaban desde niño. Cuando llegué a la emisora fui directamente al cesto de la basura, con la esperanza de que aún no lo hubieran recogido. Allí estaba todavía esa primera página que decidí conservar, en la cual quedaron escritas muchas imágenes que después habrían de aparecer en mis poemas. Recuerdo una: “Un dios olvidado mira crecer la hierba”. Cuando leí esta frase pensé que no estaba mal, y que esto ya no era Baudelaire, ni Saint-John Perse, ni Réverdy, ni Apollinaire, ni Alexandre, ni Quasimodo, sino que era Álvaro Mutis. En este instante resolví que sería escritor. Mi hijo Santiago aún debe conservar esa página. Alguna vez la publicó, con todos sus errores y todas sus ingenuidades. Valió la pena. Al fin y al cabo ahí comenzó todo”, en: Quiroz, Fernando. *El reino que estaba para mí – conversaciones con Álvaro Mutis*. Bogotá: Norma, 1993, pp. 43-44.

cualidades. En esta lectura inicial, el universo, el *Umwelt*⁵ del poeta, se encuentra determinado por las influencias que el ambiente le genera, y a las cuales corresponde con su palabra:

Al amanecer crece el río, retumban en el alba los
enormes troncos que vienen del páramo.
Sobre el lomo de las pardas aguas bajan naranjas
maduras, terneros con la boca bestialmente abierta,
techos pajizos, loros que chillan sacudidos bruscamente
por los remolinos.

Me levanto y bajo hasta el puente. Recostado en
la baranda de metal rojizo, miro pasar el desfile
abigarrado. Espero un milagro que nunca viene.
Tras el agua de repente enriquecida con dones
fecundísimos se va mi memoria.

Transito los lugares frecuentados por los adoradores del
cedro balsámico, recorro perfumes, casas abandonadas,
hoteles visitados en la infancia, sucias estaciones de
ferrocarril, salas de espera⁶.

II

La obra poética de Álvaro Mutis representa sin duda alguna a uno de los momentos centrales de la literatura contemporánea colombiana. Su irrupción en el panorama literario colombiano gestó una profunda renovación de los cánones que tanto la poética como la crítica erudita habían establecido en una larga tradición literaria. Colombia, país con una singular tradición de presidentes-poetas y gramáticos, guardaba un apego estricto a la norma, al verso métricamente exacto, al purismo literario como representación estética y moral de claridad, honradez

5 A veces traducido como “mundo circundante” o “mundo-entorno”, es un concepto de la tradición fenomenológica (Husserl, Heidegger) y de la biología (von Uexküll), y que es entendido en términos generales como el espacio fáctico donde el hombre despliega su propia vivencia de mundo. Suele contraponerse por lo general a la noción de *mundo objetivo, concebido como totalidad de los hechos. Desde esta perspectiva, el hombre siempre es propio de un mundo-entorno, más no puede concebirse como perteneciente a un mundo objetivo.*

6 Mutis, Álvaro. “La creciente”, en: *Poesía, op. cit.*, p. 203.

y buen gusto⁷. A excepción, entre otras cosas, del poema de José Manuel Marroquín que inicia con los versos “Ahora que los ladros perran, ahora que los cantos gallan”, la poesía colombiana se mantenía en los límites de lo cortesano, lo noble y aristócrata, y, por tanto, el rumor extendido de que para ser presidente se debía ser instruido en gramática, era a su vez una representación fiel de los valores de una sociedad marcada por una fuerte impronta moral. Los tres movimientos poéticos que *governaban* en la Colombia cercana a la mitad de siglo –el grupo de Piedra y Cielo, el de los Nuevos, y la Generacioncita–, vieron prontamente cómo el joven Mutis se abría paso no solo en el ámbito local, sino en el hispanoamericano, con un estilo que en opinión de Paz destacaba “la alianza del esplendor verbal y la descomposición de la materia”⁸.

El mismo Mutis describió el *ambiente* literario colombiano en una serie de entrevistas con Fernando Quiroz, tituladas con el espléndido verso de Rubén Darío, *El Reino que estaba para mí*. En ellas, se ve cómo entró rápidamente en la escena literaria colombiana, a partir de las obligaciones contractuales como jefe de redacción de la revista *Vida*, en la Compañía Colombiana de Seguros:

Una de mis responsabilidades en la Colombiana de Seguros era la de visitar a los intelectuales del momento para pedirles colaboraciones para la revista. Así conocí y me hice amigo de personajes como Eduardo y Jorge Zalamea. Eduardo Caballero Calderón, Rafael Maya, Alberto Lleras Camargo y en general de todos los de la llamada generación de los Nuevos, que por cierto era la de los viejos. Porque después de ésta ya habían surgido otros dos grupos: el de Piedra y Cielo –Eduardo Carranza, Jorge Rojas, Gerardo Valencia...– y la Generacioncita –Daniel Arango, Andrés Holguín, Fernando Charry Lara... Lo curioso es que yo estuve mucho más cerca de los que en realidad estaban más lejos de mí en el tiempo. Es decir, de los Nuevos.

7 cf. Orjuela, Héctor. “Los presidentes poetas de Colombia”. *Hispania*, Vol. 42, No. 3 (Sep., 1959), pp. 330-335.

8 Paz, Octavio. op. cit., p. 227.

Pero es que eran ellos los que estaban leyendo lo que a mí me interesaba: Camus, Malraux, Montherlant, Green, Mauriac... Los piedracielistas, en cambio, estaban metidos de cabeza con Juan Ramón Jiménez –de hecho Piedra y Cielo es el título de un libro suyo–, en Federico García Lorca, en Rafael Alberti y en general en los representantes de la Generación del 27. También fui amigo de ellos, pero la relación jamás llegó tan lejos⁹.

Sin embargo, a pesar de esta distancia marcada entre *gustos e influencias*, la verdadera *revolución* que generó la poesía mutisiana radicó fundamentalmente en la exposición de un mundo *inaudito* para la tradición literaria colombiana. Es bien sabido que la obra de Mutis se gestó bajo la profunda influencia que tuvo en su niñez el contraste entre Europa y Latinoamérica. Este contraste concentra en gran medida las manifestaciones de experiencias y vivencias que fueron desarrolladas en un cúmulo de ficciones y *realidades* que se hallan destinadas a ofrecer una *visión de mundo* propia y original. Tras la publicación de “La creciente”, y tras el accidentado fracaso – ¿o el éxito editorial?¹⁰– de *La balanza*, escrito a cuatro manos junto con Carlos Patiño Roselli, aparecieron rápidamente *Los elementos del desastre* (1953), publicado en la colección Poetas de España y de América que dirigía Rafael Alberti en la editorial Losada, y *Reseñas de los Hospitales de Ultramar* (1955), poemario alabado en México por Octavio Paz, aparecido en la célebre revista *Mito*. En ambos poemarios, hizo presencia un mundo cargado de un simbolismo nuevo para la tradición literaria colombiana. El verso *telúrico* y desafiante de Álvaro Mutis identifica al personaje central de las hazañas y desventuras, al entrañable Maqroll el Gaviero, con un mundo

9 Quiroz, Fernando. op. cit., p. 47.

10 “Casimiro nos asesoró incluso en la parte logística de la edición, y muy pronto le dimos forma a *La balanza*, en la que iban, intercalados, poemas de Patiño y poemas míos. La impresión terminó en febrero de 1948, pero sólo en abril tuvimos la plata para retirar los 500 ejemplares. El éxito de *La balanza* no tiene precedentes en la literatura colombiana. El 8 de abril repartimos la edición en las principales librerías del centro de Bogotá, y al día siguiente no quedó un sólo libro. La edición se agotó en cuestión de horas... por incineración. También nuestros primeros versos fueron víctimas de los descabros del bogotazo, aquel famoso 9 de abril”, en: Quiroz, Fernando. op. cit., p. 51.

devastado, rodeado de una vegetación espesa y del óxido de las maquinas desgastadas en empresas turbulentas. Por tal motivo, en la “Oración de Maqroll”, ese primer poema en donde se testimonia la existencia del personaje central de toda la obra mutisiana posterior, la plegaria pagana del errante personaje se dirige hacia aquellos *elementos* del desastre que componen el mundo en el que habita:

¡Señor, persigue a los adoradores de la blanda serpiente!
Haz que todos conciban mi cuerpo como una fuente inagotable de tu infamia.
Señor, seca los pozos que hay en mitad del mar donde los peces copulan sin lograr reproducirse.
Lava los patios de los cuarteles y vigila los negros pecados del centinela. Engendra, Señor, en los caballos la ira de tus palabras y el dolor de viejas mujeres sin piedad.
Desarticula las muñecas.
Ilumina el dormitorio del payaso, ¡Oh, Señor!
¿Por qué infundes esa impúdica sonrisa de placer a la esfinge de trapo que predica en las salas de espera?
¿Por qué quitaste a los ciegos su bastón con el cual rasgaban la densa felpa de deseo que los acosa y sorprende en las tinieblas?
¿Por qué impides a la selva entrar en los parques y devorar los caminos de arena transitados por los incestuosos, los rezagados amantes, en las tardes de fiesta?
Con tu barba de asirio y tus callosas manos, preside ¡Oh, fecundísimo! la bendición de las piscinas públicas y el subsecuente baño de los adolescentes sin pecado.
¡Oh Señor! recibe las preces de este avizor suplicante y concédele la gracia de morir envuelto en el polvo de las ciudades, recostado en las graderías de una casa infame e iluminado por todas las estrellas del firmamento.
Recuerda Señor que tu siervo ha observado pacientemente las leyes de la manada. No olvides su rostro.
Amén¹¹.

11 Mutis, Álvaro. “Oración de Maqroll”, en: *Poesía, op. cit.*, pp. 15-16.

A partir de este poema, la presencia de Maqroll será central en todos los poemarios, y en la posterior obra literaria del autor colombiano. En sus *Elementos del desastre* (1953) y en *Los trabajos perdidos* (1965), abre Mutis otro de los flancos esenciales de su poesía: su verso, además de estar dirigido hacia el mundo agónico y vegetal, gira en torno a la esencia de la palabra, lo que es el poema, y la poesía en sí misma. Una triada de poemas, “Una palabra”, “Los trabajos perdidos” y “Cada poema”, abrirán una singular reflexión acerca de la naturaleza de la palabra y, acorde a su *nivel de representación*, acerca de toda forma de ver e interpretar el mundo. En las *Reseña de los Hospitales de Ultramar* (1955), más exactamente en poemas como el “El hospital de la bahía”, “El hospital de los soberbios”, y “Las plagas de Maqroll” esa “alianza del esplendor verbal y la descomposición de la materia” que destacó Octavio Paz, se suma a una *visión de mundo* agónica. “Palabra” y “mundo”, “lenguaje” y “realidad” serán espejos donde el desgaste hará de su presencia un signo propio de toda una cosmología del cansancio. El poema, de esta forma, es la huella de una derrota milenaria, de una vocación de vencidos en donde el poeta emprende una “batalla” contra las palabras:

Por un oscuro túnel en donde se mezclan ciudades,
olores, tapetes, iras y ríos crece la planta del poema.
Una seca y amarilla hoja prensada en las páginas de
un libro olvidado, es el vano fruto que se ofrece.

La poesía substituye
la palabra substituye
el hombre substituye
los vientos y las aguas substituyen
la derrota se repite a través de los tiempos
¡ay, sin remedio!

Si matar a los leones y alimentar las cebras, perseguir
a los indios y acariciar mujeres en mugrientos solares
olvidar las comidas y dormir sobre las piedras... es la
poesía, entonces ya está hecho el milagro y sobran las
palabras¹².

12 Mutis, Álvaro. “Los trabajos perdidos”, en: *Poesía, op. cit.*, p. 39.

III

Desde los inicios del pensamiento occidental, la pregunta por la esencia del lenguaje ha establecido un interrogante sin repuesta definitiva. En una carta fechada del 10 de agosto de 1784, el filólogo alemán Johann Georg Hamman le escribe a su compatriota Johann Gottfried von Herder: “Aunque tuviera la elocuencia de Demóstenes, repetiría siempre tres veces una única frase. La razón es habla, *lógos*. Estoy royendo este hueso hasta la muerte. Para mí todo permanece oscuro todavía sobre esta profundidad; todavía espero un ángel apocalíptico con una llave para este abismo”¹³. La necesidad de una *aclaración* de esta cuestión, exige un sumergimiento en la “profundidad” de la cuestión que Hamman expresa. Esto nos conduce al lugar de la frase que es “un hueso duro de roer”: “La razón es habla, *lógos*”. Este lugar, manifestado también en el *De Magistro* de Agustín de Hipona, pregunta por aquello que constituye al lenguaje, y al acto humano de hablar.

A partir de las posibilidades forjadas por una larga tradición filosófica y lingüística, el acento sobre la cuestión de la naturaleza del hablar humano ha recaído en una identificación entre lenguaje y pensamiento, entre la palabra y lo real. Esta tradición, que ha visto en la lógica, como ciencia del *lógos* y de la *razón*, una posibilidad de fundamentar el modo de acceso a la realidad, ha visto en el conocimiento de la gramática y de la lógica una posibilidad de fundamentar la realidad. Se trata, desde una perspectiva optimista frente al nivel de representación de las palabras, de una posición intelectual que se caracteriza por la intención de decir las cosas con claridad y precisión. El clímax de esta posición ha estado en la idea de la construcción de un lenguaje lógicamente perfecto, y en el intento de eliminación de toda ambigüedad metafísica en los sistemas de ciencia y pensamiento occidentales. Esta postura, que asume que el

13 Citado en la conferencia de Martin Heidegger: “Die Sprache”, en: Heidegger, Martin. “Die Sprache”, *Unterwegs zur Sprache. Gesamtausgabe 12*. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1985, pp. 10-11. Traducción al castellano en: Heidegger, Martin. “El habla”, *De camino hacia el lenguaje. Traducción de Yves Zimmermann*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2002, pp. 12-13.

lenguaje es un espejo de comprensión del mundo y de lo real, confía ciegamente en que el signo lingüístico (la palabra) es por excelencia una representación de la cosa que la misma palabra mienta.

Sin embargo, a la tradición generada por el estudio del lenguaje se ha sumado, desde otro extremo, gran parte de la literatura occidental que en su espacio abierto ha cuestionado libremente esta pertenencia entre una interna y humana naturaleza del lenguaje y su correspondencia externa con la realidad pensable. Desde diversas perspectivas literarias, la idea del lenguaje como un espejo de la realidad externa ha recibido toda una serie de variados impulsos. Desde los inicios de la primera gran tradición poética griega, la indagación acerca de la fidelidad del lenguaje respecto a lo existente ha motivado una reflexión incesante. Sin embargo, en este punto vale la pena preguntar: ¿De qué forma la literatura cuestiona esta naturaleza de las palabras?, ¿Debería ser entendido esto como una intromisión de la literatura, que no posee método ni régimen definido para hablar del lenguaje, en el ámbito de estudio de la gramática y de la semántica? ¿Hacia dónde nos conducen estos interrogantes?

Mutis, por su parte, será un profundo pesimista en torno a la idea del lenguaje como *espejo* de la realidad. Si Mutis fuese el ángel apocalíptico aclamado por Hamman, liquidaría el enigma transformando la frase: “*Ratio* es lenguaje: *substitutio*”. Para Mutis la clave de toda palabra, de toda actividad humana, es la substitución. De esta forma, la actividad poética es pensada desde la exigencia de tratar de decir algo en un lenguaje saturado de significados dispersos que sustituyen lo que realmente se intenta decir. De esta etapa, poemas como “204”, “Hastío de los peces”, “Oración de Maqroll”, “Batallas hubo” y “Sonata”, ofrecen una visión singular de la obra poética de Mutis: Su visión del lenguaje, su expresión del mundo agónico, y la correspondencia a éste por parte de Maqroll el Gaviero, son los pilares de una obra cuyo verso telúrico oscila entre lo que la intención dicta, y lo que la palabra sustituye. Tal como lo dice Octavio Paz:

Necesidad de decirlo todo y conciencia de que nada se dice.

IV

Definió Álvaro Mutis su propio proyecto literario en una interesante conferencia dictada en 1965 en la Casa del Lago de la Universidad Nacional Autónoma de México, cuyo título es “La desesperanza”. El contexto de la interpretación mutisiana de la desesperanza coincide con la interpretación de una “admirable galería de desesperanzados”¹⁴, “clásicos de la desesperanza” donde se despliegan los ejemplos “más evidentes y ricos”¹⁵ de este concepto. Sobre la base de este intento de interpretación de algunas obras de Joseph Conrad, Drieu La Rochelle, Malcolm Lowry, André Malraux, Fernando Pessoa y Gabriel García Márquez, Mutis sitúa en el término las posibilidades de “precisar y ordenar los signos que determinan la desesperanza y los elementos que la componen”¹⁶. De éste modo, las “condiciones de la desesperanza” son las siguientes:

Primera condición de la desesperanza es la lucidez. Una y otra se complementan, se crean y afirman entre sí. A mayor lucidez mayor desesperanza y a mayor desesperanza mayor posibilidad de ser lúcido. A reserva, desde luego, de que esta lucidez no se aplique ingenuamente en provecho propio e inmediato, porque entonces se rompe la simbiosis, el hombre se engaña y se ilusiona, “espera” algo, y es cuando comienza a andar un oscuro camino de sueños y miserias.

Segunda condición de la desesperanza es su incomunicabilidad... La desesperanza se intuye, se vive interiormente y se convierte en materia misma del ser, en substancia que colora todas las manifestaciones, impulsos y actos de la persona, pero siempre será confundida por los otros con la indiferencia, la enajenación o la simple locura.

Tercera condición del desesperanzado es su soledad. Soledad nacida por una parte de la incomunicación y, por

14 Romero, Armando. *Las palabras están en situación*. Bogotá: Procultura, 1985, p. 96.

15 Mutis, Álvaro. “La desesperanza”, en: *Prosa*. Bogotá: Procultura, 1985, p. 199.

16 *Ibíd.*, p. 191.

otra, de la imposibilidad de los demás de seguir a quien vive, ama, crea y goza, sin esperanza... Esta soledad sirve de nuevo para ampliar el campo de la desesperanza, para permitir que en la lenta reflexión del solitario, la lucidez haga su trabajo, penetre cada vez más escondidas zonas, se instale y presida en los más recónditos aposentos.

Cuarta condición de la desesperanza es su estrecha y peculiar relación con la muerte... El desesperanzado no rechaza la muerte; antes bien, detecta sus primeros signos y los va ordenando dentro de una cierta particular secuencia que conviene a una determinada armonía que él conoce desde siempre y que sólo a él le es dado percibir y recrear continuamente.

Y por último agrega:

El desesperanzado no “espera” nada, no consiente en participar en nada que no esté circunscrito a la zona de sus asuntos más entrañables¹⁷.

En esta especie de *Ars poetica* personal, Mutis focaliza su atención en la determinación de las “condiciones” de la desesperanza, a través del esfuerzo interpretativo por localizar en los mencionados autores el fenómeno descrito. Por tratarse de autores literarios, podría pensarse en una experiencia y un encuentro con “el mundo de la ficción”, pero Mutis aclara tajantemente que la desesperanza es un acontecer actual y un fenómeno contemporáneo¹⁸. Lo que se busca pensar con la experiencia de la desesperanza es, en concreto, el orden de una perspectiva que tiene su razón de ser en el acontecer de la resignación, y de la disensión hacia el mundo. Al tratarse de un acontecer actual, Mutis dirigirá su propio programa literario hacia una posible fundamentación estética de la desesperanza en el mundo. Mutis ve los hechos del mundo, lee los fenómenos *históricos*, a partir de la distinción entre el engaño de la esperanza y el desengaño de la actitud desesperanzada. Esta forma de leer los fenómenos, vista correctamente como

¹⁷ *Ibid.*, pp. 191-192.

¹⁸ *Ibid.*, p. 199.

una “mirada anacrónica”¹⁹, revelará una forma inusual, provocadora, y original de leer los acontecimientos humanos. Junto con Nicolás Gómez-Dávila, Mutis emprende una visión *original*, una reivindicación del pensamiento *reaccionario*, que se rebela contra las grandes construcciones históricas de la tradición occidental. En este sentido, la desesperanza como un “no esperar nada” permite la apertura con lucidez, de los hechos de la “realidad”. La manifestación esencial del fenómeno de la desesperanza en la obra de Mutis, se muestra de dos formas: en su reflexión acerca del lenguaje, y acerca de la esencia de todo actuar humano.

V

La obra poética de Álvaro Mutis es el *terminus ad quem* de una generación que en Colombia trató al castellano con una devoción inmaculada, con un fervor a la métrica y a la expresión de valores morales. Desde la publicación de *Los elementos del desastre* en 1953, la obra poética de Mutis supo revolucionar el panorama de la poesía jovial, latinista y parnasiana, que erigió a la gramática como instancia moralizante, en la Colombia de los primeros años del anterior siglo. La eclosión de una nueva modalidad de verso libre, centrado en caracterizar fielmente, “sin ostentación y sin despilfarro”, un mundo agonizante de acciones humanas, preparó un terreno para una transformación del panorama literario colombiano. Esto, sumado a su desconfianza ante la capacidad de figuración de las palabras, plantea una reflexión novedosa en el contexto del surgimiento de esta poesía.

Existe, por tanto, una conexión directa en la poesía de *Los elementos del desastre* y las *Reseñas de los Hospitales de Ultramar* (1955) con la conferencia “La desesperanza”. De esta forma, puede decirse que Mutis ve en la incomunicabilidad de la desesperanza un rasgo fundamental de la actitud poética. Si ya anteriormente en el poema “Los trabajos perdidos”

¹⁹ cf. el excelente trabajo de María del Carmen Porras, *Mirada anacrónica y resistencia. La obra de Álvaro Mutis*. Caracas: Editorial Equinoccio, 2006.

(1953) había dicho que “La poesía substituye / la palabra substituye / el hombre substituye”, ahora en la conferencia de 1965 sostendrá que la desesperanza y la incomunicabilidad de las palabras “se vive interiormente”. Así las cosas, el acto de la “substitución” que sostiene toda poesía –toda actividad humana– es una batalla desesperanzada, en donde no se “espera” nada, y en donde se entiende que el poema está en otra “cosa” que es distinta a la pretensión del poeta:

Poesía: moneda inútil que paga pecados ajenos con falsas intenciones de dar a los hombres la esperanza. Comercio milenario de los prostíbulos.

Esperar el tiempo del poema es matar el deseo, aniquilar las ansias, entregarse a la estéril angustia... y, además, las palabras nos cubren de tal modo que no podemos ver lo mejor de la batalla cuando la bandera florece en los sangrientos muñones del príncipe. ¡Eternizad ese instante!

El metal blanco y certero que equilibra los pechos de incógnitas mujeres es el poema.

El amargo nudo que ahoga a los ladrones de ganado cuando se acerca el alba es el poema.

La duda entre las palabras vulgares, para decir pasiones innombrables y esconder la vergüenza es el poema.

El cadáver hinchado y gris del sapo lapidado por los escolares es el poema.

La caspa luminosa de los chacales es el poema.

De nada vale que el poeta lo diga... el poema está hecho desde siempre. Viento solitario. Garra disecada y quebradiza de un ave poderosa y tranquila, vieja en edad y valerosa en su trance²⁰.

20 Mutis, Álvaro. “Los trabajos perdidos”, en: *Poesía, op. cit.*, p. 40.

Mutis toma de Luis Cardoza y Aragón la idea de la poesía como un testimonio de la existencia humana. Sin embargo, la creación poética es para el poeta colombiano un sinónimo de la substitución causada por la palabra, por el hombre. La verdadera poesía habita en el mundo, hace presencia en los instantes donde se evidencia el *desastre* en sus más íntimos elementos. La poesía es anterior a toda pretensión del poeta, incluso está en la duda de “las palabras vulgares, para decir pasiones innombrables y esconder la vergüenza”. En el poema “Una palabra” de *Los elementos del desastre*, se despliega esta visión esencial de la poesía:

Cuando de repente en mitad de la vida llega una palabra
jamás antes pronunciada,
una densa marea nos recoge en sus brazos y comienza
el largo viaje entre la magia recién iniciada,
que se levanta como un grito inmenso hangar
abandonado donde el musgo cobija las paredes,
entre el óxido de olvidadas criaturas que habitan un
mundo en ruinas, una palabra basta,
una palabra y se inicia la danza pausada que nos lleva
por entre un espeso polvo de ciudades,
hasta los vitrales de una oscura casa de salud, a patios
donde florece el hollín y anidan densas sombras,
húmedas sombras, que dan vida a cansadas mujeres.
Ninguna verdad reside en estos rincones y, sin embargo,
allí sorprende el mudo pavor
que llena la vida con su aliento de vinagre-rancio
vinagre que corre por la mojada despensa de una
humilde casa de placer.
Y tampoco es esto todo.
Hay también las conquistas de calurosas regiones donde
los insectos vigilan la copulación de los guardianes del
sembrado que pierden la voz entre los cañaduzales sin
límite surcados por rápidas acequias y opacos reptiles
de blanca y rica piel.
¡Oh el desvelo de los vigilantes que golpean sin
descanso sonoras latas de petróleo

para espantar los acuciosos insectos que envía la noche
como una promesa de vigilia!
Camino del mar pronto se olvidan estas cosas.
Y si una mujer espera con sus blancos y espesos
muslos abiertos como las ramas de un florido písamo
centenario,
entonces el poema llega a su fin, no tiene ya sentido su
monótono treno
de fuente turbia y siempre renovada por el cansado
cuerpo de viciosos gimnastas.
Sólo una palabra.
Una palabra y se inicia la danza
de una fértil miseria²¹.

Estos dos poemas publicados en 1953 nos permiten ver con qué radicalidad Mutis asumió desde sus inicios una determinación esencial respecto al lenguaje. El oxímoron de la palabra, la “fértil miseria”, será por tanto el motivo central por el que en 1965, año de la conferencia “La desesperanza”, el nuevo poemario publicado retome el título de uno los poemas publicados en 1953: *Los trabajos perdidos*. En lo fundamental, esta visión de la poesía, como un trabajo perdido del poeta, es una empresa casi siempre fallida en su intento de abrazar algo que finalmente sustituirá. Así, la creación poética es, tal como expresó en *El Reino que estaba para mí*, un esfuerzo por plantear las imágenes, que son el poema mismo, en una dura batalla con las palabras: “Yo los pienso mucho. Primero llegan imágenes que se van volviendo recurrentes, pero jamás las traduzco en frases de prueba. Cuando tomo el lápiz, o me siento frente a la máquina, es ya para escribir un esquema del poema completo. [...] Lo que viene después es una batalla con las palabras”²². Fiel reflejo de esta batalla, en el poemario de 1965 se revela al final de “Cada poema” la desesperanza que la misma creación suscita:

21 Mutis, Álvaro. “Una palabra”, en: *Poesía, op. cit.*, p. 21-22.

22 Quiroz, Fernando. *El reino que estaba para mí. Conversaciones con Álvaro Mutis*. Santafé de Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1993, p. 40.

Cada poema un pájaro que huye
del sitio señalado por la plaga.
Cada poema un traje de la muerte
por las calles y plazas inundadas
en la cera letal de los vencidos.
Cada poema un paso hacia la muerte,
una falsa moneda de rescate,
un tiro al blanco en medio de la noche
horadando los puentes sobre el río,
cuyas dormidas aguas viajan
de la vieja ciudad hacia los campos
donde el día prepara sus hogueras.
Cada poema un tacto yerto
del que yace en la losa de las clínicas,
un ávido anzuelo que recorre
el limo blando de las sepulturas.
Cada poema un lento naufragio del deseo,
un crujir de los mástiles y jarcias
que sostienen el peso de la vida.
Cada poema un estruendo de lienzos que derrumban
sobre el rugir helado de las aguas
el albo aparejo del velamen.
Cada poema invadiendo y desgarrando
la amarga telaraña del hastío.
Cada poema nace de un ciego centinela
que grita al hondo hueco de la noche
el santo y seña de su desventura.
Agua de sueño, fuente de ceniza,
piedra porosa de los mataderos,
madera en sombra de las siemprevivas,
metal que dobla por los condenados,
aceite funeral de doble filo,
cotidiano sudario del poeta,
cada poema esparce sobre el mundo
el agrio cereal de la agonía²³.

23 Mutis, Álvaro. "Cada poema", en: *Poesía, op. cit.*, p. 60.

VI

Es evidente que la caracterización mutisiana de la estructura del lenguaje a partir de la *substitución* es interpretable desde las *condiciones* de la desesperanza. Pero si se tiene presente no solo el condicionante de la “incomunicabilidad”, sino además, la lucidez, la soledad, la cercanía con la muerte, se podría interpretar el fenómeno de la desesperanza no solo desde el plano de la representación de las palabras, sino desde la *visión de mundo* desesperanzada que se abre en estos poemas.

Ahora bien, la determinación de la desesperanza a partir de un no “esperar” nada, trae consigo un desasimiento de la *visión de mundo* basada en la esperanza. En efecto, la actitud esperanzada abriga una confianza hacia aquello que estaría más allá de lo que está “circunscrito a la zona de sus asuntos más entrañables”. Quien mantiene la esperanza confía plenamente en las posibilidades de los *estados* de cosas que están más allá de su campo de acción. Desde esta perspectiva se fundamentará toda serie de proyectos basados en la creencia de lo que está más allá de nuestras posibilidades. La lucidez será tomada a partir del ingenuo aprovechamiento de lo que terminará convirtiéndose en vana ilusión, la incomunicabilidad en expresión que substituye, la soledad en proyección de lo que va más allá de nuestro entorno, y la relación con la muerte en el engaño de las apuestas que arriesgan un futuro que niega el fenómeno más íntimo que le es propio al hombre: la muerte. Desde esta perspectiva, como se verá, se justifican para Álvaro Mutis, aquellos proyectos, empresas, y toda clase de ensoñaciones que buscan y anhelan algo que rebasa el entorno más propio del hombre y que es, a fin de cuentas, el único en donde efectúa su auténtico paso por la tierra. Con este rechazo a la esperanza, en la poesía de Mutis se encuentran signos que procuran revalidar la condición del *desesperanzado* como la condición más propia e íntima en la que el hombre efectúa coherentemente su vida en relación con los demás.

La obra poética completa de Álvaro Mutis, la *Summa de Maqroll el Gaviero*, es una potente respuesta a todas aquellas ensoñaciones que glorifican y elevan al hombre, más allá de su limitado campo de acción. En el poema “Grieta matinal”, la *miseria* será un rasgo que el hombre deberá asumir en su radicalidad, como una forma de proyección de su propia vida. En “Moirologhia” será la muerte ese fenómeno que demuestre la infamia de toda pretensión humana, de toda vanidad y ostentación y que al final terminará siendo el verdadero impulso para la vida: “Que te acoja la muerte con tus sueños intactos”. En los “Nocturnos” y “Sonatas”, que oscilarán entre uno y otro poemario, los elementos del mundo, la noche, la lluvia, el olor de los cafetos, la presencia del tiempo, y de la “amiga”, serán esa materia de la que se nutrirán los sueños, desde la que nos preservamos “para más alto destinos” o “para llegar hasta el fin de cada día” y que hará su presencia “salvada del ajeno trabajo de los años”. A la gestación de esta construcción estética desesperanzada, se le suman una serie de relatos y obras prosísticas²⁴ que, junto a la evolución de la obra poética, darán paso a una singular exposición de la monarquía y de la historia²⁵. Tras la publicación continua, a partir de 1986, de siete novelas que serán, en opinión de Gabriel García Márquez, “uno de los milagros más grandes de nuestras letras”²⁶, la obra poética se cierra con un inmenso e inédito poema que se mantiene fiel a la incomunicabilidad del lenguaje de la desesperanza:

Pienso a veces que ha llegado la hora de callar.
Dejar a un lado las palabras,
las pobres palabras usadas
hasta sus últimas cuerdas,
vejadas una y otra vez

24 Se trata de *Diario de Lecumberri* (1958), *La mansión de Araucaíma* (1973), *La verdadera historia del flautista de Hammelin* y *Los textos de Alvar de Mattos* (1982), entre otros.

25 Posteriormente a *Los trabajos perdidos* (1965), Mutis publica los poemarios *Caravansary* (1981), *Los emisarios* (1984), *Crónica regia y alabanza del reino* (1985), *Un homenaje y siete nocturnos* (1986).

26 García Márquez, Gabriel. “Mi amigo Mutis” en: *Álbum de Maqroll el Gaviero. Álvaro Mutis en el ojo de 16 fotógrafos*. Bogotá: Santillana, 2007, p 30.

hasta haber perdido
el más leve signo
de su original intención
de nombrar las cosas, los seres,
los paisajes, los ríos
y las efímeras pasiones de los hombres
montados en sus corceles
que atavió la vanidad
antes de recibir la escueta,
la irrefutable lección de la tumba (...) ²⁷.

VII

Maqroll el Gaviero es producto de la apropiación voraz de la obra de Conrad y Melville, especialmente de *Moby Dick*²⁸. Su condición de Gaviero es una bella metáfora poética del lucido vidente, “es el que ve más lejos y anuncia y ve por los otros”²⁹. Maqroll tuvo su origen en los primeros poemas de Mutis, y en cortas narraciones que intentaban ser poemas en prosa; pero su gran desarrollo se gestó en la última década de los ochenta, en la cual, desde la biblioteca de Mutis en México D.F., empezaron a salir al público las siete novelas que integrarán las impresionantes *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero: La nieve del almirante* (1986), *Ilona llega con la lluvia* (1987), *Un bel morir* (1989), *La última escala del Tramp Steamer* (1989), *Amirbar* (1990), *Abdul Bashur, soñador de navíos* (1991) y *Tríptico de mar y tierra* (1993). Sobre la base de su constante anarquismo, su deshilvanada errancia, su sangre trashumante, y una propia y

27 Publicado en el sitio web de Álvaro Mutis en Clubcultura: <<http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/mutis/poemainedito.html>>.

28 Romero, Armando. op. cit., p. 100.

29 *Ibid.*, p. 100.

peculiar fatalidad desilusionada³⁰ para asumir empresas miríficas y abismales, se encuentran en Maqroll las características propias del desesperanzado. Para Gerald Martin:

Maqroll es un personaje único en la narrativa latinoamericana... Lo que separa a Maqroll de todo está únicamente en la naturaleza radical de su escepticismo – cercano a Nietzsche más que a Schopenhauer, a Baudelaire más que a Foucault– y la absoluta determinación que prueban ambos así como el suspenso que desde entonces está claro, fallan. Maqroll es de origen, nacionalidad, edad y fisonomía indeterminados. Evidentemente él no es un latinoamericano y no hace –aparentemente– ninguna representación del modo de ser algo peculiar en Latinoamérica. Le gusta la ficción posmoderna como a la mayoría, aunque está completamente ajeno a esta tierra³¹.

En función de la desesperanza, Maqroll es un personaje confuso y, en cierta medida, guiado por un singular destino. Maqroll, que en opinión del poeta Armando Romero “es el mismo poeta vestido con la verdad de su aventura por la vida”³², tiene una singular forma de abrirse al mundo, forma que se hace ver en su relación displicente con el mundo actual, con la sociedad. Mossén Ferrán, personaje de *Tríptico de mar y tierra*, describe con detalle la peculiar personalidad del Gaviero y su visión de la humanidad:

30 “Entre los críticos que opinan que la visión del mundo de narrador es desilusionada, se encuentra Martha Canfield. Ella opina que ‘como Ulises, Maqroll lleva una herida secreta y profunda, marca indeleble de la misma peregrinación que lo obliga a cortar de cuajo las raíces que lo aferraban a la tierra que ama, cicatriz de extirpación que, de cada tanto, se abre y duele en la nostalgia de lo perdido y lo soñado, llaga de la conciencia por donde aflora, en particulares circunstancias, el mundo naufragado en el inconsciente’. (‘Maqroll el Gaviero. Un peregrino elegido por los dioses. ‘El soñador de navíos’”, en Shimose, Pedro (edit.), Álvaro Mutis, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, p.36). Este libro se originó de las conferencias que se dieron en: ‘La semana de autor dedicada a Álvaro Mutis’, Madrid, 26-29 de octubre de 1992, Instituto de Cooperación Iberoamericana. En el mismo libro encontramos la opinión de Luisa Castro, quien dice que la caída en picada hacia la muerte y la atracción del caos y el desorden es quizá, un principio importante en las novelas de Álvaro Mutis. La referencia aparece en la parte del texto dedicada a ‘Las mujeres del Gaviero’ (Pedro Shimose, op. cit., p.78)”. Tomado literalmente de: Ponce de León, Gina. *Mujer, erotismo, mito, utopía y héroe contemporáneo en Álvaro Mutis*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 2002, p. 106.

31 Martin, Gerald. “Maqroll versus Macondo The exceptionality of Álvaro Mutis”, en: *World Literature Today*. Julio-Septiembre de 2003, p. 25.

32 Romero, Armando. op. cit., p. 100.

El Gaviero –dijo– es un anarquista nato que pretende ignorarse o que se le ignora como tal. Su visión de tránsito del hombre sobre la tierra es aún más ascética y amarga de lo que deja entender en su trato cotidiano. El otro día le escuché algo que me dejó atónito: “La desaparición de esta especie –me dijo– sería un notable alivio para el universo. Al poco tiempo de su extinción, un total olvido caería sobre su nefasta historia. Existen insectos que están en condiciones de dejar testimonios de su paso menos perecederos y fatales que los dejados por el hombre”³³.

La fuente de proviene esta visión es la falta de reconocimiento o el rechazo radical de la forma esencial como el hombre de hoy se dirige a sus fines. A favor de esto en Maqroll se hallan caracteres esenciales que lo diferencian del común, del proyecto de “hombre” construido ideológicamente y que se encarga de moldear al ser humano en un ferviente seguidor de todo tipo de esperanzas. El mundo de Maqroll es un mundo inundado por la desesperanza. Las cuatro condiciones de la desesperanza descritas en 1965 resplandecen en cada una de las incontables travesías que vive Maqroll. Su vivencia particular de la muerte³⁴ y de la soledad evidencia no solo su

33 Mutis, Álvaro. *Tríptico de mar y tierra*. Bogotá: Editorial Norma, 1993, p. 88.

34 El reconocimiento de la muerte se puede observar en las siguientes frases de Maqroll: “Si bien termino siempre por consolarme pensando que en la aventura misma estaba el premio y que no hay que buscar otra cosa diferente que la satisfacción de probar los caminos del mundo que, al final, van pareciéndose sospechosamente unos a otros. Así y todo, vale la pena recorrerlos para ahuyentar el tedio y nuestra propia muerte, esa que nos pertenece de veras y espera que sepamos reconocerla y adoptarla”, en Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*. Bogotá: Editorial Norma, 199, p. 102. “Volví a pensar que nada sabemos de la muerte y que todo lo que sobre ella decimos, inventamos y propalamos son miserables fantasías que nada tienen que ver con el hecho rotundo, necesario, ineluctable, cuyo secreto, si es que lo tiene, nos lo llevamos al morir”, en: *Ibid.*, p. 95. “La muerte venida de tales manos, no es la muerte que le tocaba desde siempre, la muerte que ha venido preparando durante toda una vida; desde el instante mismo de nacer. Cada uno de nosotros va cultivando, escogiendo, regando, podando, modelando su propia muerte. Cuando ésta llega, puede tomar muchas formas; pero es su origen, ciertas condiciones morales y hasta estéticas que deben configurarla, lo que en verdad interesa, lo que la hace sino tolerable, lo cual es muy raro, si por lo menos, acorde con ciertas secretas y hondas circunstancias, ciertos requisitos largamente forjados por nuestro ser durante su existencia, trazada por poderes que nos trascienden, por poderes ineluctables”, en: Mutis, Álvaro. *Abdul Bashur, soñador de navíos*. Bogotá: Editorial Norma, 1991, p. 179. “... la muerte, lo que suprime no es a los seres cercanos y que son nuestra vida misma. Lo que la muerte se lleva para siempre es su recuerdo, la imagen que se va borrando, diluyendo, hasta perderse y es entonces cuando empezamos nosotros a morir también”, en: Mutis, Álvaro. *Ilona llega con la lluvia*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1987, p. 108.

desconfianza ante las palabras –“Saber que nadie escucha a nadie. Nadie sabe nada de nadie. Que la palabra, ya, en sí, es un engaño, una trampa que encubre, disfraza y sepulta el precario edificio de nuestros sueños y verdades, todos señalados por el signo de lo incomunicable”–, también indica su insaciable pasión por ser fiel a lo que le rodea en su mundo-entorno: Maqroll ama a sus amigos, les muestra lealtad y los “vivencia” sin esperanza alguna, gozando cada instante ofrecido en su azaroso destino.

Mutis desglosa en las siete novelas la amistad de Maqroll con Flor Estévez, el *Capi*, Ilona Grabowska, Abdul Bashur, Amparo María, Jon Iturri, el mítico Alejandro Obregón, Mossén Ferrán, y el tierno Jamil, entre otros. También el mismo Mutis entra con cierta timidez y con una rara curiosidad al “círculo” de Maqroll, despejando así la figura hasta entonces evidente del Gaviero como un *alter ego* del poeta colombiano. Sin embargo, esta relación singular entre Mutis y Maqroll ha sido perfectamente leída por Gabriel García Márquez en una de las más sugerentes y valiosas invitaciones a la lectura de la obra de Mutis: “Basta leer una sola página de cualquiera de ellos para entenderlo todo: la obra completa de Álvaro Mutis, su vida misma, son las de un vidente que sabe a ciencia cierta que nunca volveremos a encontrar el paraíso perdido. Es decir: Maqroll no es sólo él, como con tanta facilidad se dice. Maqroll somos todos”³⁵.

Si tal como lo dice García Márquez, *la obra completa de Álvaro Mutis, su vida misma, son las de un vidente que sabe a ciencia cierta que nunca volveremos a encontrar el paraíso perdido*, de esta forma es válido preguntar ¿Se puede localizar así, una apreciación personal de Álvaro Mutis acerca de la desesperanza?, ¿Cuál es la opinión personal, extraliteraria, del propio Mutis?

35 García Márquez, Gabriel. op. cit., p. 30.

VIII

Una de las anécdotas más curiosas en el trayecto vital e intelectual de Álvaro Mutis es la referente a su paso desafortunado por el periodismo, concretamente con el cierre de su columna “Bitácora del reaccionario” en el diario mexicano *Uno más Uno*. En una entrevista con Julio Martínez Mesanza y Nazareth Echart, publicada inicialmente en 1998, Mutis comenta la génesis y el fracaso de esta experiencia en el mundo del periodismo de la siguiente forma:

Esa “Bitácora del reaccionario” tiene una pequeña historia. El director del periódico *Uno más Uno* me dijo un día: “Álvaro, mándame artículos tuyos de vez en cuando. No estás obligado a hacerlo un día fijo, (pensar que el jueves tuviera que escribir para ir el viernes al periódico me produciría una histeria espantosa). Cuando quieras, como quieras, pero que sea una cosa regular”. Pocos días después, le dije: “Voy a escribir algo cuyo título será ‘Bitácora del reaccionario’. Lo que quiero hacer es lo siguiente: siempre que se me ocurra, mostrar el punto de vista de un reaccionario frente a un fenómeno social, político o cultural: qué piensa y cómo debe de pensar un reaccionario”³⁶.

Prosiguiendo con este relato, Mutis comenta la forma en que terminó la historia:

Eso terminó en una de las lecciones más bellas que me ha dado la vida. Duró sólo un par de meses. Un día me mandó llamar el director del periódico y me dijo: “Mira, nosotros estamos muy contentos con tus artículos, desde luego, pero tenemos un problema con el título de la columna, ‘Bitácora del reaccionario’, porque hay mucha gente que empieza a creer que sí eres un reaccionario”. Pensé un momento en decir algo, pero finalmente le dije:

36 Martínez Mesanza, Julio y Echart, Nazareth. “‘Prefiero ser iluso con el pasado a serlo con el presente’: Entrevista a Álvaro Mutis”, en: *Nueva Revista, Número 69, diciembre 1998*, p. 24.

“Está bien, no tengo nada que decir ante una sandez tan impresionante”³⁷.

En esta experiencia desafortunada se evidencia la apreciación socialmente incómoda del reaccionario: “‘Reaccionario’ –dice Mutis– desde que comenzó a utilizarse, ha sido un adjetivo muy peyorativo. Yo reacciono contra todo el horror que hay ahora y pienso que tal vez hubo tiempos mejores, con lo cual soy también un iluso, pero prefiero ser un iluso así que ser un iluso con el presente; con el presente no puedo”³⁸. Para Mutis, con esta posición, se abre un terreno en el cual, a partir de una visión radical de la historia, se desmienten y se renuevan ciertas creencias instauradas en proyectos y empresas desafortunadas. La posición de Mutis, tal como lo ha descrito Álvaro Castaño Castillo, es en este sentido la del “gran inconforme”.

Álvaro Mutis, en este plano de su mirada anacrónica, se ha definido a sí mismo como “monárquico, gibelino y legitimista”. Esta disidencia se empata con la tesis sostenida en toda su obra literaria respecto a la naturaleza de la desesperanza. La experiencia de la desesperanza “como manera de percibir la realidad sin afeites, maquillajes o engaños...”³⁹ “de las ideas liberales, la tendencia racionalista”⁴⁰ y la modernidad, genera una nueva forma de ver –lúcida– de los fenómenos. La desesperanza no es del todo contraria al esperar, pero es de una naturaleza distinta. El desesperanzado no rechaza todo esperar, “(...) por el contrario, es así como sostiene... las breves razones para seguir viviendo. Pero lo que define su condición sobre la tierra, es el rechazo de toda esperanza más allá de los más breves límites de los sentidos, de las más leves conquistas del espíritu”⁴¹. Con el rechazo de toda “trascendencia”, a todo vínculo con una esperanza que está más allá del *mundo circundante*, el núcleo fundamental, el hontanar de donde fluyen todas esas “esperanzas” es el

37 *Ibíd.*

38 *Ibíd.*

39 García Aguilar, Eduardo. *Celebraciones y otros fantasmas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993, p. 26.

40 *Ibíd.*, p. 36.

41 Mutis, Álvaro. “La desesperanza”, en: *Prosa*, *op. cit.*, p. 193.

hombre moderno, considerado como construcción teórica en función de la ideología a partir de algunas posturas que han sabido sacar a flote su rasgos más íntimos, a partir de una actitud de disensión. Marx enfatizó en cierta enajenación del hombre gracias al modelo económico del capitalismo. Foucault propuso la construcción histórica de este hombre a partir de una relación entre saber y poder. Heidegger reconoció desde la esencia de la técnica, una transformación esencial del modo de ser del hombre hacia el desarraigo y el pensamiento que calcula.

Desde Jean-Jacques Rousseau hasta Lenin —dice Mutis— no hemos visto sino derrumbarse una tras otra estas grandes construcciones mentales en donde se hace la siguiente trampa: se crea una imagen de hombre ideal que se ajusta con perfección a los planteamientos y propuestas de las ideologías, cuando en verdad el hombre cada día cambia⁴².

Con base en la desesperanza hacia el hombre moderno, Mutis en múltiples ocasiones ha mencionado su posición política, la época en la que le hubiera gustado vivir; todas concordantes con el alejamiento hacia el hombre moderno⁴³, especialmente de sus “esperanzas” que se dirigen a una visión del desarrollo de la historia hacia un “final feliz”:

La visión de que vamos —dice Mutis— a un mejoramiento, la noción de progreso, para que lleguemos a la palabra falsaria por excelencia, es la gran tartufada inventada en el siglo XVIII. Yo no creo que vamos a ninguna parte, es más cualquiera que vea el mundo hoy en día se dará cuenta de que si íbamos para alguna parte, ya sencillamente caímos al abismo⁴⁴.

42 García Aguilar. op. cit., p. 42

43 “Hubiera querido vivir durante buena parte del reinado de su muy católica majestad el rey Felipe II, gozando de la confianza y aprecio del monarca... En un vasto palacio madrileño, destartalado e incómodo hubiera reunido una pequeña corte de enanos y monstruos, entre servidores y bufones, a quienes les hubiera recordado a toda hora sus deformidades y lacerias”. Entrevista de Gloria Valencia a Álvaro Mutis, en: <<http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/mutis/entrevista.html>>.

44 García Aguilar. op. cit., p. 47.

“El mundo de Mutis está desprovisto –dice Armando Romero– de las seguridades que brinda el raciocinio político y las posibilidades de cambios y mejoras que vendrían de un nuevo acuerdo social; en él reina junto al miedo, compañía sempiterna del desesperanzado, la presencia inevitable de la muerte. Es por eso que Mutis rompe con todos los asideros que la sociedad da al hombre para que soporte el desgaste, el deterioro, que ocasiona la vida”⁴⁵. La desesperanza, así, deviene en una importante como posición crítica; es en sí misma la postura contradictoria, antitética y, si se quiere, pesimista por excelencia de todas las esperanzas, que el hombre se crea:

Yo tengo una ausencia total de interés por todo fenómeno político posterior a la caída de Bizancio en manos de los infieles... Esto parece cínico, parece que estuviera haciendo una frase, pero te juro que tengo la incapacidad, no digo ya la falta de interés, no la incapacidad de juzgar asuntos políticos. A mí la violencia me dejó completamente indiferente. Es horrible, porque la violencia desangró este país, fue una lacra que lo deshizo y lo deshace. Pero los hombres y las cosas que no tengan ya la dorada lejanía de la historia, cierta grandeza, me dejan impasible, no los frecuento⁴⁶.

A mí me parece una falta de respeto tratar de explicarle a alguien que la democracia es una farsa. Es una mentira y un sueño imbécil. La mayoría no puede producir sino necedades y soluciones mediocres, intermedias y falsas. La mayoría de los hombres es un ganado, un rebaño, y no puede determinar nada... Lo decía muy bien Ortega y Gasset alguna vez: “Cuando mucha gente está de acuerdo es para una bellaquería o para una idiotez”⁴⁷.

Con este rechazo “de toda esperanza más allá de los más breves límites de los sentidos”, desde el plano literario Álvaro Mutis ha mostrado su inconformidad con el manejo ideológico que sostiene la idea de la construcción de todo sueño político

45 Romero, Armando. op. cit., p. 103.

46 *Ibíd.*, p. 103

47 García Aguilar. op. cit., p. 45.

pensado desde la idea de determinar una precisa y ordenada manera de usar el lenguaje. De esta forma, desde Mutis se puede observar que todo proyecto ideológico, incitado desde la comunión y la semejanza lingüística y cultural, mantiene oculto el germen de la “esperanza”, esto es, la planificación y dominio sobre una idea que es forzada a *ser*, independientemente de las conjeturas que esta misma idea sostiene. No obstante la necesidad enmarcada por gramáticos y lingüistas de acentuar el uso del español de acuerdo a un cierto tipo de orden moral, Mutis considera que la cuestión central de una idea-proyecto de una reificación de nuestra lengua implique el punto central de una visión que diga *hacia dónde vamos*. Así, en el marco del Primer Congreso Internacional de la Lengua Española en Abril de 1997, frente a la discusión por la subsistencia del castellano, Mutis fue enfático en señalar hacia dónde se dirige el verdadero problema:

Hace mil años que vive el castellano; durante los primeros siglos se llenó de voces árabes, engarzadas en términos y construcciones latinas y en no pocos vocablos griegos, y a esta mezcla vino a sumarse el Euzcaro, el germano y hasta el celta. Que yo sepa, nadie se alarmó entonces. Dejemos ahora que el castellano viva su destino, confiemos en su poder de supervivencia y de transformación, y no intentemos ser, en este caso, más papistas que el Papa. Nos queda un refugio, ya nos lo dijo bellamente, hace unos días, Octavio Paz: “A su vez la palabra es hija del silencio, nace de sus profundidades, aparece por un instante y regresa a sus abismos”. El silencio, el silencio que pedía Rimbaud para el poema absoluto.

No nos inquietemos por la suerte de nuestra lengua, inquietémonos más bien por nuestra precaria posibilidad de subsistir en esta época atroz en donde se oyen ya las trompetas del Apocalipsis⁴⁸.

Esta crítica –fruto de una interpretación del lenguaje y de la palabra a partir de una concepción de la desesperanza como

48 Mutis, Álvaro. “La conspiración de los zombis”, en: *La jornada*, abril 27 de 1997: <<http://www.jornada.unam.mx/1997/04/27/sem-mutis.html>>.

esperar sin objeto— evidencia el carácter problemático de una idea tan simple como la de pretender regular la fuerza del lenguaje a partir de una idea preconcebida del hombre y la cultura. Tomar a una lengua como el español a partir de un proyecto moralizante acerca del uso de las palabras, equivale para Mutis al problema que subyace a toda lengua a partir del influjo de las *ideologías*: el peligro existente en el mundo actual y que, bajo los nombres de nihilismo, decadencia o crisis, se observa en las distintas tendencias humanas al poner en peligro la subsistencia de la misma. La revolución literaria que gestó la obra mutisiana a mediados de la década del cincuenta del siglo pasado, se entiende de mejor forma si, a partir del rechazo a las instancias estéticas que regían a la sociedad, es comprendida como una revolución que pretende establecer el nexo de toda desesperanza en la idea focal del lenguaje y en toda determinación de la esencia del actual hombre en el mundo contemporáneo. En ocasión de la entrega del Premio Príncipe de Asturias de literatura en el año 2001, Álvaro Mutis expresó el lugar de donde proviene su obra literaria: de la finca de Coello en el Tolima, y su relación con “ese averno devorante que han dado en llamar la modernidad”:

Allí tuve la dicha y la fortuna de conocer el Paraíso en la tierra: la hacienda de mi familia materna, de vieja tradición en esos cultivos. En ese lugar... nació mi vocación literaria. No hay una sola línea en mi poesía o en mis relatos, que no tenga su secreta raíz en esa región que guardo en la memoria para ayudarme a seguir viviendo. Escribo sólo para mantener intacto ese recuerdo y darle una fugaz posteridad por obra de mis eventuales lectores. Pero necesario es admitir que hablo de un Paraíso cuya existencia se esfumó, arrasado por ese averno devorante que han dado en llamar la modernidad... A nadie puede escapársele ya la evidencia de que asistimos a la vertiginosa agonía de todos los principios y certezas que han signado durante milenios la conducta del hombre, cuyo perfil como persona va borrándose paulatinamente y es reemplazado por el fantasma que intenta imitarlo

en la brumosa pantalla electrónica. Es así como estos nuevos medios de una pretendida comunicación, puestos al servicio de una sociedad de consumo, de cada día más vasto y asolador alcance, conspiran para anular la noción de individuo y la existencia misma de la persona que casi nada cuenta ya y va a fundirse en esa masa informe que se mueve a impulsos de un hedonismo primario y de un afán cainita que invade cada vez con mayor saña todas las regiones del planeta⁴⁹.

A primera vista se observa aquí que su obra surge de su vínculo con el mundo circundante, y, a favor del exilio de Maqroll, que fue también su exilio, se denota una ubicación e identificación de la naturaleza de la modernidad y de los peligros que en esta acaecen. El eje de esta visión contundente hacia el mundo moderno, es en esencia proveniente de un disenter desilusionado de todo tipo de esperanza *más allá de los más breves límites de los sentidos, de las más leves conquistas del espíritu*. Sobre la base de la desesperanza, la actualidad se manifiesta como la realización consumada de las relaciones entre el mundo y las esperanzas trascendentes del “hombre moderno”. Así la desesperanza se hace ver como la forma actual de percibir el fundamento de la era contemporánea, que reside en el abismo de la modernización, la fe en el progreso, y la pérdida de la humanidad, desde el rechazo de toda esperanza “trascendente”. Ante la esperanza (no trascendente) que se crea en el vínculo originario del hombre ante su tierra natal; única esperanza que el desesperanzado acepta, Mutis expresó en 2007 un mensaje especialmente significativo para los colombianos, anunciado desde la coherencia interna de su propia *visión de mundo*, y desde la mutua pertenencia que el mismo mundo exige:

Como está el mundo hoy, es muy difícil decir algo, pero a los colombianos: que quieran su tierra, que amen profundamente esa tierra maravillosa donde nacieron

49 Mutis, Álvaro. “Discurso de entrega del Premio Príncipe de Asturias de las Letras”, en: < <http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/mutis/premios-discurso2.html>>.

y de la que son dueños y que se convenzan de que al mismo tiempo esa tierra es dueña de ellos. Que vivan así Colombia, como una parte esencial, vital de su ser⁵⁰.

Álvaro Castaño Castillo, director de la emisora HJCK y amigo íntimo del poeta, describió el carácter de Mutis, de esta forma: “Mutis poeta, Mutis escritor, Mutis locutor, Mutis dueño de casa invitando a los oyentes para que hablen de música, de literatura, de artes plásticas; Mutis entrevistado declarando en qué época del mundo le hubiera gustado vivir, Mutis escandalizando a las gentes de bien al confesar cuál es su hobby, Mutis nostálgico recordando a Eduardo Carranza, Mutis riendo con la carcajada ritual de que nos habla Alberto Zalamea, Mutis en fin, testigo y actor de nuestro tiempo”⁵¹. Álvaro Mutis es, tal como declaró Lauren Mendinueta en un homenaje en 2013 a sus 90 años: “el decano de los poetas colombianos vivos y uno de los grandes nombres de la poesía hispana contemporánea”⁵². Fallecido en el año 2013, su obra es un bastión estético y cultural, “uno de los grandes milagros de nuestras letras”, en donde puede leerse un signo original, una visión de mundo propia que tiene muchos elementos que ofrecer a la hora de comprender el transcurrir histórico de un pueblo como Colombia. A finales del siglo pasado y a comienzos del presente, la obra de Álvaro Mutis fue merecedora de las más altas distinciones. Las múltiples traducciones a diversos idiomas, las ediciones críticas y los innumerables premios –entre ellos el Premio Reina Sofía de Poesía de Iberoamérica, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras y el Premio Cervantes, así como muchos reconocimientos, ordenes, y honores en Colombia, Francia, Italia, España y México–, dan muestra de la calidad de una obra que ha ido sumando lectores y adeptos a lo largo y ancho del globo terráqueo. Sin embargo, más allá de todo el merecido decoro, la obra de Mutis recrea un universo literario

50 Rodríguez Pouget, Sofía. “Álvaro Mutis rompió el silencio que, por un duelo, lo mantiene alejado de medios y actos públicos”. Diario *el Tiempo*, 30 de junio 2007.

51 Castaño Castillo, Álvaro. “Álvaro Mutis, el gran inconforme”, en: Álbum de Maqroll el Gaviero. *Álvaro Mutis en el ojo de 16 fotógrafos*, op. cit., p. 16.

52 Prólogo a *Os versos do Navegante. Antologia poética. Traducción de Nuno Júdice*. Lisboa: Assírio & Alvim, 2013, p. 9.

sólido capaz de asombrar a cualquier lector desprevenido. Si la poesía en sí misma no se limita al deleite estético, si como tal su efecto no se reduce a la mera impresión estética de goce que las palabras producen, si la poesía en sí misma es creación de mundos, apertura de *sentidos*, entonces la poesía y toda obra literaria de Álvaro Mutis puede asumirse como una obra abierta, como un mundo por explorar en donde gran parte de los colombianos, y de todo aquel lector posible, pueda leer una parte de su propia historia, ligada a la esencia vital que el hombre despliega en su actuar en el mundo que lo rodea. Aunque en un mundo sostenido en las grandes verdades metódicas de las construcciones políticas, sociales, y científicas, la poesía quede relegada a un plano de lo inactual y lo ineficiente; lo cierto es que la poesía en su esencia más íntima es una de las más altas formas, sino la más alta, de ver el mundo.



ÁLVARO MUTIS:
entrevistas

LOS SUEÑOS INTACTOS ENTREVISTA CON ÁLVARO MUTIS

*Gonzalo Márquez Cristo
Amparo Osorio*

Arribamos a la presentación del No. 1 de la revista *Atlántica de Poesía* acompañados del escritor colombiano Carlos Jiménez. Los anfitriones esperaban ansiosos a que aumentara la concurrencia para iniciar el evento que tenía por enemigo una ventisca fría, que desde hacía dos horas levantaba constantemente una bandera de hojas en las calles de Madrid, un “fantasma verde que huía con rumbo indefinido”, según diría más tarde nuestro imprevisto personaje.

Al ponernos a salvo en el auditorio, todavía trémulos por la arremetida del clima, nos sorprendió la notoria presencia de Álvaro Mutis, parado y solitario, con un vestido azul de grandes solapas y una camisa de rayas rojas, contemplando en el estrado a Caballero Bonald y a José Ramón Ripoll, quienes se preparaban para iniciar la ceremonia. Con precaución nos acercamos al fiel cómplice de Maqroll pues sabíamos que se había dedicado casi por completo a la narrativa y que la temida fama comenzaba a ensañarse con él, primero atacándolo con el Premio Villaurrutia en México y luego con el *Médicis Étranger* en Francia.

—Es bueno encontrar colombianos aquí, fuera de las cárceles... Lo digo yo que conozco esa experiencia— dijo eufórico con su característica fraternidad, dejando un cálido aroma del vino en el aire.

Un año y medio en la prisión de Lecumberri en México había sido un drama para su vida y una suerte para su obra, pues

allí la lectura tenía la calidad de un dios ineludible. Según refiere en ese escenario hostil sus barricadas interiores fueron usadas al extremo y «jamás el sueño fue un visitante indeseado».

—¿Recuerda algo benéfico de aquel periodo tan aciago?

—Apartándome del desasosiego inherente al hecho de estar separado de los amigos creo que en la cárcel el tiempo me era pródigo para la reflexión y desde entonces supe para siempre que el silencio no existe, que la noche es atravesada por rumores y voces temerarias... Que el silencio es patrimonio inviolable de esos seres venidos de otro tiempo, que algunos llaman poetas.

Ante ese recibimiento le pedimos quince minutos a solas en un rincón del gran auditorio para urdir esta conversación que persigue las señas particulares de una voz celebrada por Octavio Paz con las siguientes palabras: “Mutis es un poeta de la estirpe más rara en español, rico sin ostentación y sin despilfarro”.

—Es extraño venir a conocernos en España. Últimamente he visitado poco Colombia aunque en verdad jamás he salido de Coello, el pueblecito que originó mi paisaje interior—dijo con su voz estentórea.

—*Nos parece increíble que el demiurgo de Maqroll piense que el viaje es ilusorio y que nunca ha salido del Tolima —dijimos. Mutis dejó escapar su reconocida carcajada y comentó:*

—No deben estar tan seguros, si Maqroll está obsesionado por el viaje es porque sabe que ese acto es una de las mayores ilusiones del hombre. Y también es así como logra olvidar los vejámenes propinados por el amor, por el desafecto y por lo más soez de la condición humana...

—*Durante toda su vida el viaje ha sido su ejercicio incesante...*

—Más que ejercicio un reposo, pues en los aeropuertos y en los aviones estamos a merced de un tiempo enrarecido, que nada tiene que ver con el transcurrir que enfrenta el héroe de mis novelas. Mi padre fue diplomático por lo cual desde mi primera infancia me he empeñado en vulnerar fronteras. Luego, debido a mi trabajo como distribuidor cinematográfico, he podido conocer muchos países. El viajero contemporáneo es

un ser desprovisto de voluntad, ese rasgo impetuoso que poseía aquel individuo que se desplazaba en caballo o camello ya no existe, pues dependemos de una estructura que nos acomoda como fardos, nos traslada en forma pasiva de un país a otro, nos convierte en objetos de una máquina impersonal, y a veces en víctimas de una estructura policiva que margina a un cúmulo de pasajeros por motivos inhumanos, como ser de una nacionalidad proscrita. Simplemente quiero decir que cuando viajo tengo mucho tiempo para leer, para reflexionar y a veces para escribir en libretas o tras las facturas de los hoteles, lo cual me ha causado más de un problema cuando debo presentarlas como soporte de mis viáticos.

—*Nos divierte la idea del viaje como reposo, en su caso y dada su actividad creativa sería una especie de reposo en la luz, para decirlo con las palabras de Joubert...*

—Ustedes son las únicas personas que aún leen a Joubert en el mundo, extraordinario escritor. La exclusión de la dificultad de esta sociedad que tiende a simplificar todas las cosas tiene unas consecuencias aberrantes. Una gran obra como un amor, en su origen es un tributo a nuestra incomprensión, a nuestra ineptitud. La confrontación de un triste lector con una pieza maestra del arte es difícil porque implica una suerte de violación, una entrega de todas las huestes críticas que nos acompañan para que entre un ejército ajeno a utilizar nuestra imaginación y a veces nuestras convicciones.

—*Su escepticismo es reconocido, la esperanza en un tiempo mejor no matiza su obra. ¿Alguna vez se ha sentido cómodo en la época que le tocó vivir...?*

—No espero nada bueno del hombre y a veces ni siquiera de la mujer. Espero que el planeta le sea restituido pronto a una especie más coherente... Mi predilección por el Siglo de las Luces es absoluta. Las buenas maneras unidas a un delicioso libertinaje me sobrecogen. La forma encontré en esos años una exquisitez inolvidable. El progreso técnico de nuestro tiempo me resulta de alto riesgo; yo nunca he podido confiar en la luz eléctrica, mucho menos en la televisión o en el teléfono. Son aparatos engañosos que merecen una interpretación similar a la de Platón en el Mito de la Caverna.

—*El paisaje es el protagonista de algunas novelas latinoamericanas. La exuberancia natural crea un tipo de literatura que asombra a los europeos... Nuestras selvas forjan personajes delirantes que no pueden existir en otras latitudes...*

—Los europeos o norteamericanos inventan fórmulas para poder comprendernos y lo grave es que nosotros las creamos. Con esto quiero decir que el Realismo Mágico no existe, y que es una simplificación. Para los franceses todo el arte de nuestra América Latina es igual y puede circunscribirse en esas dos gastadas palabras, y aquello es falso. En cuanto a la parte final de la pregunta puedo decir que una de las manifestaciones más poderosas de la selva es la locura. Allí no sólo la naturaleza es demencial sino que los hombres que la habitan viven una realidad desmesurada. Yo conocí ese territorio tan parecido al averno trabajando en una multinacional petrolera. Uno imagina que esa multiplicidad de especies puede ser una experiencia entretenida pero por el contrario, lo he reiterado muchas veces, es una experiencia tediosa, monótona y que linda con el horror. Por lo cual, si es cierto como dice el adagio de que los árboles no dejan ver el bosque, estoy seguro de que el bosque sí deja ver los árboles, pero todos son el mismo. La humedad es amenazante y arrasa la piel y la ropa. Los extranjeros que la habitan muchas veces terminan alucinados y se convierten en una nueva especie sin identidad definida, y participan de todos los ritos como Tarzanes pintorescos. Allí nadie está a salvo de la locura.

—*José Eustasio Rivera ya lo sabía... —comenzamos a decir y en ese momento escuchamos a José María Ripoll invitando a los asistentes a sentarse para iniciar el acto; entonces vimos que Mutis se alteraba, por lo cual decidimos concluir la charla—: La última pregunta, Álvaro, es sobre un tema que nos preocupa... ¿La narrativa ha usurpado el espacio que tenía la poesía en su creación o es una enfermedad momentánea?*

—La escritura es para mí una necesidad y no una disciplina feroz. Desprecio la imagen del escritor que hace una carrera literaria, en eso soy un poeta. Goethe entendió la *literatura como liberación*, no como el calabozo cotidiano de muchos no-

velistas, legado que para mí es insuperable. Y en lo referente a la poesía quiero tranquilizarlos: ella nunca se mueve, tiene un pacto extraño con la eternidad pues se burla del pasado y del porvenir, y siempre está en mis aguas interiores, a la cercana distancia de mi propio corazón.

El evento inaugural de la revista había comenzado y nos vimos obligados a ultimar este diálogo deleitoso. Intentamos complementar nuestra conversación el día siguiente pero Mutis tenía una agenda insobornable. Años después, primero en Bogotá y luego en la Ciudad de México, volvimos a encontrarlo convocados para rendir tributo a su obra cada vez más cargada de reconocimientos, pero jamás pudimos concertar la soñada cita que diera fin a este diálogo inconcluso. Y mientras esto ocurre no tenemos otra alternativa que evocar su frase de despedida pronunciada aquella noche fría de Madrid, proveniente de uno de sus más hermosos poemas incluido en el libro *Los trabajos perdidos*:

—Agradezco tan generoso interés en mi pensamiento y en mi obra. No puedo desearles algo mejor que lo siguiente: “¡Que los acoja la muerte con todos sus sueños intactos!”

Y hoy, a pesar de tantas esperanzas arrasadas y del avance mutilador de este tiempo sombrío, sólo podemos decirle, Álvaro, que seguiremos intentándolo.

(Madrid, noviembre de 1991)

“PREFIERO SER ILUSO CON EL PASADO A SERLO CON EL PRESENTE”:

Entrevista a Álvaro Mutis*

*Nazareth Echart
Julio Martínez Mesanza*

Julio Martínez Mesanza —*En su infancia hay un hecho que marcará su obra literaria profundamente. Me refiero a su temprano viaje a Europa, con sólo dos años y a sus primeras lecturas, que tienen lugar también en Europa.*

Álvaro Mutis —Desde luego, ese viaje me marcó muchísimo, porque ocupó esos años en los que realmente uno se forma. La gente tiene la idea de que uno se forma en la adolescencia, pero no es así. Uno se forma entre los cinco, seis, diez, once años. Entonces es cuando sabes quién vas a ser y qué vas a ser en la vida. Esto es difícil de aceptar, pero yo lo he vivido así.

Nosotros viajamos cuando yo tenía dos años a Europa, pues mi padre fue nombrado Ministro Consejero de la delegación de Colombia en Bruselas. Allí viví nueve años primero y después dos más, porque mi padre murió y mi madre regresó a Europa conmigo.

Yo nací de padres hacendados, gentes sembradoras y cultivadoras de café, criadores de ganado, “terratenientes”, en definitiva, aunque ésta es una palabra que siempre trato de evitar. Mi infancia fue un pasar completamente normal y cómodo. Todos los niños tienen una idea muy curiosa y muy fuerte, que es: “aquí voy a vivir y de aquí soy yo, esto ya no me lo puede quitar nadie: el colegio, los cambios de estación, las ciudades, el país...”, con todo lo que eso significa.

* Entrevista publicada por primera vez en *Nueva Revista*, Número 69, Madrid, diciembre 1998.

Cuando nosotros tuvimos que regresar a Colombia, yo no entendía nada, y me decía ¿por qué regresar a Colombia? Mi madre, que tenía los pies sobre la tierra, con una disposición y disponibilidad de la vida muy alegre y generosa, en ese momento fue muy dura, y me dijo: “Mira, Álvaro, esto se acabó”. Yo me quedé paralizado, ¿qué quería decir con eso? Subimos al barco y llegamos a Colombia. No es que Colombia fuera para mí un país desconocido –en casa hablábamos español– pero realmente mi idioma era el francés.

En el camino a casa, tuve la fortuna –esto lo he dicho y repetido mil veces– de que nos paráramos en una hacienda de café y caña que había fundado mi abuelo. Aquello era el paraíso: flores por todas partes, dos ríos que confluían junto al edificio de la hacienda y una belleza de la naturaleza tan absoluta que yo empecé a disfrutar de ello como algo completamente irreal, pues era lo menos parecido al clima de Bélgica. Esto me marcó tremendamente.

Ya cuando llegamos a Bogotá, la ciudad no me gustó. Bogotá está a tres mil metros de altura en plenos Andes. Hacía frío... Yo acababa de estar exactamente en el paraíso, y eso influyó muchísimo en mí. Bélgica quedó atrás como un recuerdo, como una especie de armario al cual yo iba a coger imágenes y el idioma. Sin embargo, toda la presencia de la naturaleza que aparece en mi poesía y en las siete novelas, nacen de la hacienda y sus ríos.

Eso hizo de mí un pésimo estudiante, naturalmente, porque lo que yo quería era volver allí a leer. Fui un lector devorador. Comencé leyendo los libros de mi padre, que en general eran de Historia, y al mismo tiempo leía a Julio Verne y Emilio Salgari. Ya sé que la mezcla es un tanto incomprensible y absurda, pero me divertía enormemente. Leía los volúmenes de Historia como si fueran una novela de aventuras. Eso me dejó un gran interés por la Historia y un inmenso escepticismo sobre las hazañas de los hombres, sobre la idea de que progresamos en la vida, de que todo va para bien. Yo sigo pensando que el siglo XIX es el siglo idiota.

Así, pues, comencé muy rápidamente a leer libros que después, muchos años después, me di cuenta de que eran obras maestras, que yo leía con el criterio de un joven. Por ejemplo, las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, un libro que me sigue interesando, aunque por otras razones mucho más profundas, relacionadas conmigo y con mi destino.

J.M.M. —*Ha citado a Salgari, a Verne..., ¿y Stevenson?*

A.M. —Eso viene después. Curiosamente, Stevenson, Melville y Conrad llegan cuando ya tengo yo 18 o 19 años. Ya en Colombia, descubrí primero a Stevenson, que sigue pareciéndome extraordinario. La historia mejor narrada del occidente es *La isla del tesoro*. Cada vez que la leo me asombra más esa habilidad extraordinaria para narrar una historia en la que el lector cree que está siguiendo una pista y ésta no es la pista principal. Eso es una maravilla. Están después los otros libros de Stevenson, Melville —la lectura de *Moby Dick* también me marcó muchísimo— y Conrad, que lo leí siendo muy joven. Por entonces comencé también a leer a los clásicos. En el bachillerato se encargan de arruinártelos, porque se convierten en una obligación. Yo jamás he leído por obligación.

J.M.M. —*Desde luego, las lecturas obligatorias son un despropósito.*

A.M. —Claro, es que entonces le tomas fastidio al *Quijote*, a Garcilaso de la Vega... a todo lo que se lee así. Cuando leí por primera vez *El Quijote*, yo me dije: “Este es el libro más divertido que he leído nunca, porque este par de locos están igualmente locos el uno que el otro, son lo más parecido a uno que puede haber”, y empiezas tú a hacer tu propio *Quijote*, pero lo estás rescatando del tedio del bachillerato, bachillerato que, por cierto, yo no terminé.

J.M.M. —*¿Tuvieron la culpa las muchas lecturas y el billar?*

A.M. —Sí, el billar y la poesía acabaron con mi calzón de bachiller. He contado esta anécdota muchas veces. Yo estudiaba en el colegio El Rosario, donde fue profesor en el siglo XVIII José Celestino Mutis, el hermano de mi tatarabuelo. A los Mutis se les tenía allí especial consideración. Un día me

llamó el rector, que era monseñor Castro Silva, un gran lector y hombre de inmensa cultura, y me dijo: “Álvaro ¿qué vas a hacer? Tienes seis exámenes de reválida. Pero lo grave no es eso, sino que llevas dos años que te hemos perdonado, pero tienes que hacerlos y tú no puedes hacer eso. ¿Qué vas a hacer?”. Entonces me salió una frase que no es ninguna paradoja; no pretendía ser ingenioso. Le dije: “Monseñor, es que yo no puedo perder el tiempo estudiando y dejando de leer”. Y es que en esa época yo ya estaba entrando en los escritores de mi vida personal, como Baroja. Entonces, me dijo: “Te entiendo perfectamente. Yo hablo con tu mamá y ya no sigas con esta lucha. La biblioteca del colegio –me vio la angustia en la cara– está a tu disposición, ven cuando quieras. Tú perteneces a esta casa por razones que bien conoces”. Tenían una biblioteca magnífica, sobre todo, de literatura francesa, tenían maravillas. Así se acabó mi bachillerato y descubrí el billar, que es lo más parecido a la poesía.

Entonces empecé a trabajar para ganarme la vida. Me casé muy joven y ahí comenzó algo que ha marcado mucho mi vida y que es difícil de explicar a quien se me acerca como a un intelectual, como a un hombre que ha vivido de su vocación literaria. No es mi caso, yo jamás he vivido de mi vocación literaria.

J.M.M. —*Eso le proporciona mucha más libertad...*

A.M. —Claro, yo nunca he escrito en un periódico, por ejemplo. Bueno, sí, cuando quiero decir algo. Pero nunca he sido periodista, nunca he trabajado en una revista, nunca he pertenecido a una tertulia, nunca he firmado un manifiesto de ninguna clase y, sin embargo, he trabajado en las cosas más diferentes, desde una compañía de aviación, una cervecería, una compañía de seguros, una emisora de radio...

J.M.M. —*También fue actor.*

A.M. —Sí, pero eso fue muy posteriormente, cuando hice la voz del narrador de *Los intocables*. Pero esto me lo tomé como un juego, ya en México. Yo nunca me he propuesto

ningún plan ni me he sometido a ningún principio inflexible; esto es algo que me enseñó mi madre. Mi madre, cuando enviudó, tenía 28 años. Mi padre murió a los 33. Ella era muy bella, con una posición económica y social muy confortable, y entonces hizo su vida como le pareció. Yo a veces le decía: “mamá, hay que visitar a los abuelos”, y ella me decía: “*hay que nada, hay que hacer entonces lo que sientes que quieres y debes hacer, pero en la vida no hay hay que*”.

Eso me quedó en una forma tal, que por ejemplo, nunca tomo notas previas de nada de lo que escribo; de poesía sí, anoto primero a lápiz y voy puliendo luego en la máquina de escribir, pero de novelas jamás. Nunca me impongo el “tener que” seguir con esta novela...

Ahora no estoy escribiendo nada, tengo una idea muy clara de la novela que quiero escribir, pero la escribiré cuando me salga.

Nunca he hecho vida de intelectual, y esto me ha dado, como dice Julio, una independencia de estilo. Escribo como me da la gana y lo que me da la gana. Por otra parte, escribir es para mí una tortura, pero ya hablaremos de eso en las próximas preguntas.

J.M.M. —*De acuerdo. Antes decía que el siglo XIX era un siglo “idiota”... ¿Y cómo es el siglo XX?*

A.M. —Una demencia aterradora, la conspiración más grave contra la presencia del hombre en la tierra que ha habido en la historia. Se está conspirando directamente contra la persona misma. La persona, el individuo, se está diluyendo ya en una serie de fantasmas que aparecen en pantallas y de presencias que no son presencias, y el hombre está entrando en una rutina, al tiempo que vive una vida de supermercado. Todo tiene un valor comercial, los libros también, no lo ignoremos y, desde luego, basta ver cinco minutos de televisión para darse cuenta de qué es lo que la gente está viendo. No quiero insistir sobre la violencia; violencia ha habido siempre, en la literatura se ha mostrado siempre, pero instituir la violencia como imagen para distracción me parece una cosa muy terrible y

sofisticada. Que eso sea una manera de formar a un niño es un crimen. Estamos conspirando contra la especie porque se está atentando contra cosas esenciales; no estoy hablando de la violencia de los golpes y la sangre.

Así que el siglo XX no me interesa para nada, pues es el que he vivido. Tampoco la idea del progreso que se nos vendió a partir de la Revolución Francesa como una evidencia. Yo no creo que haya ningún progreso válido que no sea un progreso interior, un progreso que te produzca un equilibrio interior, y una relación equilibrada y sana con tus semejantes.

J.M.M. — *¿Cree que nuestra especie es perfectible?*

A.M. —No veo por dónde. Yo no me he hecho ilusiones nunca sobre el hombre y sobre las civilizaciones y su destino. Porque precisamente el leer Historia me ha servido para ver cómo se han derrumbado edificios aparentemente tan sólidos, tan intocables, como el Imperio Romano, con su concepto del Derecho, con su concepto de las letras, el arte, con su manera de recibir el mensaje de los griegos... Ver derrumbarse esto y ver derrumbarse después la Europa del Renacimiento, en donde ya Erasmo, Vives, empezaron a entender cómo acabó, es aterrador. Las guerras de religión en Francia, la Inquisición aquí. Siempre lo mismo. Entonces, ¿de dónde sacar ilusión?, ¿de dónde sacar el famoso futuro radiante que anunciaban los marxistas? La verdad, yo no lo veo y así lo acepto.

J.M.M. — *¿Puede ser un antídoto la tradición?*

A.M. —Desde luego. La tradición, en el sentido de pensar que ha habido un momento en el que el hombre, por un instante, sí ha creado y ha pensado en un cierto orden. El siglo V de Grecia, el siglo de Augusto en Roma, el ya mencionado Renacimiento. Hay un momento en que sí hay un alivio y una luz; después se derrumba.

J.M.M. — *Y en este mundo en disolución del que habla, ¿qué papel puede tener como regeneradora, como algo que impide ese desorden, una institución como la Monarquía?*

A.M. —Yo sigo teniendo en cuenta y muy presente la Monarquía, porque creo que la única fuente posible de poder y de autoridad sobre el hombre, y fundamento de las leyes que deben regir la conducta del hombre, tiene que tener un origen trascendente. No lo acepto de otra forma. Ya lo dijo José Ortega y Gasset: cuando muchas personas están de acuerdo en algo, es para una bellaquería o para una estupidez. Está en *La rebelión de las masas*, no me lo estoy inventando.

Entonces, no tengo esperanza, pero cuando regreso a un reinado como el de san Luis rey de Francia o a la lucha patética de Felipe II por crear una España congruente (no lo pudo hacer y fracasó), entonces dice uno: “Bueno, esto, con la referencia a algo de orden divino y cuya explicación se nos escapa, esto yo lo juego”. No lo juego hoy día, claro está, no soy tan ingenuo ni tan tonto; eso se perdió totalmente, absolutamente.

Cuando me preguntan sobre mi monarquía, sobre mi afecto y mi interés por la monarquía, lo toman por una especie de provocación, como una especie de esnobismo mío. Entonces siempre me lanzo a una serie de explicaciones que acaban desesperándome, porque yo no estoy pidiendo un reino de Nicaragua, ni un reino de Paraguay ni un Gran Ducado de Suiza. Eso se acabó, estamos en otra cosa. Yo recuerdo aquello como algo que me hubiera gustado vivir. Yo habría sido feliz en el siglo XVIII, por ejemplo, un siglo que da a un prosista tan extraordinario como Voltaire, a un poeta como Racine o a un personaje como Casanova.

J.M.M. —*Si lo de la monarquía puede verlo alguien, Vd. mismo lo reconoce, como una provocación, ¿qué me dice de la serie de artículos titulados “Bitácora del reaccionario”, que publicaba en varios diarios mexicanos?*

A.M. —Esa “Bitácora del reaccionario” tiene una pequeña historia. El director del periódico *Uno más Uno* me dijo un día: “Álvaro, mándame artículos tuyos de vez en cuando. No estás obligado a hacerlo un día fijo, (pensar que el jueves tuviera que escribir para ir el viernes al periódico me produciría una histeria espantosa). Cuando quieras, como quieras, pero

que sea una cosa regular”. Pocos días después, le dije: “Voy a escribir algo cuyo título será ‘Bitácora del reaccionario’. Lo que quiero hacer es lo siguiente: siempre que se me ocurra, mostrar el punto de vista de un reaccionario frente a un fenómeno social, político o cultural: qué piensa y cómo debe de pensar un reaccionario”.

Eso terminó en una de las lecciones más bellas que me ha dado la vida. Duró sólo un par de meses. Un día me mandó llamar el director del periódico y me dijo: “Mira, nosotros estamos muy contentos con tus artículos, desde luego, pero tenemos un problema con el título de la columna, ‘Bitácora del reaccionario’, porque hay mucha gente que empieza a creer que sí eres un reaccionario”. Pensé un momento en decir algo, pero finalmente le dije: “Está bien, no tengo nada que decir ante una sandez tan impresionante”.

“Reaccionario”, desde que comenzó a utilizarse, ha sido un adjetivo muy peyorativo. Yo reacciono contra todo el horror que hay ahora y pienso que tal vez hubo tiempos mejores, con lo cual soy también un iluso, pero prefiero ser un iluso así que ser un iluso con el presente; con el presente no puedo.

N.E. —Dejamos ahora su biografía en Colombia y la recogemos en México, donde enseguida entra en contacto con Octavio Paz y con los exiliados españoles...

A.M. —Para mí, eso significó una fortuna enorme. Octavio Paz había escrito alguna cosa muy generosa sobre mi poesía. Llegué a México sin ningún futuro, con la sensación de que se había liquidado mi vida, sin saber qué hacer. Había llegado allí no por casualidad, sino porque sabía que era un país que acogía a extranjeros con problemas. En Colombia había en ese momento una dictadura militar. Yo llegué un 26 de octubre y en noviembre se me ocurrió ir a ver a Octavio y darle las gracias. Fui a verlo al Ministerio de Relaciones Exteriores —él dirigía entonces el Departamento de Organismos Internacionales—; allí lo conocí y hablamos. También estaba Carlos Fuentes. Su acogida fue tan generosa... Cuando le conté a Octavio cuál era mi situación, su frase fue maravillosa y salvadora: “Muy bien, Álvaro, te esperan

años y pruebas muy terribles. Pero te voy a pedir un favor, y prométeme que me vas a hacer caso: sigue escribiendo”. Me lo dijo de tal forma que, después, cuando vinieron esas pruebas y acabé en la cárcel por solicitud de extradición de la dictadura militar, siempre tuve presente la frase de Octavio.

Más tarde me ocurrió una cosa muy curiosa. Carlos Fuentes me invitó un día a su casa a un cóctel, en el que conocí a quienes iban a ser mis amigos a partir de entonces: Juan Soriano el pintor, Jaime García Terrés, poeta y diplomático, Tomás Segovia, etc. Yo escribía en las revistas que ellos publicaban de vez en cuando. Eso me dio tranquilidad y las cosas se fueron arreglando. Conseguí trabajo en una agencia de publicidad, después trabajé en una productora de cine, en la que conocí a Luis Buñuel. Luis y yo nos hicimos muy amigos. Trabajaba en la parte comercial, eso sí, jamás he sido capaz de escribir un guion, ni siquiera un primer tratamiento. Sólo escribí una narración, para demostrarle a Luis Buñuel que se puede escribir una novela gótica que suceda en el trópico. Se trata de *La Mansión de Araucaíma*.

J.M.M. —*Recientemente la han llevado al cine. ¿Ha intervenido de alguna forma?*

A.M. —No, el guion es en su totalidad del guionista. Yo soy incapaz; comencé a escribir novelas en el año 87, y uno de los problemas que tuve desde el principio es el de escribir diálogos. Por eso cometo esa torpeza de que cuando le preguntan alguna cosa a Maqroll, el personaje de mi novela y de parte de mi poesía, yo no le pongo a hablar, sino que digo: “Y entonces Maqroll respondió que iba a hacer esto y esto...”. Pero, me dicen, ¿por qué no lo pone a hablar? Y es que no me atrevo. A veces lo hago de pronto, pero en cosas muy cortas.

J.M.M. —*Dicen que la narrativa corresponde más a la madurez. Su caso es, como ha señalado hace un momento, algo exagerado, pues ha llegado a ella ya pasados los sesenta.*

A.M. —Lo que pasa es lo siguiente. Yo nunca me di cuenta —eso es muy propio de la manera que tengo de trabajar

mi obra— de que estaba escribiendo una novela. No he dejado la poesía por la novela, jamás, jamás. Lo explico. Estaba yo relejendo un supuesto poema en prosa mío, titulado “La nieve del Almirante” en la traducción francesa que me habían enviado para publicar en una revista, cuando de pronto me di cuenta de que aquello no era ningún poema en prosa, sino sencillamente un fragmento de una novela. Entonces, me dije: “¿Qué tal si lo hago?”, y a partir de ese núcleo escribí *La Nieve del Almirante*. Yo nunca había escrito novelas, aunque soy un gran lector de novelas (tengo veneración por los grandes novelistas del siglo XIX, por Dickens sobre todo, por Tolstoi, Balzac...). Corregí el estilo y el ritmo y se la mandé a Carmen Balcells para que decidiera. Ella entonces me llamó y me dijo: “Oye, esa novela sale publicada en Alianza en dos meses”. Yo quise esperar, pero Carmen me dijo que ni hablar.

A partir de ahí me pasó una cosa muy curiosa; de pronto empezó a funcionar dentro de mí Maqroll y los personajes que aparecen en *La Nieve del Almirante* empezaron a tener una vida. Y es que si empiezas a narrar el pasado, el presente de una persona, sus ideas, su visión del mundo, su manera de relacionarse, ¿qué quieres que pase? Pues que esa persona termina por decirte: “Oiga, un momento, yo quiero contar un viaje que hice a Panamá y una experiencia que tuve allá”. Y eso no lo para nadie, eso por lo menos yo no lo pude parar.

Me pasaron cosas como ésa; que cuando resolví contar las experiencias de Maqroll en las minas de oro, que yo había conocido porque mi abuelo tuvo una minas de oro en la hacienda que había fundado, de repente, en el fondo de la mina, Maqroll —que fue Gaviero de niño— hay un momento en el que pide a los dioses del mar que le saquen de allí, que le rescaten. De pronto me di cuenta de que había escrito un poema de cuatro páginas en versículos. Así trabajo yo; no siento que estoy escribiendo una novela, sino siguiendo las historias de este hombre, que es como un ovillo que se va desenredando; más exactamente, un hilo que va saliendo de un ovillo y que tiene su autonomía. Yo nunca me he sentido novelista ni he pensado que dejaba la poesía. Escribí *Un homenaje y siete nocturnos* justo después de

escribir dos novelas, y sigo escribiendo poesía.

J.M.M. —*Tampoco se puede decir que en su poesía hubiese un germen narrativo muy fuerte...*

A.M. —No se trataba de una poesía narrativa, pero en muchos de los poemas hay instantes, anécdotas, momentos que podrían pertenecer a un cuerpo narrativo. Escribir un poema sobre una experiencia vivida, real, es para mí difícilísimo. Yo he escrito dos o tres.

J.M.M. —*Ya nos ha introducido a Maqroll el Gaviero. Soy consciente de que ésta es la pregunta tópica que le hacen todos. ¿Cómo nace Maqroll?*

A.M. —Cuando empiezo a escribir una poesía que está destinada a ser publicada, que la voy a llevar a un suplemento literario de un amigo, que no va a ser esa poesía que yo escribía y rompía. Cada vez me parecía esa poesía más desasida, más desesperanzada, como liquidándolo todo, como desencantada de todo. Yo tenía dieciocho años; allí había algo que no funcionaba, y me dije: “Ah, no, que lo diga alguien que haya pasado por pruebas tremendas y por experiencias definitivas y radicales, y esté erosionado por los viajes”. Así nace Maqroll. El nombre de Maqroll nació de la idea de buscar un nombre que se pudiera pronunciar de la misma forma en cualquier idioma. La “q” causa muchos problemas porque los tipógrafos siempre la convierten en “g” y la “q” es, digamos, el carácter en el abecedario occidental árabe. Esa “q” que se hace con el fondo de la garganta se reproduce con una “q” sin “u”; es una convención de los traductores. A mí el mundo islámico me fascina.

Así que empecé a poner a Maqroll en los poemas hasta que por fin escribí un libro en donde todo es Maqroll, que es *Los Hospitales de Ultramar*, una colección de poemas en donde se habla de Maqroll. Ahí hay, si se observa con cuidado, momentos que sí son novelísticos, en los que hay una sustancia narrativa. Suelen decirme que hay mucho de mí en Maqroll, y mucho de Maqroll en mí. Naturalmente, Maqroll es un personaje creado por mí, que ha cumplido con muchas de las

cosas que yo hubiera querido hacer en la vida y, por comodón y por vivir una vida tranquila o, al menos, menos cómoda y sin grandes pruebas, no me he atrevido. Él sí.

Por otra parte, su escepticismo sí es mío. ¿Qué es lo que ocurre? Que hay una trampa interesante, que a medida que uno va escribiendo novelas, ese señor se va rodeando de un mundo que es él, y ya no soy yo. Yo no he estado en algunos sitios, ni he tenido una amante indonesia, ni imagino cómo pueda ser, y de ahí en adelante, pasan muchas cosas que ya son el mundo de Maqroll.

Yo nunca lo he descrito físicamente y jamás he dicho dónde nació. Lo único que he dicho en las novelas, y lo tengo muy presente, es que tiene una mirada desorbitada, el pelo entrecano, recio, que su estatura es mediana. Respecto a la nacionalidad, jamás he dicho nada. El otro día, escribiendo un episodio que probablemente pertenezca a una novela, pero que pretendía ser un apunte más de una narración de *Mar y Tierra*, pensé en la relación de Maqroll con un niño de ocho años, que realmente es mi nieto Nicolás. Entonces narro que Maqroll va a Amberes (Amberes aparece siempre en mis novelas como un homenaje a una ciudad que adoro). Entonces alguien me dice: “Oiga, su amigo Maqroll está en un hospital; tuvo un accidente, le cayó una grúa que estaba cargando un barco y tiene mal las piernas”. Entonces voy a verlo. Entro en la clínica, un hospital de marinos, y veo que hay una flamenca muy guapa, una típica flamenca, de ésas llenas y rosadas, rubensianas, con todo el erotismo que saben tener. Le pregunto por Maqroll, me lleva donde él, y veo que Maqroll habla con ella en flamenco. Entonces me doy cuenta inmediatamente de que tienen una relación, veo que no es nada grave, me despido de él y, ya en la puerta, me vuelvo y le pregunto: “Oiga Maqroll, usted nunca me ha contado dónde aprendió el flamenco”. Y él me dice: “El flamenco lo aprendí de mi madre”.

Cuando vi que había escrito eso, así quedó. Porque yo tengo en la escritura un sentido un poco fatalista y un poco sonámbulo. Lo primero que escribo siempre es escrito bajo una situación un tanto sonámbula; no corrijo inmediatamente, sino

por la noche. Después viene la inmensa tortura que tengo con la escritura, y es que no acabo de tener confianza en lo que escribí. Por fin hago esa reflexión, que tantas veces he mencionado: “Esto es lo que yo puedo hacer y no puedo hacerlo mejor”.

N.E. — *¿La tortura viene entonces después, no en el momento de la escritura?*

A.M. — Sí, la tortura viene después. En el momento de la escritura soy un irresponsable y es Maqroll quien me recuerda si una cosa puede o no puede ser.

J.M.M. — *¿Qué opinión le merece la etiqueta “realismo mágico”?*

A.M. — Se ha hablado mucho del “realismo mágico”, que no es más que un marbete muy útil para los críticos, por ejemplo, de Francia o Inglaterra. Sale una novela en América Latina y, si es de la región ecuatorial, rápidamente dicen: “¡Ah! realismo mágico”. Y la leen con el propósito de que sea “realismo mágico”. El “realismo mágico” sí existe, pero “realismo mágico” no es, por ejemplo, decir que Rulfo —un escritor al que admiro inmensamente y que considero es el más grande novelista de este siglo en América Latina—, es “realismo mágico”. Eso es una necedad gigantesca, es no conocer México. Lo que él cuenta en *Pedro Páramo* es completamente natural en México, ese mundo en el que los muertos están vivos y los vivos están muertos es de la vida diaria. En cambio, el *Memorial del Convento*, de José Saramago, es “realismo mágico” puro, y eso que sucede en Portugal en el siglo XVIII y está escrito por un portugués. Por no entrar en donde el “realismo mágico” es realmente una evidencia, que es el Romanticismo alemán. Pero no, para los críticos tiene que ser latinoamericano, la gente tiene que sudar de calor y tiene que haber erotismo por todas partes y mujeres con el pelo verde volando por los aires... Nada de eso tiene que ver conmigo.

N.E. — *Algo parecido pasa con el tópico del escritor comprometido.*

A.M. —Yo creo que todo escritor que escriba una línea con la intención de denunciar la injusticia social, y de mejorar al hombre en su miseria, etc., está mintiendo, y esa línea escrita nace ya muerta. Se escribe porque se escribe, pero no con esos fines; eso es totalmente bastardo. Siempre que me preguntan por la literatura de compromiso digo que el compromiso real del escritor es tratar de poner en la página, con la mayor claridad, lo que él quiere decir; eso es el compromiso. Y, cuando lo hace, puede tener un reflejo social, porque es una verdad, pero no lo ha escrito con esa intención. Para eso ya existe la siniestra jauría de los políticos.

J.M.M. —*Su obra, al menos yo así la veo, no es típicamente iberoamericana; yo la veo más relacionada con la literatura europea, y creo que Vd. es consciente también de ello, ¿no? En este siglo, se puede decir esto de pocos escritores iberoamericanos: de Borges, de Vd., y de pocos más...*

A.M. —En cierto sentido, sí, una buena parte de los episodios de mis novelas sucede en el Oriente. Lo que pasa es que sí, tengo libros como *La Nieve del Almirante*, que suceden en el mundo latinoamericano. Pero creo que esas historias están vistas con los ojos de alguien que está viendo esto desde fuera de América Latina, no diría que exactamente desde Europa, sino desde fuera.

J.M.M. —*Esto es más anecdótico. He leído hace poco un poema en el que fustiga sin piedad a los listos...*

A.M. —Es reciente, tiene tres años. En realidad, está destinado, junto con otros, a un libro de poemas que quisiera yo publicar con un título que me fascina y sobre el cual todavía no he tomado una decisión determinante, que es *Carmina contra gentiles*. *Carmina contra gentiles* me lleva a escribir una poesía que jamás había intentado antes, que se me ocurre llamar "imprecatoria", un poco en el sentido de esa poesía latina que sólo los latinos lograron hacer, esa poesía satírica, que continúa siendo poesía.

J.M.M. —*Ésa es la verdadera poesía satírica. La literatura española confunde a veces sátira con burla. Quevedo hace poesía burlesca. Satírica es la poesía que hace Juvenal.*

A.M. —Y la de nuestro padre Séneca, que Dios guarde. A quien cada vez disfruto más es a Baltasar Gracián. Quisiera hacer poemas con esa mala uva que él tiene. Justamente, este poema de “Los Listos” me vino como una conclusión de todo lo que hemos hablado antes sobre el siglo XX. Esta proliferación de gente tan lista, que no entiende absolutamente nada, que no sabe nada, que sólo es lista; y éste es el mundo de los listos, los que se adaptan muy bien al mundo en que vivimos. Esto es algo muy lastimoso. Yo no les tengo ningún respeto.

J.M.M. —*En lo de Gracián, sin embargo, Vd. no está con Borges, que arremete contra él más de una vez.*

A.M. —Un momento, es que Gracián no escribió poesía, y ése es un error de Borges. Lo que ocurre es que en una antología, en época de Gracián, todavía él vivo, aparecen unos poemas pésimos con el nombre de Gracián. Pero no son de Gracián; él jamás los aceptó y, evidentemente, quien lea sus libros se dará cuenta de que este hombre nunca había escrito estos poemas. Eso le pasa a mi querido, a mi admiradísimo Borges, porque tenía, reconozcámoslo, una especie de inquina contra la literatura española y un deseo de que no fuera tan buena.

Esa discusión que tiene, por ejemplo, en contra de Cervantes y del *Quijote*. Pero es que se da cuenta de que el libro le puede. Y es por esa formación totalmente británica, que la llevó muy lejos. De ahí ese soneto de Borges tan maravilloso, pero que el pobre Ignacio no se merece.

J.M.M. —*Hace poco hablábamos de Cádiz, de ese Cádiz en el que se ha encontrado con sus orígenes familiares...*

A.M. —Sí, me ha pasado una cosa muy curiosa, que sólo un lector tan fiel y tan devoto de Proust como yo puede percibir de la forma como yo lo percibí. En esta ciudad, ya no hay descendientes de los Mutis, pues todos viajaron a

Colombia. Fui a Cádiz tres días para hacer un programa de televisión sobre el sabio Mutis, su presencia en mi familia, en mi obra, en mi persona, etc. Y, de repente, andando por las calles de Cádiz, del Cádiz viejo, del que está entre las murallas, me empezó a suceder un fenómeno que nunca había tenido en ninguna parte, ni siquiera en Colombia, ni tampoco en Bélgica. Pensé: ¡si es que yo soy de aquí, si ésta es mi tierra! Y claro, si estás sintiendo esto y de pronto pasas y ves “Calle de José Celestino Mutis”, te invitan a un colegio a decir unas palabras y el colegio se llama “Instituto José Celestino Mutis”, paseas por la Alameda y ves el busto de José Celestino Mutis... Esas cosas, que ya había visto antes, en ese estado emocional... Me quedé finalmente quince días y les confieso que me costó un trabajo dejar Cádiz tremendo, porque me decía: “Por Dios, yo, que he dado tantas vueltas en el mundo, que he viajado, por razones de mi trabajo, por tantas partes del mundo, encuentro por fin el sitio mío”. Sencillamente, era como estar en mi casa.

DOS ENTREVISTAS A ÁLVARO MUTIS

Michèle Lefort

Saint-Malo, Mayo 10 de 1992¹.

—*Maqroll nace a la literatura “sin identidad”: no tiene familia, no tiene hermanos (los tendrá, pero no sabemos nada de ellos, incluso usted dijo ayer que esto no tenía ninguna importancia). Usted inventó a Maqroll para que éste le acompañara en la juventud, como persona con experiencia ya, como persona con “una obra hecha”. Entonces, ¿cuál es el papel de la memoria en la elaboración de la personalidad de Maqroll?*

—Respecto a la familia, yo no he querido nunca mencionar ni la madre, ni el padre, ni ningún aspecto familiar de Maqroll, pero sí un paisaje, que, —en *La Nieve del Almirante*, él muy concretamente dice: “Yo soy de allá, esto es lo mío”— es el paisaje que yo asumo también, que es la *tierra caliente*, el café, los cafetales, los sembrados de caña de azúcar, los ríos torrentosos... Esos recuerdos de Maqroll, son los míos, y siguen siendo los míos. Recuerdos de paisajes, de lugar, del entorno donde pasó una “supuesta” juventud Maqroll. Esto lo conservo totalmente del primer Maqroll también. Esto se ve también en *Un Bel morir*: él vuelve otra vez, cuando sube del río (lo que es también tópico), va subiendo y encuentra la tierra media, y entonces, él hace otra vez esta reflexión y es cuando encuentra a Amparo María, que es la muchacha de esta tierra, que sencillamente podría haber sido cualquiera de las recogedoras de café de las familias de los arrendatarios de la hacienda de mis abuelos y de mi madre, con las que tuve mis primeros contactos con lo femenino. Entonces, sí que en eso sigue siendo Maqroll un *alter ego* total.

¹ Álvaro Mutis fue invitado por Michel Le Bris en el Festival Etonnants Voyageurs que tiene lugar cada año en el mes de mayo.

Ahora, no le he dado, como es obvio, hasta ahora ninguna referencia familiar, ni creo que voy a poder dársela ya, porque me complicaría terriblemente la vida. Que apareciera ahora una hermana de Maqroll, entonces, sería imposible. Pero eso sí que lo he desarrollado del lado de Abdul, como lo ha visto perfectamente, Abdul sí, tiene hermanas. Y en lo que acabo de terminar (aún tengo que corregirlo²), ya verá cómo la familia de Abdul todavía aparece más. Aparece un hijo de Abdul al que Maqroll se encarga de cuidar durante algún tiempo, mientras su madre anda muy mal de dinero. Se llama Jamil, y finalmente, me ha resultado muy bien no haberle dado antecedente familiar a Maqroll, porque con Jamil, él va a tener una experiencia que no conocía, que es los niños. Y queda asombrado. Queda deslumbrado con este contacto con el niño que va tomando posesión del mundo: esto le abre unas perspectivas que él desconocía, ignoraba.

—*Su obra es una reflexión sobre la vida: a los diecisiete años usted no veía claro el porvenir, tampoco tenía una memoria, entonces Maqroll le ha traído esta memoria y con él y su memoria, usted ha creado su obra.*

—Claro, yo, a los diecisiete años, no es que no tuviera memoria —tenía la de Bélgica y la memoria de mis encuentros con la *tierra caliente*, y la mezcla de las dos cosas, sobre lo cual hemos hablado ya—, lo que no tenía era una experiencia de la vida que me pudiera autorizar la amargura, digamos el escepticismo, esta especie de contacto con la nada, que aparece en mis primeros poemas, desde mis primeros poemas. Maqroll, en cambio, sí que podía hablar de esto.

—*Para usted como para Maqroll, la identidad del ser es otra cosa que la que aparece en unos “papeles de identidad”, por eso él lleva sólo un pasaporte falso...*

— ...que es uno de los treinta papeles falsos con que circula por el mundo. A él, eso no le dice nada.

2 Alusión a *Triptico de mar y tierra*, publicado en 1993.

—*Quisiera que usted comentara la costumbre que tiene de mencionar en cada libro suyo, su poesía o su narrativa anterior, o sea la memoria de su obra. ¿Se le ocurrió de golpe o...?*

—No... no... Es una necesidad. Porque como en mi poesía existe una unidad que es dada por la presencia de Maqroll, así como una unidad de temas, como es obvio, que son las tres o cuatro obsesiones que tenemos cada uno de nosotros y con las que vamos a morir, entonces me parece, siempre me ha parecido necesario hacerle referencia para darle continuidad en las novelas a esa unidad de la poesía. Y también porque —he insistido tanto ya en ello— las novelas son sólo un desarrollo en otra dirección, con otro órgano, digamos con otro estilo, con otro género (como se quiera llamar), de mi poesía. Pero todas las raíces están en mi poesía. Yo quiero mantener esto, como mantengo la interrelación de una novela con otra, para continuar esta cosa orgánica, esta organización de un mundo.

—*Es para darle cohesión.*

—Sí... ¡claro!

—*Sobre la similitud que yo veo con El Quijote...*

— ¡Qué bien fue eso!³

—*Ya había notado la influencia, en la escritura, de la lengua de Cervantes, pero ahora me parece mucho más profunda esta coincidencia: Maqroll y Don Quijote son dos errantes, dos fracasados...*

—...dos “fracasados”, entre comillas... porque son los dos únicos que saben...

—...ambos se construyen su existencia a la vez en el errar y en el hablar: Don Quijote empieza realmente a existir en el momento en que puede hablar con Sancho. Será lo mismo con Maqroll: habla con Abdul, con Ilona, con usted... Para él, contar lo que ha hecho es re-hacer el sueño, re-hacer la vida: entonces es ir construyéndose. Todo eso me parece tener una gran cohesión.

3 Alusión a una discusión, el día anterior, en un debate público.

—Nunca se me había ocurrido, pero es verdad, y lo que es curioso es que mi familiaridad con las obras de Cervantes es vieja. Yo recuerdo muy bien la primera vez que leí *El Quijote*. Tenía como doce o trece años. Lo leí en una edición expurgada para estudiantes. Quedé deslumbrado, realmente deslumbrado, con la presencia del Quijote y desde luego con la brutalidad de la presencia de Sancho, casi insoportable, y desde luego ya, con el estilo de Cervantes. Y siempre, además, me ha parecido un estilo de una modernidad extraordinaria. Luego, he leído vidas de Cervantes, que no he leído ninguna que me satisfaga, pero en fin... He hecho muchas otras lecturas del *Quijote*, y de *Las Novelas Ejemplares*... Y hay una cosa muy curiosa: es que al tiempo que me familiarizo con el estilo, con los personajes de estas obras que admiro muchísimo, inclusive aquellas de estilo muy italiano, basadas en modelos evidentes, siempre está presente Cervantes, como persona. A mí, hoy día, me conmueve este destino torpe: es realmente ir “en contra”, todo se le viene en contra, no le sale nada, todo se le vuelve un problema gravísimo. Va a parar a la cárcel siendo un inocente absoluto, porque, claro, no le llega nunca el dinero que le tienen que pagar, y entonces, acude a esto... y se le hace un enredo todo. La misma organización de sus obras es un desorden brutal... Y después esta cosa que es una muestra de un fatalismo tremendo, terrible, que es el hecho de que su libro sea el primer *best-seller* que se registra en la historia, en vida del autor, y él no ve un centavo de esto, porque él lo ha vendido a precio fijo por unos centavos... La traducción al francés se hace todavía en vida de Cervantes y él vive en la miseria más absoluta, y aún con este problema tan triste de haber sido juzgado por alcahuete... por el tráfico que había en casa de las hijas... Todo esto, ya es el colmo...

Esto es fundamentalmente maqrolliano... pero yo me he dado cuenta ahora... Y en verdad, nunca lo había pensado.

—Vamos a pasar a la muerte de Abdul. Me pareció extraordinario el simbolismo de la foto del niño Abdul contemplando su destino. Le ha tocado su muerte.

—Sí, sí.

—Además, se plantea con su muerte el problema del soñar. Abdul, siempre está soñando “con”. Estaba a punto de cumplir su sueño de toda la vida. Pero, los sueños, no se pueden realizar, sólo existen en la tensión por realizarlos, al cumplirse, mueren. Lo importante, es soñar, no cumplir el sueño.

—Sí, es cierto.

—La muerte de Abdul encierra otro simbolismo: muere al aterrizar, es decir que cae de su sueño, y al caer, se consume...

—Se consume sí y se vuelve cenizas. Además, su muerte está mencionada ya en *Un Bel morir*, de paso, en un momento en que Maqroll piensa... en el peor momento además... Por la acumulación de datos sobre Bashur que yo estaba viendo, me di cuenta de que tenía que escribir *Abdul Bashur, soñador de navíos*.

—La construcción de esta novela es totalmente distinta de las otras, es un puzzle con capítulos, y eso no existe en las novelas anteriores.

—A mí, es un libro que me ha dejado muchas dudas. Como libro solo. No tengo ninguna cuando el libro esté dentro del conjunto de toda la obra el día que se publique, como es el proyecto de algunos de mis editores —en Inglaterra, en Estados Unidos y aquí mismo en Francia— de publicarlo todo en un solo volumen. Creo que el libro entonces va a tener ya un peso y una situación muy organizada.

—Es que no hay que leerlo primero...

—No...no...¡Claro! Eso sería lo malo. Pero de eso me di cuenta yo tarde... pensé en el pobre lector que encuentre esto en una librería... ¡va a quedar loco!

—Su obra es tan coherente que hay que empezar por el principio y seguir el orden de publicación.

—Y así quiero yo que se publique, el día que se publique todo: en orden.

— ¿Cuál es la palabra que menos le gusta?

—...La palabra que menos me gusta... Eso sí que es difícil decirlo así... porque yo me guío desde luego, fundamentalmente, por la sonoridad. Hay palabras que nunca usaré porque el sonido me molesta. Hay palabras que nunca usaré como “acatar una orden”, “acatar” no me gusta... esta cantidad de “aes”», con los golpes de la “c” y de la “t”, de la “r” final...

— *Lo decía por el sentido que tiene...*

— No me viene a la cabeza...

— *Yo pensaba que podría ser “certeza”, porque Maqroll es hombre de dudas, es enemigo de la certeza...*

— “Certeza” puede ser... que además, en *Abdul*, cometí un error, puse “certitud”... Está aceptado... podía ser “certidumbre”, pero “certitud”... es que realmente es imperdonable. También utilicé “afiche”...

— *“Afiche” aparece en el diccionario.*

— Sí, pero es “cartel”. En Colombia decimos “afiche”.

— *Aparecen muchas notas en sus libros sobre los acentos de la gente, los idiomas que habla uno...*

— Ah, sí... esto me interesa mucho. Es el único dato personal que he dado de cómo habla Maqroll, que vamos a tener ahora problemas en la adaptación para la televisión de *Ilona*... porque él habla español, pero con un ligero acento árabe, un acento levantino. A mí me fascinan los acentos. Hay acentos que yo oigo con un placer infinito: el portugués de Portugal, el portugués de Coimbra. Esto es algo que a mí me deja lelo completamente. Hay otros acentos que me son muy familiares, tal vez por mi esposa, que llaman mucho la atención... que es el acento catalán, que es durísimo. Es casi un rasgo de personalidad. Oigo un acento catalán, sin ver a

la persona, yo le puedo decir exactamente cómo es, y cómo van a ser sus caprichos y terquedades, sus obsesiones... Esto me interesa muchísimo. Bueno, primero, en todo caso, porque una de las torturas más terribles que yo tuve en mi niñez fue el acento belga de mi francés, que traté de quitarme, pero al quitarlo, me quité parte del francés también, que durante mucho tiempo me daba mucho miedo hablar francés. Y por eso, es mi inseguridad terrible del francés que yo hablo, pensando en todo rato que si la palabra es la buena, y si la voy a pronunciar bien... Y me desespera, porque adoro el francés. Para mí, hay todo un mundo de sensaciones, de la sensibilidad, que sólo pertenece... que sólo puede dar el francés. La prueba es que existen dos escritores tan absolutamente, tan radicalmente distintos, que más me gustan de este siglo, que son Proust y Céline... Pero sí, esto de los acentos está en mí siempre presente.

— *¿Ha tenido usted contacto con la tradición oral latinoamericana?*

— No... no... Bueno, la que se tiene normalmente al escuchar a los campesinos, las familias, contar lo que llaman “los sucedidos”. Pero sí tengo amistad... y conozco a la persona de la que hablé ayer y que está aquí en Saint-Malo que es Eraclio Zepeda, que es realmente un autor de cuentos absolutamente genial y ha tratado en varios libros de reconstruir en prosa escrita los libros de Xulul por ejemplo, que es un lugar de Chiapas. Ha tratado de mantener ese tono para contar. Son interesantes. Desde luego se lee con mucho placer, pero no tienen nada que ver con la maravilla que es sentarse una noche y oírle contar historias, y es una inmensa lástima que este hombre que está aquí no hable francés... Además, yo no creo que se pueda contar cuentos sino en la lengua materna... No se podrá ser nunca contador de cuentos en otra lengua, me parece difícil...

— ¡Depende! ... Sobre el verbo “soñar”, palabra clave de su obra... Abdul sueña “con” y Maqroll sueña “en”, son dos trayectorias distintas...

— Sí, son muy del carácter de Abdul y de Maqroll. Abdul es un levantino, un hombre que tiene una especie de sentido práctico innato sobre el cual yo insisto mucho... y Maqroll anda muy en las nubes... Entonces tal vez por eso... No había caído nunca en cuenta...

— *Al final de Abdul Bashur, soñador de navíos, usted escribe “como dice el poeta”, ¿quién es el poeta?*

— Es Eduardo Carranza, que es un poeta a quien le debo mucho. Fue mi profesor de literatura en el colegio del Rosario, a quien le debo muchísimo, y siempre lo he reconocido públicamente: él me transmitió una profunda devoción por la poesía. Ahora su poesía se lee poco ya. Es un poeta colombiano que pertenece a la generación que se llamaba “Piedra y Cielo”, digo que se llamaba, porque ya casi ha desaparecido todo, una generación muy influida directamente por Juan Ramón Jiménez y por los poetas del 27. Ya murió Eduardo hace poco...

— *Muchas gracias.*

Paris, Noviembre 16 de 1993.

—*Puesto que has venido a Francia con motivo de la publicación por Grasset de Les Eléments du désastre y para recibir el premio Roger Caillois con que acabas de ser galardonado, quisiera que comentaras el efecto que te produce este homenaje a tu poesía, fuente y memoria de toda tu obra hasta ahora publicada.*

—Pues, mira, yo tengo un gran recuerdo de la lectura que hice por primera vez de Caillois, hace mucho tiempo en Colombia. Yo tenía entonces unos 19, 20 años, y empezaban a salir los libros de Caillois publicados en Argentina, en una colección que él dirigía cuando vivía allí. Y lo que me llamó la atención es esta conexión de su poesía con el renacer, con el concepto de lo sagrado, de lo mítico y también, el pasar a esta parte misteriosa y oscura de la poesía. Encontré allí el origen y la razón profunda de toda poesía. Esto fue para mí una revelación, porque inmediatamente pensé: si esto puede ser así,

yo voy a escribir. Y esto se lo debo a Caillois. Entonces, que me den ahora este premio, es un círculo que se cierra. Leí entonces *Le Fleuve Alphée*, que es un libro muy bello, y luego un cuaderno que es su trabajo sobre Saint-John Perse, que es auténticamente revelador, no sólo sobre Saint-John Perse, sino sobre el oficio de la poesía y eso, otra vez refiriéndose a lo mítico y lo sagrado como algo presente, y no como algo que ocurrió en la Grecia antigua o en Asiria sino algo que está con nosotros todo el tiempo, en lo cotidiano –que ha sido una obsesión de toda mi vida y muy evidentemente de mi poesía–. En la elaboración de Maqroll, tú ves que hay dos o tres invocaciones a fuerzas que pertenecen a esta zona no definida del misterio. Y después, en *Amirbar*, vuelves a encontrar una invocación, otra vez, a estas fuerzas, hecha por Maqroll. Entonces, puedes imaginar la satisfacción, y también lo misterioso que hay para mí, de que se cierre este círculo, que aparezca la totalidad de mi poesía en una traducción admirable, y al mismo tiempo que se me dé el premio Roger Caillois. En verdad, hay una especie de estética de los hechos que es algo conmovedor.

—Y tanto más conmovedor cuanto que al mismo tiempo reviven los orígenes de lo que has ido escribiendo poquito a poco con mucha paciencia. Se vuelve casi un símbolo.

—Sí, exactamente.

—La editorial Siruela publicó hace poco, en dos tomos, la totalidad de tu obra narrativa hasta entonces publicada por separado. ¿Significa que ya se acabaron definitivamente las desventuras de Maqroll?

—No, en absoluto. Significa que Siruela quería reunir esto para iniciar su colección de bolsillo, que en realidad tiene muy poco de colección de bolsillo, es muy bonita, muy grande... Se fueron otra vez unas *coquilles*, como “campana” por “campana”... y otra en el *Tramp Steamer* que me molesta mucho⁴, pero... ¡en fin! Tengo el proyecto de sentarme, si me lo dejan, después

4 En vez de “solitaria” hay que leer “solidaria”: “En ese instante, una *solidaria* y cálida simpatía por el *Tramp Steamer* empezó a nacer dentro de mí”. *La Última escala del Tramp Steamer*, Mondadori, p. 19. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, vol. 2, Siruela, p. 14.

de todas estas celebraciones, para escribir otra novela sobre Maqroll, otro episodio de Maqroll, bastante grave...

—Y ¿qué es de este proyecto que tenías, tras haber terminado *El Tramp Steamer*, de escribir “una serie de episodios de tu vida real, que tengan un interés novelesco, anecdótico, que valga la pena recoger en un libro”, al que aludes en una entrevista de Eduardo García Aguilar?

—No, no lo he escrito, ni lo voy a escribir. Esto se convirtió en mis novelas. Por ejemplo, en *Abdul Bashur, soñador de navíos*, el principio es algo que yo viví. Se convirtió en eso, y no lo haré.

—La Última escala del Tramp Steamer, que, de cuanto has escrito, sigue siendo el libro que a mí más me gusta...

—Y a mí también...

—...pues, lo leí, lo volví a leer y cada vez quedo más convencida de que este libro, que al principio no tenía que ser sobre Maqroll, es en realidad una metáfora de Maqroll.

— Bueno, lo comencé a escribir con la intención justa de liberarme de Maqroll, y de que Maqroll no apareciera para nada. Pero, como con Maqroll no se puede prever nada, apareció allí de repente, en una página, en un instante... Pero... ¡tenía que aparecer el bendito, no!... Lo cierto es que no tuve intención de que apareciera. Nunca, cuando escribo, tengo ningún tipo de intención específica. Ahora, lo que sí resulta, es una especie, como lo dices tú, de metáfora...

—De metáfora o de alegoría, porque mira: el mismo recorrido del Tramp Steamer...

— ...es el de Maqroll, es evidente...

—...la longanimidad de Maqroll, la tiene el Tramp Steamer, los amores como trasfondo de su historia, incluso las dudas sobre los orígenes de su nombre difícil de descifrar, las despedidas y el fracaso, así como el naufragio, la misma muerte, en lo que se puede llamar un estero...

—Me lo haces ver, pero, te lo juro: no lo había visto. Sin embargo, es muy justo y me lo haces ver con mucha precisión.

—*Me planteo el problema de cómo se mueven los hilos de la creación, veámoslo a partir de un ejemplo: en Ilona llega con la lluvia mencionas el episodio de los tapices, pero es tan sólo una alusión fugitiva que luego en Abdul Bashur, soñador de navíos se volverá una anécdota ampliamente detallada. Pues, ¿lo tomas de Ilona así, cuando estás escribiendo Abdul, o ya, al escribir Ilona piensas que podría ser un capítulo de otro libro?*

—No... tampoco tengo esa previsión... Eso de los tapices lo menciono en *Ilona* porque entonces me parece interesante. Después, en *Abdul* lo recordé, y entonces pensé: por qué no contarle todo, ésta es una oportunidad de presentar a Abdul, muchas cosas de su carácter, unos aspectos de la relación de ellos dos...

—...*de ellos tres...*

—...*de los tres, ¡claro!... que son tres filous absolutamente descuidados y fue así... Tienes que tener siempre en cuenta una cosa y es que yo nunca tomo notas previas y jamás pienso en detalles muy precisos porque dejo que suceda en el proceso de la escritura.*

—*En toda tu obra son frecuentes las “apariciones”: la de Ilona, las del Tramp Streamer, la de Petersburgo, la del Thorn... etc. ¿Se te aparecen “desde lejos”, con la distancia de la memoria, o son imágenes surgidas sobre fondo musical de obertura de una ópera, o de un movimiento de una sinfonía, cual una ceremonia...?*

—Puede ser...Nunca lo había pensado. Pero amo tanto la música y es tan importante la música en mi vida, que puede haber una condición musical en ese surgir de repente de un tema, que se insinúa a veces en la sinfonía y de repente lo toma plenamente el compositor.

— *Las apariciones son recurrentes en tu obra: una mujer, el mismo Maqroll, un barco, un paisaje...*

—...sí, como la aparición de la cordillera en *La Nieve del Almirante*, cuando dice Maqroll “yo soy de allá, esto es lo mío”. Sí, hay este surgir de una imagen de repente, una imagen cargada de una cantidad de sentido y de poesía... Intento que sea así.

— Siempre son apariciones con los cinco sentidos en alerta.

— Sí, muy bien dicho. Me estás enseñando mucho sobre mi obra.

—*En una de las entrevistas que te hicieron, encontré una palabra que me pareció muy justa: tienes un sentido cierto de la ceremonia: todas estas apariciones participan de dicha ceremonia.*

—Lo ceremonial es profundamente importante en mi vida, de allí mi afecto por la realeza, la monarquía. La ceremonia pertenece a ese mundo de lo sagrado y de lo mítico. Yo vivo en un mundo ceremonial. Te doy un ejemplo: cuando vengo a París, siempre el primer día bajo a saludar al Sena y de verdad hablo con él y le digo: “Aquí estoy, eres el mismo de siempre, en fin... te quiero mucho, vine a verte y adiós”. Me voy y vuelvo a verlo, y esto lo hago con otros lugares como el jardín que hay aquí en la rue de Babylone... Yo intento siempre mantener una condición ceremonial frente a las cosas que me son esenciales.

—*Muchos poemas llevan el nombre de Maqroll en el título, nunca ocurre con las novelas, pero sí cada título de novela es como un elemento o un verso de un poema...*

—Pues mira, te voy a comentar... Hay una cosa muy curiosa: la edición inglesa la llaman “Maqroll”, y en el primer tomo ponen las tres primeras novelas, y el tomo dos lo llaman “Maqroll 2”, con las otras cuatro... En la edición holandesa aparece, no Maqroll, sino “El Gaviero”... En cuanto a los títulos... mira, para mí, en las novelas es muy importante el título y es lo primero que escribo, no puedo escribir sin el

título, no puedo. Es más: lo escribo en una página en blanco y esa página me acompaña en todos mis originales.

—Y ¿no le has cambiado nunca el título a una novela?

—Cambié tan sólo *El último viaje del Tramp Steamer*, que fue el primer título que le di, pero luego me di cuenta de que era una idiotez enorme, en realidad es una escala, de que esa escala causaba la desaparición del Tramp Steamer, pero era una escala, no un viaje. En el viaje, al Tramp Steamer no le pasa nada. Nada, nada, nada... él no sabe que se va a morir, ¿no? Entonces, fuera de éste, no he cambiado nunca de título, *La Nieve del Almirante* fue siempre, *Ilona llega con la lluvia* fue siempre así, sencillamente porque es lo primero que escribo.

—Te lleva a escribir.

—Claro. Es que es la razón. Es una especie de núcleo de donde sale todo porque yo escribo siempre en forma muy *sonambúlica*, es decir que yo no escribo muy conscientemente. Yo no llego hasta la experiencia surrealista, porque en fin... ¡eso, ya se hizo! y además... ¡ha envejecido muy mal! Pero yo dejo mucho, muy en libertad, que vengan las imágenes apareciendo en la página. Luego, lo ordeno. Ahora, por ejemplo, me dolió mucho el tener que cambiar *Amirbar*, que fue para mí un hallazgo como título, como nombre, como sonido y como evocación de que es todo, es otra vez “el almirante”. Y... ¡que hayan pedido aquí mis editores que se hiciera “*Ecoute-moi Amirbar*”...!

— ¿Fue idea de Grasset o de Maspero?

— Maspero estuvo en contra todo el tiempo. Quiero que quede bien claro –me lo preguntaste en tu carta– que Maspero luchó como un tigre contra eso, pero no hubo manera. No fue posible porque ellos resolvieron que “Amirbar” era imposible de pronunciar en francés... ¡tu me dis...non! ¡Es todo lo contrario! Porque, mira...la palabra *amiral*, en francés es lo más cercano a “Amirbar”.

— Sí, ya te lo había comentado por carta: parece totalmente absurdo, incluso le quita el misterio y *queda así muy reductor*. *Pasemos a otra cosa: los lugares de Maqroll, ¿son lugares todos que tú has conocido concretamente, o vienen de tus lecturas?*

—Casi todos... con excepción —y eso te va a asombrar mucho— de Helsinki que no conozco pero que sueño con conocer, y toda la parte de Kuala Lumpur, Singapur. El resto, sí lo conozco todo. Pero estos dos que no conozco son obsesiones que tengo, por cierto. Aunque unos amigos que conocen Kuala Lumpur me dicen: “no vayas a ir nunca, porque es horrible, es una ciudad moderna, pretenciosa, parece americana y Singapur es odioso...”. Pero bueno, hice un pequeño homenaje a Conrad, si tú quieres.

—*Es que Malasia se aparta tanto del triángulo geográfico “normal” de Maqroll que bien pensaba que se trataba de eso...*

—Ahora, respecto a Helsinki: yo tengo una especie de fascinación desde muy joven por Finlandia. Y hay que tener en cuenta que fue después de escuchar la quinta sinfonía de Sibelius, y particularmente el tercer movimiento cuando escribí mi primer trozo de poema...

—*Y quizás vaya relacionado con la aparición de San Petersburgo en La Última escala del Tramp Steamer.*

— Sí, por cierto: es una música *qui me hante*. Es más de lo que me produce otra música. Hay dos tipos de música, dos compositores con los que tengo una relación muy especial: son Sibelius y Chopin. Y Brahms, pero su música de cámara.

—*La relación que suelen hacer entre La Nieve del Almirante y Corazón entre tinieblas de Conrad, yo no la veo tan clara.*

— Esto lo han relacionado muchísimo, pero yo no lo veo tan relacionado... Así lo vas a ver en este libro que te traigo⁵, mi hijo ha transcrito una frase de una escritora colombiana que casi me acusa de plagio. El *Corazón entre tinieblas* es un

⁵ *Tras las Rutas de Maqroll el Gaviero* (1988-1993), Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, agosto de 1993.

libro extraordinario, muy importante. Algún amigo, Ernesto Volkening concretamente, hacía una comparación entre Kurtz y Hitler: es esta clase de hombre demoniaco que vive para el mal, nada más, y entonces, ese viaje de Marlow a ir a ver a Kurtz es una cosa... ahora, ir a ver aserraderos (Flor Estévez le dijo a Maqroll: “anda, vete a ver, que allí hay un negocio”), es algo tan pedestre... Los aserraderos llegan a ser una cosa muy rara, pero muy rara porque el Ejército los ha tomado, aquí hay toda una cosa lógica, no hay nada misterioso, mítico o simbólico como en *Corazón entre tinieblas*, que es... el mal.

— ¿Qué lugar ocupa para ti la obra periodística?

— No mucho, escribí muy poco. Hay una conferencia sobre Proust, sobre *Barnabooth*, sobre Valery Larbaud... Hay una serie de artículos que son *Los Intermedios*...

— Y sobre pintura...

— Pero sobre la pintura, son de amigos. Mira, trato de no hacerlo. Si lo he hecho alguna vez es por compromiso con algún amigo, porque quiero hacerlo, porque me sale. Pero la vinculación con un periódico como una cosa constante, es algo que siempre he evitado. Estos *Intermedios*: Constantinopla, Niza...etc., fue una colaboración de un año, una vez a la semana y no lo volveré a hacer.

— ¿Y la Bitácora del reaccionario?

— También duró unos seis meses, hasta que el director del periódico fue tan genial, ya te lo conté, que me dijo que la gente iba a creer que yo era de verdad reaccionario. Entonces, ese día, salí de este periódico y no volví nunca más. Porque en verdad me di cuenta de que es un mundo que no está para mí, que no me interesa y no lo voy a frecuentar porque me hace daño. Sin embargo quedo muy contento de haber escrito los *Intermedios*. El otro día que lo publicaron en España con *La Mansión de Araucaíma* y *Los Cuadros del Palacio Negro*, como se llama *El Diario de Lecumberri* –los publicó en España Siruela–,

estuve muy contento de verlos allí. Ya los había publicado mi hijo en el tomo de *Poesía y Prosa*.

— ¿Y la experiencia de *S.nob*?⁶

— Fue con un grupo de amigos muy estimables. Aquí vas a ver, en este libro, un trabajo sobre Alvar de Mattos bien interesante. Esto, sí quise hacerlo para esta revista, y va muy bien con la idea de la revista. Fueron siete números, no más.

— Háblame del Tríptico de mar y tierra. “*Son tres experiencias que revelaron a Maqroll tres regiones del alma hasta entonces desconocidas*”, como lo escribes sugiriendo que no hay otro viaje sino el que uno hace dentro de sí, por la “*geografía del alma*”. Pero también cada novelita que constituye el Tríptico tiene su geografía y tiene lugar en cada uno de los tres espacios propios de Maqroll: ¿es intencional o te salió así?

— Primero fue *Obregón*, que se publicó en *El Paseante*. Después me vino la idea de *Jamil*, que viene esencialmente de mi contacto con mi nieto Nicolás. Nicolás fue para mí una revelación. Tengo otros nietos, pero viven en Colombia, los veo de vez en cuando, los quiero inmensamente, pero Nicolás ha sido para mí algo que cambió por completo mi vida. Lo tengo a mi lado todo el tiempo. Y para mí es esencialmente un milagro, una maravilla. Entonces, pensé en hacerle un homenaje y en la primera versión que hice, moría Lina, la madre, entonces Carmen, mi mujer, me dijo: “no hagas eso”, porque nuestra hija Francine, que realmente es hija de Carmen, pero a la que considero como mía, tuvo una enfermedad grave de la que se salvó por fortuna... Entonces me di cuenta de la barbaridad que estaba haciendo...

— ¿...uno de esos traspiés a lo Gaviero?

— Sí, evidentemente. ¡Lina tendría que haberse casado con el Gaviero, son dos que se hubieran entendido! pero, el pobre Gaviero está ya muy “porqueado”...

⁶ Revista mexicana dirigida por Salvador Elizondo y Emilio García Riera, en la cual Álvaro Mutis publicó algunos artículos bajo el seudónimo de Alvar de Mattos, en el año 1992.

— *Y el otro texto es en Saint-Malo. Después de Colombia y la Cuenca del Mediterráneo, es el norte...*

— ¡Ah, para ti Saint-Malo es el norte! Norte para mí es más bien Brighton, Inglaterra, que detesto como se nota, ¿no?... con excepción de Escocia, que es muy bella... y de Irlanda, pero éstas son tierras distintas: una maravilla.

— *Este verano fui a Irlanda y te advierto una cosa: catorce horas de travesía me aburrieron muchísimo: mar y cielo uniformemente grises, además hacía frío y mal tiempo... Pero tuve una revelación: la contemplación del mar te obliga a la introspección...*

— Totalmente. Y el tiempo... es como un regalo que te da Dios. Es como si Dios te dijera: “ahí tienes el tiempo, a ver lo que haces con él”. Así me pasó de niño. Fue para mí una revelación.

— *Quisiera que me hablaras del valor simbólico del “Cañón de Aracuriare”. En este texto que pertenece a la Summa de Maqroll el Gaviero, volvemos a encontrar lo ritual, lo ceremonial –incluso escribes la palabra «Catedral» para nombrar el espacio que descubre Maqroll más allá del cañón–, y después de este rito iniciático hay como un desdoblamiento, natural por cierto para Maqroll (el hombre) y el Gaviero (el espectador). Me parece, tras varias lecturas, que aquí es como un símbolo de cuanto estás escribiendo: tú creas a Maqroll, Maqroll acaba haciendo a Mutis...*

—...sí, pero sigue siendo Maqroll...

— *y al mismo tiempo aparece este tercero...*

— Este tercero es mi yo que me ve escribir y ve a Maqroll. Pero todas estas interpretaciones son todas *a posteriori*. Cuando yo escribí esto, lo que quise explicar, lo que quise contar, es una experiencia que he tenido desde niño en donde he podido lograr –muy fácilmente lo logro además, si quiero– verme y de pronto verme adentro y ver quién es Álvaro. Y de pronto hay un Álvaro que está viendo a Álvaro viéndose... Esto no tiene para mí un significado muy especial, ni le he

sacado deducciones, ni... En cambio, eres tú compañera de Martha Canfield –que viene de ella un excelente artículo en el libro que te acabo de traer–, que es una profesora de la Universidad de Florencia, especialista en mi obra que está haciendo un libro sobre mí, y ella está alucinada con esto del cañón de Aracuriare y va mucho por el camino que tú estás viendo. Ahora, desde luego, los psicólogos y los psicoanalistas que lo han analizado, evidentemente sacaron una cantidad de conclusiones, algunas ciertas y otras, a la verdad, no me dicen nada. Hubo un momento en que yo necesité que Maqroll se encontrara solo y que tuviera ese proceso de introspección. Tú tienes que tener en cuenta siempre, te lo repito hoy por tercera vez, que yo escribo en forma muy, muy... casi te diría “inconsciente”. Eso no significa que estas cosas que yo escribo no tengan obviamente, precisamente por eso tal vez, un significado profundo ¿no?, psicológico.

— *La revelación es para después, no se da de antemano.*

— ¡Claro!

— *¿Y qué opinas del narrador que no sería Mutis?*

— Ese narrador ya se volvió personaje de las novelas, ya no soy yo. Ese narrador va a unos sitios donde yo no he estado nunca, pero en algunos, sí he estado. Y me es muy útil. A veces, me hace reír mucho... Comenzó siendo yo, ¿no? Yo soy el que va, en *La Nieve del Almirante* y encuentra el libro, y de repente ya, como en el tercer libro, aparece mi hermano en *Amirbar*, aparece mi cuñada, pero ya no soy yo. Es un personaje que es más de allá que de aquí. ¡Ya es más amigo de Maqroll que yo!

— *Sin embargo, el que cuenta Jamil eres tú.*

— *Jamil, sí. Esto sí ¡claro!*

— *Incluso en Jamil te diviertes mucho cuando pones en boca de Mossén Ferrán una crítica del escritor que eres tú y le haces decir que sobre lo de las lecturas de Maqroll y su pasión por la*

historia, te quedabas un poco corto y que habría que insistir más en eso. Es un juego.

— (risas)... ¡claro!

— *El paso de la poesía a la narrativa...*

— Te adelanto sobre eso una cosa: jamás me he sentado a decir “esto es la poesía, esto es la narrativa”.

— *¡ya lo sé!*

— Y alguien como tú... —Y muy pocas personas conocen mi obra como tú, muy pocas, tal vez Eduardo García Aguilar y Martha Canfield, pero como tú, creo que nadie—, oye, pero es evidente que el material de las novelas es exactamente el mismo de la poesía. El otro día leí, no sé por qué, en una lectura pública, un texto, que nunca lo había hecho... *Hastío de los peces*. Pues, ahí está *el Tramp Steamer*...

— *Te lo iba a preguntar, pero ya tengo la respuesta.*

— Hubiera tenido que usarlo de epígrafe. Ahí está... ahí está. Y en *Los Hospitales de Ultramar*, ahí está todo, todo, todo... Yo podría poner *Los Hospitales de Ultramar* en una novela y no se notaría. Porque hay muchos textos donde no menciono a Maqroll, digo “tuve”, “fui”... etc., pero es Maqroll quien está contando, en “La cascada” por ejemplo...en *El hospital de los soberbios*, en *El hospital de la bahía*...

— *Pero también el de “La cascada” eres tú...*

— Sí, en la época de la poesía había una cierta simbiosis, una cierta condición de *alter ego*...pero en las novelas ya no.

— *He pensado ponerle como subtítulo a la tesis: “Del Alter Ego al Otro”...*

— Está bien. Es que es esto. Tienes toda la razón. Yo estoy de acuerdo contigo.

— *No quisiera decirlo tan abruptamente pero dos acontecimientos determinaron, quizás más que otros, tu vida —*

por lo menos así lo veo yo a través de mis reiteradas lecturas—: fueron la muerte de tu padre y el exilio.

— Exactamente (silencio).

— *Te quedaste dos veces huérfano.*

— Sí, en absoluto.

— *De aquí la necesidad absoluta que tuviste de crear a Maqroll, este alter ego de la poesía, sin raíces familiares, sin vínculo con ningún antepasado, y al mismo tiempo de crear un espacio y un tiempo líricos.*

— Tienes toda la razón.

— *Y esto determina toda tu escritura.*

— Totalmente, ¡claro! Yo estoy marcado por eso para siempre.

— *A la muerte de tu padre no aludes nunca, con extremo pudor.*

— Porque no me repongo. No se puede...

— *Esta anécdota en que Maqroll, después de pasar la noche con una prostituta, descubre la foto de su propio padre sobre la mesilla de noche y aprende que también es el padre de la muchacha... Es aquí una doble muerte del padre: del padre y de su imagen, para que quede bien claro que Maqroll (¿y Mutis?) está en la obligación de encontrar sus raíces, de hacer su vida fuera de estas raíces...*

— Correcto. Perfecto. Muy buen hallazgo éste.

— *Está claro a lo largo de la obra...*

— No te creas, los críticos son tan idiotas que se les pasan estas cosas evidentes.

— *Serán esos que bautizan a Maqroll, “el Naviero”.*

— Incluso Magroll el Naviero... ¡Dios mío! eso no tiene sentido... ¿Con qué dinero? Quizás Abdul... o mejor dicho la familia de Abdul.

—*Dices que con este apellido que tienes, que apela al silencio, no te hacen falta seudónimos. Pero Alar el Ilirio, Alvar de Mattos, Maqroll el Gaviero... ¿no serían heterónimos tuyos?*

— ¡Claro! Mira... Alar el Ilirio⁷ además —que esa es la narración que yo más quiero después de *La Última escala del Tramp Steamer*— es una narración secreta de cosas muy mías. Incluso la posición de Alar frente al poder es la de Maqroll, la posición de Alar frente al amor es como la de Maqroll, él pierde la muchacha, él se aparta... Esto es totalmente maqrolliano. Y si sigues haciendo paralelos, eso no va a tener final. Entonces, sí son heterónimos. Será un homenaje a nuestro adorado Pessoa...

—*Tienes una veneración por la pintura, por eso el homenaje a Obregón en el Tríptico y al principio de Jamil. Leí una crítica algo severa: alguien te reprocha la facilidad con que escribes aquí. Yo no comparto esta opinión, lo veo más bien como una tentativa de aproximarte al máximo al arte de pintar, buscas palabras que sean pinceladas.*

—Es verdad. Sabes... Obregón... muchas cosas que escribo, él las dijo. Obregón, como muchos pintores, en general, digo, son de una inmensa torpeza verbal. En el caso de Obregón era casi patético. Entonces los había que decían: “oye, pero bueno, Obregón será buen pintor, pero es que es un idiota”. No, no... un momento. Es que hay que saber escucharlos, porque el instrumento de ellos es el color, la pintura, que es una cosa directa, material. Y esa relación se vuelve esencial para ellos, y la palabra sale sobrando. Hay que saberlos escuchar. ¡Pero esas definiciones que me decía este loco de Obregón! Un día me dijo: “Voy a pintar el viento”. Le digo: “Sí, el viento en los árboles...”; “Mira, no seas idiota, el viento, el viento que entra por la ventana”; “Sí, la ventana que se mueve...”; “Es que no me estás entendiendo Álvaro, el viento...”. Y pronto vi... ¡qué maravilla me está diciendo este hombre, con una torpeza además, siempre con palabrotas.... que te están reemplazando la palabra precisa!, ¿no?

7 Alar el Ilirio es el protagonista de *La Muerte del estratega*.

— Precisamente esto me gustó: el desfase que existe entre la expresión verbal de Obregón y la expresión plástica de su obra, por lo menos en lo poco que conozco a través de la iconografía que ilustra la revista *El Paseante*.

— Por eso quise que la edición francesa de *Le Dernier visage*⁸ tuviera un cuadro de Obregón. Y conoces la portada de *La Summa de Maqroll el Gaviero* en la edición mexicana con el autorretrato de Obregón... Esto le hizo feliz antes de morir. Fue una de las últimas grandes felicidades de su vida, cuando yo le llevé *Le Dernier visage*... se estaba volviendo ciego, se estaba muriendo, tenía un cáncer del cerebro. Y lloró. Lloró esta bestia aterradora y me dijo “¿Por qué haces esto, pendejo?, ¿por qué haces esto desgraciado?”. Yo supe siempre escucharlo. Ahora la pintura... El gran milagro que hay de la expresión humana es la música. Es un milagro. Es decir es un misterio. Porque a ti te pueden explicar sesenta veces una partitura, ahí no está la cosa. Ahora, en Reims van a tocar el cuarteto de Lavista, que lo tocaron también en Colombia cuando mis setenta años, y me seguirá pareciendo mi poema de una torpeza... espantosa. Y yo lo publico, y lo mantengo, porque sólo es una muestra de cariño a Lavista. Pero, por Dios, que la música es una cosa mucho más complicada... ¡Y la pintura! El otro misterio es la pintura, que es menos misterio porque es materia. La pintura está ahí. La pintura, eso es pura metafísica, pero la pintura es inobjetable: un cuadro que pintes cambia el universo. Antes el universo era así sin ese cuadro, ahora es así con ese cuadro, que es un objeto material, lo puedes tocar, lo puedes oler, puedes hacer lo que quieras con él. Eso es impresionante, eso es brutal.

— *Micho, Michín, Orifiel, Miruz y Mishka ¿son los gatos de tu casa?*

— ¡Sí! son mis gatos y el gato que se les murió a los Panabière. Orifiel es un gato que le mataron a la pobre Mado. Michí, ya murió también, y Miruz sí vive, por fortuna, vive con nosotros, es como el hijo de Carmen y Mishka también vive...

⁸ Edición que incluye Relación verídica de los encuentros y complicidades entre Maqroll el Gaviero y el pintor Alejandro Obregón.

— Todos comienzan por una “m” menos Orifiel, el gato de Panabière...

— Sí, sí... es que en Colombia, para llamar a los gatos hacemos “mish... mish... mish...”, de aquí viene la cosa.

— “*Improbable*” es un adjetivo recurrente en tu obra, pero no siempre significa “improbable” en francés. ¿Qué valor tiene para ti?

— Es muy importante para mí. Porque yo no he estado nunca seguro de nada y yo creo que nadie puede estar seguro de nada, de nada... Entonces yo quiero que todo lo que yo narre y todo lo que yo diga esté flotando sobre “puede ser, puede no ser”, no sé, así salió, así lo vi, no es una tesis, mañana es posible que no lo afirme, es posible que esté completamente en una situación opuesta, es la alternancia ¿no? Esto es una cosa de mi carácter... que me causa por ejemplo con la religión problemas bastantes graves...

— También te gusta poner en boca de Maqroll: “todo está en orden”.

— Es la necesidad... la angustia... de encontrar de vez en cuando un equilibrio, un punto de descanso... Que me lo da Santiago de Compostela, me lo dan ciertos momentos... Sí, “todo está en orden”, bueno... no se derrumbó todo como yo creía. Eso es.

— Ilona, ¿cuál es el origen de este nombre y por qué se expresa con frecuencia en francés?

— Será por el carácter internacional que tiene. Ilona en húngaro significa Elena y se acentúa en la “i”, es esdrújulo.

— Ahora, antes de despedirnos, te hago la pregunta que ya se ha vuelto ritual: ¿qué libros te has traído en la maleta?

— Traje las cartas de Rebatet⁹, escritas en la prisión, cuando estaba condenado a muerte y no sabía si iba a morir, si lo iban a ejecutar. Es absolutamente conmovedor. Desde luego la circunstancia humana es terrible, y hay ahí algo apasionante: todas las cartas van dirigidas a su amigo Bernard Cailleux y en todas, su preocupación es que su novela *Les Deux étendards* –si lo matan, si lo ejecutan– quede lo más clara y lo más terminada posible. Entonces, es una lucha contra la muerte de una lucidez tan extraordinaria que me tiene absolutamente alucinado. Y también tengo un librito de Roger Caillois que se llama *Divergencias*, que es muy bello. Además regreso a México con un montón de libros... También conseguí en Gallimard un libro de poesía, que éste todavía no lo tenía, de Henry Levet¹⁰. Fue un escritor casi desconocido, francés, sobre el cual escribió Valery Larbaud, él fue cónsul, hizo muchos viajes.

¡Hasta la próxima!, en Saint-Malo, en mayo, para “Etonnants Voyageurs”. Allí estaré para celebrar el centenario de la muerte de Stevenson.

9 Rebatet Lucien (1903-1970). Ya en 1933 sus simpatías van hacia Action française, movimiento nacionalista y monárquico animado por Charles Maurras en cuyo periódico firmará, en 1929, las críticas musicales, literarias y cinematográficas. Movilizado al principio de la guerra, sufre la derrota, lo que le inspirará un libro de una gran violencia: *Les Décombres* (1942). Este libro, que tendría un gran éxito durante la ocupación, es ya imposible de encontrar. Trabaja primero como redactor en la radio de Vichy, pero luego se instala en París donde redacta la crónica teatral en *Le Cri du peuple* de Doriot. Colaborador a la vez anticlerical y anti-Vichy, está estrechamente vinculado con los círculos alemanes cultivados. Será detenido en Austria, trasladado a la cárcel de Fresnes y condenado a muerte en 1946. Indultado en 1947, estará encarcelado en Clairvaux hasta 1952. En la cárcel escribirá otra novela, *Les Deux étendards*, que será saludada por la crítica por sus notables cualidades literarias. También escribió una *Historia de la música*, obra de una gran erudición pero cuyos juicios de valor son más bien discutibles.

10 Henry Levet, nacido en 1874, murió de tuberculosis a los 32 años. Joven dandy, trabajó como diplomático, escribió unos doce poemas, reunidos bajo el título de *Cartes postales*, que le otorgaron un reconocimiento póstumo. Valery Larbaud lo definía como un “Whitman français”. *Cartes postales* fue editado por *La Table Ronde* en la colección *La Petite Vermillon* en 1993.



CARTAS,
POEMAS Y
HOMENAJES

LAS ENSEÑANZAS DE DON ÁLVARO*

Mario Rey

A Carmen Miracle, Mini Caire, Ana María Jaramillo,
José María Espinasa, Eduardo García y Jorge Bustamante

Yo tuve la suerte de conocer y tratar en México al poeta, narrador y pensador Álvaro Mutis (Bogotá, 1923-2013, México), creador de una de las máscaras poéticas más seductoras y de uno de los más célebres personajes narrativos de la literatura contemporánea, Maqroll el Gaviero –quien “no sólo es él, como con tanta facilidad se dice”, Maqroll “somos todos”¹–, “la voz de un verdadero poeta”², “una de las mayores figuras de la poesía en lengua castellana”³, “el mayor poeta vivo en lengua castellana” pa ra “más de un crítico”⁴, “un poeta de culto”⁵, en igualdad de condiciones con “los grandes poetas europeos

* El presente texto parte de varios otros que he escrito sobre Álvaro Mutis, su obra y sus enseñanzas, asuntos sobre los cuales he venido trabajando desde ya hace varios años: “En una cabina de la Radiodifusora Nacional, con la Quinta Sinfonía de Sibelius, Álvaro Mutis escribió su primer poema”, *Tierra Adentro*, Núm. 137-8, México, XII-2005-III-2006; “Mutis, el maestro”, *La Jornada Semanal*, Núm. 964, México, 25-VIII-2013; “Álvaro Mutis y la amistad”, leído en el homenaje organizado por el FONCA-CONACULTA, México, 12-14-XII-2013; Álvaro Mutis y Maqroll el Gaviero: un lúdico y ambiguo navegar entre el presente y el pasado, el reino paterno y el paraíso materno, el mar y la tierra, la ficción y la realidad, la poesía y el relato, el diálogo y la reflexión, en proceso, y *Falsas memorias del Paraíso*, inédito.

1 García Márquez, Gabriel. “Mi amigo Mutis”, discurso leído con ocasión de los setenta años de Álvaro Mutis. Bogotá, Colombia (Reproducido en *La Jornada Semanal*, México, 25-VIII-1993; *El Tiempo y Semana*, Colombia, <https://www.semana.com/cultura/articulo/mutis-su-amistad-con-gabriel-garcia-marquez/358613-3>).

2 Paz, Octavio. “Los Hospitales de Ultramar”, *Summa de Maqroll el Gaviero Poesía 1948-1988*, Álvaro Mutis, México: FCE, 1988, p. 10.

3 Gimferrer, Pere. “La poesía de Álvaro Mutis”, *Destino* No. 1874, Barcelona, IX-1973, y en *Poesía y Prosa*. Instituto Colombiano de Cultura, 1982.

4 Benedetti, Mario. “El gaviero Álvaro Mutis”, *Nexos*, n. 169, 1-I-1992, México, p. 21.

5 Domínguez, Christopher. “Mutis, soñador de navíos”, *Semana*, Colombia, 2007-XI-19, con ocasión del homenaje que le rindiera la XXI Feria Internacional del Libro de Guadalajara, dedicada a Colombia y a Álvaro Mutis, donde “Mil doscientas personas sentadas y casi otras tantas de pie acompañaron las dos horas de discursos, música y aplausos al escritor” (Sophía Rodríguez, *Gatopardo*, 87, II-2008, Colombia, México y otros países).

contemporáneos”⁶, “un autor cosmopolita”⁷, “un maestro”⁸, “un clásico recién nacido”⁹, “reconocido por sobresalientes protagonistas del mundo artístico y literario”¹⁰, “leído y admirado por los jóvenes de ayer y de hoy”¹¹, “un vidente que sabe a ciencia cierta que nunca volveremos a encontrar el paraíso perdido”¹², “un cuentista y novelista popular, aunque poco estudiado”¹³, “un historiador de hecho y por derecho”¹⁴, creador de “una de las construcciones más enigmáticas y seductoras de nuestra lengua”¹⁵, de una de las más singulares, significativas y reconocidas obras de la literatura escrita en español en el pasado siglo xx, una obra mestiza en constante y libre fluir entre poesía, cuento, novela y guion, epístola, diario, reseña y ensayo, conversación, entrevista y artículo periodístico, aunque dos o tres de sus críticos sólo lo perciban como un hábil manipulador y promotor de su obra¹⁶.

García Márquez subrayaba en su discurso en el homenaje a Mutis antes citado la congruencia del mensaje de su amigo a lo largo de su vida y sus escritos: “la obra completa de Álvaro Mutis, su vida misma, son las de un vidente”¹⁷; pienso que la congruencia del creador de Maqroll va más allá del mensaje

6 Castañón, Adolfo. “El tesoro de Mutis”, *Vuelta*, N° 205, México, XII-93 y *Anthropos* 202, España, I-III, 2004.

7 Juan Gustavo Cobo Borda, “Mutis de vuelta”, *Número, Separata Premio Cervantes, Colombia*, y *Letras Libres No 4, España*, 31-I-2002.

8 Varios autores, entre ellos Guillermo Sheridan, “*Los Emisarios de Álvaro Mutis*”, *Vuelta* N° 98, México, 1984.

9 Updike, John. “The Lone Sailor”, *The New Yorker*, 28-VI-2010, EEUU, www.newyorker.com/critics.

10 Rodríguez Amaya, Fabio. *De Mutis a Mutis*. Bologna: University Press Bologna, 1995, p. 9.

11 Jaramillo, Darío. “Álvaro Mutis”, *Anthropos*, 202, op. cit.

12 García Márquez, Gabriel. “Mi amigo Mutis”, op. cit.

13 Domínguez, Christopher. “Mutis, soñador de navíos”, *Semana, Colombia*, 19-XI-2007.

14 de Ferdinandy, Miguel. “El Estratega: Un cuento de Álvaro Mutis”, *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero*. Cali: Proartes, 1988, p. 266 y *Eco*, N° 237, Colombia, 1981.

15 Alberto Ruy Sánchez, “Ritual gótico de tierra caliente”, *Vuelta*, núm. 121, México, 1986, p. 53 (publicado también como “La obra de Álvaro Mutis como un edificio mágico y sus rituales góticos de tierra caliente”, *Tras las Rutas de Maqroll el Gaviero*, (TRMEG 1988-1993), Álvaro Mutis et al., ed. Santiago Mutis D., Colombia, Proartes, Gobernación del Valle y Revista Literaria *Gradiva*, 1988.

16 Con particular saña, Harold Alvarado Tenorio, “Álvaro Mutis y los supermercados”, *El Espectador*, 31-XII-93 y “*Monarquía y premios literarios*”, *El Globo*, Caracas, III-18-1990 y en *Fragmentos y despojos*, Arquitrave Editores, Colombia, 2002.

17 García Márquez, Gabriel. “Mi amigo Mutis”, op. cit.

verbal y trasciende las normales inconsistencias o errores que haya podido tener; su vida, su obra y su máscara-personaje conforman un todo unitario y armónico donde vida y obra se confunden y recrean mutuamente.

Para mí, como para muchos otros lectores y críticos, Álvaro Mutis –su obra y su inolvidable Maqroll el Gaviro– ha sido un maestro del cual he tenido la oportunidad de aprender disfrutando de sus palabras en verso y en prosa, de sus actos y de sus reflexiones; los encuentros que he tenido con su obra, con el maestro y amigo, con la gente que lo conoció, la gran cantidad y diversidad de interpretaciones, críticas y recreaciones de especialistas, lectores común y corrientes, escritores, músicos y artistas plásticos a lo largo de las últimas siete décadas son una rica fuente de enseñanzas literarias y vitales –algunas de las cuales intentaré compartir aquí– y traen a mi memoria las dos imágenes preferidas por Jorge Luis Borges para explicar el hecho estético, “algo tan evidente, tan inmediato, tan indefinible como el amor, el sabor de la fruta, el agua”: la comparación planteada por el panteísta irlandés Escoto Erígena entre los múltiples sentidos de la Sagrada Escritura y los incontables visos del plumaje tornasolado del pavo real y la consideración de un cabalista español de la Escritura como una creación de Dios para cada uno de sus lectores y, por tanto, no como un libro sino como un número infinito de libros, sentencias “exactas, no sólo en lo referente a la Escritura sino en lo referente a cualquier libro digno de ser releído”¹⁸.

Por su capacidad de emocionar, por su carácter universal, por su ambigüedad y multiplicidad de sentidos, la poesía y la narrativa de Mutis recibieron más de veinte reconocidos premios en América y Europa, entre ellos los tres más importantes en castellano: el Cervantes, 2001, el Príncipe de Asturias de las Letras y el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, 1997, España; la XI Presea Cervantina, Guanajuato, 2011; el Ciudad de Trieste de Poesía, 2000, y el Grinzane-Cavour y Rossone d'Oro, Italia, 1997; la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X

18 Borges, Jorge Luis. *Siete noches*. México: FCE, 1980, pp. 101 y 108.

el Sabio, España, 1996; la Orden al Mérito y el Roger Caillois, 1993, Francia; la Gran Cruz de la Orden de Boyacá, Colombia, 1993; el X Premio Instituto Italo-Latinoamericano de Roma, 1992; el Nonino, Italia, 1990; la Orden de las Artes y las Letras, Grado de Caballero y el Premio Médicis Étranger, en Francia, 1989; el Comendador de la Orden del Águila Azteca, el Xavier Villaurrutia y el Juchitán de Plata, 1988, México; el Doctorado Honoris Causa de la Universidad del Valle, Colombia, 1988; el Premio de la Crítica Los Abriles, México, 1985; el Premio Nacional de Poesía de Colombia, 1983 y el Premio Nacional de Letras de Colombia, 1974.

Asimismo, por las cualidades de su obra y por su don de gentes, el poeta y narrador recibió numerosos homenajes; entre ellos el de la XXI Feria Internacional del Libro de Guadalajara (2007); el del Instituto Cervantes de Estambul, que bautizó su biblioteca con su nombre y organizó una amplia exposición bio-bibliográfica con diversas ediciones de sus obras, fotografías y documentos (2005); el de la celebración de sus cuarenta años en “la región más transparente del aire” por un amplio grupo de artistas, intelectuales, personalidades y medios de comunicación mexicanos (1996); en el mismo año, el de la Semana Cultural de Colombia en México y la revista *La Casa Grande*; la celebración de sus setenta años de vida en Bogotá y México (1993), y la dedicación de la Semana del Autor del Instituto de Cooperación Iberoamericana en Madrid (1992).

A mí la poesía del creador de Maqroll me emocionó desde muy temprana edad, cuando recorría los pasillos del centenario colegio republicano donde cursé mi bachillerato con el eco de sus versos leídos en clase: las imágenes del paisaje y la música de los versos de su “Nocturno” versos me remontaban, y continúan trasladándome hoy con gran nitidez y emoción, de manera inconsciente primero, y después con plena conciencia, al Paraíso, a los paisajes y caminos que entonces recorría entre la fría y brumosa Bogotá y mi calurosa y alegre Santiago de Cali, con el omnipresente canto y arrullo de los ríos, la lluvia y el viento, las ramas, las hojas y las aves:

*Nocturno*¹⁹

Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.
Sobre las hojas de plátano,
sobre las altas ramas de los cámbulos,
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y
vastísima
que crece las acequias y comienza a henchir los ríos
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales (...)
por entre la bóveda de los cafetos... ()

Hoy el recuerdo de mis viajes y el de los versos de Mutis se han condensado y me acompañan al pasado anunciándome ancestrales y nuevos recorridos festivos en la canora corriente cristalina de cámbulos, platanales y cafetos, garzas y pericos.

La frecuentación de la poesía de Mutis me fue haciendo caer en la cuenta de la importancia del recuerdo, de las imágenes, de los sonidos, del ritmo de las frases y de la posibilidad de cantarle a las comunes cosas cotidianas de la vida.

También la actitud irreverente y provocadora del escritor contra la formalidad y contra el establecimiento, tanto en la vida como en la literatura y la academia, así como su intenso diálogo con otras culturas y escritores, llamaron poderosamente mi atención, alimentaron y encauzaron mi alerta contra la solemnidad y mi búsqueda de caminos alternos y estimularon mi curiosidad y mis deseos de leer, de alimentarme con la literatura y el arte.

Más tarde disfruté la ambigüedad de sus versos libres y sus versículos, el eco de la poesía en la prosa, las reverberaciones del paisaje, su desesperanza permitió que identificara la mía, y con ella, y a pesar de ella, vislumbré la ilusión de la derrota, de la fugacidad de la vida y la omnipresencia de la muerte en el poder evocatorio del recuerdo, la palabra y la literatura, como en el poema

19 *Summa de Maqroll el Gaviero, op. cit.*

*Visita de la lluvia*²⁰

Llega de repente la lluvia, instala sus huestes, minuciosos
guerreros de seda y sueño

(...)

y de la mano nos llevan a regiones que el tiempo había
sepultado, al parecer, por siempre:

allí nos esperan

la fiebre de la infancia,

la lenta convalecencia en tardes de un otoño incesante,

los amores que se prometían sin término,

los duelos de la familia,

los húmedos funerales en el campo,

(...)

Recordemos siempre esta visita de la lluvia. Cerrados los
ojos,

tratemos de evocar su vocerío

y asistamos de nuevo a la victoria de sus huestes que,

por un instante, derrotan a la muerte.

Mi gusto por la obra de Álvaro Mutis se fue acrecentando a medida que pasaba el tiempo y avanzaba en su conocimiento, en el forjar de mis ideas sobre el arte y la literatura y en mi comunicación con mi ser interior; entonces emprendí la búsqueda de una mayor comprensión del porqué de la permanencia de su atracción en mí, y pude comprobar que cada vez que vuelvo a leer la *Summa de Maqroll El Gaviero*, el *Diario de Lecumberri*, los relatos que componen las *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, *La Muerte del Estratega*, “La desesperanza”, los “Intermedios”, sus entrevistas y buen número de los diversos artículos y libros que sobre la obra del creador de Maqroll se han escrito, he sentido resurgir y renovarse mi emoción, mi aprendizaje y mi admiración, así como el deseo de consignarlos y transmitirlos.

En la poesía y la narrativa de Mutis hallé, y sigo encontrando, a pesar del paso del tiempo, y también gracias

20 Ibid.

a él, varias de las características que para mí distinguen el discurso literario; su rítmica, ambigua y polifónica manera de cantar y contar me emociona, me permite identificarme no sólo en la música e imágenes de sus paisajes y retratos sino en las ilusas y quiméricas empresas del Gaviero, en las marcas que lleva en la piel y en el alma, en su errancia, en su soledad, en su desarraigo, en su extranjería, en su conciencia del sinsentido de la vida y la muerte, así como de los caminos que las unen; pensar en la manera como el escritor, el caminante, el minero y el marino afrontan la existencia, el amor y la amistad, la enfermedad, la muerte y la literatura; disfrutar y tomar conciencia de mi insignificante pertenencia a la compleja, diversa, contradictoria y universal humanidad y su historia, del fluir y confluir en mi mestizaje de las culturas colombiana y española, latinoamericana, árabe y judía, y conocer y revivir pasajes y personajes históricos de una nueva forma.

Los protagonistas y mundos de su universo de palabras me invitan, asimismo, a reflexionar sobre la realidad, la vida y la muerte, la Historia, el poder y la política, el trabajo, la literatura y el arte, mi ser interior y la vana pero necesaria pretensión de la construcción de un sentido de vida; su obra me impulsa a escuchar su diálogo literario y a participar en él disfrutando el placer de la re-creación y la creación de su voz y los ecos de las voces que la alimentan.

El necesario recorrido por las rutas que la crítica ha trazado para abordar la obra de Álvaro Mutis me ha permitido disfrutarla y comprenderla más; reafirmar, matizar o descartar mis impresiones e interpretaciones; percibir y concebir nuevas sensaciones e ideas; en los textos críticos sobre la obra de Mutis releo sus poemas, sus relatos, sus entrevistas y enseñanzas, los comprendo más, me releo, me comprendo mejor, y desarrollo mi visión sobre el arte y la literatura, porque su obra permite el reconocimiento y la identificación con uno mismo y con el otro, y con los otros.

Algunas lecciones de mis encuentros con Álvaro Mutis y Maqroll el Gaviero

Poco antes de la muerte del poeta, camino a su casa, en compañía del geólogo, poeta y traductor del ruso Jorge Bustamante, recuerdo la primera vez que escuché su nombre y el de su máscara poética en los amplios y frescos espacios del Colegio Santa Librada, donde entonces cursaba el bachillerato y me acercaba entusiasmado y temeroso al radiante universo de la literatura y el arte, al calor de mis primeros torpes e ingenuos pasos tras la utopía eterna de la Edad de Oro, de un mundo mejor, de un mejor ser humano, inmerso en el envolvente halo rítmico del son, la rumba, la salsa, la danza y el amor.

En aquellos años setenta, cuando Mutis rondaba los cincuenta, ya era reconocido en el mundo latino y se había convertido en un clásico; sus poemas resonaban en los salones de clase y eran comentados en los pasillos de los colegios y en las mesas de los cafés; entonces el Gaviero empezaba a tomar cuerpo, a recorrer el mundo y a ser reconocido en hoteles, salas de espera y prostíbulos, barcos de carga, planchones y trenes, minas, puertos y bares, terrazas y cárceles, y en el imaginario de los jóvenes lectores que empezábamos a vislumbrar caminos menos hollados. A la vez, sus versos y versículos recreaban en lo más profundo del ser nuestro paisaje y, sin que yo fuera consciente de ello, alimentaban mi identidad:

Al amanecer crece el río, retumban en el alba los enormes troncos que vienen del páramo.

Sobre el lomo de las pardas aguas bajan naranjas maduras, terneros con la boca bestialmente abierta, techos pajizos, loros que chillan sacudidos bruscamente por los remolinos. (...) Tras el agua de repente enriquecida con dones fecundísimos se va mi memoria.

(...) Todo llega a la tierra caliente empujado por las aguas del río que sigue creciendo: la alegría de los carboneros, el humo de los alambiques, la canción de las tierras altas, la niebla que exorna los caminos, el vaho que despiden los

bueyes, la plena, rosada y prometedora ubre de las vacas. Voces angustiadas comentan el paso de cadáveres, monturas, animales con la angustia pegada en los ojos. (...) Hace calor y las sábanas se pegan al cuerpo. Con el sueño a cuestas, tomo de nuevo el camino hacia lo inesperado en compañía de la creciente, que remueve para mí los más escondidos frutos de la tierra²¹.

Al llegar a México, el país al que marché asfixiado por la angustia generada por la plena conciencia de la extensa mancha de sangre y cadáveres que me impedían vislumbrar una ruta decente hacia la Edad de Oro en la tierra del Dorado rojo, por la histórica barbarie que sustenta nuestra enorme desigualdad social, por la ineficiencia de nuestros cantos de sirena, por la violencia inútil y atroz a la que han sido arrastrados muchos de quienes pretendían combatirla, tomé conciencia de que ese camino ya había sido recorrido por otros, y que ante la imagen y la realidad de una Colombia violenta, corrupta y narcotraficante se erguía orgullosa la de otra Colombia, trabajadora, migrante, amorosa, creativa y vital: los rostros, las manos, las voces y las almas sonrientes de Barba Jacob, Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Fernando Botero, Leo Matiz, Carmencita Pernet, Rómulo Rozo, el Caimán Sánchez y Rodrigo Arenas Batancourt, entre tantos paisanos que han encontrado refugio en la tierra originaria del maíz, el jitomate, el mole, el aguacate, el muralismo, las rancheras, *Pedro Páramo*, *La voz de los vencidos* y el tequila, la tierra receptora y heredera de nuestra cumbia, nuestro trabajo, nuestra filigrana, nuestras letras y nuestras imágenes...

Entonces, como tantos otros, quise conocer a nuestros ancestros en México, quise ir al Blanquita, a Garibaldi y a la Arena México, a la Plaza de las Tres Culturas, a la casa de Trotski, a la de Frida y a Comala, quise bailar mambo con Pérez Prado, Tongolele y María Félix, conocer a Rulfo, García Márquez, a Álvaro Mutis...

21 Summa de Maqroll el Gaviero, op. cit.

Un alto ejecutivo y un renombrado poeta de buen humor, solidario, generoso y pícaro

La imagen de divertido hombre de gran mundo, de alto ejecutivo y de poeta exitoso tiende a ocultar el espíritu solidario y generoso del creador del errante Maqroll el Gaviero, su disposición para identificarse con el dolor, la necesidad y los proyectos del otro, el apoyo brindado a los artistas jóvenes, sus propias experiencias de abandono, dolor y muerte; pero sabíamos que recibía solidariamente en su oficina y en su casa a numerosos escritores, periodistas y artistas que lo buscaban para entregarle sus primeros libros, pedirle una entrevista, un prólogo, un comentario, una presentación, un consejo o, simplemente, para conocer al maestro.

Convencidos de su generosidad, a poco llegar, Fabio Jurado, Óscar Castro y yo estábamos a la puerta de una refinada y sobria oficina de Polanco, uno de los barrios de más caché de la capital mexicana; una comprensiva secretaria nos condujo ante el célebre y elegante narrador de *Los Intocables*, el gerente de la Columbia Pictures y la Twentieth Century Fox para América Latina: el poeta Álvaro Mutis, quien se acercó sonriente con la mano extendida a saludar a otros de los tantos muchachos aprendices de letras que solían buscar sus palabras y solidaridad. Íbamos a pedirle apoyo para las Primeras Jornadas Culturales de Colombia, organizadas por el Taller Literario Porfirio Barba Jacob (Óscar, Fabio, Ariel Castillo, Adolfo Caicedo, Luz Ayder Paz, Socorro González y Plinio Garrido). Óscar le pidió colaboración para su tesis sobre su poesía y Fabio le solicitó un contacto con García Márquez para que nos apoyara en la organización de la jornada y el homenaje al poeta y periodista Barba Jacob. Comentó la empresa, habló de la promoción cultural, de literatura, de Colombia y México; nos dio nombres y teléfonos, y días después iluminó con la lectura de sus poemas, sus festivas anécdotas y sus carcajadas los recintos de la UNAM y la Galería Domecq, donde transcurrieron las Jornadas.

Ante nuestras preguntas sobre cómo lograba armonizar su desempeño en el mundo de los números y las letras, Mutis nos explicó con gran sinceridad y sencillez que él, desde muy joven, había decidido no pasar necesidades, como Scarlett O’Hara en *Lo que el viento se llevó*; que la lógica de los negocios era muy simple: alguien compra una cosa en dos para venderla en cuatro y quien la compra en cuatro lo hace para venderla en ocho..., y que él separaba escrupulosamente los dos mundos, sin pretender sacar provecho en ninguno de los dos de su condición en el otro.

De pronto, el maestro nos contó ilusionado que estaba haciendo los preparativos para las vacaciones al Mar de Cortés a ver las ballenas, un regalo para Santiago, su hijo, que vendría de Colombia; me sorprendió el entusiasmo con que lo contaba; yo me había peleado hacía poco con mi padre y releía *Edipo Rey* y *Pedro Páramo*, así que sus palabras me llegaron al alma; tiempo después leí el poema en el que Santiago le dice que hace años que lo espera en su casa y el relato “Jamil” de Mutis; me dolió el estómago, y sentí y pensé que la paternidad era un asunto verdaderamente complejo, difícil, universal, atemporal, ineludible y doloroso.

Ese día yo llevaba enrollados debajo del brazo mis primeros versos, y cuando empecé nervioso mi atropellado discurso para solicitarle que los leyera, poniéndome la mano en el hombro me dio una lección inolvidable: “Mario, si quieres, con mucho gusto me los llevo y los leo, pero no te voy a decir nada, no esperes nada: Uno siempre sabe cuándo da en el blanco”, y me regaló y me dedicó un ejemplar de *Caravansary*, y una anécdota y una enseñanza que suelo compartir con mis alumnos: “Uno siempre sabe cuándo da en el blanco”.

Eduardo García recuerda eufórico otro gesto de generosidad del maestro: con frecuencia lo invitaba a él y a otros escritores a exquisitos y socráticos recorridos por las cantinas y los restaurantes de la ciudad de México; asimismo, el pintor colombiano Santiago Rebolledo cuenta que en una ocasión, en la inconciencia del amor y de los tragos, habló

desde México durante toda una noche por teléfono con su novia en Italia, y que ante la inminencia del corte del teléfono y la negativa o la imposibilidad de sus amigos de ayudarlo, alguien le dijo que llamara a Mutis, quien, sin conocerlo, le dio el dinero para pagar la llamada, muerto de la risa, sin ninguna pregunta ni observación, y que lo interrumpió y pasó a otro asunto cuando, tiempo después, Rebolledo quiso pagarle y darle explicaciones.

En los años noventa, ante el cuentico repetido hasta el cansancio en la prensa, la radio y la tele de “La colombianización de México” –después se hablaría de la mexicanización de Colombia–, y la penosa labor de la gran mayoría de nuestros diplomáticos de ocasión, a quienes sólo se les ocurre festejar la Independencia con los cómicos de la tele y la pachanga, retomamos la experiencia de las Jornadas y creamos la Semana Cultural de Colombia en México y la revista iberoamericana *La Casa Grande*. Entonces disfrutamos orgullosos de la solidaridad y la complicidad del poeta y Carmen Miracle, su esposa, quienes fungían como los auténticos, dignos, señoriales, cultos y respetables embajadores que muy pocas veces hemos tenido en el mundo. Álvaro no sólo leía sus poemas, participaba en las mesas de discusión, concedía entrevistas, posaba para las cámaras, inauguraba las Semanas, y soportaba estoicamente, a pesar del conocido carácter mutable de quienes nacen bajo el signo de Virgo, la impertinencia de algunos de los señorones, las señoronas y los “listos” del momento, a quienes dedica un poema:

Balada imprecatoria contra los listos²²

Ahí pasan los listos.
Siempre de prisa, alertas, husmeando
la más leve oportunidad de poner a prueba
sus talentos, sus mañas,
su destreza al parecer sin límites.
Vienen, van, se reúnen, discuten, parten.

22 *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía Reunida* (SMEG PR), México: FCE, 2002.

Sonrientes regresan con renovadas fuerzas.
Piensan que han logrado convencer,
tornan a sonreír, nos ponen las manos
sobre los hombros, nos protegen, nos halagan,
despliegan diligentes su abanico de promesas
y de nuevo se esfuman como vinieron,
con su aura de inocencia satisfecha
que los denuncia a leguas.
Jamás aceptarán que a nadie persuadieron.
Porque cruzan por la vida
sin haber visto nada,
sin dudas ni perplejidades.
Su misma certeza los aniquila.
Pero, a su vez, también sus víctimas
suelen olvidarlos, confundirlos en la memoria
con otros listos, sus hermanos,
tan semejantes, tan de prisa siempre,
tratando de ocultar a todas luces
el exiguo torbellino que los alienta
a guisa de corazón.
Todo cuidado, toda prudencia,
de nada valen con ellos,
ni vienen a cuento.
Su efímera empresa, al final,
ningún daño logra hacernos.
Los listos, os lo aseguro, son inofensivos.
Es más, cuando me pregunto
a dónde irán los listos cuando mueren,
me viene la sospecha de si el limbo
no fue creado también para acogerlos,
sosegarlos y permitirles rumiar,
por una eternidad prescrita desde lo alto,
la fútil madeja de su inocua cuquería.
Ignoremos a los listos y dejémoslos
transitar al margen de nuestros asuntos
y de nuestra natural compasión
a mejores fines destinada.
De los listos no habla el Sermón de la Montaña.
Esta advertencia del Señor debería bastarnos.

Aunque siempre dijo que no le interesaba la política, Álvaro Mutis tenía una mirada crítica sobre lo que pasaba en el gran supermercado en que se había convertido el mundo, como solía decir; no puedo olvidar la inauguración de una semana en la que se refirió con gran indignación a la barbarie de las guerras yugoslavas, al mercado de las armas, a la urgencia de la paz en Colombia y al papel de la poesía y el arte: “La poesía salvará al mundo”. Esa era una de sus convicciones, una de las pocas salidas que dejaba viva su desesperanza.

Minutos antes de su apasionado e indignado discurso, cuando llegó el nuevo embajador, me preguntó si estaba seguro de que deseaba que inaugurara él y no el diplomático, y ante mi respuesta, sonriendo, comenzó a hablar sin sombra alguna de duda; le causaba gracia que fuéramos nosotros y no la embajada quienes organizáramos esos festejos –a Uribe, sus muchachos y sus “agregaos”, en cambio, no les causó gracia alguna cuando llegaron al poder, y así lo hicieron sentir de manera evidente y dolorosa en la que fue la última de nuestras semanas culturales dedicadas a la búsqueda de la paz en Colombia y a la fundación de la Casa de la Cultura de Colombia en México...

No puedo dejar de sonreír cuando veo su imagen, de pantalón gris, saco oscuro, camisa blanca y rojo gazaré, tirado en un pasillo del Palacio de Bellas Artes, posando con el brazo en el suelo, la mano en la mejilla, una pierna cruzada y la sonora risotada ante las cámaras que disparaban sin cesar, en medio de un gran coro de carcajadas: se había caído y transformado el difícil momento en motivo de fiesta.

Una tarde, en el mágico Tepoztlán de Morelos, después de enseñarme a preparar el mejor Martini del mundo –honorable asunto en el que competía carnavalescamente con don Luis Buñuel–, con la copa en sus manos temblorosas y la luminosidad intacta de su inteligencia, humor y memoria, don Álvaro, para mi sorpresa, después de denostar los boleros, cantó completicos, desde la primera hasta la última línea, uno tras otro, en tono burlesco, más de una docena...

Álvaro Mutis era un narrador nato; apenas empezaba a contar, la gente dejaba lo que estaba haciendo en la reunión para sumarse al corro y escucharlo fascinada, como cuenta la narradora y periodista Elena Poniatowska; una tarde asistí deslumbrado a la representación de una y otra y otra de sus maravillosas historias: su forzoso aterrizaje en la costa con un tigre en la pista; su trágico descenso desde las alturas, con la Virgen en pedazos, el pánico y el vómito de la tripulación zarandeada por la tormenta, a las tierras cafetaleras de sus ancestros iluminadas por las velas, los inciensos y las oraciones de los fieles que esperaban ansiosos su virgen; el retiro apresurado y a escondidas del cadáver del hombre más rico del mundo en el ascensor de un hotel en la festiva y calurosa Barranquilla, así como su respuesta al empleado que le preguntó quién iba ahí: “El señor obispo”; su primer encuentro y saludo con Gabo, en medio de una lluvia torrencial que doblaba las palmeras y tiraba cocos sin cesar en la misma caribeña Cartagena de Indias donde Maqroll el Gaviero fuera salvado por el pintor Alejandro Obregón de una pandilla de atracadores: “¿Ajá, y cómo va la vaina?”, frase cuyo espíritu compinche conservaría su amistad por el resto de sus días; su estadía preso en el palacio de Lecumberri, “Mi verdad”... Y la fantástica y sorprendente historia de su febril viaje a La Habana en una fiesta interminable de la que sólo pudo salir cuando su jefe se vio obligado a ir a recatarlo después de varias semanas de juerga, germen del pobre burócrata Peñalosa encadenado a una de las azafatas de la Villa Rosa, elegante prostíbulo creado por Mutis, Ilona Grabowska y Maqroll, en Panamá, anécdota que también recrea con encanto el triste y pobre prostíbulo barranquillero de falsas y mal vestidas azafatas que el mismo autor tuvo que hacer cerrar cuando trabajaba para una compañía de aviación; dramáticas y divertidas historias que hacen evidente que entre su realidad, su imaginación y su literatura los límites y las relaciones son estrechos, múltiples y sorprendentes.

A pocos días de cumplir noventa años, en un antiguo pueblito que aún logra conservarse enclavado en la

monstruosa Ciudad de México de enormes avenidas de dos pisos, millonarios centros comerciales y altísimos y modernos edificios flotando entre las nubes caquis de la contaminación, en la calle San Jerónimo, cuyo nombre se convierte apenas cruzar el umbral de la casa del poeta en Rue Céline, brevísimo camino al Paraíso del verde y plácido jardín regido por plátanos y cafetos que conducen a su luminoso refugio de libros, discos, pinturas y retratos, flores, bellos objetos, soldaditos de plomo y gatos, con la delicada, encantadora, sabia y amorosa presencia de Carmen, encontramos al hombre que, consciente de la inutilidad de toda empresa humana, se emociona como un niño al evocar a Colombia y al saber que Jorge bautizó una veta del Levantamiento Minero San Diego Curucupaco en México con el nombre Amirbar; recuerda el resplandor de San Petersburgo, a sus maestros rusos de juventud, descubiertos gracias a Zalamea y Casimiro Eiger, pide con picardía otro whisky y brinda en ruso: ¡za zdaróvie! ¡Za zdaróvie, maestro!

La última vez que lo vi, a pesar de que tenía el tanque de oxígeno a su lado, pensé que su fuerza y su alegría de vivir lo iban a salvar de ese mal momento, pero la noticia de su muerte me sorprendió y me dejó sumido en una profunda tristeza diluida por una leve sonrisa; lo había visto en su cuarto luminoso, entre las verdes hojas de los plátanos que se asomaban a la ventana y las blancas hojas de un libro abierto en el silencio que precede a un gran concierto, ante la amorosa mirada de su numen, llevarse a la boca la almojábana que transportó su espíritu vaya a saber adónde, ¿al espacio y tiempos pasados, al incierto porvenir, a la nada? No soporté el vacío del silencio: “Maestro, espero que la próxima vez que nos veamos esté mejor y nos tomemos un whisky.” Entonces su rostro se iluminó y me contestó sonriendo: “¿Pero por qué uno, Mario?” Ansioso, salí saboreando el fuerte líquido vital y su ya eterna pícara sonrisa que trasciende la desesperanza.

Álvaro Mutis, la desesperanza y la aceptación

Cuando se piensa en el creador de Maqroll el Gaviero viene de inmediato a la mente la palabra desesperanza, término con el cual se califica la actitud vital y filosófica del escritor y su máscara y personaje, y por extensión el mensaje de su obra; Mutis mismo mostró el peso y la importancia de tal actitud, y le marcó el camino a la crítica, cuando la definió en dos ensayos publicados en *La Muerte del Estratega*, “La desesperanza” y “¿Quién es Barnaboth?”: lucidez, incomunicabilidad, soledad, relación especial con la muerte y “rechazo de toda esperanza más allá de los más breves límites de los sentidos, de las más leves conquistas del espíritu (...) Tal vez desesperanza no sea la palabra para nombrar esta situación, en vano he buscado otra...”, y aclara que el héroe desesperanzado “no está reñido con la esperanza, lo que ésta tiene de breve entusiasmo por el goce inmediato de ciertas probables y efímeras dichas”²³; esta condición aclara muy bien la actitud vital tanto de Álvaro Mutis como de Maqroll el Gaviero: más allá del dolor por la enfermedad, la descomposición y la muerte que cantan y cuentan, ambos aman y gozan la vida, el mar, la tierra, el agua, los animales, el trabajo, sus productos, los viajes, la buena comida y el buen trago, la amistad y el amor, la lectura, la literatura y el arte, y en especial al ser humano. Sí. Pero ante el arribo inminente de la enfermedad y la muerte, Mutis también nos enseña que sólo se puede vivir en paz aceptándolas, aceptando lo que depara la vida, satisfechos de haber vivido sin sucumbir ante el miedo, sin dejarse paralizar por el miedo, la angustia y el sinsentido de la vida, viviendo plenamente, caminando hacia ella disfrutando plenamente la vida, una lección en la que no nos hemos detenido, a pesar de que sus actitudes y sus palabras la muestran:

*Nocturno en Compostela*²⁴

Sobre la piedra constelada
vela el Apóstol.

²³ *La muerte del Estratega. Narraciones, Prosas y Ensayos. México: FCE, 1988, pp. 173-174.*

²⁴ *Summa de Maqroll el Gaviero, op. cit.*

Listo para partir, la mano presta
en su bastón de peregrino,
espera, sin embargo, por nosotros
con paciencia de siglos.
Bajo la noche estrellada de Galicia
vela el apóstol, con la esperanza
sin sosiego de los santos
que han caminado todos los senderos,
con la esperanza intacta de los que,
andando el mundo, han aprendido
a detener a los hombres en su huida,
en la necia rutina de su huida,
y los han despertado
con esas palabras simples
con las que se hace presente la verdad.
En la plaza del Obradoiro,
pasada la media noche,
termina nuestro viaje
y ante las puertas de la Catedral
saludo al Apóstol:
Aquí estoy –le digo–, por fin,
tú que llevas el nombre de mi padre
tú que has dado tu nombre a mi hijo,
aquí estoy, Boanerges, sólo para decirte
que he vivido en espera de este instante
y que todo está ya en orden.
Porque las caídas, los mezquinos temores,
las necias empresas que terminan en la nada,
el delirio que se agota en la premiosa
lentitud de las palabras, las traiciones
a lo que un día creímos lo mejor de nosotros,
todo eso y mucho más que callo o que olvido,
todo es, también, o solamente,
el orden; porque todo ha sucedido,
Jacobo visionario, bajo la absorta mirada
de tus ojos de andariego enseñante
de la más alta locura.
Aquí, ahora, con Carmen a mi lado,
mientras el viento nocturno
barre las losas que pisaron monarcas y mendigos,

leprosos de miseria y caballeros
cuya carne también caía a pedazos,
aquí te decimos simplemente:
De todo lo vivido, de todo lo olvidado,
de todo lo escondido en nuestro pobre sueño,
tan breve en el tiempo
que casi no nos pertenece,
venimos a ofrecerte lo que consiga
salvar tu clemencia de hermano.
Jaime, Jacob, Yago,
tú, Hijo del Trueno,
vemos que ya nos has oído,
porque esta piedra constelada
y esta noche por la que corren las nubes
como ejércitos que reúnen sus banderas
nos están diciendo
con voz que sólo puede ser la tuya:
“Sí todo está en orden,
todo lo ha estado siempre
en el quebrantado y terco
corazón de los hombres”.

Álvaro Mutis y la música

Además de la alegría de vivir, de cantar, contar y recrear el Paraíso Perdido, la poesía, la narrativa, las entrevistas y las charlas de Mutis señalan la importancia de la música en la vida y en el mundo creado en el papel, más allá de la armónica distribución de los acentos, la rima, las estrofas y el verso clásicos, el ritmo de sus versos, sus versículos y su prosa nos hacen sentir la música del paisaje cafetero, la lluvia, los ríos, el viento y las montañas, los cafetos, los platanales, las palmas de cera y el dibujo del vuelo de los loros y las garzas, el gemir de las reses, el ronroneo de los camiones en su penoso ascenso, los ecos de los bramidos de las víctimas en los socavones y el habla seductora de su gente; también se siente la música en el ritmo de sus cadenas de palabras, en la sonoridad de éstas, en sus repeticiones, en sus anáforas, y a veces sus frases sólo son una enigmática imagen sonora intraducible provocada por la música.

Mutis es un melómano con oído musical, y así lo dicen su rica colección de discos, sus visitas a las salas de música y conciertos, sus conversaciones y comentarios y su obra. Gabriel García Márquez lo recuerda en sus años juveniles:

... una tarde (...), cuando le oí decir algo casual sobre Félix Mendelssohn (...) Fue una revelación que me transportó de golpe a mis años de universitario en la desierta salita de música de la Biblioteca Nacional de Bogotá, donde nos refugiábamos los que no teníamos los cinco centavos para estudiar en el café. Entre los escasos clientes del atardecer yo odiaba a uno de nariz heráldica y cejas de turco, con un cuerpo enorme y unos zapatos minúsculos como los de Buffalo Bill, que entraba sin falta a las cuatro de la tarde, y pedía que tocaran el concierto de violín de Mendelssohn. Tuvieron que pasar 40 años, hasta aquella tarde en su casa de México, para reconocer de pronto la voz estentórea, los pies de Niño Dios, las temblorosas manos incapaces de pasar una aguja por el ojo de un camello²⁵.

Por aquella época, en una cabina de la Radiodifusora Nacional de Colombia, con la Quinta Sinfonía de Sibelius, Álvaro Mutis escribió su primer poema. Cuando monseñor Castro Silva, rector del Colegio Mayor del Rosario, le llamó la atención al joven sobrino nieto del sabio José Celestino Mutis por la cantidad de materias que debía, jamás se imaginó la respuesta, ni sus consecuencias: “Monseñor, es que yo no puedo perder el tiempo estudiando; estoy leyendo ahorita...”. La pasión por la lectura y la desenfadada respuesta del poeta desencadenaron su salida del colegio un año antes de que terminara el bachillerato, y su ingreso a la Radiodifusora Nacional para dirigir *Actualidad Literaria*, programa que había dejado el escritor Jorge Zalamea para posesionarse como Embajador de Colombia en México.

Tres meses después, en el momento en que el nuevo director de la emisora despedía a Mutis por su juventud,

25 García Márquez, Gabriel. “Mi amigo Mutis”, op. cit.

Bernardo Romero Lozano, director del Radioteatro Nacional, reconoció su excelente voz de locutor, le ofreció trabajo como actor y lo salvo de quedarse sin empleo. Así, a los dieciocho años, el creador de *Maqroll el Gaviero* había dejado el colegio, se había convertido en comentarista de libros, actor radiofónico y poco después en locutor de noticias y poeta.

Un día de 1942, Álvaro Mutis escuchaba música clásica entre uno y otro boletín, y mientras esperaba la hora del último noticiero, en el tercer movimiento de la Quinta Sinfonía de Sibelius, se sintió especialmente conmovido con la música del compositor finlandés: “Era como si quisiera revelarme un secreto que tenía que ver profundamente conmigo. Volví a poner el disco desde el comienzo, me senté frente a la máquina y escribí unos cuantos versos”²⁶.

Los leyó de inmediato, y con el pudor y el sentido crítico de quien busca seriamente la alquimia de las palabras en poesía, apretujó el papel y lo tiró a la basura; pero a diferencia de lo que había sucedido en ocasiones anteriores, los versos permanecieron en su ser, y al día siguiente los recuperó del cajón de la basura: “Algo me dijo que en esas líneas había ciertos elementos que eran totalmente míos, y ya no, simplemente, el eco de las voces literarias que me acompañaban desde niño {...} Allí estaba todavía esa primera página que decidí conservar, en la cual quedaron escritas muchas imágenes que después habrían de aparecer en mis poemas. Recuerdo una: ‘Un dios olvidado mira crecer la hierba’...”²⁷. Hoy conocemos este primer poema gracias a su hijo Santiago, poeta, editor y curador de su obra, quien lo publicó en *Poesía y Prosa. Álvaro Mutis*²⁸; y el verso escrito en aquella cabina de radio resurgió en “El Miedo” de los *Elementos del desastre*²⁹.

La experiencia de Mutis en la radio fue clave para él, no sólo por ser su primer trabajo y haber escrito en una de sus

26 Quiroz, Fernando. El reino que estaba para mí. Conversaciones con Álvaro Mutis. Bogotá: Norma, 1993, p. 43.

27 *Ibid.*, p. 44.

28 *Op. cit.*, p. 359.

29 *Summa de Maqroll el Gaviero*, *op. cit.*

cabinas su primer poema, sino porque su formación literaria se enriqueció significativamente con la música que escuchaba, pues la música es un elemento fundamental de la poesía, en general, y de su poética en particular, como se aprecia en sus propias palabras:

La relación directa con lo que yo escribo, yo no la puedo establecer; lo que sí puedo establecer es que tiene la capacidad de desencadenar dentro de mí una serie de imágenes y de compartimentos que se abren para que produzcan visiones, escenas, incidentes que yo voy almacenando; nunca las apunto, pero después, cuando leo las páginas que he escrito, con todo el escepticismo con que lo hago, me doy cuenta que muchas de las cosas que ha suscitado están allí en alguna forma, ojalá fuera en una forma fiel y absoluta³⁰.

La música se siente en la poesía y los relatos de Álvaro Mutis; titula con nombres de los géneros musicales varios de sus poemas, y les imprime su espíritu: “Nocturno”, “Sonata”, “Canción del Este”, “Moirologhia”, “Diez Lieder”...; le rinde homenaje al musicólogo Otto de Greiff, al compositor Mario Lavista, a Chopin y a la cantante lírica “Ángela Gambitzi”; toma alegóricamente la charanga y sus músicos para formular algunos principios de su poética en “Programa para una poesía”; su obra ha impactado el alma y la sensibilidad musical de sus lectores, los ha estimulado creativamente y ha dado origen a tres composiciones: “Tres nocturnos, para mezzosoprano y orquesta”, Mario Lavista; “Cantata del tequila para coro mixto y orquesta de cámara”, Marcela Rodríguez, y “Nocturno”, Luis Torres Zuleta.

30 Casete Núm. 17 de la charla de Álvaro Mutis con Fernando Quiroz, transcripción mía.

La amistad: un principio vital y literario de Álvaro Mutis

Uno de los principios torales del creador de Maqroll el Gaviero, de su actitud ante la vida, de su pensamiento y obra, es la amistad; ante el dolor y la plena conciencia de la inevitabilidad de la muerte, experimentada en su niñez con la desaparición de su joven padre por una enfermedad estomacal, de la soledad que nos aqueja desde la pérdida del nacimiento e incrementada con cada una de las muertes de quienes nos rodean, y de lo vano de toda empresa humana –“¡Señor, Señor, por qué me has abandonado!”–, clama en su poema “204”³¹–, Álvaro Mutis cultivó la amistad, forma excelsa del amor, y buscó insistentemente la comunicación con el otro, con los otros: “Escucha Escucha Escucha”, repite en “204”. Por ello, de manera natural, consciente e íntegra, el creador de Maqroll el Gaviero cultivó la amistad y el diálogo a lo largo de su vida y de su obra.

“Mutis hace sentir a cada uno de sus amigos como si fuera su mejor amigo”, dice Eduardo García³², uno de los incontables jóvenes colombianos que buscó al maestro al llegar a México y fue recibido en su casa en una larguísima entrevista de cinco años, al calor generoso de la cava, los recuerdos y las palabras del maestro. La frase de Eduardo describe muy bien la capacidad de Álvaro Mutis para establecer el contacto amistoso; pero su sentido de la amistad es mucho más profundo; en él se trata de un valor fundamental y consciente. Cree de verdad en la amistad, y la cultiva, y le rinde culto, como se hace evidente en numerosos casos, algunos señalados aquí, y queda claro cuando habla con Fernando Quiroz acerca de sus convicciones: “Esas convicciones, que puedo seguir enunciando, son mis dioses tutelares (...) creer en la amistad, en el amor; en dar el amor a los amigos, a la mujer, al arte, a las cosas bellas; el amor, que es una especie de continuo quemarse, de continuo consumirse por esa cosa; ése es un dios tutelar; yo creo en eso”³³.

31 Summa de Maqroll el Gaviero, op. cit.

32 Celebraciones y otros fantasmas, op. cit., p. 8.

33 Conversaciones, op. cit., p. 140.

La literatura, la música y el arte son un ejercicio especial de amistad en el que el creador le susurra, le expresa al lector en voz baja, y a veces a gritos, sus temores y alegrías, sus sueños y pesadillas, sus experiencias, sus pesadillas, sus miedos, sus fantasías, sus penas y su placer, invitándolo a un diálogo personal que, lo sabe, es incierto y ahistórico, pero necesario, fructífero y enriquecedor.

En sus páginas, Álvaro Mutis dialoga consigo mismo, con quien es, con el que no se atrevió a vivir, con el que fantasea ser; pero nunca pierde de vista al lector, nos habla y nos hace vivir, y nos hace sentir, y nos hace reflexionar; de múltiples y variados intereses, inquieto y apasionado, nos presenta, y les rinde homenaje, a sus seres queridos y amigos del presente, del pasado inmediato y de la Historia, reales o imaginarios, de una u otra cultura, de su familia, de literatura, música, pintura, cine y arquitectura, velada o explícitamente, con dedicatorias, retratos, citas y anécdotas. Nos presenta a sus amigos, y nos invita a conocerlos y a platicar con él y con ellos.

En sus escritos, así como en sus charlas y entrevistas, Mutis dialoga con sus autores, sus personajes favoritos, sus amigos y sus familiares, y se los presenta al lector; en sus páginas nos topamos con José Celestino Mutis y sus ancestros; con don Santiago y doña Carolina, sus padres; con sus hijos y sus nietos; con su hermano Leopoldo y su esposa; con los hombres y mujeres del campo; con personajes del jet set y de la cárcel; con Carmen, Francine y Nicolás; con Gabriel García Márquez y su familia; con Álvaro Castaño y Gloria Valencia; con San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Cervantes y Machado; con Alonso Sánchez Coello, Alejandro Obregón, Fernando Botero y Arnaldo Coen; con Juan Rulfo, Juan José Arreola y Carlos Fuentes; con Octavio Paz y Francisco Cervantes; con Víctor Hugo, Proust, Gide, Rimbaud, Perse y Apollinaire; con Dostoievski, Pushkin y Ana Ajmatova; con Otto de Greiff, Mario Lavista y Marcela Rodríguez; con León de Greiff, Eduardo Carranza, Jorge Zalamea y Aurelio Arturo; con Pablo Neruda, Ludwig Zeller, Enrique Molina y Eliseo Diego; con

Emilio García Riera y Luis Buñuel; con Joyce, Faulkner, Kavafis, Mishima y Borges; con Paulina Lavista, Arturo Camacho, Luis Barragán y Álvaro Restrepo; con Felipe II, Catalina Micaela, Bolívar, Napoleón y Constantino... En fin, es tan grande la lista de las amistades y las querencias cultivadas a lo largo de la intensa y productiva vida de Álvaro Mutis que llenaríamos varias páginas, razón por la cual sólo puedo ofrecer una pequeña y quizás un tanto arbitraria muestra de ellos.

Gracias a Santiago Mutis podemos tener una idea aproximada del espíritu inquieto de Mutis, de sus amistades, lecturas, diálogos y mensajes, a través de sus artículos, sus prólogos, sus columnas, sus traducciones, sus homenajes y su crítica, así como de los más significativos escritos sobre su obra en las primeras décadas, reunidos en *Poesía y Prosa, Tras las rutas de Maqroll el Gaviero, De lecturas y algo del mundo, Desde el solar y Estación México*.

Con su joven amigo Eduardo García, en sus *Celebraciones y otros fantasmas. Una biografía intelectual*, nos podemos acercar a su narrativa y poesía, a los sucesos y personajes históricos más caros al creador del Gaviero, sus lecturas e influencias, sus experiencias espirituales y sus concepciones sobre la religión y la divinidad, los viajes, las ciudades, las embarcaciones y los aviones, la política, los militares y los listos, los “vencidos”, la novela y la poesía, la amistad y el mundo de la infancia.

En *El reino que estaba para mí*, con Fernando Quiroz, vivimos los pasajes más significativos de la biografía del poeta, narrador y pensador: sus padres, su Paraíso cafetero, su Reino extendido desde Bruselas y París a Europa, recreados en San Jerónimo, la fría y gris Bogotá, los viajes que unen Reino y Paraíso, la vida, el trabajo, los amigos, la jubilación en La Región más Transparente del Aire y el ritmo frenético originado por la explosión narrativa de las aventuras del Gaviero.

Con el poeta y académico Ricardo Cuéllar Valencia³⁴, Mutis hace un recorrido crítico por la poesía de la tierra de

34 “Álvaro Mutis o el lenguaje del mito poético”, *TRMEG (1988-1993)*.

Juan de Castellanos, José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Aurelio Arturo, Barba Jacob, León de Greiff, Juan Manuel Roca, William Ospina, Jorge Bustamante y Santiago Mutis, entre otros, y así como nunca se permitió hablar de la política mexicana, por cortesía, tampoco lo hace de su literatura, salvo en muy contados casos, y para destacar a algún amigo o alguna obra, como cuando le llevó a Gabo *Pedro Páramo* y le dijo “tenga para que aprenda”.

Mutis siempre fue consciente del carácter dialógico de la escritura; por ello buscó la claridad y la sencillez, hasta rondar la perfección musical del silencio, como podemos apreciar en sus últimos poemas.

En su obra, Álvaro Mutis rinde homenaje a la amistad, un homenaje que encarna en la central relación de su célebre Maqroll el Gaviero, con Ilona, Abdul Bashur y otros personajes, como doña Empera o el capitán; Maqroll, Ilona y Bashur caminan, extraños y solidarios, con el escudo de la amistad de manera singular en un mundo que les es hostil o indiferente por la misma senda del Quijote y Sancho Panza, los tres mosqueteros, Teseo y Pírito.

El cuidado de la amistad y el cultivo del diálogo de Mutis se hace patente, incluso, en su relación con los críticos que abordan su obra, pues siempre estuvo a disposición de quienes lo buscaron para hablar sobre su vida y sus escritos; por ello es frecuente encontrar en los libros de la crítica entrevistas de los autores al creador del Gaviero o referencias importantes a las conversaciones del crítico con el autor, como ocurre con Óscar Castro³⁵, Juan Gustavo Cobo Borda³⁶, Consuelo Hernández³⁷, Michèle Lefort³⁸, Fabio Rodríguez³⁹, William Siemens⁴⁰ y Anne

35 *Poética, noche y muerte en la poesía de Álvaro Mutis y Sueños, erotismo y muerte en la narrativa de Álvaro Mutis*, Archs. Digs.

36 *Para leer a Álvaro Mutis*. Bogotá: Espasa e Fórum, 1998.

37 Álvaro Mutis: una estética del deterioro. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1995.

38 Álvaro Mutis et Maqroll el Gaviero. Paris: Presses Universitaires de Rennes, 2001.

39 *De Mutis a Mutis*. Bologna: University Press Bologna, 1995.

40 *Las huellas de lo trascendental*. México: FCE, 2002.

Marie Van Broeck⁴¹, además de las innumerables entrevistas que concedió a lo largo de su vida; también es significativo el afecto manifiesto en los autores y los textos escritos con ocasión de los homenajes que se le rindieron por sus premios, sus aniversarios y su muerte en Colombia, Francia, España y México, publicados algunos de ellos en las revistas *Anthropos 202*⁴², *Número*, *Semana* y *La Jornada Semanal*, y en el libro generado en la Semana de Autor dedicada al creador del Gaviero, editado por Pedro Shimose⁴³.

En uno de los múltiples homenajes que se le han rendido al creador de Maqroll el Gaviero en México con ocasión de su muerte⁴⁴, celebramos, compungidos y amorosos, un fervoroso rito en honor al gran poeta, narrador, periodista, promotor, relacionista público, actor, melómano, pensador, amante de la Historia, las artes plásticas, los *tramp steamer* y, sobre todo, al extraordinario ser humano, maestro y amigo Álvaro Mutis. Nuestras palabras, nuestros recuerdos y nuestros corazones se fundieron y se funden en comunión con los de sus innumerables lectores, amigos y seres queridos para decirle que sigue vivo en nuestras almas, en sus poemas, en sus relatos y en sus reflexiones, y que seguirá vivo aún después de nuestras muertes, pues supo captar y transmitir en sus páginas el asombro, el gozo y el amor por la naturaleza, por la vida, por el ser humano, sus conflictos, sus creaciones y sus miserias, y por la necesaria lucha por entenderlas y trascenderlas; que seguirá vivo, pues supo construir imágenes, personajes y situaciones que le permiten al lector reconocerse, y conocerse, y buscar la comunión con el otro, con la Historia y con la naturaleza.

41 Álvaro Mutis, memoria de Bélgica. Medellín: Universidad EAFIT, 2016.

42 Álvaro Mutis Paraíso y Exilio, figuras de un imaginario poético. Madrid: *Anthropos*, 2004.

43 Álvaro Mutis, Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, Ediciones de Cultura Hispánica, 1993.

44 Organizado por el FONCA, Conaculta, dirección de Mini Caire, con la participación de Carmen Miracle, Ana María Jaramillo, José María Espinasa, Jorge Bustamante, José Luis Rivas, Adolfo Castañón, Philippe Ollé Laprune, Jorge Ruiz Dueñas, José Luis Rivas, Juan Villoro, Francisco Hinojosa, Francisco Magaña y María Baranda, entre muchos de sus amigos y admiradores.

En realidad, el recuerdo, el homenaje y la comunión nos permiten, más que decirle estas cosas a nuestro querido maestro y amigo –percibo su sabia y escéptica sonrisa–, expresar nuestro dolor y tomar conciencia de que con su partida nos hemos hundido un poco más en la insondable orfandad en que vivimos desde el momento mismo en que perdimos la inocencia y tomamos vana y arrogante conciencia de nuestro ser ante la naturaleza y el universo, y que su amistad, sus palabras y su recuerdo nos ayudan a reconocerla, soportarla, trascenderla, y sobre todo, aceptarla, al mismo tiempo que corroboramos que las palabras son sólo inútiles sustitutos:

*Pienso a veces...*⁴⁵

Para Alejandro Rossi

Pienso a veces que ha llegado la hora de callar.
Dejar a un lado las palabras,
las pobres palabras usadas
hasta sus últimas cuerdas,
vejadas una y otra vez
hasta haber perdido
el más leve signo
de su original intención
de nombrar las cosas, los seres,
los paisajes, los ríos
y las efímeras pasiones de los hombres
montados en sus corceles
que atavió la vanidad
antes de recibir la escueta,
la irrefutable lección de la tumba. (...)

45 *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía Reunida*. México: FCE, 2002.

El amor: una forma mayor de la amistad en Álvaro Mutis

Quizás la forma más intensa, delicada y difícil de la amistad es la que comúnmente se conoce como el amor; Álvaro Mutis solía insistir en que para él el amor no era posible sin amistad, y también en este campo ejerció su regio magisterio en *La Nieve del almirante*⁴⁶, en la carta de amor del Gaviero a Flor Estévez, sentimientos y palabras que Maqroll no expresa explícitamente, por cierto:

Creo que, desde *La Nieve del Almirante*, usted ha ido tejiendo, construyendo, levantando todo el paisaje que la rodea. Muchas veces he tenido la certeza de que usted llama a la niebla, usted la espanta, usted teje los líquenes gigantes que cuelgan de los cámbulos y usted rige el curso de las cascadas que parecen brotar del fondo de las rocas y caen entre helechos y musgos de los más sorprendentes colores: desde el cobrizo intenso hasta ese verde tierno que parece proyectar su propia luz. Como ha sido tan poco lo que hemos hablado, a pesar del tiempo que llevamos juntos, estas cosas tal vez le parezcan una novedad, cuando, en realidad, fueron las que me decidieron a permanecer en su tienda con el pretexto de curarme la pierna... No tengo mucho talento para escribir a alguien que, como usted, llevo tan dentro y dispone con tanto poder hasta de los más escondidos rincones y repliegues de este Gaviero que, de haberla encontrado mucho antes en la vida, no habría rodado tanto, ni visto tanta tierra con tan poco provecho como escasa enseñanza. Más se aprende al lado de una mujer de sus cualidades, que trasegando caminos y liándose con las gentes cuyo trato sólo deja la triste secuela de su desorden y las pequeñas miserias de su ambición, medida de su risible codicia. Pues el motivo de estas líneas ha sido, únicamente, hablarle un rato para descansar mi ansiedad y alimentar mi esperanza, hasta aquí llego y le digo hasta pronto, cuando de nuevo nos reunamos en *La*

46 *La Nieve del almirante*. Bogotá: Norma, 1986, pp. 106-107.

Nieve del Almirante y tomemos café en los corredores de enfrente, viendo venir la niebla y oyendo los camiones que suben forzando sus motores y cuyo dueño podemos identificar por la forma como cambia las marchas. No es todo lo que quería decirle. Ni siquiera he comenzado. Lo cual, desde luego, no importa. Con usted no es necesario decir las cosas porque ya las sabe desde antes, desde siempre. Muchos besos y toda la nostalgia de quien la extraña mucho.

De igual manera, en la vida: en íntimo, sobrio, elegante y significativo decir implícito: en amorosa compañía de Carmen Miracle, nuestra admirada y entrañable Carmen, a quien tanto le debemos, lograron construir e iluminar su Paraíso y sus vidas por casi cincuenta años, hasta la muerte.

Álvaro cuenta sin tapujos que hay dos mujeres que marcaron su vida: su madre y Carmen. A Carmen le da a leer sus originales, y la admira tanto por su sabiduría y capacidad crítica como por sus dotes de buena cocinera: “Me encanta la buena cocina, y estoy casado con una extraordinaria especialista y con un genio especial para, en un instante, hacer un plato, improvisar un plato, con una disponibilidad extraordinaria, y es un placer extraordinario. Es un placer magnífico”⁴⁷. A Carmen la incluye como personaje; a Carmen le dedica *Los trabajos perdidos*; con Carmen viaja; con Carmen experimenta el orden y la aceptación, y su sonrisa le permite gozar la plenitud.

La potente y amorosa presencia de Carmen se siente en el “II Nocturno en Compostela”; en el relato del poema la voz y personaje del autor arriba con ella, en el simbólico y esperado término de un viaje, a la centenaria catedral dedicada al peregrinaje y al culto a Santiago Apóstol, y después de invocar los nombres homónimos de su padre y de su hijo, dos de los seres que más quiere y admira, su pasado y su presente, con Carmen a su lado, manifiesta su plena aceptación de todo lo que ha vivido y la instauración de la paz y el orden interior:

47 Quiroz, Fernando. *Conversaciones, op. cit., p.147.*

Sí todo está en orden,
todo lo ha estado siempre
en el quebrantado y terco
corazón de los hombres⁴⁸.

Álvaro Mutis y los amigos

La imagen de hombre de gran mundo del alto ejecutivo, del poeta y narrador exitoso tiende a ocultar su espíritu solidario y generoso, su disposición para identificarse con el dolor y la necesidad del otro, el apoyo brindado a los artistas jóvenes, sus propias experiencias de abandono, dolor y muerte, y su culto a la amistad. Su generosidad, comprensión y espíritu solidario le permitieron apoyar de muy diversas maneras a muchos de sus amigos y sus proyectos culturales, desde las grandes empresas donde trabajó en relaciones públicas, con su presencia, su energía y su bolsillo.

La emisora HJCK, por ejemplo, una de las más importantes empresas culturales de Colombia, la más antigua radio cultural privada en su género en América Latina, debe en buena parte su existencia al incondicional y continuo respaldo que el joven ejecutivo de la Esso le brindara, gracias a la simpatía que le generaba el proyecto y a su amistad con Álvaro Castaño y Gloria Valencia, sus creadores y directores.

En un momento clave de la vida, la formación y la carrera del pintor Fernando Botero, Mutis le brindó un decidido respaldo para que viajara a México, comprándole una significativa cantidad de dibujos e ilustraciones para la revista *Lámpara*, que dirigía.

Por una gestión de Mutis, Gabriel García Márquez dejó las pequeñas ciudades de la costa atlántica colombiana para vincularse al diario *El Espectador* en Bogotá; recibió su apoyo incondicional cuando, desempleado, se trasladó de Estados Unidos a México. Y lo puso en contacto con el director de la Editorial Sudamericana en Buenos Aires, que publicó por primera vez *Cien años de soledad*.

48 *Summa de Maqroll el Gaviero*, op. cit.

En una noche de juerga, Gabo y otros amigos llegaron a la casa del poeta sin un centavo, descolgaron con su anuencia un cuadro de Botero para pagar la cuenta y regresaron a la parranda, sin que escucharan jamás una pregunta, un reclamo, un cobro o una alusión al asunto.

Mutis fue uno de los pocos amigos que se atrevió a visitar en la cárcel al escritor mexicano Juan García Ponce cuando éste fue detenido por mentarle la madre al presidente de entonces, a raíz de los infaustos sucesos de la masacre del 68.

Su simpatía y generosidad se manifiestan con todo tipo de gente y en los más diversos escenarios: “Los trabajadores del estacionamiento, el vendedor de lotería, los mensajeros, el enmarcador de cuadros o sus innumerables jóvenes amigos de México o Colombia no podrán olvidar esas calles de Polanco en donde recibía”⁴⁹.

Con persistente silencio –roto sólo en muy contadas ocasiones especiales, y siempre en privado– guarda en su memoria la historia de gente pobre y desconocida que por su ayuda pudo resolver o paliar su situación, como cuando envió a un niño y a su padre a Estados Unidos para que el pequeño, con el pene y los testículos cercenados por los militares colombianos, fuera atendido médicamente. De igual forma, y a pesar de su supuesto monarquismo, ayudó en varias oportunidades a militantes del Partido Comunista Colombiano. Son muchas las anécdotas de este tipo, pero aun así se quedó con la culposa sensación de no haber podido ayudar en otros casos; y lo más significativo es que no suele contar esas cosas ni permite que sus amigos se las recuerden.

Cuando Álvaro Mutis habla de sus amigos, lo hace con afecto, con pasión, se cuida de criticarlos o censurarlos, y guarda un respetuoso silencio ante los aspectos o comportamientos que podrían ser cuestionados. Hay que escucharlo cuando se refiere a ellos, y hay que oír a sus amigos cuando platican sobre él para comprender cabalmente el profundo sentido caballeresco que el poeta le otorga a la amistad.

⁴⁹ García Aguilar, Eduardo. *Celebraciones y otros fantasmas*, op. cit., p. 9.

En este aspecto, es proverbial su relación con Gabriel García Márquez, cultivada cuidadosamente a lo largo de más de cincuenta años, como se puede apreciar cuando cuenta cómo llevó a Gonzalo, hermano de Víctor Mallarino a Cartagena para que conociera el mar, cómo se instalaron en una pensión y cómo fueron a buscar al periódico *El Universal* al joven periodista de Aracataca:

(...) le dejamos un papelito diciéndole: ‘Gabo estoy con Álvaro Mutis en la pensión El Tulipán, ahí te esperamos’(...) Ya eran como las seis de la tarde; nos regresamos a la pensión y nos sentamos; Gonzalo no tomaba, yo pedí otra ginebra y empezó una tempestad, una de esas tempestades del Caribe; me acuerdo mucho que las palmas de coco, que son muy numerosas en Bocagrande, casi caían al suelo del ventarrón, y los cocos caían como bombas; y de repente, en medio de esa tempestad, apareció un muchacho de una delgadez y una palidez impresionante, de unos grandes ojos desorbitados, un bigotón enorme, una camisa de los colores más increíbles, y se acercó a nosotros y nos dijo: ‘Ajá, ¿qué es la vaina?’ Y nos sentamos a conversar. Bueno, yo siempre he dicho (...) que si a mí me preguntaran en qué consiste, cómo se ha armado, cómo se ha sostenido, cómo se ha armado sin una sombra, sin una grieta, esa amistad con García Márquez, es que seguimos viendo a ver qué es la vaina. Hablamos hasta la madrugada, hasta el cansancio... Hubo desde el principio mucho cariño, y una especie de compartir las cosas de la vida... Yo creo que no hay ninguna anécdota de nosotros dos que no haya sido ya escrita, comentada por los periodistas, en la televisión, en la radio, y en todos los medios posibles⁵⁰.

Su amistad está a prueba, incluso, de los avatares de la política, tema en el que sus distintas y distantes opiniones han tenido gran repercusión; al respecto comenta nuestro Gaviero:

No ha significado nada. No ha significado absolutamente nada, porque nunca hemos hablado de eso. Gabo me

⁵⁰ Quiroz, Fernando. *Conversaciones, op. cit.*, pp. 171-174.

conoce, conoce perfectamente mi manera de pensar desde el primer día que nos conocimos en Cartagena. En 1953, cuando salió *Los elementos del desastre*, me hizo una entrevista. Es la única que me ha hecho, y desde ese momento, poco tiempo después, hicimos un pacto tácito: ninguno de los dos habla o escribe sobre el otro. (...) Un día, pasados muchísimos años, aquí en México, no sé por qué vino a cuento esa entrevista, y entonces se quedó mirándome y me dijo: `Maestro: ¡Qué cacho de reaccionario más terrible! ... Pero, claro –me dijo–, sí, sí’. Ése es el único comentario político que hemos hecho (...) Él sabe perfectamente lo que yo pienso y yo sé muy bien lo que él piensa...

Su amistad se ha manifestado fehacientemente en innumerables ocasiones, en la vida cotidiana y en la pública, y ambos la han manifestado con emoción; por ejemplo, Álvaro Mutis, con ocasión del Premio Nobel a García Márquez:

Un día tuve que salir, no recuerdo muy bien a qué, y regresé, eran como las siete de la noche o seis y media; entonces llegué y encontré que estaba Gabriel con Mercedes y Carmen, aquí, en la sala, y se estaban tomando unos whiskys, cosa que me pareció muy bien, pero como yo no sabía que iban a venir, pregunté qué había pasado. Pensé: ‘Algún problema o van a viajar o Gabo quiere hablar conmigo’, alguna cosa, y les pregunté: ‘Bueno, ¿a qué se debe esta visita estupenda? ¡Qué maravilla que estén aquí!’ Y me dijo Gabriel: ‘Se debe a que me dieron el Premio Nobel’. Entonces, yo confieso, me dio una emoción, que fue primero, como en todo ese tipo de emociones, una cosa corporal. Me entró como una tembladera por todo el cuerpo, como una felicidad, como una dicha de ver cumplida, ¡tan justamente!, una vida de escritor, y que tenga ese premio tan, tan justo, tan bien ganado, tan honestamente ganado, sin una sola gestión subterránea, sin un solo guiño a nadie. Entonces le di un abrazo, le di un

beso en la frente y fui y me serví un whisky, tratando de ocultar la emoción que tenía⁵¹.

De la misma manera, García Márquez, en la celebración de los setenta años de Álvaro Mutis, en el discurso central, tras décadas de anécdotas y de amor común, hace explícito su afecto por Mutis y su identificación con Maqroll, sentimientos compartidos por muchas de las personas que lo hemos tratado y lo hemos leído:

Maqroll somos todos, y por eso no puede morir. Quedémonos con esta azarosa conclusión quienes hemos venido esta noche a cumplir con Álvaro estos setenta años de todos, por primera vez sin falsos pudores, sin mentadas de madre por miedo de llorar y sólo para decirle con todo el corazón cuánto lo admiramos, carajo, y cuánto lo queremos⁵².

51 Quiroz, Fernando. *Conversaciones*, op. cit., p.174.

52 García Márquez, "Mi amigo Mutis", *La Jornada Semanal*, México, 25-VIII-1993.

EN LA MOJADA Y NOCTURNA SOLEDAD DE LA SELVA

Lauren Mendinueta

Va sentado en la proa. Un cielo ensangrentado
vence la luz pesada y anticipa la noche
que en la espesura doble de la selva le embiste.
Aguas del río Coello, aguas mil del Cocora
corrientes inmutables retornando serenas
del rumor del Tolima, de la noche dichosa
que engendró siendo niño y hoy es puerto seguro
donde atracar su barco. Mira la gavia, ve,
el pequeño Gaviero va mirando hacia Amberes
y de sus ojos brotan Coello y Cocora.
“Tu patria son dos ríos”, le dice con orgullo,
mientras en su mirada se atropellan los puertos.
“Nunca viajarás solo, contigo irá la muerte:
en las noches febriles has de invocarla a ella
y te abandonarás en ese amor espléndido.
Es tarde para volver, tu sino fue marcado
por el calor corrupto, por la lluvia viciosa,
por la flor deletérea, por la noche insólita
de la tierra caliente. La mojada y nocturna
tierra de la infancia, paraíso imborrable
donde has de regresar”. El velo de la noche
cerca paisaje y barco, se apodera del tiempo.
Mutis: hombre y poeta, va subiendo a la gavia,
en la selva los gritos, la espantosa alharaca,
la vida que pulula agitada y furiosa.
Ha de llegar el alba, su rastro de orín rubio,
su lustrosa ala roja de ave del paraíso,
llegará con la nada, la compasiva nada.

Pero ahora reina la noche y fustiga la memoria del mundo que atraviesa. Nunca viajará solo. Por el río remonta el imponente barco, gaviero y capitán contempla cauteloso la lasitud del tiempo. Todo en la selva es grande: desasosiego, culpa, felicidad, fervor, lo sabe, lo contempla, en las venas le hierve. Mira otra vez al niño. “Somos uno”, le dice. “Permanece en tu reino, trae contigo del sueño la alegría matinal, el anuncio profético y la dicha del viaje. Entra en el silencio, conversa con la noche, restituye tu tiempo, habita el sortilegio. No temas al futuro: en ríos de memoria la soledad naufraga”.

MUTIS, EL HOMBRE; Y MAQROLL, EL MITO*

Ricardo Bada

Hay al menos tres Álvamos Mutis: el poeta, el novelista y el ser humano. Hablen otros del poeta y del novelista. A mí me gustaría más hablar del ser humano, del amigo entrañable con quien compartí tantas horas de deliciosa plática y de quien tanto, tanto aprendí. Aquel que siempre me llamaba Baden Powell, a no ser que la cosa se pusiera de un color serio, como él decía, pues entonces me llamaba Baden Baden. Aquel que se reía – pero no negaba– cuando yo afirmaba en público, ¡cuántas veces no lo habré hecho!, que su poema “El viaje” es ese cubito de caldo concentrado que diluído en el agua bendita de una prosa irrepetible dio lugar a *Cien años de soledad*.

De Álvaro, el hombre, el amigo, conservo en la memoria docenas de anécdotas increíbles, de las que quiero compartirles tres, empezando por la de cuándo y cómo nos conocimos. Pero no por eso le esconderé el cuerpo a mis fabulaciones acerca de la relación simbiótica entre Mutis y Maqroll. Sólo que, como dicen los gitanos, «principio quieren las cosas». Empecemos, pues, por el principio.

En el otoño de 1986 me desplazé a Hamburgo para informar a la Radio Deutsche Welle (la emisora internacional alemana en cuya redacción latinoamericana me desempeñaba) acerca de un congreso de escritores españoles, portugueses, brasileños e hispanoamericanos. Hasta me tocó conducir una lectura literaria seguida de diálogo con los autores, y en la que participaba, entre

* Este texto es una refundición hecha por el autor de dos artículos suyos aparecidos, uno con ocasión del 90º cumpleaños de Mutis, en *La Jornada*, de México DF, y el otro en *El Espectador*, de Bogotá, con motivo de su muerte.

otros, Sergio Pitol. Pues bien: a los dos o tres días llegaron los poetas ultramarinos de nuestra lengua, los últimos invitados al magno congreso (los peninsulares habían sido quienes rompieron el fuego, en la inauguración del mismo), y el Senado [=Gobierno regional] de Hamburgo puso a disposición del Olimpo iberoamericano su aristocrática barcaza, para que todos los participantes en el evento hiciéramos una excursión por el puerto hanseático. Recuerdo por cierto que Antonio Skármeta, el novelista chileno, viendo zarpar un ferry de los que conectan el Elba con el Támesis, y que lucía en su popa el nombre Hamlet, comentó: “Parte con rumbo incierto”.

Uno de los que se rieron con el *bonmot* fue un hombre cuya pinta me era familiar desde mucho tiempo atrás a través de una pródiga iconografía, pero mi respeto y mi timidez tan grandes me inhibían de acercarme a él y presentarme. Providencialmente, a los pocos minutos comenzó a llover y se produjo la más cobarde de las estampidas: ¡todo el mundo corrió a refugiarse bajo cubierta! Todos menos quien les cuenta, protegido por su gabardina y una boina vasca, y el hombre que les digo, impertérrito bajo su gorra de lobo de mar.

¡Ay, Mutis!, pensé, ahora sí que no te me escapabas. Me acerqué a él y le propiné la más que superflua pregunta: “¿No es usted Álvaro Mutis?” Cordialmente me contestó que sí. Le expliqué que era periodista español residente en Alemania y quisiera hacerle una entrevista.

Él a su vez me preguntó: “¿Y usted vive aquí, en Hamburgo?” “No, en Colonia, y usted es el segundo Álvaro colombiano que conozco, el otro es el doctor Castaño Castillo”. “¡Ay, carajo!”, exclamó, echando mano a su cartera, “el doctor es muy amigo mío, y cuando supo que venía a Alemania, y que voy a recitar en Colonia, me dijo que al llegar allí no dejase de llamar a...”, desdobló un papelito y leyó un nombre: “Ricardo Bada”. “Soy yo”, le dije.

Desde ese instante nos volvimos inseparables para todos los días de Hamburgo y para todos los que siguieron luego, a lo largo de muchos años, en Colonia, París, Fráncfort, Bad Ems, Madrid, Huelva... Y aparte del cariño que nos teníamos, Carmen

y él, mi esposa y yo, hay algo que nunca les voy a poder pagar: que salvaran de la desesperación a nuestra hija Montserrat cuando la pobre capituló con armas y bagajes ante ese monstruo llamado Ciudad de México.

Y antes de seguir con las otras dos anécdotas vividas al pie de ese cañón llamado Mutis, ya es hora de que deje de hablar de él [o no, ¿quién sabe?] y les platique algo acerca de Maqroll.

Maqroll, ya lo sabemos, es un perdedor. ¿Pero por qué es Maqroll un perdedor? Si alguien lo investiga de una manera endogámica, adentrándose en su saga, la cosa resulta muy clara: todo lo que emprende Maqroll está condenado al fracaso. Todo... excepto esa saga que Mutis le dedica. El triunfo de Maqroll no acontece en su propia vida, cuyas peripecias han sido predestinadas al fracaso por el autor de la saga. El triunfo de Maqroll sucede fuera de esa su propia vida de ficción, es más: creo poder afirmar que si no fuera un fracasado, jamás hubiese obtenido esa victoria clamorosa con la que ha ganado, desde el primer momento, el corazón de sus lectores.

En mi sentir, Maqroll es un avatar (“reencarnación”, según lo define la Real Academia en su diccionario) de Cervantes. Con la diferencia de que es Cervantes quien escribe *Don Quijote de la Mancha*, mientras Maqroll se sirve de un amanuense de Coello para relatarnos su fracaso. Pero ambos triunfan en su empeño. Lean, o releen, la mejor biografía de Cervantes con que contamos hasta la fecha, la de Jean Canavaggio (sintomáticamente se trata de un extranjero), y vayan anotando las coincidencias con el curriculum del Gaviero. Como diría un alemán: “¡Saludos de Plutarco!” Ya saben, aquél de las *Vidas paralelas*.

Maqroll tiene además mucho de Dalan, del holandés errante, aunque el Gaviero casi nunca navega en alta mar (excepto por aquello que nos cuenta Mutis, pocas veces o casi nunca el mismo Maqroll). Y también tiene mucho de Ashaverus, del judío errante, por supuesto que sí, sus trasiegos son más

que nada de tierra firme. Y también tiene mucho de Lord Jim, aunque alimenta poco el sentimiento de la culpa, más bien el de su impotencia para lograr lo que se propone, una impotencia que pocas veces o casi nunca le resulta imputable. Pero ¿y qué me dicen ustedes de Arturo Cova, el protagonista de *La vorágine* (1924)? “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”. De Arturo Cova sabemos, por la última frase de esa novela fundacional de la literatura colombiana contemporánea, que a él y a sus compañeros “¡los devoró la selva!” Maqroll, releído al alimón con *Don Quijote de la Mancha* y *La vorágine*, nos propone un enrevesado acertijo cuya ¿única? solución ¿quizás? tan sólo la conozca ¿Álvaro Mutis?

Pero con Álvaro Mutis se nos plantea el insoluble problema que también arroja la dicotomía entre la personalidad y la obra de García Lorca. ¿Cómo es posible que García Lorca, ese ser divertido, bromista, cachondo, lleno de un buen humor del que todos quienes lo conocieron se hacen lenguas, sea el autor de una obra más bien horripilante, en la que el humor no es que brille, es que deslumbra por su ausencia? Y ahora viene la retórica repetición de la pregunta: ¿cómo puede ser posible que Álvaro Mutis, ese cronopio inefable, irrepitable, pletórico de vida y de una juventud que es en él más que nunca un divino tesoro, sea el creador de ese murrioso y atormentado Maqroll, a quien sólo cabe desearle que la próxima empresa le salga todavía peor, para ver cómo su mecenas de Coello lo saca del apuro? ¿No será que Mutis tiene un acuerdo secreto con una compañía de seguros, para que el pararrayos Maqroll lo preserve de toda catástrofe? Si es así, y así lo creo, cerremos este trecho con un convencidísimo “Amén”.

Y aquí y ahora, para rematar la faena, las prometidas dos anécdotas que lo reflejan de cuerpo entero, genio y figura, Mutis *at his best*.

En la Residencia de Estudiantes, en Madrid, la famosa, la de García Lorca, Dalí, Buñuel *e tutti quanti*, es un lujo “espiritual” alojarse (funciona casi como hotel, aunque tan sólo para artistas, intelectuales, científicos, de paso por los *madriles*; y además no aceptan a todo el mundo). Pero ocurre también que la pensión es completa, o sea, desayuno, almuerzo y cena... y la cocina no está [al menos entonces, cuando se sitúa mi anécdota] a la altura de la fama de la casa.

Claro que cuando te alojas en ella, y a menos que te inviten, es un contradiós lo de ir a comer fuera, porque estás pagando pensión completa; pero al mismo tiempo es un contradiós tener que conformarse con la comida medianeja de su cocina cuando en Madrid, en casi cualquier tasca, se puede comer de chuparse los dedos, y en todo caso mejor que en la Residencia.

El caso es que una vez, allá por 1990, llegamos mi esposa y yo a Madrid, con nuestro hijo, y nos enteramos de que Gonzalo Rojas y Álvaro Mutis estaban ahí, los dos además en la Residencia. Los llamé, y Gonzalo nos invitó a almorzar... en ella, muy contento además de que fuésemos con nuestro hijo, pues él e Hilda estaban con Catalina, su nieta, que es alemana y de la edad de nuestro Ricardo junior. Sabiendo de antemano que no íbamos a comer nada extraordinario, ¡¡¡y éso en Madrid!!! acudimos sobre todo por el placer de compartir unas horas con Carmen (la maravillosa mujer de Álvaro), Hilda (también extraordinaria) y los dos viejos divinos. Y en efecto, Catalina y nuestro junior congeniaron enseguida y platicaron todo el tiempo en alemán, y nosotros sufrimos con estoica resignación el almuerzo del día, que esa vez no fue mediano, sino menos que mediano.

Una vez terminado el segundo plato, casi sin consultarnos, nos pusimos de pie como para irnos a la cafetería a bajar el mal condumio con un buen whisky, pero Gonzalo acertó a percibir algo que yo, ahora que soy abuelo, también percibiría (entonces no), y es que Catalina parecía esperar algo más. Y le preguntó solícito: “Catalina, preciosura, ¿quieres algo más?”, a lo que Catalina respondió: “Sí, abuelo, quiero helado”. Y la respuesta

vino de Álvaro, con su voz inconfundible de narrador de *Los intocables*, que se oyó no sólo en todo el comedor, yo creo que hasta varias cuadras más allá, en el Paseo de la Castellana: “¿Helado? ¡El último que pidió helado aquí fue García Lorca y lo fusilaron! ¡Vámonos!” Y salimos del comedor en medio de un silencio que ensordecía.

Algunos años más tarde llegué solo a París, de paso no sé adónde, me enteré de que los Mutis estaban ahí, y los llamé al Hotel Saintes Péres, donde siempre los alojaba la editorial francesa de Álvaro. Los agarré desayunando y me conminaron a acudir inmediatamente para acompañarlos a comprar ropa jean. La ropa jean era una de las preferidas de Álvaro, y había descubierto que en la rue de Rennes había, en los andenes, numerosos tenderetes donde se vendía aquella ropa. Así es que ni cortos ni perezosos tomamos el Métro hasta Montparnasse, y una vez en la calle encaminamos nuestros pasos a la de Rennes, que desciende derechita hasta el boulevard Saint Germain y el Sena.

Fue una gozada asistir al espectáculo de Álvaro regateando con todos los vendedores –en su mayoría tunecinos, marroquíes, argelinos– y haciendo un uso descarado de su dominio del francés y de la sicología levantina. Carmen y yo nos quedábamos siempre aparte, un poco alejados del espectáculo, para gozarlo mejor, y yo me preguntaba cuántos rasgos de Maqroll habrá sacado su creador de esos enfrentamientos dialécticos con el mundo mediterráneo.

Alrededor del mediodía llegamos por fin, y sin haber comprado nada, a la esquina de la rue de Rennes con Saint Germain, y Álvaro dijo: “Tengo hambre. ¿Dónde vamos a almorzar, Baden Powell?” Y como cuando Álvaro tenía hambre siempre era un caso de emergencia inmediata y urgente, miré a mi alrededor y elegí lo más cercano: “Vamos a Lipp”. Álvaro miró a Carmen y le preguntó: “¿Vamos a Lipp, Carmen?”, y

Carmen dijo que sí, entramos en Lipp, a dos pasos de distancia de donde estábamos, y tuvimos suerte porque los franceses empiezan a sentir hambre más tarde que Álvaro, de manera que conseguimos una buena mesa en el piso bajo.

[Aquí vendría bien uno de aquellos intermedios líricos con que don Pío Baroja mechaba sus novelas: “¡La Lipp, la vieja Lipp, tan alsaciana y tan francesa, a la que los envidiosos llaman ‘sucursal de la Cámara de Diputados’! ¡La Lipp, la vieja Lipp, cuyas paredes guardan el sonido de las voces de Gide, St.-Exupéry, Malraux, Camus, Sartre! ¡La Lipp, la vieja Lipp, la reina de la braserías parisinas, en el fondo de cuyos espejos se sigue retocando el pelo Juliette Greco!”]

Lo cierto es que almorzamos *comm’il faut*, y estábamos ya en la fase del *trou normand* (los franceses llaman “el agujero normando” a la copa de Calvados al concluir una buena comida), cuando Álvaro, sentado a mi lado y frente a su esposa, comenzó a desarrollar algo así como un discurso que, conforme avanzaba, me iba asombrando más y más, y no sólo a mí, también a su destinataria: “Carmen, yo soy un poeta que empezó joven y desde los primeros poemas recibí el elogio de Octavio Paz, conseguí bastante fama como lírico, y luego, al jubilarme, me dediqué a escribir novelas, y también conseguí bastante fama como narrador, y no sólo eso, me nombraron Comendador de la Orden del Águila Azteca, en México, y me concedieron la Orden al Mérito, de Francia, me otorgaron el Premio Nacional de Poesía de Colombia y el doctorado *honoris causa* por la Universidad del Valle, y he ganado los premios Xavier Villaurrutia y el Médicis Étranger, y el Nonino, y el Roger Caillois, y el Grinzane–Cavour, y ostento la Gran Cruz de la Orden de Boyacá y la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio”.

Aquí hizo una pausa, tomó un sorbo de Calvados, y continuó: “Y este señor que está sentado a mi lado es un pinche periodista español que se gana la vida en una oscura emisora alemana que dizque transmite en español. Pero este señor, cuando le pregunto que dónde vamos a almorzar, de la

manera más natural del mundo me responde ‘Vamos a Lipp’... ¡un lugar donde nunca me atreví a entrar por respeto a su historia y a la sagrada memoria de quienes han comido aquí!’. Ahora hizo otra pausa, más breve, sólo para que se entendiera a cabalidad la conclusión de su razonamiento, formulada en *staccato*: “Eso, Carmen, es Europa”.

GATOMAQUIA

Carta enviada a Álvaro Mutis
en abril de 1994

Querido Álvaro,

Acabo de terminar tu *Tríptico de mar y tierra*. No pude leerlo antes porque el ejemplar que primero traje a París con ese objeto fue sumariamente secuestrado de mi casa por nuestro querido amigo Luis Sepúlveda a quien sólo Dios sabe qué malentendida debilidad latinoamericana me impide negarle lo que pide.

Lo terminé, pues, en estos días, con la indefinible pizca de pesar que nos deja toda cosa buena que se acaba. Luego tomé con la punta de los dedos una metafórica hoja en blanco, la computadora no da para más, con el firme propósito de continuarlo transcribiéndote mis propias gavieras impresiones sobre lo leído. Me llamó especialmente la atención el espinoso asunto de las costumbres de los gatos en Turquía y, por ende, en algunas otras regiones de este anárquico mundo.

El comportamiento detectado en Estambul se vincula de alguna manera con algo presenciado por mí durante mis recientes vacaciones en Puerto Vallarta y me pregunto si no tendrá relación con el hecho de que se trate también de un puerto de mar. Ignoro si los gatos mexicanos hacen rondas por los confines de la ciudad vieja, igual que sus congéneres turcos, o si se reúnen en lugares cuya historia desconozco aunque no me extrañaría que, a falta de mitotes medievales, vigilaran por las noches la casa de John Huston o se congregaran llenos de nostalgia en los mismísimos parajes donde Richard Burton le dio una que otra revolcada a la entonces revolcabilísima Elizabeth Taylor.

Mi hijo Bruno, a sus seis años de edad, es un enamorado de cuanto bicho en cuatro patas deambula sobre la faz de la tierra. Heredó, por fortuna, aunque no averiguo aún de quién, una

particular predilección por los gatos y los perros, animales algo más admisibles en la paz hogareña que un tapir, un lobo o un armadillo, por ejemplo.

El hecho es que en esta ocasión se amistó con un felino famélico de pelambre gris a rayas amarillas que ya había entrevistado yo cazando ratones por los jardines que bordean la playa del lugar, y lo introdujo sin más preámbulos en la cocina de la casa para hacerle beber un poco de leche en una escudilla que mi mujer improvisó para el caso.

Este gato, al que conviene más llamar portuario y no porteño para mantenernos a prudente distancia de ciertas susceptibilidades sudamericanas capaces de encontrar alguna viciosa alegoría en esta crónica, empezó a maullar pidiendo más leche y más comida hasta que mi esposa y yo juzgamos que ya se le había dado suficiente y decidimos echarlo de la casa.

El felino se marchó de mala gana, a todas luces descontento de lo que debe haber considerado una imperdonable tacañería de los humanos, sólo que minutos más tarde se presentó otro, éste de un negro alquitrán y, a pesar de no haber sido invitado, exigió con minuciosos frotamientos, ronroneos y maullidos lastimeros el mismo trato que el gato precedente. Al irse vino otro, color miel, y luego, al partir el anterior, otro más, rojizo y manchado de oscuro. Así se fueron turnando, uno tras otro, alrededor de una media docena de gatos a cual más hambrientos y exigentes.

Hasta aquí el relato no tiene mayor trascendencia y todo parece reducirse a una suerte de chismografía gatuna, dirás tú, en la que el primero avisó al segundo y así sucesivamente hasta que entre todos lograron agotar nuestras existencias de leche y carne molida. En un principio yo te habría concedido razón a pesar de que el episodio se repitió durante los días subsiguientes: los gatos visitándonos uno a uno, sin jamás presentarse dos al mismo tiempo. Este hecho, tan peculiar de por sí, debió abrirme los ojos a la singularidad del evento pero lo cierto es que nunca sospeché nada anormal. Ahora sé que un gato, aparte de lo que se dice de él, es lo que aparenta ser más lo que en realidad es,

cosa que por añadidura nunca sabremos con certeza. Tienen la aptitud de despertar en los humanos una suerte de admiración y de desconfianza instintivas que sin duda nacen de su belleza y de su insumisión, pero también del supersticioso temor que nos inspira su facultad de penetrar con la vista ahí donde la oscuridad obstruye nuestra mirada ciega. Yo, te lo confieso, hasta antes de mi descubrimiento no los consideraba más que unos sedosos onanistas que cuando les viene en gana se nos restriegan en las piernas para acariciarse a sí mismos con una abusiva cachondez que, bien mirada, posee todos los agravantes legales de una violación diminuta.

El hecho es que una tarde, poco después de la puesta de sol, hora en que los gatos solían iniciar su interminable ronda de visitas al departamento, observé por casualidad introducirse a uno de ellos tras un macizo de flores y, casi al instante, vi salir a otro gato de distinto color. Me aproximé a registrar el seto y no pude hallar rastros del primero por más que exploré entre el follaje. Me dirás que de noche todos los gatos son pardos pero no, éste era el rojizo con manchas oscuras, imposible confundirlo con el gris de rayas amarillas que advertí deslizándose tras las buganvillas.

Esta constatación me llenó la cabeza de dudas. Recordé consternado la bien documentada connivencia entre gatos y magos. Una sospecha me cruzó entonces por la mente, una sospecha que, por lo descabellada, nunca participé a nadie. Si te la confío ahora es porque, estarás de acuerdo conmigo, después de tantas generaciones de servir como mascotas a nigromantes y hechiceros, es natural que hayan aprendido algunos trucos. No por nada el mero atisbo de un gato negro atravesado en el camino hace estremecer al más pintado. Tampoco podemos olvidar que en una época los adoraron en Egipto y, en otra posterior, los inventariaron en París. Esta preocupación de los franceses por determinar su exacto número me proporcionó la clave del enigma: ¿cómo era que, a pesar de las constantes visitas vespertinas del clan misifuciano a nuestra casa, jamás los habíamos visto juntos?

Llegué a la conclusión de que estábamos siendo embaucados, literalmente *engatusados*, por un solo felino insaciable mostrándose a voluntad bajo diferentes aspectos. Por eso, cuando mi hijo insistió en adoptarlo, yo me opuse temiendo adquirir una voraz tribu de mutantes camuflándose bajo una sola apariencia, o viceversa, tú me entiendes. Sin embargo, Lorenza, mi esposa, se alió con su lloroso vástago y, a pesar de mis protestas y objeciones, decidieron llevárselo consigo.

Por suerte el gato pareció anticiparse a sus designios, no por afectuosos menos aviesos. Estoy convencido de que prefirió la soleada costa jalisciense a los duros fríos invernales de la glacial Europa, sobre todo si se puso a considerar la pertinaz lluvia a la intemperie en los tejados parisinos. El caso es que desapareció como por ensalmo, sin prevenir a nadie ni dejar indicación alguna sobre su posible paradero.

Lo que no se explican ni mi mujer ni mi hijo, a quienes jamás puse al tanto de mi descubrimiento, es que al irse ese gato ningún otro haya vuelto a poner pata en nuestro hogar a pesar de la mañosa escudilla desbordante de leche que colocaron como señuelo ante la puerta. A Bruno le decepcionó esa falta de fidelidad felina pero a fin de cuentas aprendió algo importante: el hombre propone y el gato dispone. Tendrá que conformarse con Gorki, el perrazo que ya poseemos en París.

Estas líneas tienen como objeto, ya lo ves, además de hacerte llegar mi más reciente novela, *Banda de Moebius*, la que espero esté a la altura de tu admiración por la antigua cultura musulmana de Al Andalus, notificarte que hay un gato en Puerto Vallarta decidido a vivir sus siete vidas de golpe, en forma simultánea, alternando sus pelambres de acuerdo a su humor y a sus necesidades, hasta el día en que agotará por completo los disfraces con una muerte única. En eso no difiere de los escritores que conozco, capaces de llevar, a través de un abigarrado repertorio de personajes inventados, una existencia múltiple desde la precaria certidumbre de una sola vida. Aunque ninguno como tú para deslumbrarnos con la ilimitada variedad

de posibilidades y aventuras que tan plural existencia puede ofrecer.

De vuelta en París, me ocurre a veces acariciar a mi perro mientras pienso con nostalgia en aquel enigmático felino mexicano. Cada quien tiene los animales que se merece, dirás tú abogando por tus preferencias, pero yo, a pesar de tus propios gatos, del mítico *Teodoro W. Adorno* de Cortázar y del *Zorba* de Sepúlveda, no estoy descontento de mi perro. El gato, si la memoria no me engaña, fue junto con la serpiente el único animal que no se dolió por la muerte de Buda.

Por favor da un beso a Carmen de mi parte y tú recibe un fuerte abrazo de tu amigo

Antonio Sarabia
París, abril de 1994

PARTIR, DECÍAS*

Yves Prié

Para Álvaro Mutis

A la barca
que choca contra el puente
en un gesto de desobediencia
ofrece el recurso de una pértiga
y encuentra el gesto del barquero que
con su cuerpo rechaza la orilla

Lentamente
como si tú temieras agitar
la superficie de esta agua opaca
alcanza el espacio exacto
entre dos orillas
donde se sostiene el invisible hilo
que habrá de conducir tu viaje

Ninguna tierra en la noche
donde arrojar
la cadena de un ancla

Remonta las esclusas
sin objeto ni esperanza
por el solo gusto
de un ciego navegar

Escucha la lluvia martillando
la superficie del agua
arrugando las hojas
como quien desgarrar una página

* Traducción del francés por Martha Canfield, de *Partir, disais-tu*, ed. Rougerie.

Desvía los ojos de esa luz
ella no ilumina la noche
Tu mano vacilante se quemaría
Hay más certidumbre
en el movimiento de tus brazos
él te conduce
hacia una soledad necesaria

Estos instantes
no serán una brazada de hierba
que el viento dispersa
sino la llama secreta
donde los sueños obrarán
el fuego que te lavará
el polvo de los días sin relieve

El viento hace gemir las pizarras
Ignora su lamento
El grito victorioso de un búho
transfigura la noche
un humo se retuerce
bajo el mordisco de la luna

No te des vuelta
El pasado no es más
que un vestido desgarrado
pudriéndose en la sirga

El agua te conduce
pero eres tú
quien crea el flujo
Ríndete a la fatiga
al hombro herido
por exceso de esfuerzo
Golpea la falca
con el mismo empuje

Hay un punto
donde el pasaje se estrecha
tú lanzarás tu canto
bajo la bóveda como un desafío
al silencio al sueño
de tus compañeros

Nadie va a escuchar
El fulgor de tu voz
se quedará como una esperanza
en un mundo muerto

Gaviero inútil
que nadie espera
tú volverás a encontrar en el silencio
la energía y la virtud
de los sueños felices

La noche será infinita
tu mirada escrutará
los flancos del canal
a la búsqueda de un puerto
que tus manos rechazarán

Tú no sabrás del cielo
más que la jauría de las nubes
consumiéndose en el viento

Tus manos como
racimos agitando el aire
empujarán la barca más allá

Tú consentirás la errancia
Nadie detendrá tu sueño

MUTIS, ANTE EL UMBRAL DE LO MÍSTICO

*Margareth Mejía Génez
Jean Orejarena Torres*

Al final de su trayectoria poética, Álvaro Mutis (1923-2013) hizo un llamado al silencio que, en lo decisivo, ya se encontraba muy presente en toda su obra literaria:

“Pienso a veces...”

Para Alejandro Rossi

Pienso a veces que ha llegado la hora de callar.
Dejar a un lado las palabras,
las pobres palabras usadas
hasta sus últimas cuerdas,
vejadas una y otra vez
hasta haber perdido
el más leve signo
de su original intención
de nombrar las cosas, los seres,
los paisajes, los ríos
y las efímeras pasiones de los hombres
montados en sus corceles
que atavió la vanidad
antes de recibir la escueta,
la irrefutable lección de la tumba.
Siempre los mismos,
gastando las palabras
hasta no poder, siquiera, orar con ellas,
ni exhibir sus deseos
en la parca extensión de sus sueños,
sus mendicantes sueños,
más propicios a la piedad y al olvido

que al vano estertor de la memoria.
Las palabras, en fin, cayendo
al pozo sin fondo
donde van a buscarlas
los infatuados tribunos
ávidos de un poder
hecho sombra y desventura.
Inmerso en el silencio,
sumergido en sus aguas tranquilas
de acequia que detiene su curso
y se entrega al inmóvil
sosiego de las lianas,
al imperceptible palpitar de las raíces;
en el silencio, ya lo dijo Rimbaud,
ha de morar el poema,
el único posible ya,
labrado en los abismos
en donde todo lo nombrado
perdió hace mucho tiempo
la menor ocasión de subsistir,
de instaurar su estéril mentira
tejida en la rala trama de las palabras
que giran sin sosiego en el vacío
donde van a perderse
las necias tareas de los hombres.
Pienso a veces que ha llegado la hora de callar,
pero el silencio sería entonces
un premio desmedido,
una gracia inefable
que no creo haber ganado todavía¹.

Un detalle que a veces no ha sido muy tenido en cuenta en torno a este poema es el carácter llamativo de la dedicatoria: “Para Alejandro Rossi”. En el contexto literario, a Alejandro Rossi (1932-2009) se le considera un escritor de culto que provino de la filosofía analítica. El mismo Mutis se quejaba

¹ Versión publicada en *Letras libres*, el 30 de abril de 1995.

en una entrevista con el autor de que éste fuera tan poco conocido, incluso en su mismo contexto. Pero ya, aquí, habría una pregunta: ¿De qué forma el poema “Pienso a veces...” es una dedicatoria a Rossi? Salvando el hecho de que, precisamente, la dedicatoria es una comunicación entre una persona y otra, cabe preguntarse a cuál de las facetas de Rossi iría dedicado el poema. ¿Al Rossi escritor, o al Rossi filósofo? Es apenas natural pensar que entre ambos se dio una gran admiración a partir de sus textos literarios. Mutis alabó *La fábula de las regiones* de Rossi, y Rossi, por su parte, escribió una generosa nota de felicitación acerca del Premio Cervantes a Mutis. Aunque Mutis y Rossi pertenecieron a un contexto literario común – ambos nacieron fuera de México pero vivieron durante años en el país azteca–, quisiéramos señalar una perfecta congruencia que el poema tiene con la faceta filosófica de Rossi.

Podría parecer arbitrario, a primera vista, dedicar un poema sobre el silencio, a un filósofo analítico, centrado en el lenguaje. En efecto, la carrera filosófica de Rossi estuvo marcada por el interés en torno a la naturaleza del lenguaje. De este interés, por ejemplo, proviene su obra *Lenguaje y significado* (1968), y no es nada extraño que la fundación y dirección de la Revista Hispanoamericana *Crítica* –una de las más importantes en el contexto filosófico analítico– provenga del mismo hecho. Ahora bien, ¿podría considerarse como una *boutade* la dedicatoria de un poema en torno al silencio a un filósofo dedicado al lenguaje y la *expresión*? ¿Podría pensarse que hay aquí una especie de broma interna en torno a la insensibilidad de los filósofos analíticos hacia a la poesía? Aunque ya ha sido bastante retratada la profunda insensibilidad de los filósofos analíticos hacia la poesía y el arte en general, creemos que, más allá del lugar común, el asunto podría encuadrarse desde otra perspectiva: desde la perspectiva de la filosofía de Ludwig Wittgenstein.

Es conocida la influencia de Wittgenstein en la filosofía de Rossi. En especial, las *Investigaciones filosóficas*, y su teoría de los juegos de lenguaje, fueron un aliciente especial que direccionó su propio pensamiento. Pero es en la *opera prima*

de Wittgenstein, el *Tractatus logico-philosophicus*, en el que puede verse una especial riqueza con la intención *mutisiana*. Cabría señalar, no solo la perfecta congruencia del poema con el enunciado final de *Tractatus* –“De lo que no se puede hablar hay que callar” (*Wovon man nicht sprechen kann, darüber muss man schweigen*)–, sino que, además, podría advertirse el peculiar parecido de la experiencia wittgensteiniana en torno a la gestación de este singular pensamiento con la del propio Maqroll el Gaviero, el personaje central de las novelas de Álvaro Mutis. Explicamos estas dos similitudes:

1) Aunque la intención original del *Tractatus* fue malentendida, principalmente por el Círculo de Viena, el propósito original de la *opera prima wittgensteiniana* consistía en hacer una crítica (una delimitación) entre lo decible y lo mostrable, en aras de hacer una justa apreciación de aquello que para Wittgenstein resultaba determinante: lo *místico*, aquello que tiene que ver con el sentido de la vida, y que incluía a la ética, la estética y la religión. En una carta enviada a Ludwig von Ficker, editor de *Der Brenner* –y que además, le serviría de puente con el poeta Georg Trakl, justo antes de su suicidio, en el intento fallido de donar una parte de la fortuna heredada de su padre–, Wittgenstein declaraba el propósito de la obra: “En realidad no ha de serle extraño, pues la finalidad del libro es ética. Una vez quise poner en el prefacio unas palabras que ya no figuran en él, las cuales, sin embargo, se las escribo a usted ahora porque pueden darle una clave: quería escribir que mi libro constaba de dos partes: la que está escrita, y de todo lo que *no* he escrito. Y precisamente esa segunda parte es la más importante. Pues la ética queda delimitada desde dentro, como si dijéramos, por mi libro; y estoy convencido de que, *en rigor*, SÓLO puede delimitarse de este modo”². La invitación al silencio del ya mencionado enunciado final de la obra de Wittgenstein reserva un lugar de valiosa importancia a aquello que, en definitiva, se constituye en la materia real que le da sentido a la vida humana.

² Publicada en Monk, Ray: *Ludwig Wittgenstein: El deber de un genio*. Barcelona: Anagrama, 2002, pp. 176-177.

2) La idea de la insensibilidad de la filosofía analítica ante la poesía y el arte no aplica en el caso de Wittgenstein... y no es el único caso. Podría decirse, fácilmente, que si en la historia de la filosofía reciente existiera un filósofo que, de alguna forma, se aleje del canon del académico apegado al formalismo de sus argumentos, ese, sin duda, sería Wittgenstein. Es posible, por ejemplo, plantear un cierto paralelismo entre el Wittgenstein que redactaba el *Tractatus* y la figura literaria central de la obra de Álvaro Mutis: Maqroll el Gaviero. En efecto, las experiencias que el Gaviero narra en su diario, en *La nieve del almirante*, tienen una sorprendente cercanía espiritual con los *Geheime Tagebücher* que Wittgenstein redactó entre 1914 y 1918. El Maqroll que se enfrenta a las aguas del Río Xurandó pareciera vivir una vida paralela, anímica y estéticamente, a la que el joven Wittgenstein, embarcado en el *Goplana*, vivió en la Primera Guerra Mundial, al servicio del ejército, en el Río Vístula. El influjo del informe sobre el asesinato del duque de Orleans, a manos de Juan sin Miedo, parece ser similar a la lectura que Wittgenstein realizó de la *Breve presentación del Evangelio* de Tolstoi; ambas, como en la “La visita del Gaviero”, o en el final del *Tractatus*, condujeron a lo mismo: al silencio.

Vistas así las cosas, es posible imaginar que, entre la ya conocida *poética* de Mutis en torno al silencio y el conocimiento minucioso de Rossi acerca de Wittgenstein, se haya dado, posiblemente de forma indirecta, una comunión en torno al valor del silencio. La dedicatoria del poema “Pienso a veces...” es un testimonio de la laboriosidad del poeta al rebuscar con las palabras una señal de lo indecible. Muy temprano, Octavio Paz supo ver en Álvaro Mutis esta tensión propia de su poesía: “Necesidad de decirlo todo y conciencia de que nada se dice”³.

3 Paz, Octavio. “Los Hospitales de Ultramar”, en: Mutis, Álvaro. *Poesía*. Bogotá: Procultura, 1985, p. 226 [Colección: Nueva Biblioteca de Cultura].

MI AMIGO EL POETA ÁLVARO MUTIS

Armando Romero

La primera impresión fue de piedra negra sobre cielo gris, y desde entonces se acabaron los colores. Era la ciudad de México en 1971, en 1972, y así sería siempre. Es una lástima porque las ardillas relucen sus extraños colores en Chapultepec, y el chile esplende rojo contra los tacos de lengua y ojos. Pero para mí ya no habría otros colores, además de esa sensación de salir corriendo, de escapar, de ver el azul del mar y olvidarse de estas montañas de erotismo volcánico. Mi hotel era el Montecarlo, en la calle Uruguay, sitio de encuentro con el espíritu de D. H. Lawrence y sus mañanas en México. El hotel hervía de escritores jóvenes como yo, de pintores alucinados por el yagé y las pirámides, de beatniks atolondrados entre el mezcal y la marihuana, de ángeles subterráneos empantanados de sexo y poesía.

Una de esas mañanas, en la librería de Cristal, me encuentro con la noticia, en *La Gaceta del FCE*, que el poeta Álvaro Mutis y su esposa, junto con los esposos García Márquez, acababan de regresar de un viaje por la Grecia Magna. Uno de mis sueños de viajero era poder acercarme un día a este poeta y decirle que desde el día que descubrí en la librería Bonar de Cali sus “Elementos del desastre”, allá por 1961, sus poemas habían estado ligados a mi hacer con las palabras como si fueran su alimento terrestre. Pero ahora lo veía imposible. ¿Cómo saltar ese foso que se abría entre el poeta que es noticia por haber estado en el Egeo, y yo que a duras penas hacía legible mi nombre en la ficha del hotel?

Y así seguí rodando por esas viejas y olorosas calles del D.F. hasta que un día una poeta mexicana, un tanto mayor que yo y más sabia, me preguntó en la calle Tacuba si iba a visitar

al poeta Mutis, como hacían todos los colombianos que pasaban por México. Le dije que no, y le expliqué mis razones. Se sonrió y me dijo, “Si algún día lo conoces sabrás entonces que lo que ahora piensas es una tontería”. Era una de esas mujeres que ven más allá de la camisa. Pero decidí esperar y continuó el rebullicio de la poesía callejera, de la “pancita exquisita” a las dos de la mañana, de los carros de basura tratando de poner orden al amanecer. Sin embargo ella insistió y una noche en el café me dejó un papel con el teléfono del poeta. “Estará contento de conocerte”, dijo enigmáticamente.

Bien sabemos que todo ser, todo hecho en el suceder de nuestras vidas nos modifica, cambia, y transforma en uno los múltiples hilos que nos conducen a ese todo final que es nada. Es el camino, nos decimos, sin reparar en sus meandros. Pero hay un momento, un ser, que hace tangible ese cambio, que le pone alas a nuestro vuelo, que construye pies a nuestro andar. Era esto lo que se me venía encima cuando marqué ese teléfono y una voz femenina dijo “Twentieth Century Fox, a la orden”. Instantes después fue la voz cálida del poeta que precisó mis balbuceos: “Véngase pasado mañana, a las 11, y aquí nos vemos, poeta”.

Una hermosa secretaria, una oficina elegante, varios empleados entre papeles, y una puerta cerrada. “El señor Mutis dice que lo espere un momento, está en una reunión telefónica con Los Ángeles”. Diez minutos después, la misma secretaria con un café en la mano, y el señor Mutis ya no tarda. Luego de media hora, y finalizar los fragmentos de “Los cuentos de Genji”, que acababa de publicar la revista *Plural*, en traducción de Kasuya Sakai, decidí irme. La secretaria me miró horrorizada: “No, no me puede hacer eso. El señor Mutis me mata si lo dejas ir. ¿Quiere otro café?”.

Era una secretaria muy hermosa, recuerdo, y sólo por verla valía la pena esperar. Pero pronto se acercó de nuevo: “El señor Mutis dice que pase”.

Era una oficina elegante, de amplios espacios, con cuadros en las paredes de las gestas napoleónicas. Un escritorio

grande y detrás un ser alto, radiante en su generosa sonrisa, sentado de lado con los pies hacia su derecha. Me senté en una cómoda silla de cuero y se me entró el silencio, para decirlo como Rulfo. Entonces se hizo presente eso que tiene que ver con la consternación. No había nada en mi cabeza, excepto esas recriminaciones de “qué estoy haciendo aquí, qué digo, me gusta mucho su poesía, definitivamente soy un imbécil”. El poeta me miraba fijamente, sin bajar la sonrisa pero también sin decir palabra. Nos mirábamos y yo desaparecía en el asiento. No sé si a esos huecos en la tierra se los llama minutos o segundos, pero allí estaban. Había que saltar el foso y yo estaba paralizado. Recogió los pies, se puso una mano sobre el mentón, me miró profundamente, y de pronto, golpeó con fuerza el escritorio y dijo con su voz fuerte y entrañable que será la de siempre: “Carajo, poeta, lo mismo me pasó a mí cuando conocí al poeta Pablo Antonio Cuadra. Yo sé lo que está pensando, qué estoy haciendo aquí, qué digo, mejor me voy que se me hizo tarde. Ah, qué bueno es eso. ¿Desde cuándo anda por México?” Se rio con gusto cuando le conté por qué no lo había buscado antes, y me habló de Grecia, de Creta, del Egeo. Y fue en ese momento que comenzó todo.

Debo seguir con mis símiles de castillos medievales, porque al saltar el foso México se abrió en dos para mí: en uno presidía la presencia de Álvaro, en el otro se multiplicaban todos los días esos poetas andariegos que desde toda América convergían en esa ciudad, así como los poetas y artistas residentes. Y eran en verdad dos polos casi opuestos en ese entonces: muchos de mis amigos, poetas jóvenes, veían en Mutis al reaccionario, al señor burgués, ya que seguían las recetas de una nivelación con acento cubano, atornillados a una ideología autoritaria, rígida, carcelaria, y por el otro el poeta Mutis, quien conocía de la vida lo más alto y lo más bajo, radiaba libertad. No era necesario para mí tomar partido, lo importante era vivir, estar fuera de los convencionalismos políticos, gozar de la imaginación, de la poesía, sin temor a los espantos de la izquierda o la derecha.

Desde ese día comencé a frecuentar a Álvaro una o dos veces por semana. Charlábamos extensamente en su oficina, o esperaba pacientemente que él terminara su trabajo luego del mediodía para ir a buscar en su carro a su hija Francine al colegio, o para caminar por las calles de México visitando librerías, Zaplana, Gandhi, El Sótano, persiguiendo ediciones de literatura japonesa, china. En esos diálogos, en ese transitar por la atestada ciudad, empecé a darme cuenta de que la poesía de Álvaro era la transubstanciación de una verdad sembrada en su persona, de que todas sus palabras estaban marcadas con su ser de todos los días. La espontaneidad de su risa era el reflejo más claro de su transparencia vital, la cual se emparentaba con ese “corazón al desnudo” que nos viene de Baudelaire.

Hay muchas versiones de cómo fue detenido Álvaro por la Interpol en la ciudad de México, en 1959. Una de éstas me la contó el mismo Álvaro mientras caminábamos por el centro de la ciudad, cerca de la calle García Lorca. Muy teatralmente Álvaro me indicó pararme en la esquina de una de esas calles, y él vino luego por detrás y me tocó suavemente en el hombro: “¿Es usted el señor Álvaro Mutis?”, me preguntó con voz suave. “Así fue, mi querido poeta, ya al sólo tocarme la espalda, sin la pregunta siquiera, yo sabía que eran ellos, que mi vida tenía que enfrentar lo que había pasado antes”. Mucho hablamos de Lecumberri, la cárcel donde pasaría quince meses en un viaje al fin de la noche, para decirlo recordando a Céline.

Por esos días yo publiqué en el suplemento literario del diario *El Nacional*, que dirigía el poeta español Juan Rejano, una breve antología de la poesía nadaísta. Álvaro la leyó y me dijo, con cierto asombro e interés, “Esta poesía es muy buena, yo tenía una impresión muy negativa del nadaísmo”. Le pregunté por qué y me contestó que García Márquez le había hablado mal de Gonzalo Arango y de los nadaístas, y que cuando éstos le dieron a él, Mutis, el premio “Cassius Clay” de poesía lo consideró como algo negativo. Le dejé algunos libros de los nadaístas y al devolvérmelos luego me dijo que le gustaba mucho todo lo que había leído, y mencionó especialmente a

Jaime Jaramillo Escobar. Nuestras charlas iban de Cernuda a mis viajes por el Pacífico colombiano, de las calles de Chicago a los libros de Mark Twain, que yo leía con entusiasmo. Compartíamos el mismo amor por Cendrars, Max Jacob, Supervielle, Gangotena, César Moro. Poco hablábamos de literatura latinoamericana, de política, menos de Octavio Paz, algo de Neruda, alguna que otra anécdota de García Márquez. Mucho añoraba los días de Bogotá, sus amigos, la presencia de León de Greiff. Pero como algunos de los que hemos vivido en el exilio por bastante tiempo, sentía mucho dolor por esa forma de olvido en que nos sumen nuestros compatriotas, por la falta de solidaridad que viene de ellos. Esto cambiaría para él luego de los años, pero en aquel entonces todavía estaba presente.

Un día me llevó a conocer a Jomí García Ascot, el poeta español. Fue un momento para nunca olvidar. De pronto yo estaba allí, con un buen vaso de escocés en la mano, y la inmensa amabilidad de este poeta y su esposa. Si algo vencía mi timidez, era que en ningún momento sentía que estaba fuera de lugar. Era como si también hubiera existido un sitio para mí desde siempre entre ellos. Y he allí algo que venía con la presencia de Álvaro, con su inmensa y perenne juventud que nos hace compartir su amistad como si fuéramos compañeros de viaje. Recuerdo que el poeta García Ascot se puso feliz al saber que el jazz para mí tenía su punto más alto en Charlie Parker. Así él lo pensaba también. “Bird” todavía sigue en mis oídos como aquella noche.

La generosidad de Álvaro con mi obra literaria es algo que me ha abrumado siempre. Desde que leyó mis poemas de “El poeta de vidrio”, mis cuentos de “El demonio y su mano” trató de hacerlos publicar en México. Lastimosamente la editorial de Monterrey que iba a publicar mis poemas tuvo problemas y no lo hizo, y Joaquín Mortiz, no quiso publicar mis cuentos porque no era seguro de que me quedara en México para su difusión. Yo siempre estaba con la maleta en la puerta. Sin embargo, Álvaro pronto llevó uno de mis cuentos, “Cables”, a Bogotá y consiguió que Ernesto Volkening lo publicara en la

Revista Eco. Abría así Álvaro para mí una puerta en el mundo literario colombiano. Años más tarde ofreció prologar mi libro de poemas, que se publicaría en Caracas en 1979. En mi hacer y vivir literario su ángel tutelar siempre me ha acompañado.

A pesar de sus ofrecimientos de que me quedara en México, que también venían de Jomí García Ascot y de otros amigos poetas mexicanos, decidí un día volver al trópico. No me podía ver viviendo en esa planicie sobre lagunas y calzadas. También me desalentaban sus palabras cuando me decía que nunca comprendería a los mexicanos, era más fácil entenderse con los chinos. Para él, que habláramos español era el principal obstáculo.

Y entonces fue Caracas el lugar de nuestros encuentros. Álvaro pasaba frecuentemente por esta ciudad, en un trajinar continuo por América Latina que le permitía ver amigos queridos, pero que también lo deprimía dado que tenía que arreglárselas, como gerente de ventas de su compañía, con personajes no muchas veces encantadores, y a veces hacer antesalas y entrevistar a seres siniestros, como el general Noriega de Panamá, quien controlaba las cadenas de televisión de su país. Sin embargo, lograba escribir mucho en los aeropuertos, y eso lo animaba.

A Álvaro se lo podrá tildar de monárquico, lo cual él acepta encantado, de reaccionario, lo es también, de conservador, por supuesto, de católico, podría ser, pero de lo que nadie lo puede acusar es de no haber querido siempre a sus amigos, de no haber hecho por ellos todo lo posible e imposible. El ir a la cárcel es prueba fehaciente de su ser generoso, fraternal. Así, en Caracas conseguía ver a viejos amigos, hacer amistad con poetas que admiraba. Yo lo acompañaba feliz a estos encuentros y reencuentros.

Juan Sánchez Peláez era uno de ellos. Siempre reían imaginando que si se hubieran puesto de acuerdo, dado que el primer libro de Juan se titulaba *Elena y los elementos*, deberían haber publicado un sólo libro titulado “Elena y los elementos del desastre”. Ambos eran precisos en el análisis crítico de la obra

del otro, en su mutua admiración. Juan señalaba el poder de la palabra en Mutis, su capacidad para hacernos ver casi desde lo cotidiano, lo circunstancial, los pasos profundos de ser, de vivir. “Nadie más cercano a esto que somos todos los días”, repetía. Álvaro encontraba en Juan la fuerza que le permitía darse todo entero en el poema: “Cada vez que leemos su poesía vemos que lo ha dejado todo allí, nada resta en la persona que es nuestro amigo. Juan es su poesía, de allí su misterio”.

A pesar de sus diferencias ideológicas, Álvaro tenía gran afecto y amistad con Marta Traba, quien por ese entonces de mediados de los setenta vivía en Caracas, junto con su esposo el crítico Ángel Rama. Eran encuentros de muchas reminiscencias de los días en Bogotá, especialmente, de los amigos compartidos. Mi trabajo en la Galería de Arte Nacional me permitía ver de vez en cuando a Marta, y siempre hablábamos de Álvaro. A ella se le iluminaban los ojos al recordarlo. No así a Ángel Rama, con quien tuve algunos tropiezos al hablar de la obra de Mutis. Rama no alcanzaba a sumergirse tan profundamente como para poder ver los alcances de sus poemas, de sus obras en prosa. Un día, en Maracaibo, tuve una discusión bastante fuerte con Rama sobre esto. Tiempo perdido. Creo que a este crítico lo obstaculizaban dos cosas en su lectura de Mutis: una era la nebulosidad que crean las ideologías cuando de ver más allá de sus límites se trata; la otra su insensibilidad en la escritura. Nadie que escriba tan mal como Rama puede tener los sentidos abiertos lo suficiente para poder captar a un poeta como Mutis. Tal vez esto último esté cargado de cierta rabia, pero lo creo verdadero.

Debo confesar que gracias a Álvaro, a una de sus escalas en Caracas, sucedieron las cosas que vendrían a cambiar radicalmente mi vida, a poner mis pies en lo profundo del mar Egeo. Pero esta es una historia larga, que merece todo un capítulo aparte, y que ya narraré a su debido tiempo.

Pasados los años mi vida desembocó en los Estados Unidos. Ya no fueron tan fáciles nuestros encuentros. En 1987 logré invitar a Álvaro a Cincinnati. Fueron tres días memorables

los que compartimos, mi esposa Constantina, mi hijo Alfonso y yo, con él.

Por ese entonces yo había escrito un trabajo largo sobre la literatura y el arte en Colombia, y esto señalaba: “Mutis es el reaccionario que al voltear la cabeza ante el devenir no cae en el éxtasis de lo religioso, como Solzenitzin. Tal vez como Quevedo, escéptico, sabe que en el futuro no hay sino descomposición y polvo. Y por eso su paisaje es amargo aunque no triste ni monótono: una fuerza natural lo hace estallar en las luces de una gloriosa derrota. Mutis no propone nada, no protesta, no alienta el cambio. Y si hoy lo vemos como un renovador de la poesía colombiana, como una de las más altas voces de América, es por esa calidad intrínseca al arte que no respeta las buenas intenciones de progreso sino la verdad de la palabra.”

Y de allí fue México el sitio de los esporádicos encuentros, su hermosa casa en la calle Hidalgo, junto a la sonrisa de Carmen, a sus cuadros bizantinos, a la vegetación del trópico siempre presente. Recuerdo que al despedirnos la última vez me recordó ese sitio del cual yo le había hablado, el archipiélago Fourni, frente a la isla de Ikaría, sitio de piratas berberiscos en la antigüedad, de refugiados huyendo de la espada feroz del otomano, de viajeros exilados. “Ese es nuestro sitio”, me repitió, “y allí tenemos que ir, no podemos faltar a ese encuentro”.

ENCUENTRO CON MAQROLL EN RODAS

Armando Romero

*A Álvaro Mutis,
a quien este poema pertenece.*

Nunca estuvo aquí. Así dicen casi todas las crónicas. Empecinado pregunté por él a los Caballeros de la Orden de San Juan en la Posada de España, primera en la Odós Ippóton. Buena razón me dieron aunque todavía se preguntaban en sus diversas lenguas los por qués de su nombre. Fui pues hasta el Hospital y abrí una puerta que daba al largo corredor de enfermos del segundo piso. Allí, los cuartos giraban alrededor del patio a la manera de un caravansary. No lo reconocí entre los soldados y caballeros que se retorcían o languidecían preñados por las heridas de la guerra o las pestes. Al fondo, en un bello patio protegido por almendros, y reservado, según me habían dicho, para los peregrinos alucinados por el sol, lo vi sentado en un escaño de madera. Reía salvaje y atronadoramente mirando con furia en dirección a los infieles. Pronto sintió mi presencia y volteó para mirarme. En sus ojos había un mar extraño y distante. Se incorporó y dijo: “No era aquí”, y desapareció, devorado por los elementos.

LA NAVE QUE NOS LLEVA

José Manuel Fajardo

Toda vida es un viaje, por eso el viaje es la metáfora central de la literatura. En los tiempos en que poesía y narración no habían separado sus caminos, la figura del viajero se convirtió en el primer referente de la literatura de Occidente: Ulises. A su estirpe viajera pertenecen Eneas y Jasón, Don Quijote y Simbad, Lord Jim y Sal Paradise. También Maqroll el Gaviero. Como Ulises, Maqroll nace de la poesía para contar la historia de sus empresas y tribulaciones. Cuando lo encontramos en la primera de las novelas de Mutis que lo tiene por protagonista, sentimos ya el peso del fardo de su pasado doblándole la espalda. No es un personaje nuevo, la misma estructura de la novela nos lo revela, llena de referencias, de guiños a pasadas andanzas, de sobreentendidos. El autor conoce de antiguo al Gaviero y el lector se siente ante un relato heredado, lo que explica la inmediata dimensión legendaria ganada por el personaje ya en su primer paso por la narrativa. Maqroll es el héroe cantado por el Mutis poeta y bajo esa lírica luz se torna leyenda en su prosa, pues si la poesía es el territorio de la experiencia donde se forjan los héroes, la narrativa es el cofre donde se guarda memoria de ellos.

Pero si Maqroll y Ulises comparten orígenes poéticos, sus andanzas y caracteres más que divergentes se hacen muchas veces contrapuestos. Maqroll versus Ulises. Allí donde el héroe de Homero se muestra artero, astuto y despiadado, dispuesto a todo con tal de alcanzar sus objetivos, el Gaviero de Mutis ofrece su ensimismamiento, sus reflexiones fatalistas, su sensibilidad extrema y una ambición desganaada que nace de la conciencia de que, a la postre, todos sus esfuerzos han de ser vanos. Ulises es un héroe del triunfo, Maqroll lo es de la

derrota. No en vano esta palabra, derrota, designa por igual la suerte del vencido y la del marino.

Al rumbo de un barco se le llama derrota porque de alguna manera rompe (deriva del verbo latino *rumpo*) los límites de ese metro cuadrado de existencia que cada ser humano habita. El viaje los trasgrede, abre camino, como la quilla rompe las aguas. Y a un revés militar se le llama derrota (deriva del francés *dérout*, que a su vez viene también del latino *rumpo*) porque implica la ruptura, la desbandada de los vencidos, que pierden así su ruta. Con una sola palabra, como un mensaje cifrado, la lengua castellana nos avisa de que si toda vida traza la derrota de un viaje, el final de este viaje se sella siempre con la pérdida. Hay pues mucha más sabiduría en el escéptico Maqroll que en su antepasado Ulises, tan tenaz y convencido de que la llegada a Ítaca es el final del viaje.

Ítaca es la isla legendaria por antonomasia de los tiempos clásicos, la isla del posible retorno, el lugar donde se restablece el orden perdido. Frente a ella, la isla de Utopía, avistada por el héroe marino de Thomas More, Raphael Hythloday –otro perteneciente a la estirpe literaria de los viajeros–, se alza como la isla de los tiempos modernos, la isla de la ida, de la búsqueda, del establecimiento de un orden nuevo. El Gaviero de Mutis navega entre ambas islas o quizás fuera mejor decir que se pierde entre ellas.

El Gaviero quiere regresar a su hogar, como el héroe homérico, pero es un héroe moderno, bien a su pesar, consciente de que nadie regresa al mismo lugar del que partió porque el tiempo del viaje todo lo trastoca, lo borra, como hace desaparecer La Nieve del Almirante, la tienda de Flor Estévez convertida en tendejón ruinoso cuando al fin Maqroll retorna a ella, o lo transforma, pintando en el paisaje, los rostros y los afectos rasgos nuevos en los que no siempre se puede reconocer. El hogar de Maqroll es la tierra alta de cafetales de la cordillera, el mismo territorio del que proviene Mutis y al que dice deber su inspiración y afecto. Pero uno sospecha, con tantas idas y venidas de ese otro yo posible de Mutis que es su

Gaviero, que por más veces que el escritor haya regresado a su tierra natal, algo se ha perdido definitivamente en ella, algo que lleva buscando desde hace más de cuarenta años en sus novelas. Quizá porque la isla metafórica a la que Mutis, como Maqroll, quiere regresar, no es un lugar físico sino un lugar en el tiempo perdido del Medioevo, un lugar del pasado; y el pasado es, precisamente, el único reino que, una vez atravesado, no permite el retorno. La suya, la de Mutis cuando se declara monárquico y legitimista y añora los tiempos de la Monarquía Española en América, la de Maqroll cuando especula con la suerte de Europa si no hubiera movido al Duque de Borgoña un ánimo asesino, es la isla de la ucronía, una isla inalcanzable.

Una voz en sueños le murmura a Maqroll: “Más lejos, quizás”. Pero él sabe que su búsqueda es sin esperanza; que la costa ucrónica que procura en su derrota es la línea misma del horizonte y, como éste, se aleja a medida que nos acercamos; que al final le aguarda una tumba como aquella de las ruinas de la antigua fortaleza de los cruzados del Crac de los Caballeros, cerca de Trípoli libanés, en la que se lee con postrera certeza: “No era aquí”.

Y, sin embargo, Maqroll el Gaviero viaja. A los puertos del Norte. A las islas de Creta o de Madeira. Establece sus propias reglas de vida y a ellas se atañe con dolorosa fidelidad. A la felicidad efímera del cuerpo de la mujer. A la enemistad con los hombres que juzgan, legalizan y gobiernan. Al consuelo de saber que si lo vivido es irrecuperable, es sin embargo su viento el que nos impulsa hacia nuevas búsquedas.

Que Mutis eligiera para un marino oceánica la remontada de un río selvático, en su primera novela sobre el Gaviero, marca simbólicamente ese imposible retorno contracorriente del tiempo. Es el río de Jorge Manrique y es también el de Conrad. El río como prueba y como desatino. También como fatalidad. Muchas veces me he dicho que, en el fondo, tuve suerte de no haber leído todavía ese libro del ciclo narrativo de Maqroll cuando escribí mi primera novela, *Carta del fin del mundo*, en la que los atribulados hombres que Colón dejó en

el Fuerte de la Navidad remontan también un río selvático en busca de una felicidad tan imposible como cruel. Si lo hubiera leído, quizá no me hubiera atrevido a cometer la temeridad de adentrarme en esa geografía simbólica que Mutis describe tan magistralmente.

Había conocido a Álvaro Mutis en la antigua villa corsaria francesa de Saint-Malo, yo era entonces un joven periodista, no sé si muy feliz pero sí razonablemente indocumentado, y sólo había leído algunos de sus libros de poesía; y aunque compartí con él unas horas de charla, tengo hoy la sensación de haber perdido una oportunidad, de haber dejado pasar a mi lado la ocasión de recibir un mensaje que tal vez me hubiera ahorrado meandros y manglares en el río de la escritura, un buen consejo de marino. Sé que no mantuve con él una verdadera conversación porque sólo guardo un vago recuerdo de lo que hablamos, aunque sí recuerdo nítidamente el tono cordial de la charla y de algunas bromas sobre la monarquía, entre un monárquico añorante e irónico y un republicano convencido como yo, que me hicieron simpatizar de inmediato con él. Supongo que me faltaban años y me sobran expectativas y pretensiones. Dos formas de sordera. Supongo también que este texto que ahora escribo intenta, quizás vanamente, reparar aquel desencuentro. En todo caso, después de volver a seguir la derrota de Mutis y su Gaviero para poder escribirlo, yo también me resisto a desistir –como hace el propio Maqroll, como sospecho que siempre ha hecho Mutis– y a dar por canceladas las esperanzas bajo el peso abrumador de su fatal discurso.

Otro de sus personajes, el Capitán del lanchón que remonta el imaginario río Xurandó, tras asistir a Maqroll durante la enfermedad que está a punto de llevarlo a la muerte le dice: “Cuando uno se encuentra con alguien que ha vivido lo que usted ha vivido y que ha pasado por las pruebas que han hecho de usted el que es ahora, el ser su testigo y compañero es algo tanto o más importante que si esas cosas le hubieran sucedido a uno”. De igual modo, uno gana experiencia de

vida al leer las tribulaciones de Maqroll porque al hacerlo se transforma en testigo y compañero de sus viajes, sin que importe que estos sean imaginarios y él mismo un personaje de ficción. Al fin de cuentas, ¿no lo somos todos de alguna manera, no somos acaso criaturas creadas por el relato que nos contamos a nosotros mismos sobre nuestra identidad? Basta la lejanía del tiempo para ver cómo las biografías se tiñen de sombras, abandonan esa certidumbre de los vivos para adentrarse en el territorio de las quimeras. Si no, ¿cómo explicar que algunas de las figuras claves de nuestra cultura sean tan misteriosas como personajes literarios y que aún hoy se debata de dónde era Colón, si Shakespeare escribió sus obras e incluso si realmente existió, si Cervantes era de origen judeoconverso...? Leyendo a Mutis y escribiendo mis propios libros he comprendido que la tierra prometida, la isla que procuramos, es en realidad la nave que nos lleva, y que es nuestra derrota viajera hacia la derrota final la que nos define y, en tanto estamos viviendo, nos hace inmortales. Pobre consuelo, quizás: una simple nave de carne, huesos y sueños, siempre a merced de las inclemencias, irremediabilmente destinada al naufragio. Pero es desde su cofa imaginaria que, como gavieros, atisbamos el mundo y pugnamos por trazar un rumbo. Mientras nos lleven los vientos.

MUTIS

William Ospina

A los veinticuatro años, en 1947, ya escribía con una libertad que no tenía en nuestra lengua ni siquiera Pablo Neruda. Su mundo, en ese entonces, es ya posterior al de Aurelio Arturo. Tiene su misma magia, su fascinación, su misterio, su voz recorre cavernas de secretos, pero no es el ámbito encantado de un niño perdido entre milagros sino una selva lujuriosa después de la caída; es como si el mundo moral y sensorial de las tentaciones de San Antonio pudiera recorrerse en tren o en hidroplano. Mutis visita su alma con la curiosidad de Humboldt por las selvas equinocciales; su carne y su imaginación redescubren América y la ven en el último instante de su esplendor: antes de que la modernidad muerda la selva, antes de que el veneno corra por los ríos, antes de que en la piel del jaguar se borre la escritura del dios. Pocos autores saben ofrecernos una realidad a la vez tan arbitraria y tan verosímil; aquí y allá descubrimos en ese muchacho a Borges un día después y a García Márquez un día antes. Álvaro Mutis es alarmantemente contemporáneo, ocupa su lugar en la historia sin anacronismo alguno: no es Rivera ni Mastronardi ni López Velarde, ya la segunda mitad del siglo XX le pertenece, es posible que sea el único poeta del “boom latinoamericano”, y hasta ahora, a comienzos del siglo XXI, ningún poeta en castellano ha llegado más lejos. Pero ya a los veinticuatro años Mutis es nuestro Rimbaud, el verano lo sorprendió a las orillas de una ardiente adolescencia, de él puede decirse que nunca dejó de ser joven, y que después se burló de los jóvenes siendo más desafiante y más paradójico que ellos. Cuando les decía a los afiebrados de materialismo histórico que el último hecho que le interesaba era la caída de Bizancio, lo hacía sólo por mostrarles que él sí conocía la Historia; y su afición por la monarquía y otras especies fósiles era apenas, como en Eliot,

un gesto de desdén por la edad de los plásticos, una última ironía aristocrática en los funerales de la civilización. En sus noventa años Mutis todavía es el más joven de nuestros poetas, y estoy seguro de que, de verdad, apenas estamos a punto de leerlo. Un mundo fragante y desconocido, la poesía del futuro, nos espera en sus páginas.

ENCUENTRO EN EL MONASTERIO

Julio Martínez Mesanza

a Álvaro Mutis

Cuando alargó la mano, por sus trazas,
pensé que se trataba de un leproso.

Al principio no vi su gran anillo
y no supe advertir, indiferente,
que algo solemne su ademán tenía.

Levantó el rostro, y vi que estaba ciego,
que le habían cegado, mejor dicho,
pues sus ojos tenían cicatrices.

Me estremecí. Sabía ya quién era.

Vino a mi mente un resplandor violento,
la púrpura y el oro en Hagia Sofia.
Besé sus manos y abracé a mi César.

LOS TRABAJOS DE ÁLVARO MUTIS*

Jorge Bustamante García

Álvaro Mutis (Bogotá, 1923) vivió de los dos a los nueve años de edad en Bélgica, donde su padre Santiago Mutis Dávila era ministro consejero de la embajada colombiana en Bruselas. Al morir su padre, a la temprana edad de treinta y tres años, regresa con su madre y su hermano para establecerse en la finca que su abuelo materno, vendedor de café, sembrador de caña e improvisado buscador de oro, había comprado en el Tolima, en la intersección de los ríos Cocora y Coello. En ese paraje de la tierra caliente, entre el trópico y el páramo, en medio de intermitentes lluvias, extensos cafetales, hojas de plátano, socavones de una mina abandonada en los que juega con su hermano Leopoldo y el zinc de los tejados en la finca, transcurre su niñez y su temprana adolescencia, hecho que sería de vital importancia para toda su obra, desde sus primeros poemas y relatos hasta su novela *Amirbar* (1990), parte de la saga narrativa de Maqroll el Gaviero. Entre las imágenes infantiles de Europa y Coello, y en medio de ellas el mar, se fue conformando todo su imaginario creativo. Podría afirmarse que toda la obra de Mutis no es más que una apuesta por salvar esos momentos de natural y auténtica alegría de su infancia, a partir de la espesura de desesperanza adquirida con el paso irremediable de los años.

Ya en la tardía adolescencia Mutis llegó a Bogotá para continuar el bachillerato en el Colegio Mayor del Rosario, y por estar ocupado jugando billar o leyendo todo tipo de libros y escuchando al maestro Eduardo Carranza hablar de poesía, según ha dicho innumerables veces, no le quedó tiempo para estudiar y terminar el colegio. Se casó muy temprano, a los

* Texto publicado el 25 de agosto de 2013 en *La Jornada semanal*.

dieciocho años, y se dedicó desde entonces, con buena estrella, a diversos oficios: locutor y actor de radio, gerente de emisora, director de propaganda de una compañía de seguros, jefe de relaciones públicas de una modesta empresa de aviación y de la Esso en Colombia, narrador en castellano de la serie para televisión *Los intocables* y luego, por casi veintitrés años, gerente de ventas para América Latina de la Twentieth Century Fox y la Columbia Pictures, oficios que en la perspectiva de hoy estarían, aparentemente, en un espíritu contrario al de su poesía. No se puede publicitar nada, ni vender algo, si no se es, o se aparenta ser, un optimista obstinado. Pero el poeta de *Los elementos del desastre* y *Los trabajos perdidos* no podía ser más que un pesimista lúcido, adicto a la desesperanza ante la implacable realidad de nuestra condición humana. Esos misterios entre la personalidad y la poesía parecen un cuento sin fin.

La obra poética de Álvaro Mutis se encuentra concentrada en *Summa de Maqroll el Gaviero*, con ediciones en distintos años, tanto en España como en Colombia y México. En esa *Summa* están todos sus libros, así como sus últimos poemas no reunidos en libro: sus primeros poemas escritos entre 1947 y 1952, *Los elementos del desastre* (1953), *Reseña de los hospitales de ultramar* (1959), *Los trabajos perdidos* (1965), *Caravansary* (1981), *Los Emisarios* (1984), *Diez lieder* (1985), *Crónica regia* (1985), *Un homenaje y siete nocturnos* (1986) y varios poemas dispersos de los últimos veinte años. Aunque en sus poemas ya se enunciaba una vena prosística, su obra narrativa se fue gestando lentamente, bajo el espíritu de una propia e irrenunciable dinámica, y fue sólo con *La nieve del almirante* (1986) y las otras novelas de la saga de Maqroll el Gaviero que cristalizó definitivamente, cuando su autor ya sobrepasaba los sesenta y tres años de edad. Se podría afirmar, aunque suene a disparate, que sus relatos y novelas (*La muerte del estratega*, *La mansión de Araucaíma*, *El último rostro*, *Ilona llega con la lluvia*, *Un bel morir*, *Abdul Bashur*, *soñador de navíos*, *La última escala del Tramp Steamer*, *Amirbar*, *Tríptico de mar y tierra* y la ya mencionada *La nieve del almirante*) son una prolongación

natural de su poesía, de aquella poesía de sus primeros escritos, pero sobre todo de *Los elementos del desastre* y *Los trabajos perdidos*, donde ya bullían los fantasmas, los paisajes, las celebraciones y el espíritu de Sísifo que campea por toda su obra. La poesía y la prosa de Mutis son de una sorprendente unidad, tejida a través de los años con insólita y renovada insistencia.

Los trabajos perdidos fue el tercer libro de poesía de Mutis y apareció publicado por la editorial Era de México en 1965. Hernando Téllez, al comentar el libro en *El Tiempo* en marzo de 1965, afirmaba que “el encantamiento de sus poemas, su seducción, provienen de su propia gracia, de su propio signo, de su propia belleza. Nada es allí gratuito, adventicio o engañoso”.

Desde sus propios inicios, desde *Los elementos del desastre* y hasta *Un homenaje y siete nocturnos*, pero especialmente en *Los trabajos perdidos*, no hay, en efecto, nada arbitrario ni veleidoso en su poesía, sino que se percibe una profunda y casi secreta unidad que será casi una constante en toda su obra: su visión sobre la banalidad irreparable del mundo, sobre la vanidad de las empresas humanas, el absurdo de nuestros esfuerzos y la loca prisa que conduce a ninguna parte, en la que extraviarnos nuestras vidas. Y esta suficiente y afortunada clarividencia impide que un abuso de lucidez destruya la gracia de su poesía y de sus dones.

No hay peor flagelo para la obra de un poeta que incurrir, en su crítica, a clichés que fosilizan y matan. La poesía es un territorio libre, un estado del espíritu con infinitas puertas abiertas hacia la luz y las sombras. ¿Sobre qué tratan los poemas de *Los trabajos perdidos*? Para un lector de hoy no parece arduo contestar a esta pregunta: tratan, ni más ni menos, sobre la desesperanza, el exilio, el fracaso, el amor, la derrota, la vida y la muerte. Es decir, sobre todo aquello que nos incumbe a todos, que ha sido tratado por innumerables poetas cada uno desde su singular visión y que aún guarda profundos enigmas, todo visto –en el caso de Mutis– a través de las visiones y olores de la infancia. Lo primero que despierta la lectura de

Los trabajos perdidos es un cierto asombro por las cosas de la vida, siempre acompañadas por la presencia permanente de la muerte, una cierta intuición de que las cosas son bellas y disfrutables precisamente porque no pueden eludir su destino último, el de la muerte al fin y al cabo benefactora que te acoge “con todos tus sueños intactos”. Si en “Amén”, el primer poema del libro, la muerte no es un espanto, sino una presencia que incita a abrir los ojos para iniciarse en la “constante brisa del otro mundo”, en *Un bel morir...* es una añoranza de toda una vida que resuena en la transparente y cruda sensación de que “todo irá disolviéndose en el olvido”. Se canta y se vive y se hacen las cosas bien y se disfrutan, sin otra esperanza que la del olvido. Este sabio pesimismo, fruto de una telúrica y cruda mirada acerca de nuestra huidiza y misteriosa condición, es el que campea con vigor, desenfado y recóndito goce, por los poemas de este libro. *Los trabajos perdidos* son una especie de música inútil, infructuosa, que suena con armonía delirante y ecos inesperados, y que trae la lluvia desde el corazón perdido de la memoria, en medio de un mundo en donde existe la nublada certeza de que ya nadie escucha a nadie. Tanto en su poesía como en su prosa y sus novelas, Mutis regresa obsesiva y constantemente a un lenguaje inicial del que nunca ha logrado evadirse y que explica desde el principio sus certezas y sus dudas respecto al mundo que afronta. Gaviero, al fin, revela lo oculto para otros, vislumbra lo que está más allá del horizonte, y en ese territorio de nadie –a la intemperie– intuye la derrota a la que se enfrenta el hombre, porque todas sus iniciativas, hasta las más ambiciosas y temporalmente seguras, se verán tarde o temprano sometidas al olvido: al olvido ontológico y último, a la memoria apabullada por la escala implacable del tiempo geológico.

En otros poemas, como “Nocturno”, lo que realmente acontece es la presencia viva de un paisaje, pero no cualquiera, sino un paisaje de infancia cuyo instante es consagrado, con toda su gracia y milagros, por la acción reveladora de la palabra. En “Nocturno”, uno de los poemas más celebrados de Mutis, la “eficacia” poética reside en su inquebrantable pureza, en una

inmediatez y una verdad que casi nos lacera, hasta tal punto que nos parece escuchar –todavía y para siempre– cómo cae la lluvia sobre los cafetales y sobre el zinc de los tejados. Como bien anotó Fernando Charry Lara, “la experiencia poética es la revelación de nuestras más concretas raíces olvidadas”, y precisamente esa experiencia que impactó la niñez de Mutis, con sus paisajes, sus olores y sus sonidos, es lo que constituye la revelación palpitante de esas “raíces” remotas plasmadas en algunos de estos poemas.

Por otra parte, uno de los textos que más se aproxima a una estética del deterioro y la derrota es, sin duda, “Cada poema”, donde resalta la convicción abierta de que toda construcción poética, de que toda búsqueda de la palabra sólo enuncia –al fin y al cabo– la experiencia de muerte, y conduce sin remedio al hastío, la ceniza y la agonía. Cada poema es el dolor diario del poeta al enfrentarse al desgarramiento del mundo, sin ninguna certeza de que mengüe el azar en que se siente inmerso, ni el sentimiento de pérdida que lo acecha. En cada poema se avanza un trecho hacia la muerte, porque cada poema es “un lento naufragio del deseo,/ un crujir de los mástiles y jarcias/ que sostienen el peso de la vida”. Así, en estos poemas percibirá el lector un entrañable y profundo sentimiento de que a pesar de que en el mundo actual campea el imperio de lo novedoso y de lo efímero, no existe en realidad nada nuevo, porque todo “torna a su sitio usado y pobre” y porque desde Jorge Manrique y Shakespeare y mucho antes, desde los griegos, sabemos que todo este torrente que subyace los ríos de la vida, desemboca permanentemente en ese mar de regreso y huida que es la muerte. Pero también estos poemas son reflexiones o, mejor, percepciones sobre el tiempo, sobre el tiempo endecasílabo que en “Sonata” se convierte en lobo, en óxido, en alga, en lengua, en aire, y que nos sirve para nutrirnos, para “llegar hasta el fin de cada día”. Ese tiempo que en “Canción del este” cava en cada uno de los seres “su arduo trabajo/ de días y semanas,/ de años sin nombre ni recuerdo.”

Los trabajos perdidos trata también sobre el exilio, pero no sobre cualquier exilio, sino el del desarraigo más radical, el del exilio interior. Ese estado del espíritu en que no existe ningún arraigo, ningún asidero. Ese no saber dónde ir, porque no importa a dónde vayas, en dónde estés, siempre te encontrarás extrañado en medio de los otros ante las imposibilidades implacables de una verdadera comunicación. Mejor lo ha expresado el autor en una conversación con Jacobo Sefami, de la Universidad de Nueva York: “Pero, en realidad, es la convicción de que estamos exiliados donde estemos; donde vivamos, somos unos eternos exiliados.” Quizás sólo la creatividad y el arte puedan, de alguna manera, contrarrestar la incertidumbre de la huida, la fractura del exilio sin final. Quizás sólo la creatividad y el arte sean, a fin de cuentas, la mejor manera de estar, de ser en el mundo y sentirse de alguna forma en casa.

El crítico Ernesto Volkening señaló que si le fuera dado hacer el encomio de la poesía de Álvaro Mutis, diría que en ella late el corazón del mundo. Habría que agregar que el ritmo de ese latido está condicionado por la presencia permanente del tiempo, un tiempo sin tiempo, porque la verdadera poesía no tiene tiempo, es atemporal, como lo intuía Osip Mandelstam, pertenece a todos los tiempos, permanece: la *Ilíada*, la *Divina comedia*, la poesía de John Donne, Quevedo, son los mejores ejemplos. Si hay que leer a Mutis, una forma será leerlo desde esta perspectiva. Hay que leerlo para dudar de todo y no creer sino en la lectura de los libros prodigiosos que prolongan la vida. Sólo esos libros nos pueden alimentar eficazmente en medio de los destrozos de un mundo que corre con prisa y sin remedio hacia su propia perdición. Sólo el poema, la palabra, la lengua, nos colocan en el centro mismo de nosotros mismos, nosotros que vivimos en medio de las cosas para mirarlas y pensarlas con atención: ahí se encuentra la poesía. La poesía de Mutis es, en fin, la de alguien que mira y camina desde el misterio, que es como la sombra luz que ilumina la noche larga en medio de la estepa sin término.

DOS POEMAS A ÁLVARO MUTIS

Martha Canfield

1

Acto de lectura

Cada palabra tiene su arista secreta
y su perfume.
Entre renglones voy
guiándome el sentido
que brota respirando.
Alerta y erizada
entre una línea y otra
del párrafo completo
o de la estrofa entera de tu poema
voy.
Vertiginosas cúspides
donde el cielo que flota y que me arrastra
se derrama.
Tu mensaje lo entiendo mas lo aparto.
Y en un sitio de luz
como una recta muda y perfumada
encuentro la palabra detrás de tus palabras.
Me enciendo y me abandono.
Te toco y no te siento.
Te siento y no distingo
tu contorno verbal y verosímil.
Siento la espada de tu letra oscura.
Y el espacio intangible del encuentro
se revela en mi carne:
herida penetrada

en ti regocijada
y en una transformada
en el sitio de ti que tu discurso me regala.

2

El despertar humano

Cuando el silencio entrelazado
de la fuerza solar
y de la fuerza lunar
dentro del vientre rocoso de la noche
empieza a desatarse
dividiendo el uno por sus unos
y el perfume que embriaga de la noche
se disuelve y se posa
en las formas carnales y visibles
gentiles a la vista
más dulces y más frágiles
porque otra vez completas e incompletas
entonces
el aro verde azul
la cima de la curva apenas perceptible
del escondido disco
del sol al horizonte
empieza a distinguirse
y lentamente a subir
despacio despegándose
de la imagen nocturna
donde todo era uno
indistinta madeja
ovillo pleno
huevo dichoso de la noche
silencio más voces sin palabras
futuro del verbo

y pasado del acto de conciencia
feliz realización del regreso al principio
de otro modo inalcanzable
madurando
de a poco y sin embargo
a ojos vistas creciendo
cumpliéndose en dorado
y redondo durazno
de la nueva mañana
alta ofrenda de luz entre las luces
ante las cuales
privada y redimida
pequeño corazón colmado agradeciendo
yo me inclino.

ÁLVARO MUTIS O LA DESESPERANZA OPTIMISTA*

François Maspero

Una tranquila casa en el barrio de San Jerónimo, al sur de D.F., más allá del parque de Chapultepec y apartada de las inmensas avenidas de la ciudad más contaminada del mundo. En el gran patio ajardinado el viento agita las hojas del banano. Cruzarás la cocina donde Carmen, la esposa de Álvaro Mutis, está guisando en el gran horno platos de aromas suaves y picantes. Álvaro Mutis te tenderá un vaso de whisky o de tequila antes de llevarte al estudio donde trabaja. Entrarás evitando los gatos silenciosos, centinelas de estos lugares.

Sobre el escritorio, el aparato mágico: una prosaica Smith Corona de donde salieron Maqroll el Gaviero, Abdul Bashur, Flor Estévez y esos miles de personajes, ilustres conquistadores u oscuras prostitutas, que llevan cincuenta años habitando sus poemas y novelas. Cerca de la máquina de escribir, una estatuilla representa al capitán Cuttle, personaje de Dickens por el que su dueño tiene especial cariño. Del techo cuelga un pequeño recipiente arábigo-andaluz de un verde translúcido debido a la pátina de los siglos. Una mesa grande repleta de libros: enciclopedia sobre Tramp-Steamers, antología de Ana Ajmátova, diarios de Julien Green, *Mémoires intérieurs* de François Mauriac, todo Céline, una biografía de François Joseph... Detrás de la mesa, una pared enteramente cubierta de biografías de monarcas, de memorias de ilustres personajes, y en la que destaca una completísima colección de temas bizantinos. En otra pared, los viejos amigos poetas:

* Traducción de Michèle Lefort. "Álvaro Mutis ou le désespoir optimiste" fue publicado en *Transversales* n°1, Ed. Folle Avoine, Bédée, 1999, pp. 81-85.

Antonio Machado, que desborda su estante, Apollinaire en edición original, Valery Larbaud, *Residencia en la tierra* de Neruda, la obra del surrealista argentino Enrique Molina. Sin que haga falta curiosear mucho, uno dará sin duda con los libros fetiches del escritor, que son también los que Maqroll, su héroe favorito, su doble, conserva celosamente en su petate de marinero: las *Memorias de ultratumba*, las *Memorias del Cardenal de Retz*, las del Príncipe de Ligne, sin olvidar las obras completas de Balzac y de Simenon, ni las *Fioretti* de Francisco de Asís, ni Juan de la Cruz y los grandes del Siglo de Oro.

Luego irás descubriendo las fotos de familia. Esa familia, más fiel que aquella a la que uno está vinculado por naturaleza, y que un hombre va constituyéndose con el paso de los años: retratos del último zar y de la zarina, de Felipe II y de su hija Catalina Micaela, Proust en su lecho de muerte, Borges ciego en las ruinas de Teotihuacán, Joyce sentado en la hierba, con un parche en el ojo, Conrad, Baudelaire, Valery Larbaud, Céline. Y el amigo de siempre, Gabo, Gabriel García Márquez, en una foto que se remonta a los tiempos en que era reportero para *El Espectador*.

También unas fotos del mismo autor, a la manera de los grandes viajeros: montado en un camello en El Cairo, en una calle de Estambul, con unos amigos en Bogotá o en París. Del salón vecino nos llegan las notas de una *cumbia* de un lejano pueblo colombiano saliendo de un disco de vinilo.

Charlaremos así hasta muy entrada la noche de travesías en cargueros oxidados, de puertos al otro extremo del mundo, de la calidad comparada de los whiskys claros y de los ambarinos, de la superioridad del *waterzoï* de Gante sobre el de Amberes, de la profunda filosofía de los gatos que velan el Bósforo desde Bizancio, del esplendor inmutable de Santiago de Compostela, de la grandeza de los imperios desaparecidos – ya sea el de Teodora o el de Carlos V. Te hablará de “la enorme estupidez del progreso” que valió a la humanidad Auschwitz e Hiroshima. Te citará la réplica de Bonaparte quien, al tomar posesión de los salones del Luxemburgo el primer día del

consulado, le contestó a Lannes que le decía “¡Qué triste es esto...!”: “Sí, como el poder”.

Y he aquí que, en medio de una historia contada con el ingenio de un novelista picaresco español, este hombre, cuyos propósitos parecían significar que está de vuelta de todo, prorrumpirá en una sonora carcajada infantil y soltará su habitual exclamación: “¡Ay, qué maravilla!”.

Mejor confesarlo: nunca he estado en la casa de Álvaro Mutis¹... Pero me han hablado tanto de ella y he leído tantas cosas sobre ella que se ha vuelto para mí uno de esos lugares familiares que acaban visitando la memoria con más insistencia que si la hubiéramos conocido de verdad. Es para mí como otros lugares, reales o imaginarios, que pueblan sus relatos: la mansión de Araucaíma en el corazón de la tierra caliente de la cordillera colombiana donde se enlazan el paraíso perdido de la niñez y la búsqueda interminable de la edad madura de Maqroll; o el cuarto de la calle Shidah Kardessi, en Estambul, situado justo “encima de la tienda del oculista”, desde donde se oye “el golpe de las olas contra las piedras de la fortaleza”, este mismo cuarto, como escribe en *Los elementos del desastre*, donde lo están esperando y adonde nunca irá; los astilleros en ruinas del puerto de Pollensa, en Mallorca, donde, al cabo de tantas aventuras, vino a parar Maqroll albergando allí su lúcido desengaño.... Es un hombre robusto fornido, de espesa cabellera blanca echada hacia atrás, con voz fuerte, dispuesto a afrontar los elementos –con tal de no olvidar su gorra de marinero bretón–. Tiene algo de su antepasado –y se complace en sacarlo del olvido– el sabio José Celestino Mutis quien llevó a cabo una legendaria expedición botánica en el virreinato de la Nueva Granada. Mucha soberbia, una pizca de canalla, algo medio hidalgo y medio trotamundos. Un apetito goloso por la vida que estalla en cada gesto, en cada palabra. Y esa cualidad magnífica de dar a cada uno de sus amigos la impresión de que

1 Esta descripción está inspirada principalmente en el libro *Souvenirs et autres fantômes, Entretiens avec Álvaro Mutis*, publicado en 1999 por la editorial Folle Avoine, traducción del libro de Eduardo García Aguilar: *Celebraciones y otros fantasmas*. Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993.

es su mejor amigo. Le gusta el contacto físico con sus lectores –sus fans que constituyen un auténtico “club Mutis”–, que suelen, todos y siempre, hacerle la misma pregunta: “Maqroll el Gaviero, ¿es usted?”. Maqroll el Gaviero es el doble de Álvaro Mutis de la misma manera que la sombra puede ser el doble de la luz.

El escritor trabajó en extraños oficios para quien es poeta: representante de compañías petroleras, luego de grandes firmas de Hollywood, y entre otros muchos empleos, prestó su voz para el doblaje de *Los Intocables*. En cuanto a Maqroll, aparece ya en los primerísimos poemas, sin ser nombrado en un principio, como narrador de improbables aventuras, por ejemplo ese “Viaje” con fecha de 1948 donde se le ve conducir un tren de vagones de color amarillo canario que suele salir una vez al año y lleva durante varios meses a sus viajeros desde las altas mesetas heladas a la tierra caliente, atravesando los cafetales y los bosques de eucaliptos. “Improbable”... palabra que vuelve con frecuencia bajo la pluma de Álvaro Mutis. Así quedan designados el curso entero de su vida y su irresistible desorden. El orden existe sólo en los dos extremos: en el recuerdo de la niñez perdida y en la aceptación de la muerte que lo hace todo “irremediablemente” (otra palabra recurrente) ilusorio. Maqroll va navegando de una a otra, perdiéndose en el mar, en las marismas, en los esteros, en los tugurios de los puertos, en el fondo de las minas que lo envuelven como un útero, y sacando de allí algunas razones para sobrevivir en espera del último encuentro: “Cada poema un pájaro que huye / del sitio señalado por la plaga.../ Cada poema un paso hacia la muerte.../ Cada poema un estruendo de lienzos que derrumban / sobre el rugir helado de las aguas.../ Cada poema esparce sobre el mundo / el agrío cereal de la agonía”.

Los niños suelen inventarse unos compañeros imaginarios para conversar y jugar con ellos: Borges contó que los suyos se llamaban Quilos y Molino. Normalmente esos personajes desaparecen con “la edad del juicio”. Afortunadamente para sus lectores, Álvaro Mutis nunca alcanzó la edad del juicio. Aunque,

por cierto, el compañero de sus sueños es eminentemente razonable, por su filosofía de la existencia, una humilde sumisión a los fallos de un destino siempre imprevisible, de la que extrae un soberano orgullo. De un poema a otro, durante cuarenta años, luego, a partir de los años 80, de una novela a otra (cada novela parte de unas imágenes de los poemas con el fin de enlazarlas con el hilo de un relato), Maqroll se ha hecho tan real que, según su autor, acabó escapándosele: por eso quizás, recientemente, para hacerle entrar en vereda, hizo que apareciera en primer plano el personaje de Abdul Bashur, “el soñador de navíos” –alter ego de Maqroll como Maqroll lo es de Álvaro Mutis–, el cual se entretiene tramando “malas jugadas” y extraños tráficos –sean de tapices o armas– con una típica astucia oriental que suele irse a pique debido a su corazón hartamente generoso.

Y para despistarnos definitivamente, he aquí que Álvaro Mutis se dejó crecer un bigote que le da un aire ligeramente levantino hasta tal punto que algunos de sus amigos se apresuraron en llamarlo Abdul.

A veces le digo a Álvaro Mutis que a fuerza de desesperar del mundo y de soñar con una belleza, con un orden maravilloso e ideal, da prueba por eso mismo, en medio del pesimismo más negro, de una forma singular de optimismo, ya que a pesar de todo se empeña en creer, en un tiempo y un espacio desconocidos de los hombres pero esperados por todos, en la existencia de esa belleza y de ese orden. Como Maqroll “nutrido de la savia de su desgracia”, como todos los grandes vencidos a los que celebra, Álvaro Mutis ha aprendido a no desperdiciar nada de los más diminutos goces del diario vivir.

En su relato de la muerte de Pouchkine, evoca la última visión del poeta en su lecho de agonía: la piel tersa y limpia de la amada que le recuerda la fuente de su niñez y su tierra natal, “su tierra de milagros y de hazañas y de bosques interminables e iglesias de cúpulas doradas”. Pouchkine, Alar el Ilirio de *La muerte del estratega*, Bolívar de *El último rostro*, Maximiliano,

todos aquellos irremediables vencidos, magníficos en esta su derelicción, conocen, como Maqroll el Gaviero, esos instantes de «lucidez vertiginosa». Entonces, ¿habrá que imaginar a Maqroll feliz? Con su risa atronadora, Álvaro Mutis barre la cuestión.

LA NIEVE DEL ALMIRANTE*

Juan Esteban Constaín

El primer libro de Álvaro Mutis, *La Balanza*, se imprimió en febrero de 1948 en los talleres bogotanos de la Editorial Prag. Era un poemario a cuatro manos con Carlos Patiño Roselli, y los autores pudieron recogerlo solo en abril, cuando lograron juntar por fin la plata para pagar la edición. Alguna vez dijo Mutis que es el libro más exitoso de la historia universal, pues se agotó en un día, “por incineración”: el 8 unos pocos ejemplares llegaron a las manos de los amigos, y el 9 ardieron todos los demás junto con Bogotá y sus ruinas.

La poesía de Mutis en *La Balanza* tenía ya, a pesar de su juventud, la mayoría de los elementos que la definen hasta hoy. El furor del lenguaje, su adjetivación apocalíptica; la obsesión de la tierra caliente, del poder corrosivo y nostálgico de la naturaleza, del mundo. Hay también en esos primeros textos un homenaje al surrealismo que entonces deslumbraba al joven poeta, algo que se fue difuminando luego en los libros por venir: *Los elementos del desastre*, *Los trabajos perdidos*, *Caravansary*, *Los Emisarios...*

Y allí, en ese primer libro agotado por el fuego, ya estaba presente el personaje central de toda la obra de Mutis, Maqroll el Gaviero. Es asombroso (para mí lo es), pero es así: en la intuición y las alucinaciones de un poeta de 25 años que ni siquiera sabía si quería serlo o no, ya estaba entero, como una revelación, el protagonista de su literatura. Ese Maqroll de *La Balanza* es el mismo que va a aparecer en las novelas 40 años después, embarcado siempre en las más inútiles empresas, acechado por la ruina y por la muerte. Al margen, heroico.

* Texto publicado el 28 de agosto de 2013 en el diario *El Tiempo*.

Creo que eso es lo mejor que tiene la obra de Álvaro Mutis: su concepción del mundo, su coherencia; podría decir que su “ética”, si los políticos no hubieran devaluado esa palabra ni la hubieran despojado de su sentido verdadero. Y al hablar de la “coherencia” no me refiero a esa virtud presunta e imposible que los seres humanos vivimos exigiéndonos los unos a los otros, como si de verdad la vida fuera racional y exacta y nuestros actos pudieran obedecer siempre a las mismas ideas, a los mismos principios, a las mismas pasiones. No. Hablo de la única coherencia que existe, la del honor y la soledad.

Sé que hay muchos detractores de Mutis que le adjudican terribles defectos, como si lo fueran: la ampulosidad y el barroquismo, la incorrección política, la negligencia, el monarquismo, el éxito. Yo, como fanático, respondo siempre dos cosas, mejor tres: la primera, que los grandes autores de verdad no son solo sus virtudes sino incluso sus defectos, que sus defectos son también su obra y sus virtudes; la segunda, que Mutis logró lo más difícil que hay en el arte, construir un universo, un mundo suyo y único. Y la tercera, que al que no le guste no lo lea, y ya.

Pero el que no lo lea se va a perder de ese universo fascinante y épico. Anacrónico, solemne, sí, pero también hermoso y reparador. Porque la obra de Álvaro Mutis es una profunda reflexión sobre el tiempo y sus astillas, sobre la dignidad y la inquietud que laten en el pasado, en todo lo que sobrevive. Maqroll es justo eso: un sobreviviente, un héroe. También Alar el Ilirio, el protagonista de *La muerte del Estratega*, el mejor relato de la literatura colombiana, para mí. Quien diga que Mutis no sabe escribir es porque no ha leído esa joya.

Pero Mutis es también un gran provocador de lecturas, desde las Memorias del Príncipe de Ligne hasta las novelas de José Lins do Rego o la poesía de Eliseo Diego. No hay mejor ventana que la suya al vicio impune de leer.

Por eso, por todo lo que le debo, yo también vine a decirle cuánto lo quiero. “Duerme el guerrero, solo sus armas velan”.

ÁLVARO MUTIS Y SU AMIGO CÉSAR BORGIA

Javier Ruiz Portella

*Hoy entierran en la iglesia de Santa María de Viana
a César, Duque de Valentinois. Preside el duelo
su cuñado Juan de Albret, Rey de Navarra.
En el estrecho ámbito de la iglesia
de altas naves de un gótico tardío,
se amontonan prelados y hombres de armas.*

¿Por qué, si alguien me pusiera en el (imposible) brete de tener que elegir uno solo de los poemas de don Álvaro, me quedaría sin vacilar con “Funeral en Viana”? La palabra *vida* (junto con su hermana *muerte*) explica mi elección. Ante lo que estamos aquí es ante un gran poema de la vida y de la muerte... si se me permite la perogrullada. Todo poema –de ahí, don Perogrullo– es de algún modo poema de la vida y de la muerte. Todos (si son grandes: si son poemas) giran, lejana o cercanamente, en torno al eje que funda al mundo y marca el destino de los hombres. Pero “Funeral en Viana” lo hace de manera abierta, radical, central: con la condensación quintaesenciada de su palabra.

En valerosa lucha con sus enemigos ha muerto...

*César, Duque de Valentinois, Duque de Romaña,
Gonfaloniero Mayor de la Iglesia,
digno vástago de los Borja, Milá y Montcada,
nobles señores que movieron pendón
en las marcas de Cataluña y Valencia
y augustos prelados al servicio de la Corte de Roma.*

Ha muerto César, “hijo de Alejandro VI / Pontífice romano y de Donna Vanozza Catanei”: César Borgia, príncipe renacentista que “huyendo de la prisión de Medina del Campo había llegado a Pamplona para hacer fuerte / a su cuñado contra Fernando de Aragón”.

¿Ha muerto?... ¿Realmente ha muerto alguien que, quinientos años después, está más vivo, más presente en la memoria viva de los hombres –en la única que importa: la del gran poema, la del gran arte, la de la alta cultura– que todos los seres de carne y hueso que van arrastrando por el mundo sus tristes vidas?

Pero no es sólo por eso por lo que la vida y la muerte se abrazan tan estrechamente en este poema. Es por otra razón. Estamos en un funeral, es cierto.

*Termina el oficio de difuntos. El cortejo
va en silencio hacia el altar mayor,
donde será el sepelio. Gente del Duque
cierra el féretro y lo lleva en hombros
al lugar de su descanso.*

Estamos en un funeral. En él se celebra la muerte. Y, sin embargo, es el gran aliento de la vida lo que, a lo largo de toda la ceremonia, exhala su poderío. “César yace en actitud de leve asombro, / de incómoda espera.” No cabe duda. Pero:

*... el rostro lastimado
por los cascos de su propio caballo
conserva aún ese gesto de rechazo cortés,
de fuerza contenida, de vago fastidio,
que en vida le valió tantos enemigos.
La boca cerrada con firmeza parece detener
a flor de labios una airada maldición castrense.*

La estamos oyendo, esta voz. Hasta más claramente que si hubiéramos estado presentes en la iglesia entre cuyos “altos

muros y delgadas columnas” resuena todo el fragor de la existencia “de quien siempre vivió / entre la algarabía de los campamentos, / el estruendo de las batallas y las músicas / y risas de las fiestas romanas”, al mismo tiempo que, “movido por la ebria energía de sus pasiones», «murmuraba al oído de las damas una propuesta bestial”.

No sólo la vida y la muerte gravitan en el centro del poema. Lo hace también la otra díada en torno a la cual todo gira en el mundo: la sensualidad voluptuosa de las cosas y la transparencia inconsútil del espíritu. Estamos en una iglesia. En su ámbito, *“las voces de los monjes llegan / desde el coro con una cristalina serenidad sin tiempo”*. Es cierto. Salvo que es el tiempo, su presencia viva, carnal, lo que envuelve las naves en las que retumba el eco de la vida de César mientras *“un olor a cirio, a rancio sudor, a correajes / y arreos de milicia, flota denso en la lluviosa / madrugada”*.

Y junto con ello... No, “junto” no. Plasmando todo ello, la esplendorosa, majestuosa música del poema. La música... Otra perogrullada. ¿Quién ha visto un poema –uno verdadero– que no estuviera mecido en su alma por la música y el ritmo? Lo que sucede es que, aquí, la música, aparte de majestuosa y solemne, no sólo es música, no sólo es ritmo. Es rito.

El rito y sus ceremonias. He ahí lo que hace que la muerte derrote su escándalo, venza su sinsentido, nos salve de algún modo de su inanidad. El rito y su fulgurante figuración simbólica: he ahí lo que ha abandonado miserablemente esa Iglesia católica que pretende (dirá mil veces don Álvaro en textos y entrevistas) asemejarse a la protestante. El rito, sus símbolos y su grandeza: he ahí lo que “Funeral en Viana” hace revivir de dos maneras complementarias. Por un lado, reproduciendo la solemne belleza de los textos del Oficio de Difuntos: *Requiem æterna dona eis, Domine; / et lux perpetua luceat eis*. Etcétera. Por otro lado, haciéndonos sentir –palpar– más intensamente que si hubiéramos estado en Viana el 13 de marzo de 1507 toda la atmósfera de la ceremonia a cuyo término:

*Juan de Albret y su séquito asisten
al descenso a tierra sagrada de quien en su vida
fue soldado excepcional, señor prudente y justo
en sus estados, amigo de Leonardo da Vinci,
ejecutor impávido de quienes cruzaron su camino,
insaciable abrevador de sus sentidos
y lector asiduo de los poetas latinos.*



¿Perdón? ¿Cómo ha dicho? ¿Lector asiduo de los poetas latinos?... ¿Puede darse semejante cosa en un hombre político? Poderse, sí se podía. Pero en el Renacimiento, en aquellos tiempos gloriosos en que el mundo renacía. Hoy, en cambio...

El mundo renacía en el Renacimiento –o parecía que lo iba a hacer–. Dejemos a don Álvaro un instante y recordemos a Nietzsche. Escribe éste:

¿Se entiende por fin, se quiere entender qué fue el Renacimiento? *La transvaloración de los valores cristianos*, la tentativa, emprendida con todos los medios, [...] con todo el genio, de llevar a la victoria los contra-valores, los valores aristocráticos [...]. Atacar en el punto decisivo, en la sede del cristianismo, poner en el trono papal los valores aristocráticos [...]. Yo veo ante mí una posibilidad tan fascinante y embriagadora [...] que en vano se rebuscará en los milenios una segunda posibilidad como ésta: yo veo un espectáculo tan lleno de sentido, tan prodigiosamente paradójico a la vez, que todas las divinidades del Olimpo habrían podido lanzar una carcajada inmortal: ¡César Borgia papa! [...] ¿Y qué ocurrió? Ocurrió que un monje alemán, Lutero, fue a Roma. Y ese monje, que llevaba en su cuerpo todos los instintos vengativos de un sacerdote fracasado, se indignó en Roma contra el Renacimiento [...]. Lutero vio la *corrupción* del papado, cuando era precisamente lo contrario lo que podía tocarse con las manos. ¡En la silla del papa no estaban ya sentados la

vieja corrupción, el *peccatum originale*, el cristianismo!
¡Sino la vida! ¡Sino el triunfo de la vida! ¡Sino el gran sí a
todas las cosas elevadas, bellas, audaces!¹

Todo eso es evidente. Aunque sin compartir, probablemente, el rechazo visceral de Nietzsche contra el cristianismo, todo eso es lo que late en el fondo de “Funeral en Viana”, así como en otro texto de don Álvaro: el artículo titulado “En favor de César Borgia”². En él figura este encendido alegato:

César Borgia dejó entre la gente que gobernara una reputación de príncipe severo pero justo. Protegió las artes, fue amigo de Pinturicchio y de Leonardo da Vinci. Sirvió de modelo al texto más importante y duradero que se ha haya escrito sobre política: *El príncipe*, de Nicolás Maquiavelo.

Bien. Es indudable que nuestro hombre fue valeroso guerrero, avisado príncipe y amante de la belleza femenina al igual que del gran estremecimiento en que consiste el arte. Sin duda. Pero ¿cómo se puede calificar de «señor prudente y justo en sus estados» a quien, habiendo matado, y no precisamente de forma ejemplar, a un buen puñado de sus enemigos, fue «ejecutor impávido de quienes cruzaron su camino»?

¿No fue César Borgia la negación personificada de cosas tales como la igualdad y la bondad, las libertades democráticas y los derechos humanos? ¡Por supuesto! Y precisamente porque lo fue, precisamente porque nada tenía que ver con la santurronería que hoy nos engaña, es por lo que corresponde tributar a semejante señor semejante alegato.

Nada tenía que ver el duque de Valentinois con quienes –“casta política”, los llamamos– son capaces, si la necesidad se tercia, de matar mucho más abundantemente de lo que César Borgia lo hiciera jamás. Lo hacen masiva, industrialmente. Como en las guerras modernas, cuyo horror se abate sobre las poblaciones civiles.

1 Nietzsche, *El Anticristo*, § XI.

2 *Novedades, México*, 10 de mayo de 1980. Reproducido en *De lecturas y algo del mundo*, Seix Barral, Barcelona, 2000, pp. 166-168.

Sobre ellas se abate también un poder incomparablemente más eficaz que el que nunca ejerciera ningún César antiguo. Ni César Borgia, ni su padre, el papa Alejandro VI, ni ningún príncipe antiguo pudo disponer de la coartada perfecta: esa que pretende que el poder no radica en quienes en realidad lo ejercen. Radica –dicen, y la idea ha colado– en “el pueblo soberano”, ese que cada cuatro años no hace otra cosa que zanjar las diferencias entre quienes, por razones mediáticas, financieras o burocrático-políticas, ya están sumidos de coz y hoz en el tinglado del poder. Además de la coartada, disponen así de otra ventaja nada desdeñable: en la carrera “democrática” por el poder efectivo, las diferencias se zanjan entre los pretendientes sin que pueda mediar envenenamiento o asesinato alguno.

En el fondo, todo es una cuestión de hipocresía. O se juega con las cartas boca arriba o boca abajo. Puestas boca arriba jugó César Borgia. “Jamás engañó a nadie sobre sus intenciones, que fueron siempre bien claras y simples: obtener el poder y conservarlo a toda costa”, escribe Álvaro Mutis. No otra cosa pretenden los dirigentes modernos. Toda la diferencia entre ellos y un César Borgia consiste en que este último, como señala el propio Mutis:

- Jamás dijo a los pueblos que gobernara que su único compromiso era con los desvalidos y con su patria amada.
- Jamás prometió garantías a los banqueros e industriales para desarrollar sus actividades dentro de las normas de la ley y en beneficio de todos.
- Jamás dijo que la liberación de la clase obrera es el gran objetivo a que debe supeditarse cualquier movimiento político.

Toda la diferencia radica en ello, desde luego. En ello y en que, además del poder, alguien como César Borgia también buscaba otra cosa. Buscaba, como dice Nietzsche, “el triunfo de la vida. ¡El gran sí a todas las cosas elevadas, bellas, audaces”.

“PARA MÁS ALTOS DESTINOS”:

Homenaje a Álvaro Mutis
en sus 90 años*

Jean Orejarena Torres

En un largo monólogo de *La nieve del almirante* Maqroll el Gaviero dice: “Saber que nadie escucha a nadie. Nadie sabe nada de nadie. Que la palabra, ya, en sí, es un engaño, una trampa que encubre, disfraza y sepulta el precario edificio de nuestros sueños y verdades, todos señalados por el signo de lo incomunicable”. Relatadas después de la profunda desesperanza tras la partida de la anhelada Flor Estévez, en este fragmento se encuentra una de las consignas que guían el paso errante del singular protagonista de la obra de Álvaro Mutis. En este mismo relato, la evidencia de una desconfianza ante la comunicabilidad de las palabras, la suspicacia ante el desconocimiento entre unos y otros, no debe pensarse como un rasgo propio de Maqroll el Gaviero, sino que es, en esencia, un rasgo definitivo de la obra completa en poesía y prosa de Álvaro Mutis.

Los primeros poemas de Álvaro Mutis muestran el esfuerzo persistente por captar con palabras la exuberancia de un mundo casi inefable, lleno de matices, ajeno –tal como lo expresa Fernando Quiroz– “del mundo moderno que tanto lo fastidia con sus aparatos ruidosos y su exceso de plástico”. En este mundo “recién abierto” vienen a presencia los cafetales y la lluvia, el sonido de las aguas de los ríos al descender entre las colinas, la frescura de la noche en la tierra caliente, la naturaleza hirviente que se convierte en un “no-lugar” de nuestro mundo convertido en sociedad industrial globalizada. Tal vez por la

* Texto publicado el 25 de agosto de 2013 en el diario *El Manifiesto*, en celebración de los noventa años de Álvaro Mutis.

extrañeza y por la fascinación ante ese paisaje nuevo, toda la composición poética de la obra mutisiana deviene en una lucha frente al lenguaje cotidiano, lleno de significados y de estructuras provenientes de una sociedad occidental totalitaria, consumista y compulsiva. Álvaro Mutis ha declarado en varias ocasiones que su labor creadora se convierte constantemente en una intensa “batallas con las palabras”. Octavio Paz, en una reseña temprana y elogiosa de *Reseñas de los Hospitales de Ultramar*, lo dice claramente: “Mutis es un poeta de la estirpe más rara en español: rico sin ostentación y sin despilfarro. Necesidad de decirlo todo y conciencia de que nada se dice. Amor por la palabra, desesperación ante la palabra, odio a la palabra: extremos del poeta. Gusto del lujo y gusto por lo esencial, pasiones contradictorias pero que no se excluyen y a las que todo poeta debe sus mejores poemas”. En el vértigo de una obra que ha crecido con un fundamento unitario desde la poesía hasta la prosa, este “gusto del lujo y gusto por lo esencial” apela hacia la puesta en escena de un mundo propio, difícil de describir, y que tiene su germen en la experiencia vivida por el poeta. Este mundo es la finca de Coello en el Tolima, rodeada por los ríos Cocora y Coello, arrasada y devorada por la violencia que ha caracterizado a las últimas décadas de la historia colombiana.

La obra temprana de Álvaro Mutis, confeccionada con poemarios singulares como *Los elementos del desastre*, *Reseña de los Hospitales de Ultramar* y *Los trabajos perdidos*, se orienta hacia una articulación entre el mundo cercano del autor y el lenguaje destinado a una singularidad poética. Esta asombrosa unión desemboca en la creación de aquello que bajo títulos muy generales como los de “Poesía” y “Prosa” resume el universo literario de nuestro autor. Su obra novelística, los siete libros que componen las impresionantes *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, y que Gabriel García Márquez no dudó en calificar como “uno de los grandes milagros de nuestras letras”, es un prolongado homenaje a ese mundo extinguido que es Coello, aunque también lo es a la verdadera amistad, a la desesperanza y a la vida *alterna* a lo contemporáneo. Maqroll,

Ilona, Flor Estévez, Abdul Bashur y el tierno Jamil, entre otros, son una gama de personajes que representan distintas formas de vida, más allá de la imperante. Un ejemplo de este mundo naciente y alejado “de ese averno devorante que han dado en llamar la modernidad” son los “Nocturnos” de Mutis: una serie de poemas que describen la majestuosidad de la noche en la tierra caliente, sus elementos más íntimos, su significado en las mentes criadas bajo su manto. En uno de ellos, escrito en *Los trabajos perdidos*, el poeta dice:

Respira la noche,
bate sus claros espacios,
sus criaturas en menudos ruidos,
en el crujido leve de las maderas,
se traicionan.
Renueva la noche
cierta semilla oculta
en la mina feroz que nos sostiene.
Con su leche letal
nos alimenta
una vida que se prolonga
más allá de todo matinal despertar
en las orillas del mundo.
La noche que respira
nuestro pausado aliento de vencidos
nos preserva y protege
“para más altos destinos”.

El mundo de Mutis está en la añoranza de Coello. De ahí surge toda esta amalgama de relatos y poemas que serán tal vez la prueba más verídica de su existencia: “Hablando con poca modestia –expresa Mutis–, diría que de ahí, de Coello, de sus alrededores, sale mi pequeño universo. Esa tierra es la fuente de todo lo que he escrito. No me interesa qué valor tengan mis narraciones o cuánto vayan a durar en la memoria de la gente... lo que de verdad me importa es que hice vivir a Coello más de lo que realmente vivió”.

Álvaro Mutis cumple hoy noventa años. Esta fecha singular exhorta a sus lectores a celebrar conmemorativamente dos cosas: su celebrado y honroso camino en la vida, así como la creación en palabras de este universo maravilloso que es su obra.

ÁLVARO MUTIS Y EL GAVIERO: Una poética de la desesperanza

Eduardo García Aguilar

Álvaro Mutis nació en Bogotá (Colombia) el 25 de agosto de 1923, pero desde niño vivió y estudió en Bruselas, alternando el tiempo con largos viajes a la tierra caliente sudamericana, en aquellos enormes transatlánticos que salían de los puertos europeos. Ambas experiencias nutren con intensidad el tejido de su obra: emoción de asir el pasado remoto que percibió en los años de infancia europeos a través de libros, calles, parques, otoños, y dolor ante la pérdida paulatina de los olores y colores del trópico que encontraba en la finca de su familia, situada entre los ríos Coello y Cocora, en su natal Colombia.

De aquella infancia europea quedan como testimonio unas fotos donde se le ve niño, vestido de marinero, de pantalón corto, al lado de su madre y del padre diplomático, Santiago Mutis Dávila, cuya muerte prematura en 1933 lo marcó para siempre. París, Amberes, Le Havre, Hamburgo, Brujas, el Sena, los transatlánticos de la American Linie y los puertos fríos del norte fueron algunas de esas primeras impresiones imborrables que, aunadas al largo viaje por mar y la llegada a los malsanos puertos del trópico americano, como Colón o Buenaventura, conformarían el extraño cosmos de su obra literaria. De esa materia surgirá Maqroll el Gaviero, un personaje arquetípico de viajero desesperanzado, pero vitalista, cansado y sabio ante la muerte ineluctable, el fracaso de toda acción humana y la enfermedad y la fiebre que lo minan con lentitud y que está presente desde el inicio de su poesía. Esos ambientes figuran desde sus primeros textos poéticos como “La creciente”, “Hastío de los peces”, “Oración de Maqroll” y “Los elementos del desastre”, entre otros.

A un lado, pues, el esplendor europeo de entreguerras, con sus viajeros tipo Paul Morand y Valéry Larbaud, sus iglesias románicas o góticas, las tumbas merovingias, el recuerdo de los húsares y los guerreros ilirios, los viejos autos de película, las chicas de pelo corto y sombreros art-déco y París y el Sena; y más allá, en ultramar, la canícula, los estuarios infestados de mosquitos, los cargadores sifilíticos y las putas tristes con sus carnes flácidas marcadas por el salitre y la fogosidad insaciable de los hombres de mar. Mutis quedó marcado al regresar a la tierra caliente por “esa feracidad y esa especie de disponibilidad que crean el clima, la vegetación y los ríos. Eso fue lo que yo sentí, así fue como yo viví la tierra caliente cuando regresé de Europa: una suerte de espacio que se me daba y que me otorgaba una disponibilidad absoluta, no una libertad sino una especie de ampliación en proporciones gigantes y delirantes de sueños, ambiciones, deseos, sensaciones...”¹.

Si se considera que la literatura es una intensa exploración desesperanzada de la infancia perdida, de sus imágenes borrosas y sus olores idos, no queda duda alguna de que el imaginario de Álvaro Mutis –encarnado en Maqroll el Gaviero, o sea el que mira desde la Gavia y es el ojo de la embarcación– surge de esa contraposición iniciática atestiguada por el niño: el esplendor del viejo mundo antes de la guerra y la deliciosa usura de la carne en los lejanos trópicos desolados de ultramar. Además, desde el inicio esa desesperanza se le revela de manera diáfana, porque Maqroll “va aprendiendo que lo que le resta de los sueños es la apetencia, el deseo, y que cuando los vamos a tocar se nos deshacen”².

De regreso a Bogotá, el adolescente Mutis tratará de conjurar la desazón del exilio y el fin de su infancia a través de textos donde su alter ego convocatorio enumerará las modalidades del “fin ineluctable”, con su cauda de carne mortecina devorada por el sexo y el cáncer, amores perdidos en cuartuchos tristes de hotel y luchas sin sentido por sobrevivir

1 García Aguilar, Eduardo. *Celebraciones y otros fantasmas. Una biografía intelectual de Álvaro Mutis*. Bogotá: TM Editores. Bogotá. 1993. p 18.

2 *Ibid.*, pp. 22-23.

en puertos y ciudades, entre tráficos innumbrables de donde sólo se salva la amistad y el deseo. Todo ello mientras “un dios olvidado mira crecer la hierba”, y al mismo tiempo que el arribo de los barcos es “anunciado al alba con el vuelo de enormes cacatúas de grises párpados soñolientos, que gemían desoladas su estéril concupiscencia”, como dice respectivamente en los formidables poemas “El miedo” y “Hastío de los peces”, de su gran libro *Los elementos del desastre* (1953).

¿Qué hacer, pues, en esa Bogotá provinciana y fría alejada del reino? Primero dejar el bachillerato y los estudios que lo hubieran vuelto tal vez un típico hombre de clase dirigente colombiana y lanzarse a la aventura de la poesía y la vida, a través de innumerables trabajos en compañías de aviación y multinacionales petroleras que lo llevaron a todos los rincones del país en siniestros planchones untados de aceite, hacia poblaciones de tierra caliente donde la noche llegaba con su música de bares de mala muerte, junto a mujeres amorosas de amplios escotes y transgresores de la ley que jugaron su vida o su corazón al azar y siempre se los ganó la violencia, como dijo el colombiano Jose Eustasio Rivera al inicio de su legendaria novela telúrica *La Vorágine*, sobre la explotación del caucho en la Amazonia, a comienzos del siglo XX.

Desde siempre en Colombia y en América Latina se ha escuchado el rumor de fusiles y ametralladoras, el fragor de las guerras, el paso silencioso de los bandidos nocturnos, el galope tenebroso de los caballos. Lo que no es un secreto exclusivo del trópico, pues la misma generación de Mutis creció escuchando noticias de la guerra en Europa que traían consigo no sólo el humo de los crematorios de Birkenau, sino el eco de la destrucción de los templos góticos del Viejo Mundo, las viejas ciudades y los castillos de su mundo imaginario. Universo de muerte y de conflagraciones al que está condenado sin piedad el hombre y que está condensado en el enorme poema “El húsar”, donde el arcángel de las guerras hace romper “la niebla de su poder” con “el filo de su sable comido de orín y soledad, de su sable sin brillo y humillado en los zaguanes”.

A partir de su primer poema “Tres imágenes” (1947) –no por casualidad dedicado al poeta guatemalteco y universal Luis Cardoza y Aragón– y en otros como “Reseña” y “El viaje”, y en las creaciones de *Los elementos del desastre*, como “204”, “Hastío de los peces”. “Oración de Maqroll”, “Una palabra”, “El miedo” y “Nocturno”, se concretó el mundo al que sería fiel desde entonces hasta la culminación de su obra narrativa, reunida bajo el título de *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*. Un mundo que se hermana con el Pablo Neruda de *Residencia en la tierra*, el orbe amatorio de Enrique Molina en Argentina y la fascinación tropical de Vicente Gerbasi en Venezuela, para mencionar sólo a algunos de los autores latinoamericanos que, a mediados de siglo, abrieron camino por el lado de cierta poesía cargada de desesperanza y usura sexual, un vitalismo marino que se escapó de las cárceles anteriores para volar hacia el mundo y dialogar con los viajeros de Melville, Stevenson, Conrad, y Cendrars. Es un mundo poblado por enfermedad, desesperanza, muerte, cárcel, ilegalidad, desolación, carroña, exilio, corrupción, deseo, carne, violencia, vida. Un mundo que explora el extraño milagro del hombre envuelto por el remolino inútil de la vida, en empresas sin ton ni son que los mueven a sus miserias y deslealtades, a sus miedos y osadías, a su nada final y perpetua. Una poesía que narra y lleva océanos y ríos adentro, que sabe a deseo en cuartos de hotel, a lágrimas de desesperación y a usura en puertos infestados de mosquitos, muy lejos de los formalismos de cristal y de cartón piedra de otras poesías anteriores contemporáneas en el ámbito hispanoamericano.

Hombre jovial, informal, irreverente, desinhibido, con su vozarrón generoso, amigo de sus amigos en su casa de San Jerónimo, al sur de la ciudad de México, pero también terrible crítico cuando se trata de fustigar la mediocridad y las verdades recibidas, Mutis no sólo dejó a un lado el estilo timorato de los hombres de las altiplanicies de la tierra fría colombiana y de las cordilleras sudamericanas, lejos a la costa y a la tierra caliente, sino que brincó en su poesía hacia zonas jamás inexploradas hasta entonces en el país y en América Latina. Reinaban en Colombia por un lado Piedra y Cielo, grupo de poetas que

trataba de imitar al Premio Nobel español Juan Ramón Jiménez cuando ya explotaban en otras partes del mundo el surrealismo y las vanguardias y, por otro lado el discurso polvoriento de la clase dirigente del país. Como antes había ocurrido en México con el joven Octavio Paz, el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón –que fue en 1918 el primer dadaísta latinoamericano en Europa–, trajo en los años cuarenta aires nuevos desde la Europa de entreguerras a esa helada capital colombiana de los Andes donde se desempeñaba como diplomático, y contribuyó así a abrir nuevas ventanas poéticas entre los jóvenes. Jorge Zalamea, el gran traductor al español de Saint John-Perse y amigo de Federico García Lorca, un viajero de izquierdas que recorrió el mundo y cuya prosa y su exploración de la poesía mundial de todos los tiempos dejó huellas indelebles y bien reconocibles en Mutis y su gran amigo, el Premio Nobel Gabriel García Márquez. También marcaron a Mutis, en el bogotano Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, las enseñanzas de su maestro Eduardo Carranza, principal exponente del movimiento Piedra y Cielo, de la misma manera que otros miembros de ese grupo cambiaron el rumbo de García Márquez, cuando estudiaba bachillerato en Zipaquirá, en la altiplanicie helada de Cundinamarca.

Para 1953, cuando publicó *Los elementos del desastre* en la prestigiosa editorial Losada de Buenos Aires, Mutis ya había concebido su extraño mundo poético: un verso neotelúrico cargado de vida y muerte, mar y montaña, lluvia y sequía, donde “la carne llora”, como dijo el gran crítico Ernesto Volkening. Con Mutis, en Colombia se dijo adiós al verso marmóreo de modernistas y parnasianos tardíos. Todo comenzó con su irrupción en el panorama literario local, en medio de una violenta ruptura histórica, tan espectacular, que hasta su primer libro de poemas, *La balanza*, desapareció incinerado en la revuelta del 9 de abril de 1948 en Bogotá, tras el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, acontecimiento que partió para siempre la historia del país. El viejo país civilista, gobernado por latinistas y versificadores de alejandrinos dio entonces un giro hacia esa sangrienta espiral que aún no cesa a comienzos del siglo XXI.

De un día para otro la Bogotá de tranvías y hombres recatados vestidos de negro con sombreros Stetson, paraguas y zapatos de charol quedó en cenizas, e incluso los jugadores de billar donde Mutis arruinó si bachillerato fueron borrados del mapa.

Podría decirse que la poesía colombiana fue autárquica y que sus sistemas y estéticas crecieron encerrados en un cuarto de espejos, fieles a la tradición “gramática” de un país donde ser “bardo”, “vate”, gramático, latinista, eran condiciones inevitables para aspirar a la presidencia de la República. En el siglo XIX, que se extendió hasta la quinta década del XX, los generales y los presidentes casi sin excepción ejercieron las artes retóricas, y la poesía fue oficial y moneda falsa como absurda imitación de expresiones decimonónicas europeas. Al hacer un repaso a la poesía del siglo XX y al cerrar su sarcófago, constatamos que en términos generales la colombiana fue hasta Mutis una poesía abortada y rezagada, sin grandes ambiciones, temerosa de pasar la raya o lanzarse al abismo. De pronto un autor lograba destellos, pero luego se silenciaba, callaba por temor y desaparecía en la oscuridad. Es como si el poeta colombiano, cual niño aplicado, supiera que hay un límite imaginario que no puede pasar, y le teme lanzarse a la nueva aventura del bosque por temor al lobo, abomina descubrir nuevos yacimientos, parajes, cavernas, remolinos, fangos, arenas movedizas. Todo cambio le incomoda y por eso cierto aire de polilla y heliotropo la caracterizó, por lo menos hasta en los años sesenta, cuando algunos escritores ligados a la revista *Mito* (1955-1962) comenzaron a sacudirse de la modorra burocrática.

Hasta Mutis, la poesía colombiana siempre estuvo rezagada del tren delirante de la “lírica” hispanoamericana. Para que el joven Mutis efectuara su rebelón poética fueron decisivos sus contactos con Pablo Neruda y los surrealistas latinoamericanos, entre ellos los peruanos César Moro y Emilio Adolfo Westphalen y el argentino Enrique Molina, a quienes considera tan buenos e incluso mejores que los franceses – salvo tal vez René Crevel y Tobert Desnos–, y más tarde con Octavio Paz, que saludó en México la publicación de la *Reseña*

de los *Hospitales de Ultramar* (1959), al destacar “la alianza del esplendor verbal y la descomposición de la materia”³. Y antes, por supuesto, fue crucial su lectura atenta y entusiasta, a los 17 años de edad, de Baudelaire, que, dice Mutis, “para mí resultó definitiva”, así como la de Mallarmé “que es otra de mis admiraciones y lecturas más frecuentes”.

¿Quién era, pues, ese joven poeta que escandalizaba con sus diatribas contra los viejos poetas nacionales, afirmaba tener como hobby el asesinato y pasaba el día frente a micrófonos de emisoras radiales de Bogotá leyendo cables sobre la guerra como si estuviera transmitiendo desde el frente?

Medio siglo después, la respuesta es esta vasta obra que abarca poesía, ensayos y novelas. Desde su adolescencia, la fidelidad de Mutis a sus obsesiones poéticas fue total y mientras en los años sesenta y setenta la literatura latinoamericana, seducida por la Revolución cubana, era conquistada por el gran éxito comercial del *boom*, y se hundía en ingenuos nacionalismos autoglorificadores, esta voz se convirtió en palabra de culto y de catacumba entre reducidos lectores que vieron en Maqroll el Gaviero al arquetipo cosmopolita, descreído y necesario para soportar el paso por la vida. Por ese entonces los lectores europeos, anglosajones e hispanoamericanos estaban fascinados con ese mundo de loros, cocodrilos y personajes típicos agenciados por la novela del *boom*, como expresiones de un colorido mundo animista y primitivo de maravillosa superficialidad o por cierta poesía comprometida con las luchas políticas del momento, que después, tras la caída de los totalitarismos, se revelaría vana y decepcionante. ¿Entonces para qué leer en esos tiempos de euforia a un colombiano amante de la literatura francesa, que vivía inmerso en su mundo de reyes y monarcas de tiempos idos, lamentaba la caída de Bizancio en 1453, nunca había votado, se declaraba reaccionario, monárquico y gibelino y no firmaba declaraciones progresistas?

3 Paz, Octavio. *Los hospitales de ultramar*. Texto publicado en 1959 e incluido en *Puertas al campo*. México: UNAM, 1967.

Sin embargo, en esos años de euforia revolucionaria, Mutis siguió con su poesía y publicó el espléndido *Reseñas de los Hospitales de Ultramar* que incluye textos conmovedores como “Ciudad”, “Pregón de los hospitales”, “El hospital de los soberbios”, “Las plagas de Maqroll” y el extraordinario “Moirologhia”, tal vez uno de sus poemas claves, y *Los trabajos perdidos*. Al mismo tiempo publicó su estremecedor *Diario de Lecumberri* y la gótica y tropical *Mansión de Araucaíma*, surgida esta última de un fructífero intercambio con el gran surrealista Buñuel. En tales ficciones y en los poemas, con los que hizo ya su primera *Summa de Maqroll el Gaviero* (1947-1970), publicada en 1972 en la colección *Isulae poetarum* de Barral editores, Mutis descargó nuevas experiencias como la prisión de quince meses en el Palacio de Lecumberri a fines de los años cincuenta, donde vivió en carne propia la caída maqrolliana prevista en los textos de primera juventud y sus múltiples aventuras laborales que lo llevaron a ser locutor, la voz narradora de la legendaria serie estadounidense *Los intocables*.

Siempre dentro de esa desolada palpitación telúrica y figurativa, en esos poemas se comunicó a los lectores jóvenes latinoamericanos un mundo cerrado y abierto, con sus leyes y vías, salidas y trampas, calles secretas y babélicas: más que una poesía de artificios nos enfrentó a una especie de iniciación. Mutis nunca lo dudó: la literatura, la verdadera literatura, es un proceso de exploración, revelación e iniciación en quien narra o canta y por ende será también un proceso de revelación e iniciación en el lector. Ni el creador ni el lector, como el profeta o el iniciado, serán idénticos después de enfrentarse a la palabra. Escribir o leer no valen la pena si no conducen a la iluminación o la revelación. En esos poemas narrativos, figurativos, volvíamos a los viejos zocos milenarios, a las guerras de hace dos mil años, a los reyes caídos, a los soldados empalados o enceguecidos, a los viajeros de Homero y de Virgilio, al esplendor y la caída de los hombres, a la valentía de los húsares, a la cierta condena de la enfermedad y la muerte. Y por esa razón, entre los jóvenes latinoamericanos infectados por la poesía, Mutis se convirtió en autor de culto, de la misma manera que ahora se convirtió

en autor de culto para cientos de miles de lectores ganados por el estupor de descubrir en sus novelas de poeta un cómplice entre la literatura latinoamericana, hasta entonces embebida en el artificio o el folclor.

Tuvo Mutis que emprender la aventura de la prosa para ganar esos espacios de los que estuvo ausente durante el reino del *boom* novelístico. Ya era toda una leyenda en el continente latinoamericano como poeta, cuando de repente, de su casa de San Jerónimo o de la calle Darwin, donde trabajaba para la Columbia Pictures, en la capital mexicana, empezaron a salir una tras otra las novelas donde Maqroll andaba a sus anchas: *La Nieve del Almirante* con su extraña búsqueda de lo inefable entre aserraderos perdidos, *Ilona llega con la lluvia*, homenaje al amor y la amistad a través de un aventurero triángulo, *Un bel morir* con sus amores de mariposas en el diafragma, *La última escala del Tramp Steamer*, verdadera joya narrativa y la minera y desolada historia de pasión carnal descrita en *Amirbar*, entre otras ficciones. Estas nuevas creaciones surgidas a fines de la década de los ochenta constituyeron un baño refrescante para la narrativa latinoamericana, porque renovaron de manera directa los lazos con la poesía y la alejaron del utilitarismo de la trama.

Pero tal vez la lección más importante de esta aventura tan reciente fue comunicar a los lectores amantes de la verdadera literatura, que el reino de lo comercial no había triunfado del todo. Mientras decenas de nuevos narradores fabricaban a destajo novelas con clímax y desenlace, según las fórmulas de cartilla, Mutis escribía con la pasión adolescente de quien escribe para nada y para nadie, rodeado de sus tantos jóvenes amigos de México y Colombia. Esa rebeldía suya de no renunciar al niño y al adolescente que lleva dentro fluyó en las ficciones, insuflándoles aires de fronda literaria.

Ahora el Gaviero emprende por fin en las novelas del poeta el nuevo negocio de la fama, condenado al fracaso en algún barco de ultramar, y aunque sabe que no hay salvación alguna para él ni para la humanidad ni para el mundo, no renunciará jamás al goce de sus absurdas empresas. Pero esas novelas del Gaviero

nos conducen a la intensidad del poema, que es “un pájaro que huye del sitio señalado por la plaga”, o a las crecientes del río, los trenes de la cordillera, los “ataúdes de penetrante aroma de pino verde trabajado con prisa”, los ahorcados de Cocora, los prostíbulos, las hojas de plátano, las minas, la lluvia en los cafetales en los techos de zinc o el llanto de la mujer solitaria de la habitación 204.

No es extraño pues que Álvaro Mutis, como contemporáneo de tantos apocalipsis, dejara fluir sus textos en torno a la desesperanza, que es el centro de su obra. Precisamente, en una conferencia que sobre este tema dictó en la Casa del Lago, en México, en 1965, trata, en torno al personaje central de la novela *Victoria* de Joseph Conrad, de encontrar los hilos de esa actitud vital y estética y dice que: “Heyst forma parte de esa dolorosa familia de los lúcidos que han desechado la acción, de los que, conociendo hasta sus más remotas y desastrosas consecuencias el resultado de intervenir en hechos y pasiones de los hombres, se niegan a hacerlo, no se prestan al juego y dejan que el destino o como quiera llamársele, juegue a su antojo bajo el sol implacable o las estrelladas noches sin término de los trópicos. Heyst ama, trabaja, charla interminablemente con sus amigos y se presta a todas las emboscadas del destino, porque sabe que no es negándose a hacerlo como se evitan los hechos que darán cuenta de su vida”⁴.

Al tener certeza de que las condiciones de la desesperanza son la lucidez, la incomunicabilidad, la soledad y la estrecha y peculiar relación con la muerte, Mutis va directo, tanto en su poesía como en su prosa, al acercamiento a los hilos de la tragedia humana es negarse a juzgar, para poder así entender las pequeñas y ciegas mezquindades que mueven a quienes no saben que están condenados a la ruina y el fin “ineluctables”.

Así como busca Conrad algunos de los elementos para sustentar su actitud frente a la vida y al arte, Mutis encuentra en el portugués Pessoa y en el francés Valéry Larbaud otros modelos cimeros del desesperanzado. El uno en el terreno

4 Mutis, Álvaro. *Prosas*. Edición a cargo de Santiago Mutis Durán. Bogotá: Procultura, p. 198.

del grito y de la oscuridad, el otro en el reino del hedonismo y del viaje, pero a fin de cuentas marcados por la conciencia de la soledad y de la muerte. En un texto llamado “¿Quién es Barnabooth?”, refiriéndose a ese *riche amateur* inventado por Larbaud, nos dice que “poco a poco nos vamos dando cuenta de que Barnabooth ya sabe. Ya sabe que las grandes pasiones desembocan y se esfuman en ese usado y variable instrumento que es el hombre; ya sabe que detrás de toda empresa al parecer perdurable, de toda obra nacida del hombre, está el tiempo que trabaja tenaz para llevarlo todo al único verdadero paraíso posible, el olvido; sabe que nunca podrá comunicarse con otro ser ni esperar de persona alguna esa compañía que tanto anhela, porque cada uno lleva consigo su propia, incompatible y turbulenta carga de sueños. Barnabooth ya sabe todo esto y cuando accede al diálogo lo sostiene a sabiendas de que es un juego con cartas marcadas, en el que cada uno juega su propio juego sin querer ni poder parar mientes en el de su contrario”⁵.

Asimismo, encuentra en los personajes de André Malraux las características fundamentales de la desesperanza como son la lucidez y la relación con la muerte. Mutis dice que “es esa dolorosa esperanza de saber que, de rechazo en rechazo, de batalla en batalla y de abrazo en abrazo, podemos confirmar cada vez con mayor certeza y no sin cierta dicha inconfesada, nuestra ninguna misión ni sentido sobre la tierra, como no sea la confirmación, a través del cuerpo, de un cierto existir inapelable, del cual somos conscientes y que nos proporciona, gratuitamente, esa condición humana”⁶.

Maqroll el Gaviero vendría a ser la concreción de estas obsesiones vitales del autor. Es un aventurero que está al margen de la ley, pero que fundamentalmente se rebela contra su propio oficio de existir y trata de hacerle jugarretas al destino. Es un desesperanzado y observa por donde para el deterioro de los seres, el agotamiento de sus energías en la ceguera de la ignorancia. Como un espectador, comercia con ellos a sabiendas de que al hacerlo se arriesga a empresas azarosas que tarde o

⁵ *Ibid.*, pp. 215-216.

⁶ *Ibid.*, p. 191.

temprano lo pondrán en apuros. Como Barnabooth gustará del viaje y su calor interminable, como Pessoa asistirá al horror de su tránsito, como los personajes de Conrad y Malraux actuará sólo para tener la certeza de su existencia, o sea el premio equivocado que enuncia la disolución y la nada.

En la poética *Summa de Maqroll el Gaviero*, y en sus novelas, Mutis nos enfrenta a ese ambulante que acepta el destino guiado por el azar, por ciertos signos que se atraviesan en el camino, pero que no mide las consecuencias ni los resultados de sus acciones desinteresadas y absurdas. A diferencia de otros héroes que buscan un sueño concreto y palpable como el poder, o el amor, Maqroll actúa porque no tiene otra alternativa y sus objetivos son tan simples como llegar a un lejano y perdido aserradero, subir unas cajas con mercancías desconocidas hasta el filo de la cordillera o sobrevivir en Panamá mediante la venta de mercancías baratas o de la trata de blancas. Entre el ajetreo de la vida encontrará el placer de un estado de lucidez, la alegría de una noche de hotel en compañía de un libro, o mucho mejor, el olvido de la realidad en brazos de alguna de aquellas hembras, que merced a una cualidad impar, pueden transportarlo a un planeta distinto al que lo lleva por los despeñaderos.

Toda su obra poética y narrativa fluctúa entre dos aguas: a un lado el trópico de su infancia en las vertientes y orillas de los grandes ríos, como el Xurandó, allí donde el sol aplasta y la lluvia es incesante y cargada de tormentas eléctricas y al otro un mundo imaginario de nostalgias culturales, también infantiles, que incluye la bruma de Bélgica y Holanda o los misterios de Trieste, Nijni Novgorod, Constantinopla o El Escorial. En la primera zona asistimos al espectáculo de las fuerzas telúricas y en la segunda a los sustentos culturales merced a los cuales sobrevive una cultura milenaria como la cristiana, con sus templos góticos, sus ritos monárquicos y religiosos y sus mártires y héroes plasmados en los libros del tiempo.

En su obra también se destacan dos pequeñas joyas en prosa, que aunque no aparecen en la *Summa*, son indispensables y complementarias en su universo poético de la desesperanza: se

trata de “La muerte del Estratega” y “El último rostro”, publicados a fines de los años cincuenta. La primera historia nos traslada al amplio continente bizantino, desde su capital hasta las zonas periféricas y bárbaras del mismo. Mediante una prosa que mide muy bien sus efectos, el autor nos comunica a través de los amores de Alar el Ilirio, estratega de la Emperatriz Irene en el Thema de Lycandos, las tensiones culturales de ese imperio milenario, caracterizado por la mezcla de las razas. En las lúcidas cartas de Alar, ese “romano de oriente”, a quien acompañan “Virgilio, Horacio y Catulo a donde quiera que fuese” podemos hallar secretos para entender el comportamiento de los hombres y sus sueños derrotados, así como las preocupaciones del Gaviero. Como un gran desesperanzado, el Ilirio dice que el hombre “en su miserable confusión levanta con la mente complicadas arquitecturas y cree que aplicándolas con rigor conseguirá poner orden al tumultuoso y caótico latido de su sangre”. En “El último rostro” nos enfrenta al héroe Simón Bolívar en el más dramático y lamentable episodio de su vida, cuando a la espera la muerte olvidado y humillado por el pueblo que contribuyó a libertar. Alar el Ilirio desde su continente bizantino y Bolívar en el trópico, acosados por una realidad insufrible: en ambos héroes puede resumirse la tensión de la prosa poética mutisiana, a través de la cual descubrimos que los latinoamericanos no sólo somos de aquí sino de allá también y que en medio de la selva, bajo temperaturas infernales, somos acosados por los fantasmas milenarios de nuestra cultura occidental y cristiana.

Antes de emprender a fines de la década de los ochenta el camino de las novelas, Mutis publicó cuatro colecciones de poesía que marcan en cierta forma un cambio paulatino en su expresión y la exploración de rumbos poéticos. Se trata de *Caravansary* (1981), *Los emisarios* (1984), *Crónica regia* (1985) y *Un homenaje y siete nocturnos* (1986). En *Caravansary* logra uno de los textos más intensos de la estética maqrolliana, como “Cocora”, donde en el fondo de los socavones se logra el contacto con la eternidad a través de unas máquinas oxidadas, entre la humedad terráquea y el eco espantoso de la desolación, y “El sueño del príncipe elector”, que nos lleva al recurrente

espejismo mutisiano de percibir en sueños febriles la gloria y la felicidad a través de una hembra de “devastadora eficacia”, que luego desaparece con el río y deja derrotado al ingenuo que alguna vez creyó en ella, poseído “por un sordo malestar de tedio y ceniza”. En *Los emisarios* aparecen Cádiz, Córdoba, Novgorod la grande, la Alhambra y el legendario cañón de Aracuriare, por donde deambula el Gaviero. Con estos libros, a los que se agregan los *Diez Lieder*, *Un homenaje y siete nocturnos* y *Crónica regia*, el autor vuelve a ese mundo nutrido de los sueños de infancia, en otras zonas alejadas de la tierra caliente y la persistencia del cuerpo, la humedad y el deseo.

Como lo demuestran estos libros, muchas son, pues, las materias de su obra. Primero, por supuesto, la tierra caliente, los hoteles, los Tramp Steamer, las mujeres aventureras en los puertos malsanos, los traficantes de mercancías ilegales, los hospitales, las cárceles, las minas, los enfermos. Pero también hay otro tema importante en algunos de sus poemas, como es la ambición loca de los hombres por el poder y la inevitable prueba de la derrota. Y en este terreno Mutis parece estar más cerca de los grandes vencidos como Belisario, el conde Duque Olivares, el Gran Condé, el Cid Campeador, el rey Sebastián de Portugal y el rey San Luis.

En 1947 Mutis escribió “Apuntes para un poema de lástimas a la memoria de Su Majestad el Rey Felipe II”. Casi cuarenta años después, en *Crónica regia*, publicó otros poemas relacionados con esa obsesión inicial que tiene mucha importancia en su poesía. En “Como un fruto tu reino”, “Cuatro nocturnos de El Escorial”, y “Regreso a un retrato de la Infanta Catalina Micaela, hija del Rey Don Felipe II”, intenta asir la obsesión de un Rey que sueña su reino contra viento y marea, convencido de que obedece a una misión encomendada por los siglos, por encima de las herejías o hazañas, fundaciones y derrotas, tal y como un milenio atrás el iluminado Constantino soñó el suyo.

Mutis está convencido de que frente a la uniformización propuesta por lo que Marguerite Yourcenar llamó “antropolatría

atea”, la memoria de aquellos lejanos tiempos de fe donde el hombre se fundía con la divinidad puede convertirse en el lamento esencial del viajero que nutre su obra. Pero desde la claridad de quien sabe que aquellos tiempos ya pasaron, de la misma manera que los soldados de plomo nos recuerdan las añejas batallas de los reinos idos. Los reinos están allá, en un limbo perdido de la historia, porque ya nunca existirá un Constantino, un San Luis, un Felipe II o un Luis XIV. Desde los tiempos de Hollywood, Disney y los fundamentalismos fanáticos un poeta rebelde invoca a esos fantasmas, mientras deambula entre las ruinas de los palacios que hoy visitan turistas cargados de cámaras fotográficas, Coca-Cola y hamburguesas. Los reinos extinguidos perviven, pues, en su poesía, como la Cynthia de Propercio en la suya.

En las historias y poemas de Mutis desde *Los elementos del desastre* y *Reseñas de los Hospitales de Ultramar* hasta *Caravansary*, *Los emisarios* y en las *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, se palpa ese maravilloso mundo múltiple que va desde los altares barrocos hasta los orígenes aventureros, hembras jóvenes y decrepitas, truhanes alcohólicos o místicos sin fe, húsares y libertadores, listos y derrotados. Algo que bien podría denominarse poética de la desesperanza o poética de la extranjería.

Álvaro Mutis ha sido fiel a sus secretos y obsesiones poéticas desde el principio. Desde los primeros poemas Mutis nos lleva a zonas del trópico pobladas de ríos malsanos cubiertos de embarcaciones cubiertas de desesperanzados, o abre las puertas de los hoteles de paso en donde los viajeros gimen algún secreto o pronuncian una plegaria. Más allá, en las zonas de la historia, el poeta invoca aquellos momentos, que por extraños vasos comunicantes hablan con la tierra caliente, la niebla de las cordilleras o el vaho de los ríos enfermos. Bizancio, el gran imperio de un milenio; los años de Felipe II, de Góngora, Lope, Calderón y Cervantes; la culta dinastía de los Omeyas, iluminan al rehén de los trópicos.

Maqroll el Gaviero es el viajero que guarda todos estos esos secretos. Perdido en las regiones más inhóspitas, hospedado en posadas de mala muerte, compartiendo con los hombres que encuentra en su camino las más tristes miserias, tiene tiempo para invocar las figuras que en la guerra de otras épocas guardaron el secreto de su sabiduría. En el destierro más absoluto cierra los ojos y crea el pasado irrecuperable. Condenado día a día a morir, se refugia en el culto de ciertos héroes, reyes o santos. Solitario, grita su fracaso ante la inmensidad de las ciénagas y las cordilleras: “Alza tu voz en el blando silencio de la noche, cuando todo ha callado en espera de alba; alza entonces tu voz, y gime la miseria del mundo y sus criaturas. Pero que nadie sepa de tu llanto, ni descifre el sentido de tus lamentos”.

Ahora, en su casa de San Jerónimo, al sur de la ciudad de México, donde vive su largo exilio, Mutis saborea tal vez alguno de los cocteles que él mismo ha inventado y junto a uno de sus sabios gatos pasará revista como un general a esa vasta obra que a tantos lectores fascina hoy en el mundo.

Rodeado de libros de historia y de poesía, Mutis ríe entonces con su característica malicia y pensará que a fin de cuentas ha ganado una gran partida de billar, esa afición que de joven, por fortuna, le hizo abandonar los estudios para dedicar su vida a la poesía.

Desde el trópico, el cuerpo, el deseo, la enfermedad y la muerte hasta los reinos perdidos, en su poesía, que “no es sino el testimonio de un incesante fracaso” vibra la certeza de que todo ya está perdido, de que todo en este mundo ha sido un sueño o una pesadilla, y de que nada nos salva como no sea el poema, o sea lo “indecible” que sólo unos cuantos convocan con palabras que son de viento y polvo.

ABECEDARIO DE LA QUIMERA

Alcy Zambrano García

A Dubis Maury González

Camino a la sombra
 que en medio de la canícula
se abre en la ribera.

El río danza
con los caliches
haciéndolos sonar
en sus entrañas.

Es un canto
 que anuncia la llegada del invierno.

Le escucho
desde la hojarasca
y jugueteo con las estrellas:
cuento doscientas y devuelvo
la vista a la corriente
que se mueve como el tiempo.

Un pitirri
picotea a un saltamontes
y su lamento llega a mis oídos.

La cigarra insiste
en que su canto
no ha de dejar

dormir al mundo.

Avanza la mano
sobre el herbaje
en dirección contraria
al río.

Dos tórtolas
se picotean
en una ebria danza
que pronto los conducirá
a la ardiente gruta
cegada entre las estelas.

En la oscuridad
se abre paso
un navío que tose.
Ahí viene mi esperanza.

Ha pasado muchas tribulaciones
para entregar el canto.

Trae en su equipaje
los primeros besos
Que intercambié en el naranjero. Siento su aroma
impregnándose en las pocas prendas
que le cubren.

Cuando en la cálida tarde
su frágil cuerpo se entregaba al mío
ella huía a limpiar su pecado
mientras su cabellera
corría a los pasos de las corrientes del ancho río.

Sudo

y silbo
en la mañana florida.

Da el rocío
su cuota de
lágrimas
a la tierra.

Retorna
la piel
a la grieta.

Brama
en su caída
la roca.

No cesa
la cigarra
en su tímida
propuesta.

La extranjera
crea con su dorado cabello
una bella trenza
que cae,
cae,
cae,
a sus rodillas.

Cuando niños fuimos
jugueteábamos en el traspatio
cubriendo nuestras espaldas
con las espigas de las hojas secas.

Su cabello
enredado entre mis dedos
impedía quitarme la picazón.

Feliz yace

en la hierba
la baba
que bajaba
por sus pezones
en aquellas
tardes en que nos
devorábamos.

Gritos en el pasillo
aturdían nuestros cuerpos
y ella regresaba
a su labor tortuosa.

Cuando por el torrente bajó el vapor
toda una nube se posó ante el sol.

El zumbido del motor
ahogó el bufido de la bestia.

En el muelle saltaban los anfitriones.
La felicidad ocultaba la triste derrota
a la que por años hube entregarme.

La más ardiente
sonrisa
se abrió paso
en medio de la chiquillada
que había olvidado
el por qué de su algarabía.

Sube la luna
en línea recta
y le sigue
una estrella
como queriendo
unirse a ella.

La limpieza de los socavones
ha comenzado.

La canícula
insiste,
quizás ella es
también una cigarra.
Resplandecen las luces en la profundidad del navío.
La llovizna hace presencia en la noche.

La pesadez del sudor
se adhiere a las sábanas
y los cuerpos adormecidos
marchan a la orilla
a henchir de angustia
a las crías que
penden de la bonga.

El anfitrión
pasa a ocupar
la pequeña bahía
construida por los marinos
tras la pasada tempestad.

Enciende las luces
y origina un extraño paisaje
que embellece a la madrugada.

Allá
en la casona de techos elevados
una ducha acaricia
los despiertos pechos de la
recién
llegada.

No recuerdo su voz
y, sin embargo,
creo escuchar de sus labios
las mismas palabras
que pronunciaba
en el traspatio.

Cuando
revisaba las hojas
podridas
y descubría cúmulo de insectos,
color grisáceo,
quienes con sus múltiples
patas
trataban de guarecerse
en otras hojas.

La casona
brilla igual que el navío.

La noche viste
a ambos sitios
que pronto la neblina
cubrirá con su manto.

Voy en medio
del fango
de regreso a casa.
Un estampido de turpiales
Hace que retorne la vista al río.

¡Ay, como boyan los cuerpos
y las aves de rapiña adormecen en
la podredumbre!

De las montañas,
acribillados cuerpos

descienden por las densas aguas
a la mar.

Pertenecen
a un lejano país
donde la guerra
jamás ha cesado.

De este lado,
hileras de cocoteros
se batan con el viento.

Se batan los cocoteros
donde un día nos cubrió la pasión.

Y la carne de los cocos
resbalaban por tu vientre.

Una mañana
llegó un forastero
y topó su baúl
con nuestros ardientes cuerpos.

El error
fue nuestro:
hoy los frágiles gestos
se niegan a reconocerse.

Marcho al río
a recoger los labios que al atardecer se ofrecieron.

A uno y otro lado la extranjera se entrega.
Secretamente un pistilo segrega su néctar.
Rebasando las líneas del trágico destino.

Leva
la nave y en su vagar sin descanso
se lleva lo que más amo.

Huye,
huye mi vida
en algún
rincón del vapor
que ruidosamente
avanza al olvido.

POESÍA Y LIBROS DE HISTORIA:

La biblioteca *kavafiana*
de Álvaro Mutis

Diego Valverde Villena

*Abiertos están
dos o tres libros: historiadores y poetas
Kavafis, Vino a leer*

Los afortunados visitantes de la casa de Álvaro Mutis narran que una de las paredes principales está dominada por los libros de Antonio Machado, Apollinaire, Neruda, Valery Larbaud, Enrique Molina y otros grandes poetas y escritores. La pared de enfrente cuenta entre sus huestes con biografías de reyes, memorias de grandes personajes y libros de historia, entre los que destaca una copiosa y variada sección de libros sobre Bizancio.

Con las imágenes que pueblan la casa ocurre lo mismo. A las fotos de Conrad, Joyce, Baudelaire, Céline, Valery Larbaud y Borges se contraponen el zar Nicolás II y la zarina, Felipe II y Catalina Micaela.

Unos libros complementan a otros, y los retratos conversan entre sí en sutil y ameno concierto. En su conjunto, los libros y retratos nos ofrecen un mapa detallado del mundo de Álvaro Mutis. Un mundo donde reinan como hermanas la Poesía y la Historia.

Poesía e Historia también fueron los intereses de Constantino Kavafis. Kavafis inaugura un nuevo modo de entender la Historia y de imbricarla con la Poesía hasta que se vuelvan una sola cosa. Para Kavafis no hay verdaderamente un

“tiempo pasado”: todo está ocurriendo ahora mismo, todo se revive en un presente cargado de tiempos previos. La hija de los Lápidas pasea *ahora mismo* por Alejandría, ante nuestros ojos. La Liga Aquea es derrotada *hoy* en Corinto. Todos los hechos históricos confluyen en el presente para explicarlo, para explicarnos. Así Kavafis crea una nueva figura de poeta: el poeta-historiador, que revive en su vida diaria los hechos del pasado. Que convive con los personajes del pasado, de parte con ellos y se muestra a través de ellos, en una asombrosa sincronía. Y nos muestra que, además del *aleph* espacial de Borges, existe un *aleph* temporal: la Alejandría kavafiana.

Esa visión de Poesía e Historia como hermanas siamesas no es lo único que relaciona a Mutis y Kavafis. Ambos pasaron la infancia en un país que no era el suyo originario: Kavafis en Inglaterra y Mutis en Bélgica. Y ambos aprendieron en profundidad la lengua y la literatura de esos países. Casi se puede decir que la primera lengua de Kavafis fue el inglés, pues en su periplo británico sólo hablaba el griego en casa, y todo su aprendizaje se realizaba en inglés. El conocimiento de la literatura francófona por parte de Mutis es extenso y profundo.

De esa infancia viajada y políglota les viene a ambos su cosmopolitismo de vidas y lecturas, su habitar en una confluencia de tradiciones culturales. Kavafis hablaba con soltura griego, inglés, francés e italiano. Tradujo a Keats, Shelley, Shakespeare y Tennyson, y llegó a escribir poemas en inglés. La proverbial facilidad de Mutis para las lenguas es bien conocida.

Tanto Mutis como Kavafis perdieron a su padre en la infancia. Y aún hay otra similitud: ninguno de ellos se ganó la vida como escritor. Su labor literaria fue algo a lo que dedicaron las horas que les dejaba libres el trabajo cotidiano. Sólo tras la jubilación pudieron ambos dedicarse plenamente a la literatura.

Hay una ciudad fundamental para los dos: Constantinopla. Para Kavafis, como vivencia directa. Aunque alejandrino,

Kavafis era de ascendencia constantinopolitana, sus padres pertenecían a encumbradas familias fanariotas. En 1882, la situación política en Egipto se vuelve muy preocupante, y su madre decide trasladar la familia a Estambul. Kavafis tiene entonces diecinueve años, y vivirá en Estambul tres años de decisivas experiencias vitales, además de sumergirse en la historia griega y bizantina. También se preocupará por la cuestión lingüística griega: la pugna entre demótico y cazarévusa.

Como ha declarado en varias ocasiones, a Mutis el último hecho político que le preocupa y le concierne es la caída de Constantinopla en manos de los turcos el 29 de mayo de 1453. Él mismo nos da la clave de su interés por lo helénico: “El mundo de la Hélade para mí tiene una transparencia infinita y es de una actualidad absoluta. No estoy hablando de la actualidad del mundo que tanto preocupa a los periódicos y a quienes los leen. Me refiero a la actualidad de mi ser”. No debe, pues, extrañarnos que la sección bizantina sea la más nutrida de la biblioteca histórica mutisiana. De su amor por el mundo bizantino nace *La muerte del estratega*. Un cuento que desborda la historia cronológica, que estira los tiempos y mezcla a su antojo las figuras para servirnos el espíritu de lo bizantino.

Un espíritu que va más allá de los meros hechos cronológicos. Mutis adora la majestuosidad bizantina, su encarnación del Imperio: Bizancio como emblema de la tradición y la trascendencia, del legado que nos une a nuestros antepasados. Y disfruta también con sus intrigas dinásticas. Porque a Mutis le seducen esos personajes como Constantino o Carlomagno, que llegan al poder sin ser los herederos principales, gracias a una serie de giros con los que el Destino nos muestra su poder.

Y giros quizá sea el término más adecuado para expresar la comprensión mutisiana de la Historia. Para él la Historia no va en línea recta, no avanza tal como lo entienden los calvinistas. Para Mutis la Historia es desorden y caos. El mismo

desorden y caos con que se desenvuelven los ríos torrenciales de la geografía maqrolliana.

Kavafis habla en varios poemas de la liturgia cristiana. Más allá de la fe, para él pertenecer a la religión ortodoxa es una manera de ser griego, de pertenecer a la gran comunidad panhelénica. Sincrético como buen alejandrino, Kavafis se queda embelesado con la riqueza del ritual y del ornamento, con la tradición de siglos convertida en ceremonia.

Mutis es un enamorado de la liturgia ortodoxa. Cuando viaja a París siempre va a la catedral de San Alexander Nevski en la rue Daru porque le encantan los himnos de las ceremonias y la liturgia rusa. Para Mutis el ritual conjuga belleza y tradición. Sus palabras las podía firmar Kavafis: “La estética del catolicismo es algo que me causa gran interés y conmoción”. Entregado a la forma más que a la fe religiosa, y viendo en la religión la encarnación de un modo de estar en el mundo, Mutis nos confiesa que no cree en nada, “pero antes de morir hay que saber bien las cosas: soy católico y de Coello”.

Ese acercamiento estético e histórico a la religión le viene de la adolescencia. El sacerdote que le impartía clases en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario reconocía que aquel muchacho que descuidaba los exámenes sabía mucho más de Historia de la Iglesia que él.

Ha guardado siempre, eso sí, algunas devociones. A Santa Teresa de Ávila –compartida con Gonzalo Rojas–, a San Francisco de Asís –compartida con Maqroll– y a San Luis Rey de Francia.

Kavafis nos hace sentir la Historia como algo que está sucediendo ahora mismo. Los tiempos se superponen, y el mundo está lleno de puertas que nos llevan de una época a otra. Y esa cercana y palpable vivencia de la Historia permite a Kavafis mostrarse a través de personajes de otros tiempos. Se sirve de figuras históricas como de las máscaras que, según Wilde, permiten a los hombres decir la verdad. El poema se ambienta en otra época para hablar del presente; los personajes

históricos encarnan a personas vivas. Kavafis lo declara abiertamente en su *Temezo de Antioquía*: “porque Emonides/ (...) no es en el poema/ sino un nombre (...)/ nosotros los iniciados/ sabemos para quién fueron escritos esos versos./ La gente de Antioquía ignorante leía tan sólo Emonides”.

La concepción mutisiana de la Historia está enlazada con la Literatura. Sus palabras son las de un lector enamorado de ambas hermanas: “La historia que a mí me fascina es una ficción con vidas reales”. Por eso los hechos históricos, en sus obras, se manejan con la libertad del creador, y por eso hay un constante transvase entre lo literario y lo histórico. Su *Crónica regia* se abre con el epígrafe “*Philippus Secundus, Rex quondam Rexque futurus*”. Es una transposición de la frase que, según nos dice Sir Thomas Malory en su *Le Morte d’Arthur*, está escrita en el túmulo del Rey Arturo: “*Hic jacet Arthurus, rex quondam rexque futurus*”.

A través de esa cita, Mutis hace de Felipe II un nuevo Arturo, y crea un “sebastianismo filipino” que cuadraría perfectamente con el “*Quinto Império*” pessoano.

La fascinación de Mutis por Felipe II viene de sus lecturas adolescentes en la finca de su abuelo. Ya en 1947 había escrito unos *Apuntes para un poema de lástimas a la memoria de su majestad Felipe II*. El título pasará, casi intacto, a su poema sobre la agonía de Proust, y la figura de Felipe se convertirá en una presencia recurrente en su obra.

La curiosidad voraz de Mutis no se queda en los hechos más conocidos. Su sutil erudición apunta a batallas que sólo conocen los historiadores expertos, a personajes perdidos en los laberintos de la historia. Tenemos que estar pendientes todo el tiempo de su hipnótica conversación, de su continuo enlazar ficción y realidad. Y entonces sabremos que en la cárcel de Lecumberri adornaba su celda con unos versos de Apollinaire en los que “habla del personaje histórico que más se parece a Maqroll el Gaviero”, el infante Don Pedro de Portugal, hermano de Enrique el Navegante.

Si consultamos la historiografía especializada, sabremos que los portugueses llamaban a D. Pedro “el de las Siete Partes del Mundo” por sus muchos viajes. Siguiendo la pista que nos da Mutis, averiguaremos que D. Pedro conquistó Ceuta al lado de su padre; que conoció a Juan II de Castilla en Valladolid –donde un día habría de nacer Felipe II–; que viajó hasta Hungría para ponerse al servicio del emperador Segismundo y luchar por él en las Guerras Husitas y contra el Turco; que se encontró en Patmos con el sultán Murad II, y de allí pasó a Constantinopla, Alejandría, El Cairo y Tierra Santa. De vuelta en Europa, su periplo continuó por París, Oxford y Flandes, y viajó al Reino de Aragón para pedir la mano de Isabel de Urgel. Se casaron en Coimbra, y se amaron con amor verdadero, según la leyenda.

Mutis, con sus artes mágicas, lo hace revivir ante nosotros recitando a Apollinaire: “Con sus cuatro dromedarios/ Don Pedro el de Alfarrobeira/ recorrió el mundo y lo admiró./ Hizo lo que yo habría hecho/ si hubiera tenido cuatro dromedarios”.

Pero más allá de los *Intermedios*, de *La muerte del estratega* y *El último rostro*, de la *Crónica regia y alabanza del reino*, de *Los emisarios*, de húsares, capitanes, almirantes, príncipes-electores, batallas y nocturnos, más allá de toda la Historia que abraza las palabras de Álvaro Mutis, él nos dice: “si yo quisiera que quedara algo de mi poesía (...) es mi *Nocturno del Rey Luis*”.

Porque él se llama Luis Álvaro, y nació un 25 de agosto, el día de San Luis Rey de Francia. El rey santo, tío de Alfonso X el Sabio, el rey poeta de Castilla; bisnieto de Leonor de Aquitania, la reina de los trovadores; y chozno de Guillermo IX de Aquitania, el primer trovador.

Toda esa dinastía de poetas y reyes se une para auspiciar el camino de Álvaro Mutis desde su nacimiento. Un periplo regido por la Poesía y la Historia, que le han regalado sus dones como las hadas de los cuentos.

Y él ha agradecido a sus benefactoras de la mejor manera posible: con su obra.

ACERCA DE LOS AUTORES

Alcy Zambrano García

Nació en Barranquilla, Colombia. Es Licenciado en Ciencias Sociales y Económicas, Especialista en Filosofía Contemporánea y Magister en Filosofía y Literatura. Ha publicado los libros de poesía: *Disquisiciones del vivir* (1996), *Si en la lejana noche*, Eurys (2002), *La Ronda del Cervecerero* (2006, On line) y los libros de cuentos: *Tratado moral para perversos* (2008) y *Triste verano de una dama feliz* (2018).

Amparo Osorio

Poeta, narradora y ensayista. Ha publicado los libros: *Huracanes de sueños* (Poesía, Ediciones La Catedral, Bogotá, 1983); *Gota ebria* (1987); *Territorio de máscaras* (1990); *Migración de la ceniza* (1998); *Omar Rayo, Geometría iluminada* (Entrevista, 2001); *Antología esencial* (2001); *Memoria absuelta* (2004); *Memoria absuelta* (2008); *Estación profética* (2010). Es Editora General de la Revista Literaria *Común Presencia* y codirectora de la colección Internacional de literatura *Los Conjurados*. Varios de sus poemas han sido traducidos al inglés, árabe, francés, italiano, portugués, húngaro, alemán, rumano, ruso y sueco. Es co-fundadora y asesora periodística del semanario virtual *Con-Fabulación*. Obtuvo la primera Mención del concurso Plural de México (1989), la beca nacional de poesía del Ministerio de Cultura (1994) y el Premio Literaturas del Bicentenario (2010), con el libro *Grandes entrevistas de Común Presencia*.

Antonio Sarabia

México D.F., 1944 – Lisboa, 2017. Estudió Ciencias y Técnicas de la Información en la Universidad Iberoamericana. Su primera novela, *Banda de Moebius*, fue finalista del premio Diana-Novedades en 1988. Ha publicado también *Amarilis* (1992), *Los Avatares del Piojo* (1993) y *Los Convidados del Volcán* (1996), obra que lo consagró como uno de los grandes nombres de la moderna narrativa hispanoamericana. Luego vinieron *El Cielo a Dentelladas* (2000) considerada una de las tres mejores novelas publicadas en Portugal durante

2003, *El Retorno del Paladín* (2005) y *Troya al Atardecer* (2007) merecedora del Premio Espartaco a la mejor novela histórica publicada en España ese mismo año. Es autor, además, del volumen de relatos *Acuérdate de mis Ojos* (2003) y el libro de viajes *El Refugio del Fuego* (2003), este último en colaboración con el fotógrafo argentino Daniel Mordzinski. Participó también con los escritores españoles José Manuel Fajardo y José Ovejero en la novela a seis manos *Últimas Noticias de Noela Duarte* (2008). Sus cuentos están recogidos en numerosas antologías y su obra está traducida a una decena de idiomas. Lo representa la agencia de Carmen Balcells en Barcelona, España. Actualmente radica en Lisboa, Portugal.

Armando Romero

Nació en Cali (Colombia) en 1944. Narrador, ensayista, traductor y profesor universitario. Perteneció al movimiento nadaísta durante su juventud en Colombia. Doctor en literatura de la Universidad de Pittsburgh, USA. Obtuvo el Premio a la mejor novela de aventuras por su obra *La rueda de Chicago* en el Latino Book Festival (New York, 2005). Es también Doctor Honoris Causa de la Universidad de Atenas y *Charles Phelps Taft Professor* de la Universidad de Cincinnati. Entre sus numerosas publicaciones se encuentran: *El demonio y su mano* (Caracas, 1975), *Los móviles del sueño* (Mérida, 1976), *El poeta de vidrio* (Caracas, 1976), *La casa de los vespertillos* (Caracas, 1982), *Las palabras están en situación* (Bogotá, 1985), *El nadaísmo o la búsqueda de una vanguardia* (Bogotá, 1988), *Las combinaciones debidas* (Buenos Aires, 1989), *Gente de pluma* (Madrid, 1989), *A rienda suelta* (Buenos Aires, 1991), *La esquina del movimiento* (Caracas, 1992), *Un día entre las cruces* (Bogotá, 1993), *La piel por la piel* (Caracas, 1997), *Lenguas de juego* (Caracas, 1998), *Cuatro líneas* (México, 2002), *La rueda de Chicago* (Bogotá, 2004), *A vista del tiempo* (Medellín, 2005), *El árbol digital y otros poemas* (Bogotá, 2009), *Cajambre* (Bogotá y Valladolid, 2012), *Amanece aquella oscuridad* (Sevilla, 2012), *Alquimia del fuego inútil*, (México, 2012).

Diego Valverde Villena

Lima, 1967. Es licenciado en Filología Hispánica, Filología Inglesa y Filología Alemana y magíster en Literatura Inglesa. Ha realizado estudios de doctorado en literatura en las universidades de Oxford, Heidelberg, Tubinga, Chicago y Complutense de Madrid. Desde

1992 ha sido profesor de literatura en varias universidades europeas y americanas. Ha traducido obras de Conan Doyle, Rudyard Kipling, John Donne, George Herbert, Ezra Pound, Valery Larbaud, Nuno Júdice, E.T.A. Hoffmann y Paul Celan, entre otros. Entre sus principales libros de poesía se encuentran: *El difícil ejercicio del olvido* (1997), *No olvides mi rostro* (2001), *El espejo que lleva mi nombre escrito* (2006) y *Un segundo de vacilación* (2011). Su poesía aparece en numerosas antologías y ha sido traducida a varios idiomas. Sus ensayos recorren la literatura universal, con especial dedicación a la literatura hispanoamericana. Sobre Álvaro Mutis ha publicado *Varado entre murallas y gaviotas. Seis entradas en la bitácora de Maqroll el Gaviero* (2011), *Para Catalina Micaela: Álvaro Mutis, más allá del tiempo* (1997) y numerosos artículos en revistas españolas e hispanoamericanas. Ha llevado a cabo la edición de la antología *La voz de Álvaro Mutis* (2001), y ha impartido cursos y seminarios sobre Álvaro Mutis en varias universidades.

Eduardo García Aguilar

Manizales, 1953. Realizó estudios de Economía Política y Filosofía en la Universidad de Vincennes (París VIII) hasta 1979, y luego vivió en Estados Unidos y México. En la actualidad, reside en París donde trabaja en la sede mundial de la Agence France Presse (AFP). Ha publicado las novelas *Tierra de leones* (1986), *Bulevar de los héroes* (1987), *El viaje triunfal* (1993) y *Tequila Coxis* (2003), así como *Urbes luminosas* (relatos, 1991), *Llanto de la espada* (poemas, 1992), *Animal sin tiempo* (poemas, 2006), *Celebraciones y otros fantasmas: una biografía intelectual de Álvaro Mutis* (1993), *Delirio de San Cristóbal. Manifiesto para una generación desencantada* (1998) y *Voltaire, el festín de la inteligencia* (2005). Varios de sus libros han sido traducidos al inglés, francés y bengalí.

François Maspéro

París, 1932 – 2015. Escritor, ensayista, periodista y traductor. Fue también librero (a los 23 años fundó la librería *La joie de lire*) y editor (fundó en 1959 la casa editorial Maspéro, fuertemente comprometida con la izquierda política) y como tal desempeñó un papel esencial en la vida cultural e intelectual francesa de los años sesenta y setenta. En 1978 creó la revista *L'Alternative*, en la cual daba la palabra a los disidentes de los países del “socialismo

real”. Traductor al francés de la obra de Álvaro Mutis, lo es también de otros destacados autores hispanoamericanos y españoles (Sepulveda, Skarmeta, Roa Bastos, Pérez-Reverte, Zafón). Ha traducido del inglés a John Reed y Conrad, y del italiano a Francesco Biamonti y Silvia Bonucci. A partir de 1984 se dedica a la escritura: su primera novela *Le Sourire du chat* revisita acontecimientos trágicos determinantes: la detención de sus padres por la Gestapo en 1944, la muerte de su padre en Buchenwald y de su hermano, también resistente, al final de la guerra. Este sello autobiográfico y de hombre comprometido marca toda su obra: *Le Figuier, les Abeilles et la guêpe*, *Le Temps des Italiens*, *La Plage Noire*, *Le Vol de la mésange* y *L'Ombre d'une photographe*, *Gerda Taro*, *Des Saisons au bord de la mer*. Al mismo tiempo efectúa para Radio-France una serie de reportajes: *Les Passagers du Roissy-Express*, *Blakans-Transit* y para *Le Monde* unas crónicas desde Bosnia, Cuba, o Palestina, Gaza y los territorios ocupados por Israel (*Transit et Cie*). Es uno de los organizadores del Tribunal Russell sobre Palestina. En 2006 recibió el Premio Edouard Glissant.

Gonzalo Márquez Cristo

Bogotá, 1963 – 2016. Poeta, narrador, ensayista y editor. Autor de: *Apocalipsis de la rosa* (1988); la novela *Ritual de títeres* (ganadora de Beca Colcultura, 1992); *El Tempestario y otros relatos* (1998); *La palabra liberada* (2001) y *Oscuro Nacimiento* (Mención concurso nacional José Manuel Arango, 2005). Además ha publicado las antologías de su obra poética: *Liberación del origen* (Universidad Nacional de Colombia, 2003), *El legado del fuego* (Caza de Libros, Ibagué, 2010) y *Anticipaciones* (Create Space, 2010). En 1989 participó en la fundación de la revista cultural Común Presencia (reconocida con Beca Colcultura a mejor publicación cultural del país, 1992), de la cual es su director. Es creador y coordinador de la colección de literatura Los Conjurados. Es director del semanario virtual Con-Fabulación, que actualmente cuenta con 100.000 suscriptores. Varios de sus poemas y relatos han sido traducidos al inglés, alemán, francés, árabe, italiano, portugués, japonés, afrikaans, gallego y braille y figuran en 33 antologías. Es co-director del Día Mundial de la Poesía (versión Colombia) instituido por la Unesco y Asesor del Festival de Literatura de Bogotá. Obtuvo el Premio Internacional de Ensayo Maurice Blanchot (2007), con su trabajo “La Pregunta del Origen”. A su libro *Grandes entrevistas de Común*

Presencia le fue otorgado el Premio Literaturas del Bicentenario (Ministerio de Cultura, 2010). (Bogotá, Colombia, 1963).

Javier Ruiz Portella

Barcelona, 1947. Escritor, editor iconoclasta y promotor de iniciativas destinadas a sacudir nuestro letargo existencial, reside actualmente en Madrid después de haber vivido largo tiempo en otros países europeos (en particular en Bélgica, así como en Hungría y Rumanía, adonde llegó como comunista y de donde huyó como todo lo contrario). En el año 2002 lanzó, con el entusiasta apoyo de Álvaro Mutis, el *Manifiesto contra la muerte del espíritu y la tierra*, que sería traducido y publicado en un total de nueve idiomas. Dicha iniciativa ha dado lugar a la revista de pensamiento crítico y al periódico digital *El Manifiesto* del que es director. Entre sus principales libros destacan el ensayo *Los esclavos felices de la libertad* (2011, con traducción francesa en 2012) y la novela *El escritor que mató a Hitler* (2013).

Jean Orejarena Torres

Candidato a Doctor en Filosofía Contemporánea por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México). Maestro en Filosofía de la misma universidad, donde recibió la distinción *Cum Laude* por su trabajo de grado acerca de la relación entre Heidegger y Hölderlin. Filósofo por la Universidad del Atlántico (Colombia) con Diplomado en Docencia Universitaria. Su labor académica se encuentra centrada en el pensamiento de Heidegger, el de Aristóteles, y en la fenomenología y la hermenéutica como propuestas metódicas de la filosofía. También ha incursionado con trabajos acerca de la filosofía de la literatura y de la ética. Es miembro asistente de la Sociedad Iberoamericana de Estudios Heideggerianos, del Comité Editorial de la Revista de Filosofía Ódos y miembro ordinario de la Asociación Internacional de Fenomenología y Ciencias Cognitivas. Ha realizado estancias de investigación en la Bergische Universität Wuppertal (Alemania) y en la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

<https://orcid.org/0000-0003-0401-3143>

José Manuel Fajardo

Granada, España, 1957. Novelista, periodista y traductor del francés al español. Comenzó su carrera periodística en 1978 y ha escrito en numerosos diarios y revistas internacionales (El País, El Mundo, El Periódico de Catalunya, Le Monde, Il sole 24ore, Cambio 16...). En 2011 creó el blog de periodismo independiente *Fuera del juego*. Fue galardonado en 1992 con el Premio Internacional de Periodismo Rey de España. Como escritor ha recibido en Francia, donde vivió durante años, el Prix Littéraire Charles Brisset y el Prix Alberto-Benveniste a la mejor obra literaria sobre cultura sefardí. Es autor de los ensayos históricos *La epopeya de los locos. Españoles en la Revolución Francesa*, *Las naves del tiempo* y *Vidas exageradas*. Es autor de las novelas *Carta del fin del mundo*, *El Converso*, *Una belleza convulsa*, *A pedir de boca* y *Mi nombre es Jamaica* (2010), y del libro de relatos *Maneras de estar* (2008). Entre otros libros escritos en colaboración con otros autores y artistas están la novela *Primeras noticias de Noela Duarte*, a seis manos con José Ovejero y Antonio Sarabia, y los libros *La senda de los moriscos* y *Silencieuses Odyssees*, en colaboración con los fotógrafos Daniel Mordzinski y Francesco Gattoni, respectivamente. En 2010 creó, junto con la escritora puertorriqueña Mayra Santos-Febres, el Festival de la Palabra de Puerto Rico, del que es director de programación. Sus libros han sido traducidos al francés, italiano, alemán, portugués, griego, serbio y rumano. En la actualidad vive en Lisboa.

Jorge Bustamante García

Nació en Colombia el 18 de octubre de 1951. Ensayista y poeta. Radica México desde 1981. Estudió Ingeniería Geológica en el Instituto de Minería y Petróleo de Moscú y la maestría en Geología Aplicada en la Universidad de la Amistad de los Pueblos Patricio Lumumba, Moscú. Ha traducido a numerosos poetas rusos del siglo XX. En tres ocasiones ha sido becario del FONCA como traductor. Es colaborador de *Acento*, *Babel*, *Casa del Tiempo*, *El Espectador*, *El Semanario de la Universidad*, *La Jornada Semanal* y *Tierra Adentro*. En 1994 recibió el Premio Estatal de Poesía de Michoacán, México. Ha publicado los libros: *Henry Miller: entre la desesperanza y el goce* (Centro Colombo-Americano, 1991); *Literatura rusa de fin de milenio* (Ediciones Sin Nombre, 1996); *Invencción del viaje* (Oasis, Libros del Fakir, 1986); *El desorden del viento* (UAM, Molinos de Viento, 1989); *El canto del*

mentiroso (s.p.i., 1994); *El caos de las cosas perfectas* (UNAM, 1996). Ha publicado las antologías: *Antología de una generación dispersa* (Costa Rica, 1982) y *El instante maravilloso. Poesía rusa del siglo XX* (selección, traducción y notas) (UNAM, Poemas y Ensayos, 2005).

Juan Esteban Constaín

Nació en 1979 en Popayán, Colombia. Estudió historia en el Melton College e hizo Master di II livello in Didattica della Storia en la Università Ca' Foscari Venezia. Ha publicado los libros: *Librorum* (Universidad del Rosario, 2003), *Los mártires* (Seix Barral, 2004; Literatura Random House, 2017), *La formación del mundo contemporáneo* (Universidad del Rosario, 2005), *El naufragio del Imperio* (Seix Barral, 2007), *¡Calcio!* (Seix Barral, 2010), con la que obtuvo el Premio Espartaco de Novela Histórica en la Semana Negra de Gijón y *El hombre que no fue Jueves* (Literatura Random House, 2014), con la que ganó el Premio Biblioteca Narrativa Colombiana. Profesor de la Universidad del Rosario. Es columnista del periódico *El Tiempo*.

Julio Martínez Mesanza

Madrid, 1955. Poeta español y traductor de literatura italiana. En 2017 obtuvo el Premio Nacional de Poesía de España por su obra *Gloria* (Rialp, 2016), que compila su actividad poética desde 2005. Ha publicado, entre sus muchas obras, *Europa y otros poemas* (Puerta del Mar, 1990); *Fragments de Europa 1977-1997* (Universidad de las Islas Baleares, 1998); *Entre el muro y el foso* (Pre-textos, 2007); *Soy en mayo* (Renacimiento, 2007). Ha traducido obras de Alberto Moravia, Dante Alighieri y Miguel Angel Buonarroti. Trabajó en el Ministerio de Cultura y en la Biblioteca Nacional de España. Ha sido director de los centros del Instituto Cervantes de Lisboa, Milán, Túnez y Tel Aviv, y Estocolmo, de la que es director actualmente.

Lauren Mendinueta

(Barranquilla, Colombia, 1977). Poeta y ensayista. Ha publicado los libros *Carta Desde la Aldea* (Colombia, 1998) Premio Departamental de Poesía Joven del Ministerio de Cultura; *Inventario de Ciudad*, prólogo de Álvaro Mutis (Colombia, 1999); *Autobiografía Ampliada* (México y España, 2006) Premios Universidad Metropolitana y Festival Internacional de Poesía de Medellín; *La Vocación Suspendida* (España, 2008, Colombia 2009) VII Premio Martín García Ramos (España); *Poesía en sí Misma* (Universidad Externado de Colombia, 2007); *Del Tiempo, un Paso* (España, 2011) VIII Premio César Simón de la Universidad de Valencia y la biografía *Marie Curie, dos Veces Nobel* (Colombia, 2004). En 2005 vivió en México con una Beca de Residencia Artística concedida por el Ministerio de Cultura de Colombia y el Fondo Para la Cultura y las Artes de México. En 2011 recibió el Premio Nacional de Ensayo y Crítica de Arte de Colombia (Ministerio de Cultura, Universidad de los Andes). En portugués es autora de los libros: *Vistas sobre o tejo-Vistas sobre el Tajo* (Portugal, 2011) y de la antología *Un País que Sueña (cien años de poesía colombiana)* (Portugal, 2012). Coordinó y prologó la edición del libro *Os Versos do Navegante (Los versos del Navegante)*, primera antología poética de Álvaro Mutis publicada en Portugal (2013). Su nombre aparece en importantes antologías tanto en América como en Europa. Algunos de sus trabajos han sido traducidos al inglés, italiano, alemán, ruso, portugués y francés. Traduce autores portugueses al español y organiza actividades literarias. Actualmente vive en Lisboa, Portugal.

Martha Canfield

Montevideo, 1949. Nacionalizada italiana, es poeta, traductora, ensayista y antologista de poesía. Egresada del Instituto Caro y Cuervo y Doctora en Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Libros de poesía publicados en español: *Anunciaciones* (1977), *El viaje de Orfeo* (1990), *Caza de altura* (1994), *Orillas como mares* (2004), *El cuerpo de los sueños* (2008) y *Corazón abismo* (2011); y en italiano: *Mar/Mare* (1989), *Nero cuore dell'alba* (1998), *Capriccio di un colore* (2004) y *Per abissi d'amore* (2006). También ha publicado, entre otros, los libros ensayísticos: *La provincia inmutable. Estudios sobre la poesía de Ramón López Velarde* (1981); *El patriarca de García Márquez, arquetipo literario del dictador hispanoamericano* (1984); *Configuración del arquetipo,*

ensayos de literatura hispanoamericana (1988), *El diálogo infinito: una conversación con Jorge Eduardo Eielson* (1995), una historia de la literatura hispanoamericana en tres volúmenes (el primero: *Literatura prehispánica y colonial*, 2009) y *Perú frontera del mundo: Eielson y Vargas y Llosa* (2013). En italiano ha preparado la edición (con traducción y crítica) de la novela de Vlady Kociancich, *Últimos días de William Shakespeare* (1985), y varias antologías poéticas: *Jorge Eduardo Eielson, Poesía scritta* (1993), Álvaro Mutis, *Gli elementi del disastro* (1997), y *Mario Benedetti, Inventario* (2001). Desde 1996 está vinculada a la Università degli Studi di Firenze, Italia. En el 2006 ha creado en Florencia el Centro de Estudios Jorge Eielson, dedicado a la difusión de la cultura latinoamericana.

Margareth Mejía Génez

Actualmente cursa el Doctorado en Filosofía en la Universidad de Guanajuato, Guanajuato (México) con una beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACYT. Es Maestra en Filosofía por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México) y Filósofa por la Universidad del Atlántico (Colombia). Sus líneas de investigación son: ética, filosofía del lenguaje y filosofía contemporánea. Entre sus publicaciones recientes se encuentran: “La evolución de la filosofía wittgensteiniana en torno al lenguaje. Una defensa a la idea de continuidad en el pensamiento de Ludwig Wittgenstein” (Martínez & Zalpa, coords., *Miradas multidisciplinares a la diversidad religiosa mexicana*, El Colegio de la Frontera Norte, 2016), “La evolución de la filosofía wittgensteiniana en torno al lenguaje: una defensa a la idea de continuidad en el pensamiento de Ludwig Wittgenstein” (*[Con] textos*, Vol.5, Núm. 18 (2016)) y “Argumentación en el ámbito ético. Una revisión desde la Retórica y la Ética Nicomáquea de Aristóteles” (Mayorga & Mijangos, coords., *Lógica, argumentación y pensamiento crítico: su investigación didáctica*, Guadalajara, Academia Mexicana de Lógica, 2015). Realizó en 2017 una estancia de investigación en la Universidad Complutense de Madrid.

<https://orcid.org/0000-0002-5142-5813>

Michèle Lefort

Doctora en Estudios Ibéricos por la Universidad Rennes 2 Haute Bretagne con la tesis *Maqroll el Gaviero dans l'œuvre d'Álvaro Mutis (De l'Alter Ego à l'Autre)*, 1995. Profesora del CRICCAL (Centre de Recherches Interuniversitaire sur les Champs Culturels en Amérique Latine), Paris, Sorbonne nouvelle (Francia). Ha publicado numerosos libros y artículos acerca de la obra Álvaro Mutis, entre ellos se encuentran: *Álvaro Mutis et Maqroll el Gaviero* (Presses Universitaires de Rennes 2, 2001); *Álvaro Mutis* (edición, Ed. Folle Avoine, 1999); “Maqroll el Gaviero: nom-image, sésame de l'œuvre d'Álvaro Mutis” (*Moenia*, Universidad Santiago de Compostela, 1996), “Álvaro Mutis creador de imaxinarios” (*Tempos novos*, 1997); “Les tribulations d'un traducteur” (*Atala*, Rennes, Cercle de Réflexion Universitaire du Lycée Chateaubriand, 1999); “La Verdadera historia del Flautista de Hammelin, récréation, de Robert Browning et Samivel à Álvaro Mutis” (*América*, Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1999); “Álvaro Mutis et la tierra caliente: les vertus salvatrices des limites du paysage” (*América*, Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2003); “De Álvaro Mutis a Maqroll el Gaviero: el yo palimpsesto” (*Anthropos*, Barcelona, Álvaro Mutis: Paraíso y exilio, figuras de un imaginario poético 2004); “Vocation d'errance et nostalgie de la fondation dans l'œuvre d'Álvaro Mutis” (*América*, Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2007). Ha traducido al francés el libro de Álvaro Mutis: *Souvenirs et autres fantômes, entretiens avec Eduardo García Aguilar* (Ed. Folle Avoine, Bédée, 1999), la introducción a *Et comme disait Maqroll el Gaviero* (Gallimard, Paris, 2008). Ha dirigido el cuaderno Álvaro Mutis (Transversales N°1, Ed. Folle Avoine, 1999), que incluye textos traducidos por ella. También ha traducido: *Figure de proue* (Jorge Nájar, Ed. Folle Avoine, Bédée, 2006); *Là où jaillit la lumière* (Jorge Nájar, Ed. Folle Avoine, Bédée, en prensa) y *Souvenir de Federico García Lorca* (Antonio Otero Seco, Ed. La Part commune, Rennes, 2013).

Mario Rey

Cali, Colombia, 1955; residente en México desde 1982; naturalizado mexicano en febrero del 2005. Maestro en Literatura Iberoamericana, UNAM; profesor investigador de tiempo completo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; ha sido docente durante varios años en primaria, secundaria, licenciatura, maestría y en diversos cursos y talleres de educación no formal en Colombia y México y fue catedrático de la UNAM durante doce años; promotor cultural, fundador y director de la Semana Cultural de Colombia en México, de la revista cultural iberoamericana *La Casa Grande*, la editorial Del Rey Momo, especializada en libros para niños y en libros bilingües en español-lenguas indígenas de México, organizador de numerosos actos culturales en Colombia y México, narrador oral y editor de varios libros y revistas. Autor de *Historia y muestra de la literatura infantil mexicana* -Mención Honorífica en el Premio Nacional de Historia y en el Premio de la Cámara Nacional de la Industria Editorial, México, 2000; *Miniaturas y otros poemas*, Universidad Nacional de Colombia; *Peregrino en las tierras del cóndor y del águila negra*, novela, Universidad del Valle, Colombia; *Falsas memorias de un cualquiera*, novela inédita; *Las aventuras del zoológico ilógico*, libro editado para niños; “El Cuento Infantil Mexicano”, Mención Honorífica, Tesis de Maestría, UNAM; *Protagonistas de la cultura colombiana*, entrevistas, inédito; *El Estadio Olímpico Universitario de la UNAM*, inédito; y de varios artículos, ensayos y entrevistas publicados en libros y revistas de Colombia, México y Estados Unidos.

Nazareth Echart

Profesora de la Facultad de Ciencias de la Información de en la Universidad Complutense de Madrid. Numerosas publicaciones y colaboraciones en el campo de la comunicación Política, sobre todo centrada en campañas electorales, opinión pública y democracia deliberativa. Se ha desempeñado como Jefa de gabinete de la delegada del área de Hacienda y Administración Pública del Ayuntamiento de Madrid.

Ricardo Bada

Huelva, España, 1939. Escritor y periodista residente en Alemania desde 1963. Autor de *La generación del 39* (cuentos, Nueva York 1972), *Basura cuidadosamente seleccionada* (poesía, Huelva 1994), *Amos y perros* (cuento, Huelva 1997), *Me queda la palabra* (ensayos, Huelva 1998), *Los mejores fandangos de la lengua castellana* (parodias, Madrid 2000), *Límeri de Bueno Saire* (poemas nonsense, Río de Janeiro 2011) y *La bufanda de Cambridge* (cuentos, Bogotá 2018). Editor en Alemania junto con Felipe Boso de una antología de literatura española contemporánea, *Ein Schiff aus Wasser (Un barco de agua)*; junto con José A. Moral de la obra periodística de Gabriel García Márquez, y en solitario de los libros de viaje de Camilo José Cela. Editor en España de la obra poética de la costarricense Ana Istarú (*La estación de fiebre y otros amaneceres*, 1991), y en Bolivia de la única antología integral en castellano de Heinrich Böll (*Don Enrique*, La Paz, 1995). Es Caballero de la Orden de Isabel la Católica. Ha sido, y en media docena de los casos sigue siéndolo, colaborador regular en *Revista de Libros*, *Revista de Occidente*, *ABC*, *Cuadernos Hispanoamericanos* y *Vasos Comunicantes* (España), *El Espectador* y *El Malpensante* (Colombia), *Nexos*, *La Tempestad* y *La Jornada* (México), *La Nación* (Costa Rica), *Brecha* y *El País* (Uruguay), *Aurora Boreal* (Dinamarca), *Amsterdam Sur* (Países Bajos) y *La Opinión* (Los Ángeles/California), además de la revista *Etiqueta Negra* (Perú) y las cuatro ediciones de *SoHo* (Colombia, Costa Rica, México y Ecuador).

Santiago Mutis Durán

es poeta, ensayista, editor y crítico de arte. Es asimismo director fundador de la revista *Gradiva*. Ha sido Director de Publicaciones de Colcultura, de la Biblioteca Colombiana de Cultura, del Departamento de Publicaciones de la Universidad Nacional; Cofundador y Director de la Revista *Gaceta de Colcultura*, editor de *Golpe de dados*, editor y subdirector de la Revista *Universidad Nacional*. Es tutor de la maestría de artes plásticas de la Universidad Nacional de Colombia. Entre sus publicaciones cabe destacar *La novia enamorada del cielo* (1981, con Roberto Burgos Cantor); *Tú también eres de lluvia* (1982); *Soñadores de pájaros* (1987); *Falso diario* (1992); *Afuera pasa el siglo* (1998). Dentro de su labor editorial también cabe destacar: Álvaro Mutis, *De lecturas y algo del mundo (1943-1998)*, Bogotá: Seix Barral, 1999; *Estación México*.

Notas 1943-2000. México: Taurus, 2011; *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero: 1981-1988*. Cali: Proartes, 1988; *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero, 1988-1993*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1993, entre otros múltiples trabajos editoriales.

William Ospina

Padua, Tolima, Colombia, 1954. Poeta, ensayista y novelista colombiano. Ganador del Premio Rómulo Gallegos (2009) con su novela *El país de la canela*. También ganó el Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada por su ensayo *Los nuevos centros de la esfera* (2003), y el Premio Nacional de Ensayo de la Universidad de Nariño en 1982 por su *Aurelio Arturo*. Su obra poética *El país del viento* ganó en 1992 el Premio Nacional de Poesía, otorgado por Colcultura. Ha publicado numerosas obras en el ámbito de la poesía, el ensayo y la novela. En poesía se destacan: *Hilo de arena* (1986), *¿Con quién habla Virginia caminando hacia el agua?* (1995), *África* (1999) y la compilación *Poesía 1974-2004* (2007). Ha publicado los ensayos: *Aurelio Arturo* (1991), *Es tarde para el hombre* (1994), *Esos extraños prófugos de Occidente* (1994), *Los dones y los méritos* (1995), *Un álgebra embrujada* (1996), *¿Dónde está la franja amarilla?* (1997), *Las auroras de sangre* (1999), *América mestiza* (2004), entre muchos más. En novela publicó: *Ursúa* (2005), *El país de la canela* y *La serpiente sin ojos* (2012). Ha trabajado en prensa, donde actualmente escribe para el periódico *El Espectador*.

Yves Prié

Poeta, editor fundador de la editorial Folle Avoine (Francia), en la cual se han traducido varios libros de Álvaro Mutis. Ha publicado los siguientes poemarios en Editions Rougiere: *Quatre sentiers dans la nuit* (1975); *Cercle premier* (1979); *De quelques lieux* (1983); *Le Miroir incertain* (1986); *Un jour sans importance* (1990); *Seul tissant sa nuit* (1995); *Partir, disais-tu* (1999); *La Nuit des pierres* (2002); *Passage des amers* (2007). Ha publicado los siguientes libros: *Granits avec Han Psi* (Folle Avoine, 1981); *Seul tissant sa nuit avec Nicolas Fedorenko* (Thierry Bouchard, 1994); *La Nuit des pierres avec François Dilasser* (Folle Avoine, 2004); *Figures absentes avec Nicolas Fedorenko* (Folle Avoine, 2005) *Passage des amers avec Georges Le Bayon* (Folle Avoine, 2009), *Frontières avec Guy Prévost* (Folle Avoine). Su poesía ha sido publicada en las antologías: *23 poètes de Bre-*

tagne (Ubacs); *Tombées de la nuit* (Rennes); *Parfum de poèmes* (FOL 22); *Panorama de la poésie française contemporaine* (Moebius-Tryptique Canada); *Il fait un temps de poèmes* (Filigranes); *Homme libre, toujours tu chériras la mer* (Ouest-France).

PARES EVALUADORES

ALEXANDER LUNA NIETO

Fundación Universitaria de Popayán

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-9297-8043>.

ALEXANDER LÓPEZ OROZCO

Universidad de San Buenaventura

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0068-6252>

CARLOS ANDRÉS RODRÍGUEZ TORIJANO

Universidad de los Andes

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-0401-9783>

CARLOS DAVID GRANDE TOVAR

Universidad del Atlántico

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-6243-4571>

INGRID PAOLA CORTES PARDO

Pontificia Universidad Javeriana

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0282-0259>

JEAN JADER OREJARENA TORRES

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0401-3143>

JOHN JAMES GÓMEZ GALLEGO

Universidad Católica de Pereira

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-6685-7099>

JUAN MANUEL RUBIO VERA

Servicio Nacional de Aprendizaje Sena

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-1281-8750>

MARGARETH MEJÍA GENEZ

Universidad de Guanajuato

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-5142-5813>

MARÍA ALEXANDRA RENDÓN URIBE
Universidad de Antioquia
Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-1062-6125>

WILLIAN FREDY PALTA VELASCO
Universidad de San Buenaventura
Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-1888-0416>

YENNY PATRICIA ÁVILA TORRES
Universidad Tecnológica de Pereira
Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-1399-7922>

DIANA MILENA DÍAZ VIDAL
Universidad de San Buenaventura
Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-6428-8272>

MARCO ANTONIO CHAVES GARCÍA
Fundación Universitaria María Cano
Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-7226-4767>

NELSON JAIR CUCHUMBÉ HOLGUÍN
Universidad del Valle
Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-9435-9289>

ÁNGELA MARÍA SALAZAR MAYA
Universidad de Antioquia
Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-7599-1193>

Este libro fue diagramado utilizando fuentes tipográficas Gandhi Serif en sus respectivas variaciones a 12 puntos, y Cambo para los títulos a 14 y 23 puntos. Se Terminó de imprimir en octubre en los talleres de

SAMAVA EDICIONES E.U.
POPAYÁN - COLOMBIA 2018.

Fue publicado por la Universidad Santiago de Cali en coedición con la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.